

PRIMERA PARTE

**TEORIA DE LA DIALECTICA
DEL DESARROLLO DESIGUAL**

FRANZ HINKELAMMERT

A. La industrialización capitalista y sus etapas históricas

I. La conceptualización del desarrollo y del subdesarrollo

Hablar del subdesarrollo significa, siempre y necesariamente, hablar del desarrollo. La misma palabra lo indica. El subdesarrollo como falta de desarrollo no tiene definición por sí mismo. Sin referirse a la falta de desarrollo no se puede decir lo que es subdesarrollo. Pero esta ausencia es algo notable, presente, y conforma un problema cuya solución o insolución impregna la actualidad del país subdesarrollado. Este experimenta a la vez la necesidad y la imposibilidad de desarrollarse.

Esta ausencia-presencia del desarrollo en el subdesarrollo explica porqué la teoría del subdesarrollo es necesariamente una teoría del desarrollo y del condicionamiento del subdesarrollo por el desarrollo. La consecuencia es clara. No se puede concebir una sociedad subdesarrollada sin concebir a la vez una sociedad desarrollada. Esto no vale al revés. Se puede concebir una sociedad desarrollada sin concebir necesariamente una sociedad subdesarrollada. El subdesarrollo es una contradicción en el propio desarrollo, no una categoría aparte.

La teoría del subdesarrollo es, por lo tanto, una teoría del desarrollo, que trata de explicar las posibles contradicciones en el interior de la sociedad desarrollada, cuya acción produce el subdesarrollo en otras partes. Si bien se puede hablar de países desarrollados al lado de países subdesarrollados, hay que insistir siempre en que estos últimos se subdesarrollan formando partes o apéndices de los países desarrollados. La teoría del subdesarrollo tendría que explicar las razones de la existencia y del surgimiento de zonas subdesarrolladas en un mundo impregnado por la dinámica del desarrollo de sus centros.

Algunos malentendidos comunes: variedad tradicional y atrasos

Hace falta eliminar algunos malentendidos muy comunes en relación a la categoría del subdesarrollo. Nos interesa considerar especialmente dos. Por un lado, la confusión que se hace de sociedad tradicional

o sociedad precapitalista con sociedad subdesarrollada. Por otro lado, la interpretación que se da del subdesarrollo como atraso, o como falta de modernidad. Las dos confusiones llevan al mismo resultado, pero analíticamente son diferenciables.

Hablando de la sociedad tradicional, uno se refiere también a una ausencia del desarrollo. La sociedad tradicional es una sociedad no desarrollada. Pero, en este caso, el término tiene un significado específico. Se refiere más bien al proceso histórico. El desarrollo como categoría propia surge con la revolución industrial. Antes de la revolución industrial no tiene sentido hablar del desarrollo. El concepto apropiado para designar estas épocas precapitalistas puede ser por lo tanto el concepto de sociedad tradicional.

Sin embargo, este concepto de la sociedad tradicional se origina en la sociedad ya desarrollada. La sociedad tradicional jamás se interpretó a sí misma —y no podría hacerlo— como sociedad tradicional. Su carácter tradicional se revela solamente en el análisis retrospectivo. Situándose en la sociedad desarrollada, el analista puede concebir el carácter tradicional de las sociedades anteriores. Todas ellas parecen ser ahora subtipos de sociedades repetitivas.

Por lo tanto, el concepto de sociedad tradicional se forma también a partir del concepto de una ausencia de desarrollo. Pero hay que tener bien en claro que se trata de una ausencia en el sentido histórico, definida a partir de una misión del proceso de la historia humana. Como el desarrollo surge en determinado momento histórico, su ausencia puede servir para conceptualizar todas las sociedades anteriores. Pero esta ausencia que es real, no tiene la contrapartida de una presencia que la demuestre. No se trata de una ausencia perceptible. La sociedad tradicional no sabe que es tradicional, en tanto que la sociedad desarrollada sabe que es desarrollada y sabe también por lo tanto, que las sociedades anteriores a la revolución industrial son sociedades tradicionales. Pero hace falta afirmar el hecho de que se trata de una categoría conceptual y analítica pura.

En el caso del subdesarrollo, sin embargo, se trata de una ausencia de otro tipo. Subdesarrollo no es una simple categoría conceptual formulada a partir del desarrollo, sino una forma de integración en el centro desarrollado. Siendo siempre una categoría conceptual, es a la vez una categoría real. El subdesarrollo existe en forma de determinadas relaciones estructurales con los centros desarrollados. Se trata tanto de relaciones económicas, como de relaciones políticas, sociales, ideológicas, etc. Por lo tanto, la sociedad subdesarrollada sabe que es subdesarrollada. La sociedad tradicional termina y desaparece en cuanto sabe que es tradicional. Tomando conciencia de su estado, el subdesarrollo no desaparece de ninguna manera. Sin embargo, la toma de conciencia de su carácter tradicional deja a la sociedad tradicional solamente las al-

ternativas de desarrollarse o de subdesarrollarse. Desarrollo y subdesarrollo entonces tampoco son categorías de un simple proceso histórico. Entre sociedad tradicional y sociedad desarrollada no se intercala necesariamente la fase del subdesarrollo. Al contrario, subdesarrollo y desarrollo son formas de sociedad que conviven y se refuerzan mutuamente.

La sociedad subdesarrollada se sitúa entonces históricamente después de la revolución industrial. Antes de la primera revolución industrial podemos hablar únicamente de sociedades tradicionales. Después, durante todo el siglo XIX, se forma el mundo capitalista a partir de determinados centros, que se desarrollan rápidamente y que empiezan a polarizar el mundo, subdesarrollando la mayor parte de éste. Esta polarización que se hace definitiva en el siglo XX, caracteriza el mundo de hoy.

Llegamos así al análisis de la interpretación del subdesarrollo como atraso. Este concepto es tan simple como simplista; consiste en la negación de una diferencia cualitativa entre desarrollo y subdesarrollo. Se encuentra en todas las teorías sociales que reciben su condicionamiento teórico del siglo XIX, y por lo tanto igualmente en la teoría liberal-capitalista del tipo de Rostow, etc., como en la ortodoxia marxista. Esta conservación de marcos teóricos en la tradición liberal-capitalista no nos puede sorprender. Para los ideólogos del sistema liberal-capitalista es esencial negar la existencia del subdesarrollo que éste origina o impedir que se vincule la existencia del subdesarrollo con la propia existencia del sistema capitalista. El ideólogo de este sistema se da cuenta de este peligro e interpreta, por consiguiente, el subdesarrollo como atraso cuantitativo.

La aceptación de la interpretación del subdesarrollo como atraso nos sorprende más en la ortodoxia marxista. Sin embargo, no nos puede sorprender demasiado que Marx haya interpretado el subdesarrollo naciente como atraso. En el siglo XIX era muy difícil prever el verdadero significado de la postergación industrial en los países dependientes. Pero Marx no es un marxista ortodoxo. La ortodoxia marxista que se configura en el siglo XX, se dedicó desde el primer momento a la negación de la existencia de una categoría específica, que se podía llamar subdesarrollo.

Marx niega repetidas veces la especificidad del desarrollo de los países dependientes. "El país más desarrollado industrialmente sólo muestra al país menos desarrollado la imagen de su propio futuro"¹. Más fuertemente se expresa de la siguiente manera: la interpretación que se da a diversas fases del desarrollo sucesivo en un mismo país, también puede aplicarse a fases de desarrollo diferentes que existen paralela y simultáneamente en países diferentes².

¹ Marx, Karl: **Das Kapital**. Berlín 1956 I. Tomo. Pág. 6.

² Balibar en: Althusser/Balibar: **Para leer el Capital**. México, 1969. Pág. 326.

Una interpretación del subdesarrollo en esta línea tiene dos puntos claves, que menciona Balibar. Por un lado, hay que interpretar el subdesarrollo como sobrevivencia de estructuras precapitalistas mezcladas con estructuras capitalistas. El subdesarrollo llega a ser un término medio entre sociedad tradicional precapitalista y sociedad desarrollada. Por otro lado, hay que negar al país subdesarrollado el carácter de un país moderno que vive en el presente histórico. Balibar es muy mecanicista a este respecto, pero se podría citar a muchos autores que coinciden con él. "En segundo lugar —dice— la edad de la producción de que hablamos aquí, como se ve, no tiene el carácter de una cronología, no indica una antigüedad de la producción capitalista; puesto que se trata de una edad comparada entre varias áreas (o escalones) económicas sometidas al modo de producción capitalista, cuya importancia proviene de la desigualdad de composición del capital y de los efectos que esto determina en una región o en un sector con respecto a los otros. Según la sutileza del análisis, puede tratarse de una composición orgánica media o de una condición diferenciada de la composición orgánica del capital por ramas de producción; entonces se aborda el estudio de los efectos de dominación y de desarrollo desigual, lo que implica la desigualdad de composición orgánica entre capitales concurrentes"³.

Es la reducción de la diferencia entre desarrollo y subdesarrollo a una escala puramente cuantitativa. En verdad, esta diferencia de la composición orgánica del capital no indica nada interesante. Tomemos un ejemplo. Probablemente la relación comparativa entre Italia y EE. UU., medida por la composición orgánica del capital, puede ser muy parecida a la que existe entre Chile e Italia. Según el criterio cuantitativo, la significación en los dos casos tendría que ser igual. Sin embargo, en el caso de la relación entre Italia y EE. UU. se trataría de una diferencia cuantitativa, mientras que en el caso de la relación entre Chile e Italia tendría que tratarse de una diferencia cualitativa, de desarrollo y subdesarrollo. El índice cuantitativo puede darnos algunas indicaciones sobre la diferencia cualitativa, pero jamás podrá representarla y explicarla.

Además, esta interpretación cuantitativa de la diferencia nos deja perplejos en relación a un punto esencial. Si realmente se puede —siguiendo a Marx— aplicar a fases del desarrollo simultáneas el análisis que se puede aplicar a fases del desarrollo sucesivo, llegaríamos a construir las disfasas más insensatas. El país subdesarrollado estaría viviendo todavía en el siglo XIX. Solamente el país más desarrollado del mundo de hoy —según la medida de la composición orgánica del capital— viviría realmente en la década actual. Eso significa, naturalmente, una pérdida total del emplazamiento histórico de los fenómenos. El subdesarrollo de hoy es un subdesarrollo totalmente específico del momento, totalmente impregnado por el desarrollo de hoy. El país subdesarrollado

³ Balibar, op. cit. pág. 327, nota 129.

de hoy sufre el desarrollo de los centros de hoy en la misma medida en que estos centros gozan de él. Las técnicas, las aspiraciones, la organización social, la organización política del mundo subdesarrollado de hoy vienen de los centros de hoy e imposibilitan el desarrollo de este mundo subdesarrollado de hoy. No existe ningún atraso sino una contradicción, que se amplifica en sus dos partes. El desarrollo aumenta al mismo ritmo que el subdesarrollo y ambos no son sino la cara de una sola medalla.

El concepto del desarrollo

Rechazando así la identificación de sociedad tradicional con sociedad subdesarrollada y del atraso con subdesarrollo, podemos proceder a la definición propiamente dicha del desarrollo y de la sociedad desarrollada. Esta definición debe servir después como guía para el análisis del subdesarrollo en sus distintas etapas, teniendo siempre en cuenta que el subdesarrollo es la presencia estructural de la ausencia del desarrollo.

Tal definición no puede ser arbitraria. Tiene valor solamente si representa en forma concentrada una teoría del desarrollo. La historia de las definiciones, por consiguiente, es siempre la historia de las teorías sobre este fenómeno. Por eso se justifica considerar algunos puntos de vista teóricos para acercarnos así a una definición operable del desarrollo.

Lo que tiene que preocuparnos, primero, es la relación existente entre desarrollo como tal y desarrollo económico. Para una interpretación de las diversas estimaciones del desarrollo, esta relación parece ser la más importante.

El concepto economista

La solución más simple consiste en la definición del desarrollo económico sirviéndose de términos económicos estáticos y utilizando la política del desarrollo como una política predominantemente económica. Interpretaciones de este tipo tienden hoy a desaparecer, a pesar de que primaron cuando por primera vez dentro del mundo capitalista, se planteó una política del desarrollo. Ellas tuvieron su auge inmediatamente después de la II guerra mundial. La definición mecánica-económica va en general íntimamente ligada con la concepción del subdesarrollo como atraso: "Una nación subdesarrollada es simplemente aquella cuya renta real por habitante es baja en relación a la renta por cabeza en naciones como Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Europa occidental en general. Se consideró nación subdesarrollada aquella capaz de mejorar notablemente su nivel de renta"⁴. Prosigue el autor. "Por supuesto, todo país está subdesarrollado en el sentido de que no es aun perfecto, y, por tanto, es susceptible de mejorar aún más; e incluso los países llamados avanzados estuvieron en otro tiempo subdesarrollados, según

⁴ Samuelson. P. A.: *Curso de Economía Moderna*, Madrid, 1965. Pág. 817.

nuestra definición, y fueron desarrollándose gradualmente”⁵. Una visión de este tipo es muy propicia a una política preponderantemente económica, que concibe los problemas no-económicos del desarrollo como derivados de la “inseguridad, delincuencia y desorganización”.

Toda una concepción economicista de este tipo lleva rápidamente al fracaso de las políticas correspondientes. Para ella el problema parece reducirse a la aplicación de unas medidas de seguridad interior y al fomento de la capitalización, de la educación técnica y de la importación de tecnologías modernas, del ahorro alto y del consumo bajo.

El carácter ahistórico de esta concepción mecanicista es demasiado claro. Debe mucho a una representación de la teoría económica como un gran almacén provisto de recetas y modelitos que explican cualquier fenómeno en el mundo y que pueden ser aplicados simplemente. Hay que leer solamente la frase introductoria del capítulo de Samuelson sobre los problemas del desarrollo económico: “Podemos aplicar ahora todos los principios económicos que hemos aprendido a uno de los más retadores problemas de los próximos veinticinco años: el problema de las economías subdesarrolladas”⁶. Samuelson podría aplicar sus principios igualmente al imperio romano o a alguna tribu salvaje. No tiene la más mínima duda de que ellos explican la economía como la ley de la caída libre puede explicar la caída de una piedra en todos los tiempos. Pero este simplismo de los principios le cuesta caro. Forzosamente tiene que renunciar a entender algo. La renuncia a la historia es a la vez la renuncia a la razón.

Si bien estos conceptos sirvieron mucho como justificaciones ideológicas de la dependencia creciente y del rol positivo del imperialismo económico y político, no sirvieron de nada para el desarrollo de los países subdesarrollados. Por todas estas razones todavía pueden sobrevivir, pero al lado de ellas surgieron interpretaciones que superaron considerablemente su mecanicismo económico. La definición del desarrollo económico por indicadores estáticos, por lo tanto, tiende a desaparecer.

El desarrollo económico autosustentado

Nos interesan sobre todo dos nuevas líneas de la interpretación de desarrollo, que se elaboraron durante los años 50 y que permiten pasar a una concepción más bien histórica del problema. Nos referimos, por una parte, a las definiciones de desarrollo que dan autores de la CEPAL a partir del concepto del crecimiento económico autosustentado y, por otra parte, a la consideración creciente de factores sociales, políticos y valorativos del desarrollo económico. Aunque suscitan nuevos problemas, no solucionados, permiten un acceso diferente a la teoría del desarrollo y del subdesarrollo.

⁵ Samuelson, op. cit. Pág. 817/818.

⁶ Samuelson, op. cit. Pág. 817.

La consideración del desarrollo como crecimiento económico autosustentado rompe los marcos de una concepción estática a partir del producto per cápita. La concepción estática pretende explicarlo todo, simplemente en razón de que cualquier sociedad humana tiene un producto per cápita y puede ser comparada con otra en cuanto a este producto. Pero el crecimiento autosustentado es un concepto específico. Hay crecimiento autosustentado y acumulativo solamente a partir de la revolución industrial, que por primera vez institucionaliza un proceso de este tipo. Marx describe este acontecimiento en *El Capital*. Señala allí que la técnica en la sociedad precapitalista se mueve como dentro de los límites orgánicos del cuerpo humano. La herramienta es una prolongación de los miembros del cuerpo. Recién la máquina rompe esta limitación, sustituyendo la mano del hombre y permitiendo así un aumento ilimitado de las fuerzas productivas. Es evidente que se puede hablar de un crecimiento autosustentado y acumulativo solamente a partir de este acontecimiento. Además, debería ser claro que una teoría económica del crecimiento autosustentado no puede explicar una sociedad precapitalista, que no conoce este fenómeno. Pero sí que puede servir para explicar una sociedad subdesarrollada, que sufre la ausencia de este tipo de crecimiento.

Este concepto del crecimiento autosustentado, como lo elaboran la CEPAL y teóricos cercanos a ella (Pinto, Furtado, Sunkel) tiene también sus debilidades. La debilidad más grande parece consistir en su dificultad de distinguir entre crecimiento autosustentado y crecimiento reflejado. A nuestro entender esta dificultad surge porque esta teoría no se inserta en una teoría del espacio económico. Probablemente, ella viene a reflejar otra, que existe en los esquemas de la CEPAL, es decir, la dificultad de determinar el tamaño equilibrado de la periferia económica en relación a los centros. Eso lleva fácilmente a la identificación de la situación periférica con el subdesarrollo, lo que económicamente no tiene ningún sentido.

El desarrollo social y los factores sociales del desarrollo económico

Sin preocuparnos todavía de la problemática económica del pensamiento de CEPAL, podemos apreciar de todas maneras el cambio de comprensión, que significa definir el desarrollo a partir del crecimiento autosustentado. Podemos pasar más bien a considerar los factores sociales, políticos y valorativos del desarrollo económico, que son tomados en cuenta sobre todo, durante la década del 60. Para el concepto estático estos factores se revelaban en forma muy limitada. Como el concepto estático se interesa principalmente de definir lo que tienen las producciones humanas en común, no puede descubrir lo que las distingue. Se expresa, sólo cuantitativamente en mayor o menor grado, y eso es todo.

Factores sociales, políticos, etc., no pueden contar mucho, porque para este concepto cualquier sociedad, tiene que cumplir con las normas básicas de la economía, que, según él parecen agotarse en normas de seguridad: supresión de la delincuencia, adiestramiento para la guerra antisubversiva, etc.

En cuanto se determina la especificidad del desarrollo, es mucho más comprensible la tesis de que la seguridad de la propiedad y la guerra antisubversiva no bastan para solucionar el subdesarrollo. Si la economía moderna es cualitativamente distinta que la economía tradicional, parece normal suponer que las estructuras social, política, de valores, etc., también lo son. El salto hacia el desarrollo de repente se vislumbra como un problema radical, que compromete todas las estructuras sociales. El simplismo economicista tiende a desaparecer y la atención se vuelve hacia un concepto de cambio de todas las estructuras.

Pero la CEPAL había hablado más de los factores sociales de desarrollo económico, y menos de la relación de toda la estructura social con la estructura económica. Fue el aporte del Instituto DESAL el que consiguió ampliar la idea de los factores sociales del desarrollo económico hacia un concepto de estructura social autónoma, sin la cual el desarrollo económico no podía existir. Esta diferencia entre el concepto de DESAL y el de CEPAL de la estructura social en el desarrollo, refleja hasta cierto grado la diferencia entre el capitalismo europeo y el norteamericano. El capitalismo europeo ha aplicado una política sistemática en relación a las estructuras sociales, en tanto que el capitalismo norteamericano aplica tal política solamente en casos particulares.

La argumentación de DESAL coincidía con la tesis de que un desarrollo capitalista hoy no puede ser factible sin una política social sistemática. La razón está en el hecho de que, sin tal política, las masas populares no aguantarían un desarrollo capitalista. Habría que canalizar la rebelión de las masas, por consiguiente, en la línea de un cambio de estructuras sociales, políticas y valorativas (una especie de mutación cultural) en la dirección que había descubierto el capitalismo europeo.

Insistiendo en la autonomía de la estructura social con respecto a la estructura económica, DESAL se encontró después en la dificultad de vincular la una con la otra, un problema que CEPAL no se había planteado, porque pensaba solamente en los factores sociales del desarrollo económico. DESAL tuvo entonces que insistir en que este desarrollo social sería una condición del desarrollo económico, sosteniendo a la vez que la estructura social no se agota en esta sola función. Pero todo eso no puede disimular que su evaluación del desarrollo económico es extremadamente deficiente.

Pero toda esta insistencia en la autonomía de la estructura social en relación a la estructura económica acerca en seguida el pensamiento de DESAL a las teorías de la modernización, que introdujo sobre todo

Germani en América Latina. Según esta teoría las estructuras son totalmente recíprocas. La estructura social, es condición de la estructura económica y la estructura económica condición de la estructura social. Y eso vale igualmente para todas las otras estructuras, que son siempre interdependientes. Cada estructura está condicionada en cada momento por todas las otras. Surgen entonces los más diversos tipos de desarrollo, el desarrollo económico, el desarrollo social, el desarrollo político y tantos más, como le gusta el analista. Esta tautología, en la que todo es la causa de todo y, por lo tanto, nada la causa de nada, se enfrenta ahora a cualquier pensamiento que busca un criterio unitario, para entender la causa que origina estos diversos desarrollos.

El materialismo histórico: el criterio económico como última instancia

Tradicionalmente, se ha buscado este criterio unitario en los criterios económicos. Su gran expresión es el materialismo histórico. La teoría de la modernización, por consiguiente, tiene que enfrentar este tipo de pensamiento. La teoría de la modernización reprocha al materialismo histórico el ser un simple reduccionismo. Según su punto de vista, este pensamiento reduce todo pensamiento humano y toda la estructura social y política a los fenómenos de la estructura económica.

Pero, en verdad, no es esa la tesis del materialismo histórico. Quizás se la podría formular al revés: éste, a su vez, acusa al sistema capitalista por su continua reducción de todo lo humano a lo económico y por la conversión de todo en mercancía, buscando una liberación de este sometimiento.

Sin entrar todavía detalladamente en esta discusión, podemos constatar en este momento la existencia de un determinado pensamiento sobre el desarrollo, refiriéndonos a las ideologías vigentes en el sistema actual. Por un lado está el concepto de la teoría de la modernización, que parte del hecho de una interdependencia de las estructuras económicas, sociales, políticas, valorativas, etc. Por otro lado está el concepto de CEPAL, que define el desarrollo económico como crecimiento autosustentado y que considera más especialmente factores sociales, políticos, etc., del desarrollo económico.

Para superar ambos pensamientos, tendríamos que analizar más detalladamente la relación entre desarrollo económico y desarrollo social y político. Según la teoría de la modernización, hay interdependencia entre ellos. Pero basta investigar un poco los diversos intentos de formular lo que es un desarrollo político o social, para darse cuenta de que las definiciones llegan a ser totalmente arbitrarias. El único tipo de desarrollo que se ha logrado definir es el desarrollo económico a través del crecimiento autosustentado. Pero ¿es suficiente precisar la pregunta para tener la contestación? ¿Es posible un desarrollo económico sin fo-

mentar a la vez valores modernos, estructuras políticas extendidas, desarrollo social? No hay duda, no es posible. El desarrollo económico implica el desarrollo en todos estos campos. Pero ¿se puede cumplir con las definiciones dadas del desarrollo social o político sin desarrollo económico? Sin duda, se puede. Se puede organizar las masas populares, alfabetizar, instaurar regímenes parlamentarios o dictatoriales, sin provocar desarrollo económico. Cumpliendo con cualquier índice del llamado desarrollo social, político, etc., se logra únicamente un mejoramiento superficial si no se persigue a la vez el desarrollo económico. El índice, en última instancia, es exclusivamente el índice económico. Si hay desarrollo económico, se puede hablar de otros tipos de desarrollo. En su ausencia, los índices del desarrollo en otros planos son aparentes y describen solamente nuevas maneras del subdesarrollo.

Cualquier otra definición es insensata. Una estructura social que intenta el desarrollo económico, presenta desarrollo social y conduce al desarrollo político. Ciertamente, el desarrollo político o social no es ya un desarrollo logrado simplemente porque haya provenido de un desarrollo económico. Pero tiene en última instancia allí, y solamente a partir del desarrollo económico y en sus marcos se puede perfilar con criterios propios. Pero estos criterios propios solamente pueden servir en el grado en que están unilateralmente mediatizados por el criterio del desarrollo económico.

En el pensamiento de CEPAL muchas veces parece existir cierta percepción de esta función del desarrollo económico como última instancia. Pero no se encuentra ninguna reflexión racional de este hecho. Se suele hablar de desarrollo económico y otras veces sencillamente de desarrollo, sin aclarar suficientemente la relación mutua de estos conceptos. Evitando la confrontación con las ideologías existentes de la teoría de la modernización, los autores respectivos tienden más bien a circunscribirse a la discusión del desarrollo económico y de sus factores sociales, políticos, etc. En Furtado, p. e., es muy visible esta retirada. Empezando con títulos sobre *La dialéctica del desarrollo* o *Desarrollo y subdesarrollo* pasa a títulos como *Teoría y Política del desarrollo económico*.

Pero, destacar el desarrollo económico como última instancia del desarrollo, no es ningún reduccionismo. Es el análisis del desarrollo a partir de un criterio unitario de la racionalidad de la sociedad moderna. Es el criterio de la funcionalización de todos los planos de la sociedad hacia el progreso técnico-económico, que tiene su índice y medida en el crecimiento de la producción de bienes materiales. Es el criterio superior, que da las pautas a todas las estructuras. Una estructura —sea económica, social, política— es entonces desarrollada en el grado en el que se forma dentro de los límites impuestos por este criterio general. Es el criterio de la racionalidad de la sociedad moderna.

Esta teoría de la funcionalización por el criterio económico no sostiene —como se ve— una reducción de todas las estructuras a la estructura económica. Tampoco sostiene que la estructuración económica determina las otras estructuras. Este reduccionismo sería una tautología tal como lo es el concepto de la interdependencia, que explica todo por todo y nada por nada. El reduccionismo tendría que sostener que la economía produce todas las estructuras, sin poder decir quién produce la economía. En cambio, la tesis de la funcionalización establece un criterio de racionalidad, a partir del cual se forma la propia estructura económica así como todas las otras estructuras. Lo que pasa solamente es que este criterio de la racionalidad es económico, un criterio que afirma la necesidad de la producción de bienes materiales en aumento continuo.

Con eso no salimos totalmente del concepto de la interdependencia de las estructuras. Le damos solamente un punto de referencia, a partir del cual se puede considerar toda la estructura social como una unidad total o como totalidad. Dentro de esta totalidad las estructuras se pueden determinar mutuamente, limitándose siempre a lo que esta totalidad les impone.

El estructuralismo marxista: el criterio de la racionalidad económica

Antes de avanzar, será conveniente referirnos también a otra teoría vigente en el momento. Nos referimos en especial al estructuralismo marxista. Esta teoría hizo un intento de superar el concepto tautológico de la interdependencia de las estructuras y de constituir un concepto de totalidad. En la línea de Althusser se buscaba esta superación a través de la definición de la totalidad como un todo conjunto, que sobredetermina las partes. Se trata de una sobredeterminación, en la cual se impone la economía como última instancia. Pero como Althusser no da a esta sobredeterminación una significación operacional —que puede consistir solamente en el crecimiento cuantitativo de bienes materiales— todos sus conceptos caen en este mismo “vacío epistemológico” que él constata con tanto gusto en las teorías que critica.

Más cerca a la posición expuesta por nosotros se encuentra Godelier, que conserva, a diferencia de Althusser, un concepto operacional del desarrollo de las fuerzas productivas. Godelier concibe dos contradicciones en la sociedad, la contradicción interna a la estructura y la contradicción externa. “Lo que nos muestra la contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas, es el límite del funcionamiento de las relaciones de producción dentro del marco de un cierto desarrollo de las fuerzas productivas. La contradicción entre estructuras es razón de la contradicción en el interior de una estructura. Cuando el capitalismo está en el sano sistema feudal, las nuevas fuerzas productivas que se desarrollan no están en contradicción con las nuevas rela-

ciones capitalistas de producción; al contrario, son las relaciones capitalistas de producción las que impulsan esos desarrollos: correspondencia entre estructuras. Pero al mismo tiempo se produce una no-correspondencia entre esas nuevas fuerzas productivas y las relaciones feudales de producción; contradicción fundamental que es la razón del conflicto interno de la estructura social entre feudales y burgueses. Más tarde, en la evolución del sistema capitalista, se darán las crisis periódicas que marcarán el aspecto contradictorio del funcionamiento del sistema”⁷.

Pero a Godelier se le escapa totalmente la especificidad de la sociedad moderna —capitalista y post-capitalista— con el resultado de que el concepto de la determinación por las fuerzas productivas no se traduce en un criterio de la racionalidad. Esto se hace todavía más claro cuando critica a Oscar Lange. Sostiene que en los trabajos de Lange se concibe una vinculación estrecha entre capitalismo y surgimiento de la racionalidad económica organizada y dice que eso “es pretender implícitamente que todos los progresos técnicos logrados por la humanidad antes del surgimiento del capitalismo no eran el producto de una actividad que buscaba conscientemente inventar y ajustar medios para obtener fines. En consecuencia la humanidad habría esperado al capitalismo para aprender a economizar sus esfuerzos y para sacar el mejor partido de los medios de que disponía”⁸. De hecho, toda la información etnológica e histórica nos muestra que todas las sociedades, individuos y grupos, tratan de lograr al máximo finalidades determinadas cuyo contenido y jerarquía expresan el predominio de ciertas relaciones sociales (parentesco, religión, etc.) sobre otras fundamentándose la estructura misma de cada tipo de sociedad”.

Pero Godelier no impugna el problema planteado por Lange. Se limita a comprobar que la racionalidad específica de la sociedad moderna no se puede expresar como una racionalidad entre medio y fin, y tampoco como complejidad creciente. Para él, toda sociedad humana tiene una racionalidad medio-fin de caracteres parecidos; solamente los fines y los medios son diferentes. Mirando las sociedades humanas bajo el aspecto de la racionalidad medio-fin, todas ellas resultan iguales y no se puede entender nada de ninguna. Pero, tal concepto de racionalidad no es otra cosa que una nueva expresión de la interdependencia de las estructuras. Como siempre son interdependientes, la relación medio-fin es siempre racional. En el fondo, no hace falta citar a la etnología para saber eso. El resultado es solamente una consecuencia de la manera de mirar tales sociedades.

Así, según Godelier, solamente la especificidad de la relación medio-fin permite entender una determinada sociedad. Pero, en seguida surgen dos reparos:

1º— Si la racionalidad de cada sociedad es específica, se pierde

⁷ Godelier, Maurice en: *Aproximación al Estructuralismo*. Buenos Aires 1967. Pág. 54.

⁸ Godelier, Maurice: *Racionalidad e Irracionalidad en la Economía*. México 1967. Pág. 20/21.

el concepto de la historia y las distintas sociedades dejan de tener conexión entre sí. Este tipo de explicación fracasa entonces en el momento en que trata de formular una teoría del tránsito de una sociedad a otra. Pero Godelier sitúa su concepto del tránsito en la contradicción fundamental entre relaciones de producción y fuerzas productivas. Ello conduce, sin duda, a una concepción histórica que Godelier rechaza. Hay una contradicción en el propio pensamiento de Godelier: no es posible afirmar que las fuerzas productivas unifican la historia y al mismo tiempo sustraerse a un concepto histórico con respecto a la superficialidad de la racionalidad. Godelier no proporciona la vinculación que aquí se hace necesaria.

2.— Este segundo reparo está íntimamente conectado con lo anterior.

Habría que determinar la racionalidad específica de la sociedad moderna después de la revolución industrial. Pero en esto Godelier se escapa totalmente del problema. Define el principio de la racionalidad de sociedad capitalista por la maximización de las ganancias. Eso significa quedarse en la pura apariencia. Lo específico del capitalismo, al contrario, consiste en mediatizar el crecimiento de la producción de bienes materiales por la maximización de la tasa de ganancia. Esta mediatización es lo decisivo. Para citar solamente a Marx: "La premisa de la reproducción simple es incompatible con la producción capitalista"⁹. Sin esta mediatización, el capitalismo se derrumba. He ahí un concepto de la conquista del mundo por la técnica, que usa la ganancia como su vehículo.

Quedándose solamente en la apariencia de la racionalidad capitalista, Godelier no puede expresar ni una teoría del tránsito, ni una teoría del capitalismo. Exponiendo esta teoría a partir de una concepción de las fuerzas productivas que responden al criterio de la racionalidad como aumento de la producción de bienes materiales, Godelier se habría dado cuenta de que realmente la humanidad ha esperado al capitalismo para aprender a economizar sus esfuerzos. Como no lo hace, su pensamiento desemboca en una no-historicidad igual a toda visión estructuralista del problema y se acerca de una manera curiosa a la no-historicidad de la teoría de la modernización. Pero, de hecho, la sociedad capitalista institucionaliza, por primera vez en la historia, la mediatización de la racionalidad de la sociedad por el crecimiento económico, y cualquier sociedad socialista que la reemplace podrá cambiar solamente la forma de institucionalizarla. En el fondo, también es éste el sentido del argumento de Lange, aunque Lange no define suficientemente la diferencia entre un concepto medio-fin de la racionalidad y un concepto de aumento continuo de la producción de bienes materiales.

En cuanto al concepto de la historia, eso tiene una consecuencia

⁹ Marx, op. cit., tomo II, Pág. 462.

muy clara. Una nueva sociedad se impone solamente en la medida en que puede imponer a todas las otras la necesidad de asimilar sus elementos específicos. En el caso del capitalismo esto es muy evidente. Lo que no se convierte en sociedad capitalista moderna, o en una sociedad que esté más allá del capitalismo, simplemente no sobrevive. En eso consiste el mayor grado de racionalidad de una sociedad sobre la otra. Se trata siempre de nuevas maneras de disponer las fuerzas productivas. Quien no lo logra hoy, sencillamente se subdesarrolla y siente entonces la necesidad de ser asimilado en una nueva racionalidad que está implícita en la ausencia-presencia del desarrollo.

Tenemos ahora un concepto de funcionalización de la sociedad a través del criterio económico, que nos permite apreciar la sociedad desarrollada como sociedad que se ha convertido en el apéndice del desarrollo económico acumulativo. Eufemísticamente, se puede hablar de una sociedad del logro y, en términos menos eufemísticos, del terrorismo del logro al cual nos sometió el régimen del criterio económico cuantitativo. Por supuesto, la ideología de esta sociedad nos dice otra cosa. Habla de la introducción de nuevos valores a partir del temprano capitalismo y hasta la constitución de la sociedad del bienestar. Pero parece suficientemente claro que lo que cambia son más bien las formas de la funcionalización hacia los criterios económicos. Al comienzo, la funcionalización de la clase obrera es más bien violenta y opresiva, pero en las generaciones siguientes puede manifestarse en forma indirecta, basándose en el control social, la propaganda, las técnicas, la ciencia del control, etc. El mismo sistema aprende y desarrolla continuamente nuevas técnicas de la funcionalización de todos los planos de la vida humana y las aplica a los criterios cuantitativos del desarrollo económico. Es lo que Marcuse llama la sociedad tecnológica.

El cálculo económico, la estructura de clases y el subdesarrollo

Todo este concepto de la funcionalización todavía no es suficiente para entrar en la discusión del subdesarrollo. Así como hemos expuesto hasta ahora, no sería más que una redefinición de la teoría de la modernización a partir del criterio económico. Hace falta penetrar algo más en una consideración que hicimos ya anteriormente y que no analizamos, para llegar a la definición de la estructura de clases en el proceso de la funcionalización.

Dijimos que el criterio de racionalidad de la sociedad moderna —sea capitalista o no— es un criterio del cálculo del crecimiento de la producción de bienes materiales. Pero este crecimiento no es calculable a secas. Tiene que expresarse como valor cuantitativo para poder ser objeto del cálculo. Este cálculo, por lo tanto, presupone la existencia de un sistema monetario mercantil. No nos preocupará en el momento, por qué este sistema monetario es necesario más allá de las estructuras capitalis-

tas, a pesar de todos los intentos de lograr su abolición por parte de las sociedades socialistas. Es suficiente saber que sobrevive y asegura el cálculo económico tanto en la sociedad socialista como en la capitalista, aunque sea en formas muy diferentes.

La vigencia de un sistema monetario para el cálculo y, por lo tanto, para la mediatización del intercambio de bienes, presupone a la vez la existencia de un sistema de propiedad, sea cual sea. Supone, a la vez, la existencia de un poder que lleva a cabo la funcionalización de la sociedad y que se constituye como clase dominante. Esta clase dominante ejerce su dominio a través del sistema de propiedad, que le permite dirigir el intercambio de bienes dentro del marco de cálculo económico que da el sistema monetario. Para poder existir, esta clase dominante necesita, además, un poder político acorde con la forma de vivir que ella impone a la sociedad. La autonomía del poder político tiene que desarrollarse exclusivamente dentro de este límite, para que un determinado sistema pueda sobrevivir.

Pero la forma de la propiedad y, por lo tanto, el sistema de clases, determinan a la vez el cálculo de los intereses de la clase dominante. En el sistema capitalista este cálculo de intereses se dirige hacia la ganancia, y solamente la ganancia da los indicadores para la dirección del intercambio de los bienes. Cuando surge el sistema capitalista, esta ganancia se convierte en el mediador entre el crecimiento económico y la sociedad y a través de esta mediación la ganancia capitalista dirige la primera revolución industrial.

La persecución de la ganancia no tiene de por sí esta propiedad de asegurar el crecimiento económico. La historia humana está llena de ejemplos de tipos de persecución de la ganancia, que no tienen este resultado. La ganancia se convierte en el mediador del crecimiento económico solamente bajo circunstancias bien determinadas. Tiene que ser ganancia capitalista, es decir, una ganancia que se obtiene dentro del marco de relaciones sociales capitalistas y sobre la base de la existencia del trabajo asalariado. Lo último es la condición que posibilita la transformación de la ganancia en mediador entre sociedad y crecimiento económico.

Tenemos ahora una vinculación entre estructura de clase, orientación de la actuación social frente al intercambio de bienes y crecimiento económico. La funcionalización de la sociedad moderna hacia el crecimiento económico se lleva a cabo dentro de esta mediación por una estructura de clases y sus orientaciones correspondientes de la actuación social. Podemos ahora recién abordar el problema del subdesarrollo como condicionado por una ausencia-presencia del desarrollo. Por supuesto, no podemos dar todavía una idea más completa. Eso se va a desarrollar en los capítulos posteriores. Pero podemos dar algunas indicaciones.

Si bien la existencia de relaciones sociales capitalistas de producción es condición necesaria para que la ganancia se constituya en mediador del crecimiento económico esto no quiere decir que sea condición suficiente. Y la situación del subdesarrollo es, a nuestro entender, una situación en la cual esta mediación fracasa. El sistema capitalista no cumple y no puede cumplir con la tarea que se ha asignado a sí mismo. En vez de funcionalizar las sociedades capitalistas periféricas hacia el crecimiento económico, las funcionaliza hacia el estrangulamiento. Surge un tipo de racionalidad perversa. Orientándose esta sociedad sobre la base del criterio de la ganancia, provoca el estrangulamiento del subdesarrollo. El capitalismo no tiene salida de esta situación, dado que es su propio criterio de la ganancia el que la origina.

Esta tesis sobre el subdesarrollo conformará el análisis de los capítulos posteriores. Este planteamiento nos obliga a concebir el desarrollo de los países subdesarrollados en términos socialistas. Hace falta entonces exponer en el plano de la estructura económica el concepto de la acumulación socialista como contrario al de la acumulación capitalista y plantear en el plano de las orientaciones de la actuación el concepto de los incentivos no materiales. Se verá que los dos conceptos se condicionan mutuamente.

El concepto de los motivos no materiales tiene alcances ante los cuales la visión primordialmente desarrollista —de la cual partimos— se quiebra. Si la condición del desarrollo es la renuncia al criterio de la ganancia —en el sentido más amplio de los estímulos materiales— y la creación de una nueva estructura que no origine el subdesarrollo, entonces el incentivo individual de la colaboración al desarrollo no puede ser pragmático. De esto se desprendería que una ideología desarrollista no sirve para motivar una colaboración eficaz al desarrollo. El desarrollo no puede ser estimado suficiente para el desarrollo. Solamente un concepto que vaya más allá del desarrollo puede servir para el desarrollo en tales circunstancias. El desarrollo no es un fin directo de la acción humana. No se produce como salchichas. Es un producto indirecto del proyecto de una sociedad, cuya definición no se agota en los términos desarrollistas.

En todos los proyectos socialistas abundan las ideas a este respecto. Pero una comprensión más acabada de este problema existe solamente en los socialismos más reciente: el socialismo cubano y el chino. Las siguientes frases lo pueden confirmar: “Hacer riqueza con la conciencia y no hacer conciencia con la riqueza” (Fidel Castro). “Nosotros afirmamos que en un tiempo relativamente corto el desarrollo de la conciencia hace más por el desarrollo de la producción que el estímulo material” (Guevara).

Este más allá del desarrollo, que es condición de desarrollarse, constituye necesariamente un concepto de la liberación. Liberarse del sometimiento ilimitado a la economía es entonces dominar lo económico,

tener poder sobre las máquinas y a la vez una forma de echar a andar las máquinas. En este punto los conceptos de liberación de los proyectos socialistas modernos y el concepto de liberación de la oposición radical en los países capitalistas desarrollados se encuentran y a la vez se distinguen. La dominación sobre la economía en vez del sometimiento ciego a los criterios económicos es una idea común a los dos sistemas. Pero en los primeros prima más bien la esperanza de que esta dominación vaya a permitir el desarrollo, mientras en los segundos prima la idea de regular una velocidad del crecimiento económico que está absorbiéndolo todo.

Como nos vamos a interesar más bien en los proyectos socialistas que informan los procesos de desarrollo de países subdesarrollados, hace falta evaluar su concepto implícito y explícito de la sociedad desarrollada.

Intentaremos una crítica de su contenido ideológico, analizando hasta qué grado se trata realmente de proyectos eficaces de liberación o hasta qué grado son o podrían ser vehículos ilusorios, capaces de desarrollar los países correspondientes, pero sin perspectivas reales de cumplirse como proyectos de liberación. O, para decirlo en otras palabras, intentaremos demostrar que el hecho de partir hacia la liberación no asegura automáticamente el éxito de la liberación.

El propósito del presente trabajo

Para analizar toda esta temática, el siguiente trabajo va a ser dividido en dos partes principales.

Lo que une estas dos partes es el concepto de la estructura de clases, que va a ser considerado desde dos ángulos:

1º— Desde el ángulo de la estructura económica. Definiendo la estructura de clases como la estructura del poder económico, es claro que la estructura económica es una de las caras de la estructura de clases. Lo es por definición, y está basada en la producción y el intercambio de bienes materiales, que se forman a partir de la relación entre trabajo humano y naturaleza. Esta estructura económica, por lo tanto es necesariamente, a la vez, la estructura de los intereses materiales. Cuando estos intereses materiales se organizan, se forma la estructura social de los intereses materiales, que vendrán a ser la estructura de clases propiamente dicha. Empresas, organizaciones de empresarios, de obreros, campesinos, etc., forman esta estructura de clase, que se puede distinguir de la estructura económica. Esta estructura de clases es el propio campo de la toma de decisiones, no la estructura económica. La estructura económica es el campo de posibilidades hacia el cual estas decisiones —que nacen de la estructura de clases— se proyectan.

Por supuesto esta estructura de clases también configura el poder político, que está íntimamente relacionado con la estructura de los intereses materiales o estructura económica. Una determinada estructura de clases puede sobrevivir solamente en el grado en que logra imponer al poder político sus condiciones. La existencia de determinada estructura de clases atestigua por tanto necesariamente la existencia de una estructura política correspondiente, que actúa en función de tal estructura de clases.

Podemos tratar entonces la estructura económica como una estructura de intereses materiales objetivizados, que refleja una determinada estructura de clase y del poder político, sin identificar ni la estructura de clases ni el poder político con la estructura económica. La estructura de clases refleja la estructura económica y decide a la vez sobre la estructura económica de mañana, en la cual también van a producirse siempre las estructuras de clases de mañana. Pero estas decisiones, que se toman en el plano de la estructura de clases, no son arbitrarias. Tienen tanto su límite como sus perspectivas en las posibilidades de una estructura económica futura.

Definiéndola en este sentido, la estructura económica no es lo mismo que en la tradición marxista se denominan fuerzas productivas. Para nosotros las fuerzas productivas tienen un aspecto doble, y solamente uno de sus constituyentes entra en el concepto de la estructura económica. En términos generales, las fuerzas productivas, según nuestro punto de vista, son la organización del trabajo humano en relación a la naturaleza y en función de los intereses materiales de la sociedad. Definidas así, tienen tanto el aspecto de algo presente, ya hecho, como de un proyecto, de un futuro posible. En la estructura económica ellas están presentes como algo realizado, como demostración del arreglo entre organización del trabajo e intereses materiales, que ha podido imponerse en el juego de la estructura de clase. Pero las fuerzas productivas tienen a la vez el carácter de proyecto. En este sentido, son fuerzas productivas no aprovechadas, y por lo tanto constituyen una potencialidad de ausencia-presencia. Si ahora las clases sociales toman conciencia de esta ausencia-presencia de nuevas fuerzas productivas, estas mismas fuerzas pueden llevar a la destrucción de una determinada estructura económica y, por consiguiente al desaparecimiento de una determinada estructura de clases.

Dentro de estos términos, entonces, va a ser desarrollada la primera parte del estudio que sigue. Estructura económica, estructura de clases y del poder político correspondiente. Fuerzas productivas como proyecto y cambio de la estructura de clases y del poder político en función de este proyecto, que conduciría a otra estructura económica. Vamos a partir analizando la estructura económica capitalista, su estructura de clases, etc., correspondiente, la ausencia-presencia del subdesa-

rollo como ausencia-presencia de un proyecto de aplicación de fuerzas productivas, y el cambio de la estructura de clases por una nueva estructura económica, la de la acumulación socialista.

2º— Pero, la problemática del proyecto no se agota con estos términos. No es suficiente relacionar la estructura de clases con la estructura económica. Hay que considerar también los arreglos de intereses materiales, que se concertan en el plano de la estructura de clases, y que se realizan entre grupos. Sin duda, la acción es siempre una acción de individuos, que debe insertarse en estos arreglos de clases. Los arreglos de intereses y la consiguiente estructura económica pasan siempre por este procedimiento individual, que los convierte en normas jurídicas. Normas de propiedad, de organización, de salubridad, de seguridad social, etc. Toda una estructura de funcionamiento permite al individuo definir su situación de clase en relación a la estructura económica. Todo este mundo de normas tiene una apariencia no-clasista, igualitaria en la medida en que las normas son formales de validez general. Pero, sin estas normas, la estructura de clases existiría en el vacío. La apariencia igualitaria de esta estructura de funcionamiento es condición necesaria para que la desigualdad de la estructura de clases pueda ser mantenida en las sociedades modernas.

Pero este sinnúmero de normas representa solamente el sinnúmero de condiciones del arreglo de intereses entre las clases. No representa los valores centrales que informan el surgimiento de esta estructura de funcionamiento. Estos valores pueden ser considerados como orientaciones de la actuación frente al intercambio de los bienes, observando estas orientaciones, podemos distinguir entre la estructura de funcionamiento y la estructura de valores y actitudes. Ellas reflejan, en el plano de los valores, la estructura de clase.

Esta estructura de valores nos permite introducir una dicotomía de valores que equivale a la dicotomía sociedad de clases/sociedad sin clases y que va más allá de la tradicional distinción entre capitalismo y socialismo a partir de la dicotomía mercado/planificación. Se trata de la dicotomía entre orientación hacia intereses inmediatos/orientación hacia intereses no-materiales. La orientación hacia intereses inmediatos (o materiales) será entonces el punto de partida de una definición del capitalismo y de la propiedad privada. La orientación hacia intereses no-materiales, en cambio, va a definir una estructura de valores del tipo socialista. La estructura socialista, por lo tanto, tampoco se define por la propiedad social, puesto que considera la propiedad social solamente como condición necesaria, pero no suficiente.

Una definición de este tipo nos permite pasar en seguida del problema de la estructura de valores a la discusión de la estructura ideológica y del marco categorial teórico, dentro del cual las sociedades mo-

dernas existen y se transforman. Se trata de ideologizaciones y teorizaciones de interés inmediatos o no inmediatos.

Toda esta posición nos acerca mucho a los conceptos de los nuevos socialismos (el chino y el cubano). Ambos tienden a definir al socialismo a partir de la estructura de valores. Su lema es más bien el de la revolución cultural, para la cual la estructura económica es solamente punto de partida y de llegada, sin que deba transformarse en determinante único unilateral y mecánico de la conciencia. Ya hemos visto, que en el momento histórico de hoy un sistema de valores e ideologías correspondientes de intereses no-materiales —un concepto que proponga un más allá del desarrollo—, es la verdadera condición de la posibilidad de desarrollo.

Una evaluación de las ideologías de estos socialismos nuevos tiene que analizar, entonces, si ellas realmente proponen un más allá del desarrollo que tenga validez para la misma sociedad socialista después de haberse desarrollado. Como estos nuevos conceptos ideológicos no-desarrollistas tienen una evidente función desarrollista, hace falta preguntar hasta qué medida reflejan solamente esta última función y en qué medida tienen la suficiente consistencia para poder guiar una futura sociedad socialista desarrollada hacia la humanización. O, para decirlo en otras palabras: es necesario considerar que el hecho de partir hacia el comunismo no asegura automáticamente la llegada al comunismo.

II. *La propagación del capitalismo en el siglo XIX: el desequilibrio de la relación centro/periferia*

La necesidad de una teoría del espacio económico

Hablamos aquí del capitalismo moderno en un sentido más limitado que el usual. En el lenguaje científico común el capitalismo comienza ya con el capitalismo mercantil, a partir del siglo XVI, que se transforma posteriormente en el capitalismo industrial. A nosotros nos interesa considerar solamente el capitalismo industrial, que parte con la revolución industrial y que consagra definitivamente un principio nuevo para el trabajo humano: el trabajo orientado por el interés del crecimiento acumulativo de la productividad del trabajo.

Este nuevo principio nace en forma capitalista y determina así el carácter de la primera revolución industrial. El trabajo se convierte en trabajo asalariado y la ganancia sobre el capital en una ganancia calculada a partir de los costos de salarios y en función de los precios del producto. Consecuentemente, los métodos de producción, por primera vez en la historia, pueden ser objeto de un cálculo metódico, con el resultado de que la economía asimila sistemáticamente el conocimiento de

las ciencias naturales, estimulando, además, el posterior desarrollo de estos conocimientos. Con esto surge el capitalismo moderno, íntimamente relacionado con el crecimiento económico continuo.

Este capitalismo moderno nace en un lugar determinado de la tierra, en Inglaterra, a fines del siglo XVIII. Posteriormente arroja una fuerza expansiva propia, que no se limita al país de origen. El nuevo modo de producción ejerce rápidamente influencia en otros países y conquista hasta fines del siglo XIX, el mundo entero.

El medio de penetración es el comercio, que busca mercados de compra y venta. Para penetrar en nuevos mercados se sirve de los procedimientos más diversos, ideológicos, políticos, etc. En la lógica de este primer capitalismo moderno estos mercados significan venta de bienes elaborados y compra de materias primas. Esa es la base de la posibilidad de una expansión cada vez mayor. Estas dos líneas de la búsqueda de nuevos mercados representan el interés más inmediato de Inglaterra, centro de este nuevo capitalismo. Como consecuencia se define una tendencia del capitalismo inglés por convertir a todos los países a que tiene acceso en periferia de su propia industrialización, esto es, de convertirlos en compradores de bienes manufacturados y vendedores (y productores) de materias primas.

Toda esta tendencia corresponde a la lógica de este sistema capitalista, que busca las bases de su propia expansión tanto en el interior de su país como en todos los otros países del mundo. En este sentido, es una tendencia fatal.

Ella tiene su origen en el hecho de que fuera de Inglaterra existen materias primas que permiten un aprovechamiento de la producción industrial mayor que el que pueden ofrecer los recursos naturales ingleses, y a precios más bajos que en el mercado interno. Además, ella se explica porque solamente sobre la base de la obtención de estas materias primas es posible la venta de bienes manufacturados en el exterior, donde son comprados a cuenta de lo obtenido por la venta de las materias primas.

Esta conversión de otros países en periferia determina un nuevo tipo de penetración. Sin duda, el capitalismo mercantil había iniciado ya la penetración del mundo entero, convirtiendo gran parte de él en dependencia colonial de sus centros. Pero esta dependencia es totalmente distinta de la dependencia moderna. Principalmente en razón de los altos costos del transporte ella puede ser referida solamente a productos con una relación valor/peso extremadamente alta. Conciérne, por lo tanto, más bien al oro, a otros metales preciosos, a las especies, seda, etc. En esta penetración no está comprendida la producción masiva de bienes, cuya base sigue siendo regional. Es el consumo sofisticado de las clases altas el que se ve afectado por este intercambio, puesto que su acción sobre sectores sociales más amplios alcanza sólo a regiones relativamente limitadas.

El nuevo tipo de penetración, que parte ahora de Inglaterra, es distinto. Llega a tener su impacto masivo con el abaratamiento de los costos de transporte durante el siglo XIX, que tiene su expresión más significativa en la aplicación de la máquina de vapor al transporte marítimo y al ferrocarril. Con eso, prácticamente todas las materias primas del mundo y todos los mercados consumidores de bienes manufacturados están al alcance de la expansión industrial capitalista. Se da una inmensa posibilidad de aprovechar la riqueza de la tierra entera en favor de la expansión de los nuevos centros industriales del mundo capitalista. Y estos países no tardan en aprovechar esta posibilidad.

Cabe hacer aquí una aclaración. Se ha hablado mucho de que el capitalismo necesita las materias primas de las periferias dependientes. Pero esta expresión es muy ambigua. En cierto sentido no las necesita. No se puede sostener que el capitalismo no habría podido desarrollarse en el caso de no haber tenido acceso a las materias primas del mundo entero. Hacer depender el surgimiento del capitalismo de hechos geográficos reflejaría un concepto totalmente mecánico, que con el mismo método también podría sostener que el capitalismo no habría podido existir si en todo el mundo no hubiera habido materias primas diferentes de las que hay, por ejemplo, en Inglaterra. Un planteamiento semejante podría igualmente llegar a una conclusión tan absurda como ésta: si el mundo no fuera más grande que Inglaterra no habría podido existir el capitalismo moderno. Todo eso es evidentemente falso. El capitalismo no necesita las materias primas existentes fuera de los países céntricos como condición de la posibilidad de su existencia. Sin este acceso a las materias primas de las periferias, el desarrollo tecnológico posiblemente habría buscado otro rumbo y quizás habría sido más lento. No puede apreciarse que exista una dependencia mecánica.

Lo que sí existe es la necesidad del sistema capitalista de aprovechar las posibilidades que le da una transformación del mundo en periferia de los centros desarrollados. Se trata entonces de una necesidad que nace del sistema social/capitalista y no de una necesidad tecnológica.

Pero no basta constatar el hecho de esta penetración y la existencia de esta tendencia a transformar el mundo en periferia. Tampoco basta llegar a concluir que tal tendencia es un resultado necesario de relaciones sociales de producción del tipo capitalista. El verdadero problema consiste más bien en explicar porqué esta tendencia tiene éxito y logra realmente transformar la mayor parte del mundo en periferia de los centros desarrollados y, cuando no lo consigue, consiste en analizar por qué a veces logra sus fines y por qué a veces fracasa.

Parece evidente que esta tendencia a transformar el mundo en periferia tiene que ver con el surgimiento del subdesarrollo. Pero tampoco es eso. No se puede confundir sin mayor examen desarrollo e indus-

trialización. Un país periférico puede ser un país desarrollado, pero difícilmente un país industrializado puede ser un país subdesarrollado. Necesitamos por lo tanto herramientas, más refinadas para poder discutir la relación entre industrialización, periferia y subdesarrollo.

La teoría económica del espacio

Tenemos que dedicarnos por consiguiente a la discusión de algunos conceptos básicos del comercio internacional y de la teoría económica del espacio. El significado de la relación entre industrialización, surgimiento de una periferia económica y del subdesarrollo no puede ser comprendida sino dentro de su marco teórico más amplio.

Primero debemos entrar a analizar la base y el origen de la división internacional del trabajo y del consiguiente comercio internacional. La visión más tradicional del problema parte de la teoría de los costos comparativos. Según ésta, la posibilidad del intercambio internacional descansa sobre el hecho de que en distintos países se dan distintos costos en la producción de bienes. Siendo así, sería siempre provechosa una especialización de la producción de los países según sus costos más favorables. Esto tampoco excluiría el intercambio en el caso de que un determinado país tenga costos desfavorables en relación a cualquier producto con respecto a otro país. También en este caso sería económicamente provechosa una especialización y un consiguiente intercambio que tendría que guiarse ahora por las ventajas comparativas en la producción de bienes. Este último punto fue primeramente elaborado por David Ricardo, y domina desde entonces la teoría económica del comercio internacional. "Siempre que dentro de un mismo país existan diferencias de productividad, la especialización y el comercio resultan ventajosos. Lo mismo ocurre con países distintos: el comercio internacional es una forma eficiente de transformar un bien en otro, más eficiente que la exclusiva producción interior"¹⁰. "El primer eslabón en la cadena de los razonamientos del costo comparativo es la diversidad de condiciones de producción entre países distintos"¹¹.

Para que la teoría de costos comparativos pueda ser punto de partida de la reflexión sobre el comercio internacional, la diversidad de las condiciones de producción entre países y regiones tiene que ser la razón exclusiva de la existencia del comercio internacional. Esto también podríamos formularlo al revés. Si no hubiera diversidad de condiciones de producción entre países o regiones, no podría haber comercio internacional. Vamos a discutir el problema de acuerdo a esta última formulación. Supongamos la existencia de un espacio económico homogéneo con iguales condiciones de producción en todos los puntos de este

¹⁰ Samuelson, op. cit. Pág. 761.

¹¹ Samuelson, op. cit. Pág. 755.

espacio para ver si en una situación tal se produce también una división internacional del trabajo y un comercio internacional. Si la respuesta es afirmativa, la teoría de los costos comparativos trata solamente un caso específico de la división internacional del trabajo y tendría que basarse en una teoría del espacio económico mucho más amplia. En este razonamiento sobre la teoría del espacio económico vamos a considerar la opinión de autores, como Heinrich von Thünen, Adolf Weber y Predöhl.

El espacio económico homogéneo

Primero vamos a suponer que el espacio económico es homogéneo. Tenemos que definir esta homogeneidad del espacio en términos más amplios que los usados por von Thünen. Suponemos que en cada lugar la tierra tiene la misma fertilidad para cualquier tipo de producción. Eso incluye en especial el supuesto de que en cada lugar se puede producir, bajo condiciones iguales, cualquier materia prima que sea necesaria. A este supuesto básico vamos a añadir algunos supuestos adicionales que después nos servirán para elaborar nuestra tesis sobre el equilibrio en el espacio económico homogéneo:

1.— Supongamos una movilidad absoluta de la fuerza de trabajo y, por lo tanto, su disposición a desplazarse a los lugares donde su trabajo significa la maximización del producto económico total. Este supuesto se opone al supuesto básico de la teoría de los costos comparativos que se formula precisamente a partir de la imposibilidad de tal movilidad de las fuerzas de trabajo. Con este supuesto la teoría de los costos comparativos tiende implícitamente a suponer de que tal movilidad eliminaría la posibilidad del comercio internacional.

2.— Suponemos además que en el mismo lugar se puede producir solamente un bien o por lo menos un número limitado de bienes a la vez. Este supuesto explica solamente lo que es un espacio. Allí donde se cultiva trigo no puede existir a la vez una producción metalúrgica, etc. El espacio excluye la posibilidad de una coexistencia productiva de un número arbitrario de bienes en el mismo lugar.

3.— Suponemos además que el transporte de bienes significa costos. Si no significara costos el supuesto anterior no tendría sentido. La diversificación de la producción en el espacio tendría el mismo significado económico que la producción de un número arbitrario de bienes en un mismo lugar.

4.— Suponemos la distribución igual del conocimiento técnico. Esto no equivale a un estancamiento de la técnica. Más bien suponemos que cada nueva técnica, en el momento de su surgimiento se halle simultáneamente al alcance de todos. Podemos formular este supuesto en términos de un nivel homogéneo de la técnica.

5.— Suponemos igualmente una distribución igual de la habilidad en el trabajo.

6.— Como consecuencia de todos los supuestos anteriores tenemos que suponer a la vez que todos los factores de producción tengan un pago igual en todos los lugares. Esto no excluye la posibilidad que el pago de un determinado factor sea igual a cero.

El conjunto de estos supuestos nos da la descripción completa de lo que entendemos por un espacio económico homogéneo. Se trata de supuestos que eliminan cualquier posibilidad de existencia de ventajas relativas, de factores en el espacio. Habría que ver ahora cómo se ordenaría en este caso la producción en el espacio.

El ordenamiento de la división del trabajo en el espacio homogéneo

Si supusiéramos ahora que la escala de producción no tuviese ningún efecto sobre los costos de la producción, no se podría desarrollar jamás una división internacional del trabajo. En este caso podría surgir un número arbitrario o de entidades autosuficientes que podrían elaborar sus productos a costos iguales tanto con intercambio como sin intercambio. Como no habría ninguna ventaja de escala productiva la entidad límite de la producción autosuficiente sería la persona individual, que podría producir todos los bienes deseados al mismo costo que cualquier grupo humano.

Para que pueda existir una división del trabajo en el espacio homogéneo deben existir por consiguiente ventajas de escala de producción. Vamos a suponer entonces la existencia de ventajas de escala en tal sentido. Suponemos que según la escala de producción haya costos decrecientes que disminuyan hasta que la producción alcanza una determinada magnitud, con un mínimo de costos posible, más allá de la cual los costos no bajan más. Vamos a considerar estas ventajas de escala desde dos puntos de vista:

1.— La ventaja de escala referente a la producción de un determinado bien en unidades de producción más o menos grandes. Este tipo de ventajas nuevamente pueden ser consideradas desde dos ángulos diferentes, es decir desde el punto de vista de la unidad de producción misma y desde el punto de vista de la ventaja de la presencia de otras producciones en lugares cercanos. Se trata de la ventaja de escala de producción propiamente dicha y de la ventaja de la aglomeración de la producción de diversos bienes (internas y externas).

2.— La ventaja de escala con respecto a la extensión de una determinada producción en el espacio. Suponemos entonces que los costos de producción bajan en relación a la extensión que una determinada escala de producción puede ocupar en el espacio. Ocupando más espacio decrecen los costos.

Con estos dos supuestos adicionales se produce automáticamente un ordenamiento del espacio económico con una división internacional del trabajo en el cual no interfiere ningún tipo de ventajas relativas. Según las diversas ventajas de escala tendrían que formarse las diversas producciones en el espacio con la consiguiente necesidad de intercambio entre ellas. Para que haya maximización del producto en el espacio se formarían necesariamente redes de división del trabajo, que serían sistemas de la división internacional del trabajo, siempre y cuando no interfieran con fronteras políticas.

Para acercarnos a la descripción de este equilibrio en el espacio, podemos distinguir ahora los bienes en dos grandes grupos. Por una parte, tendríamos los bienes... para los cuales cuyo efecto sobre los costos del espacio aumentado por una determinada escala de producción, es muy pequeño y prácticamente de un valor igual a cero. Estos serían los bienes que se ordenan en el espacio primordialmente según sus ventajas de escala, tanto del tipo externo (ventajas de aglomerados) como del tipo interno (ventajas de la escala de una unidad de producción). Podemos hablar, en relación con estos bienes, de bienes de alta elasticidad de escala y de poca elasticidad de espacio. Se incluirían en estos bienes principalmente los bienes manufacturados y determinados tipos de materia prima, especialmente la materia prima del tipo minero. De estos bienes podemos distinguir otros sobre cuyos costos tiene un alto significado la extensión del espacio que se usa para determinada escala de producción. Estos serían bienes de una baja elasticidad de escala y de una alta elasticidad de espacio. Se trataría principalmente de los bienes de la producción agrícola, tanto alimenticia como de determinados tipos de materia prima.

Como no tenemos porqué suponer que todos los bienes tienen siempre la misma elasticidad de escala como de espacio, las diferencias de tales elasticidades implican el ordenamiento del espacio económico en una forma dualística. Los bienes cuya elasticidad de escala es más grande que su elasticidad de espacio se concentrarán en aglomerados de producción, mientras que los bienes con una elasticidad de espacio mayor que la elasticidad de escala formarán periferias que rodean tales aglomerados. Si suponemos que el espacio económico es finito, tal formación dual podría imaginarse como la relación en un solo aglomerado de producción, siendo todo el resto periferia. Para analizar tal proposición hace falta introducir los costos del transporte. Entre aglomerado y periferia tiene que existir necesariamente un intercambio continuo de bienes. Este intercambio implica determinados costos de transporte que van subiendo sobreproporcionalmente con la extensión de la periferia. Si la producción en el aglomerado ha llegado al máximo de sus ventajas de escala y si a la vez el espacio económico es suficientemente grande, este aumento sobreproporcional de los costos de transporte impone el

surgimiento de otros aglomerados de producción en otros lugares. Para que esto ocurra, cada aglomerado no tiene necesariamente que haber alcanzado el máximo de las ventajas de escala en todas sus producciones. Es suficiente que haya llegado a tal máximo en un número significativo de producciones, con el efecto de que un aumento adicional de las ventajas de escala no puede compensar el aumento de los costos de transporte debidos a la ampliación de la periferia.

Llegamos así a postular para el espacio económico homogéneo una red de aglomerados de producción, estando cada uno de ellos rodeado por su periferia correspondiente. Así se equilibraría el intercambio entre periferias y centros. De todas maneras en cada caso existiría un intercambio continuo entre periferia y centro. Pero esto no significaría necesariamente un intercambio ni una división del trabajo entre los diversos centros o aglomerados. Este intercambio no podría existir sino en el caso de que con este ordenamiento del espacio se produjera una situación tal que permitiera que todas las producciones en todos los aglomerados llegaran a una extensión tal, que pudieran aprovechar todas sus ventajas de escala. Aun cuando eso no ocurriera, tendría que surgir de todos modos una división del trabajo entre los diversos aglomerados, con el propósito de llegar, con respecto a determinadas producciones, a un aprovechamiento tal de sus ventajas de escala que fuera igual a los costos adicionales de transporte del intercambio de los aglomerados entre sí.

El equilibrio en el espacio homogéneo económico se constituye por consiguiente en dos líneas fundamentales:

1.— Una relación de intercambio entre diversos centros (aglomerados) y sus periferias correspondientes. Ella se equilibra según la relación que existe entre la elasticidad/escala y la elasticidad/espacio de los costos de producción.

2.— El equilibrio entre los diversos centros, que se determina según la proporcionalidad de la producción de diversos bienes. Bienes que llegan al mínimo de sus costos de escala a un nivel inferior de lo que en la proporcionalidad de todos los productos del aglomerado sería posible intercambiar, tienen que entrar en un intercambio entre los diversos centros. En el grado en que existe este fenómeno, los diversos centros se especializan en función de tales productos.

Establecido este equilibrio, todos los factores del espacio económico en su totalidad pueden tener precios iguales en todos los lugares. Como puede haber rentas diferenciales sobre el suelo, desde el punto de vista del equilibrio económico el precio del suelo será igual a cero. El producto entero se puede dividir sin residuos entre trabajo y capital, teniendo los dos precios iguales en todos los usos, sin computar ningún valor del terreno dentro del valor del capital.

Este equilibrio es teóricamente posible. Pero no hay que confundirlo con alguna tendencia del mecanismo de los precios. De ninguna manera sostenemos que bajo condiciones del espacio homogéneo el automatismo de los precios lleve a tal equilibrio. Al contrario, queremos decir que el mecanismo de los precios parece ser totalmente incapaz para conducir una economía hacia tal equilibrio. El concepto del equilibrio no es más que un punto de referencia para medir los desequilibrios que produce la orientación por el mecanismo de los precios y que constituyen su característica.

Lo que especifica el concepto del espacio homogéneo es que la naturaleza no condiciona de por sí los lugares en los cuales se sitúan los centros productivos. Pueden surgir en cualquier lugar. Pero, una vez determinado el lugar de una sola producción, el principio de la maximización económica determina los lugares principales de las otras producciones. Lo que especialmente nos interesa señalar es que esta determinación no conduce a una distribución homogénea de todas las producciones en el espacio, sino más bien a una red de centros rodeados por sus periferias correspondientes, especializados entre sí.

Espacio homogéneo y espacio natural

A partir de este concepto del equilibrio, podemos comenzar ahora a disolver los supuestos rígidos del espacio económico homogéneo para acercarnos al análisis del espacio natural. Ya mencionamos que en el equilibrio del espacio homogéneo todo el producto se puede repartir entre los factores trabajo y capital sin que quede ningún residuo. Tendríamos que analizar ahora cómo se originan los residuos atribuibles al emplazamiento de producción de los espacios.

La renta de emplazamiento

Manteniendo primeramente todos los otros supuestos del espacio homogéneo, analizaremos qué influencia tendrá una falta de movilidad del factor trabajo sobre los ingresos. Si tal movilidad en un determinado lugar no existe (las fronteras de Ricardo), en dicho lugar no se puede producir con los mismos costos como podría ocurrir en el caso de existir una movilidad del trabajo. Los ingresos de los factores de producción serán por lo tanto más bajos que en otros lugares.

En este caso surgiría un residuo de valor que sería el reflejo de un emplazamiento no equilibrado de determinadas producciones y que debe ser considerado como una de las rentas sobre la tierra. Pero esta renta de ninguna manera mide un aporte del factor tierra sino que refleja un desequilibrio en el aprovechamiento del espacio económico. Es

la consecuencia de un bien no producido (un producto perdido) y no de la productividad de los factores.

Esta renta de emplazamiento de la producción tendría que surgir también en el espacio homogéneo dado que el desplazamiento de un lugar de producción significa costos. Tal movimiento significa costos siempre y cuando esté condicionado por un movimiento correspondiente de las instalaciones técnicas. Si suponemos que el progreso técnico cambia continuamente la elasticidad/escala y la elasticidad/espacio de los productos y la relación que existe entre ellas, veremos que un aprovechamiento equilibrado del espacio significaría a la vez un reemplazamiento continuo de los lugares de producción en función de tal técnica. Si las instalaciones no tienen tal movilidad o si esta movilidad tiene costos tan altos que no se compensan con las ventajas que significa el reemplazamiento de las producciones, tienen que surgir continuamente tales rentas de emplazamiento o diferencias en los ingresos de los factores en los distintos lugares.

Recién con el surgimiento de tales residuos, pueden surgir igualmente ventajas absolutas de la producción. Cuanto más cerca está un determinado emplazamiento en el espacio de los sitios de equilibrio, más alta será la renta de emplazamiento. Cuanto más desequilibrada sea el emplazamiento general de la producción en el espacio tanto más alta será la renta de emplazamiento, en los lugares más favorables.

Para argumentar la existencia de esta renta de emplazamiento no hace falta por consiguiente que haya limitación de la movilidad por fronteras políticas. La movilidad se limita por el hecho mismo de que las instalaciones técnicas sólo pueden ser movidas con costos altos, lo que significa la imposibilidad de realizar en cada momento el equilibrio en el espacio. Fronteras políticas que limitan la movilidad del trabajo pueden reforzar este fenómeno, pero no lo constituyen de por sí.

La renta relativa sobre la tierra en el espacio natural

Ahora podemos discutir los fenómenos propios del espacio natural. En el espacio natural la fertilidad de la tierra es distinta en distintos lugares y las materias primas se encuentran repartidas al azar. Seguimos suponiendo que la tecnología y la habilidad en el trabajo son igualmente disponibles en todos los lugares del espacio. (homogeneidad del nivel tecnológico). Pero ahora se da el fenómeno adicional de que un mismo nivel tecnológico y una misma habilidad en él para el trabajo tienen distintos rendimientos de acuerdo a las condiciones específicas de la naturaleza en lugares específicos. Esta es la situación típica para la existencia de residuos de valor atribuibles al condicionamiento natural que, tradicionalmente, se consideran como las rentas correspondientes a la tierra. Cambia ahora el condicionamiento del emplazamiento de la pro-

ducción en el espacio. En el caso del espacio homogéneo, una primera opción para algún lugar de producción determina la distribución de la producción en el espacio en sus líneas fundamentales. En el caso del espacio natural, la diversidad de las condiciones del espacio significa una determinación adicional según las diferencias de las condiciones de la naturaleza. Determinados lugares de producción poseen pues, ventajas absolutas de costos, con respecto a otros lugares de producción.

No nos interesa por el momento el problema de la propiedad como fuente de acceso a tales ventajas absolutas que da el emplazamiento en el espacio natural. Nos interesa más bien ver cómo se situarían en tal caso los centros y las periferias si rige el criterio de la maximización total, sin restricciones de la movilidad del trabajo debido a fronteras políticas. Se puede constatar dos tendencias que determinan las materias primas sobre el emplazamiento de los centros de producción. Estas tendencias surgen en relación a los costos de transporte entre centro y lugar de producción de tal materia prima. Hay materias primas cuyo peso físico no varía con respecto al peso físico del bien final que se produce a partir de ellas, o cuyo peso físico desaparece solamente en el acto del consumo final. Esto es válido, por ejemplo, en el caso del petróleo. En el caso de tales materias primas es relativamente de poca importancia en lugar en que son elaboradas. El gasto de transporte es el mismo con elaboración en el lugar de destino. Desde el punto de vista del destinatario no hay ventaja ninguna en trasladar los medios de elaboración al lugar de origen de la materia prima. Tales materias primas tienen necesariamente muy poca influencia sobre el cambio de centros de producción industrial. Hay otras materias primas, en cambio, que pierden su peso físico durante el proceso de la elaboración. Esto es aplicable para el carbón en el proceso de la producción de acero; mientras que el mineral de hierro solamente pierde una parte de su peso físico, el carbón lo pierde totalmente. La tendencia se manifestará, por lo tanto, hacia una producción siderúrgica en el lugar donde se encuentra el carbón y no donde se encuentra el mineral de hierro. Pero también en este segundo caso la influencia de los costos de transporte sobre el emplazamiento de los centros no es necesariamente determinante, puesto que las ventajas de la producción aglomerada en centros establecidos pueden compensar con creces la desventaja de los costos de transporte. Esto explica porqué los lugares de producción de las materias primas tienen una importancia muy relativa en la determinación de los lugares de los centros de elaboración. De hecho, el emplazamiento de los centros de elaboración en el espacio se determina por los lugares de producción de la materia prima solamente en casos extremos.

Para la determinación del emplazamiento de la producción de los centros nos queda por investigar ahora cuatro factores principales:

- 1.— La relación del peso físico de la materia prima con el peso

físico del producto elaborado. Este coeficiente de materia prima será igual a cero cuando el peso se pierde totalmente e igual a uno cuando el peso se mantiene totalmente en el producto elaborado. En el último caso, los gastos de transporte tienen una influencia mínima sobre el emplazamiento de los centros de elaboración y, en el caso de un coeficiente igual a cero, una influencia máxima. En este último caso se puede minimizar el emplazamiento de los centros de la elaboración en el lugar de origen de la materia prima, limitando su capacidad hasta que el coeficiente de la materia prima ascienda en forma significativa. Uno de los ejemplos posibles es el caso del cobre chileno: entre mineral de cobre y cobre concentrado existe una pérdida tan desfavorable, que parece forzoso llevar a cabo una determinada elaboración (refinación) del mineral en los lugares de producción, de modo que la concentración alcanzada haga que los gastos de transporte ya no puedan influir más con respecto al lugar de la elaboración.

Uno de los ejemplos posibles es el caso del cobre chileno, que tiene una relación tan desfavorable entre mineral y cobre concentrado que parece forzoso llevar a cabo una determinada elaboración del cobre en el lugar de su producción antes de alcanzar una concentración tal que los gastos de transporte ya no pueden influir más sobre el lugar de su elaboración final.

2.— Las ventajas de la aglomeración de los centros establecidos. Para que estas ventajas puedan ser mantenidas en estos centros establecidos tienen que ser superiores a las desventajas que significan los costos de transporte de la materia prima.

3.— La tecnología existente y disponible.

4.— La habilidad laboral.

Equilibrio y tecnología

En cuanto a los últimos dos puntos hasta ahora habíamos supuesto que la tecnología y habilidad laboral están igualmente disponibles en el espacio económico. Analizando este supuesto podemos ya anunciar un posible desequilibrio entre tecnología disponible y materia prima disponible, lo que puede conducir a la imposibilidad de lograr un equilibrio en el espacio. Toda producción de bienes es de por sí elaboración de materia prima y toda tecnología es tecnología de tal elaboración. Una tecnología jamás existe en el aire, sino que es una posibilidad de elaborar materias primas para transformarlas en bienes. Hay entonces un problema evidente entre la disponibilidad de determinada tecnología y la disponibilidad de las materias primas correspondientes a tal tecnología. Si el equilibrio en el espacio depende de una aplicación igual de la tecnología en el espacio entero, igualmente depende del supuesto de que

las condiciones naturales permiten una producción de materias primas proporcional a esta aplicación de la tecnología. Al no existir substitutos, no hay porqué pensar que necesariamente la naturaleza permita una aplicación equilibrada de un determinado conocimiento tecnológico en el espacio económico entero. Hay una relación funcional entre tecnología disponible y producción adecuada de materias primas. Las consecuencias de esta relación funcional se pueden ejemplificar fácilmente: Hoy en día la tecnología se ha desarrollado en función de aproximadamente la quinta parte de la humanidad, que vive en los países desarrollados. Un equilibrio en el espacio exigiría una extensión de esta tecnología sobre el mundo entero. La condición de tal posibilidad sería producir aproximadamente cinco veces más materias primas de lo que se produce actualmente. No hay ninguna seguridad a priori de que esto sea físicamente posible. Ello podría ocasionar desequilibrio entre materia prima, tecnología y las aplicaciones de esta tecnología en el espacio económico entero. Si se produjera tal desequilibrio éste no demostraría de ninguna manera una escasez de las posibilidades que da la naturaleza; simplemente pondría de manifiesto el hecho de que la tecnología hoy disponible se ha desarrollado en función de las necesidades de una pequeña minoría de los habitantes de nuestro mundo y jamás en función de la posibilidad de un equilibrio económico en el espacio económico entero. No se trata de ninguna manera de plantear la tesis de una escasez absoluta de materia prima, sino de exponer la necesidad de orientar un proceso tecnológico en función de la posibilidad de su aprovechamiento dentro de un equilibrio del espacio económico entero.

Por consiguiente, suponiendo que en cada momento es posible una tecnología que permite un equilibrio económico en el espacio global, podemos definir tal equilibrio en los siguientes términos: en el espacio económico homogéneo —bajo el supuesto de una disponibilidad igual de la tecnología y de la habilidad laboral— se define por la relación entre elasticidad-escala y elasticidad-espacio de los productos. En el espacio natural aparecen como factores adicionales del equilibrio los costos de transporte resultantes de la distribución casual de las materias primas en el espacio y las condiciones generales naturales que influyen sobre los costos de la producción. En el equilibrio del espacio homogéneo la renta sobre la tierra existía únicamente a raíz de los costos de la movilidad de los aglomerados de producción y constituía una renta de el emplazamiento en el espacio. En el equilibrio del espacio natural existe además una renta relativa sobre el suelo que es resultante de la distribución casual de las condiciones naturales del proceso de la producción. En ambos casos el equilibrio en el espacio es posible y necesariamente significa el empleo de toda fuerza de trabajo disponible al mismo nivel tecnológico, pero con diferenciación de su rendimiento según las condiciones naturales de los lugares de producción.

En ambos casos de rentas sobre la tierra —la renta del emplazamiento y la renta relativa— su existencia está condicionada por el surgimiento de ventajas comparativas de la producción. Pero estas ventajas comparativas no explican de ninguna manera el emplazamiento de la producción en el espacio. No son más que un elemento adicional en la determinación de tal emplazamiento. Ya en el caso del espacio homogéneo vimos que de la división internacional del trabajo nace todo un sistema entre centro y periferia y entre centros mismos. La existencia de ventajas comparativas determina mejor estas especializaciones, que ahora no son resultado de opciones arbitrarias con la condición de una correspondencia entre sí, puesto que incluso llegan a ser influidas por la existencia de tales ventajas comparativas o —lo que es lo mismo— de las rentas relativas sobre el suelo. Pero también tal orientación de la especialización productiva de los centros, debida a las ventajas comparadas, tiene un límite determinado. Las ventajas de la especialización compiten con las ventajas de la aglomeración y la especialización tiene necesariamente su límite en el punto en el que se compensan las ventajas de la especialización y las ventajas de la aglomeración.

El desequilibrio en el espacio (desarrollo desigual)

Un equilibrio del espacio natural descrito en estos términos sitúa las ventajas comparativas en una situación relativamente marginal. Tales ventajas no pueden explicar ni el surgimiento ni la desaparición ni el desplazamiento de los centros de producción. Son elementos adicionales en el cálculo de las decisiones sobre tales fenómenos. Si no se les toma en cuenta las decisiones pueden ser igualmente tomadas, aunque tengan un grado de eficiencia económica menor. De ninguna manera podrían llevar a desequilibrios en el empleo de la fuerza de trabajo y en el uso de la tecnología que está disponible. Las ventajas comparativas explican solamente las diferencias de la participación de los factores en los distintos lugares del espacio global y un determinado mecanismo para minimizar tales diferencias. Con respecto a la existencia de desequilibrios en el ordenamiento del espacio económico natural no tienen relación alguna.

Los desequilibrios en el espacio natural tienen más bien los siguientes indicadores:

1.— El subempleo en determinados lugares. Este subempleo indica un desequilibrio en el espacio solamente en el caso de que se trate de un fenómeno a largo plazo. En el subempleo a corto plazo existe una falta de coordinación entre capacidades técnicas instaladas y mano de obra disponible. En el caso del subempleo a largo plazo no le corresponde a la mano de obra disponible realizar instalaciones técnicas para emplearse. Si la proporción de tal subempleo es pequeña, el equilibrio

en el espacio puede ser restablecido con una simple migración. Pero si en cambio es numérica significativa, se excluye la posibilidad de la migración y el subempleo indica la falta de existencia de centros industriales de producción. Si este desarrollo industrial tiene que ser llevado a cabo bajo condiciones desfavorables de costos en todos los rubros, este hecho no puede justificar un impedimento de tal desarrollo industrial. Podría llevar única y exclusivamente al resultado de que en tal lugar el mismo nivel tecnológico y de habilidad laboral conduciría a rendimientos más bajos de los factores de producción que en otros lugares más privilegiados. La teoría de las ventajas comparativas sólo puede indicar el mecanismo para minimizar tales diferencias.

2.— El empleo de una tecnología atrasada o, en casos extremos —que muchas veces son los casos mayoritarios— de una tecnología tradicional. Al introducir este indicador, estamos abandonando el supuesto de una disponibilidad equilibrada de la tecnología en todo el espacio global. La existencia de desniveles tecnológicos o la falta total de una tecnología industrial indican siempre de por sí un desequilibrio en el espacio.

3.— La falta de un nivel de habilidad de la mano de obra, adecuado al empleo de una tecnología moderna. Este indicador del desequilibrio en el espacio corresponde al factor anterior. La habilidad de la mano de obra se desarrolla en función de una tecnología y una tecnología se desarrolla en función a una habilidad laboral.

Podríamos, por lo tanto, resumir estos tres indicadores en dos: el subempleo estructural y la tecnología atrasada o tradicional. Pero nuevamente podemos sintetizar estos dos indicadores en uno solo: la existencia de una tecnología atrasada y tradicional que como consecuencia trae consigo el subempleo estructural (la no-homogeneidad del nivel tecnológico).

Este indicador principal del desequilibrio en el espacio económico natural tiene la característica de denunciar un fenómeno que es perfectamente atribuible a la praxis humana. La responsabilidad por su existencia incumbe únicamente a los hombres, y de ninguna manera puede ser asignada a un resultado de las características de la naturaleza. Hace falta, por lo tanto, explicar estos desequilibrios como resultado de una determinada acción humana. La explicación de tal acción será necesariamente también la explicación del subdesarrollo, y el análisis de una praxis humana hacia el equilibrio en el espacio será el análisis de las posibles vías de desarrollo del mundo subdesarrollado.

De esta manera podemos ahora definir lo que entendemos por periferia equilibrada, distinguiéndola de la periferia desequilibrada. Una periferia equilibrada lo será con respecto al equilibrio del espacio económico. Como tal equilibrio no excluye la existencia de periferias, estas periferias serán a la vez periferias desarrolladas. En cambio, cuando el

carácter económico de periferia se une con las características de un desequilibrio en el espacio económico, la periferia será desequilibrada. Esta viene a ser por lo tanto, una periferia subdesarrollada. Esta distinción entre estos dos tipos de periferia nos permite ir más allá de la simple identificación de periferia y subdesarrollo, que hacen la CEPAL y muchos otros autores. Por otra parte Andre Gunder Frank partiendo de la distinción entre metrópoli y satélite identifica la situación de los satélites en la del subdesarrollo. Esta simple identificación excluye la posibilidad de una teoría del subdesarrollo.

El contenido ideológico de la teoría de las ventajas comparativas

A partir de esta tesis, podemos volver sobre el carácter ideológico de la teoría de las ventajas comparativas. En esta teoría nos interesa, por una parte, la explicación de la división internacional del trabajo a través de las ventajas comparativas como causantes del fenómeno, mientras no elabore un concepto del equilibrio del espacio económico homogéneo. Por otra parte, nos interesa el hecho de que trata como base de las ventajas comparativas no solamente el carácter casual del espacio natural, sino igualmente la desigualdad del nivel tecnológico y el desnivel de la habilidad de la mano de obra. El primer punto mencionado —la declaración de las ventajas comparativas como causantes de la división internacional del trabajo—, muestra su importancia por cuanto hace posible el tratamiento análogo de los desniveles del espacio natural y de los desniveles de la tecnología y de la habilidad de la mano de obra. Solamente de esta manera logra tratar los fenómenos accesibles a la praxis humana. De esto resulta que los fenómenos de responsabilidad humana son considerados como fenómenos naturales, quitándoles, por consiguiente, su carácter propiamente humano. Es el procedimiento típico de toda ideología liberal.

Con este procedimiento el concepto de las ventajas comparativas se tautologiza. En la teoría del intercambio internacional liberal las ventajas comparativas llegan a desempeñar el mismo papel, que en la teoría del equilibrio general liberal desempeña el concepto del equilibrio de los mercados por la competencia. En la teoría general del equilibrio se parte de un hecho inmediatamente visible: esto es, que en los mercados de bienes oferta y demanda tienden continuamente a coincidir como consecuencia bastante obvia de que el ser humano prefiere comprar barato a comprar caro. Como esta teoría parte de esta evidencia particular, tiene que argumentar consecuentemente que tales movimientos de los mercados de bienes tienden a producir el equilibrio general, lo que comprobaría que los mercados de los factores de producción son mercados cualitativamente equivalentes a los mercados de bienes. Después de la revolución keynesiana esta tesis se derrumbó, conservándose solamente

en determinadas escuelas teóricas. La antigua tesis de la coincidencia de los mercados de los bienes y de los mercados de los factores fue reemplazada por la tesis de la no correspondencia entre la tendencia del automatismo de los precios y la producción del equilibrio macroeconómico. Un paso semejante está preparándose en la teoría del intercambio internacional. La teoría de las ventajas comparativas, con su tratamiento análogo de las diferencias naturales y de los desniveles tecnológicos de responsabilidad humana, parte igualmente de un hecho muy obvio, en la misma forma que la teoría general del equilibrio: el ser humano prefiere intercambiar también internacionalmente los bienes que le dan mayor ventaja económica que bienes que le ofrecen una ventaja menor. Un país como Chile, por ejemplo, tiene muchas materias primas, entre ellas tanto cobre como carbón. Por supuesto exporta cobre y no carbón porque le da mayores ventajas. Esto es válido tanto para el caso de las ventajas absolutas como para el de las ventajas comparativas. Lo que tendría que explicar esta teoría sería una supuesta tendencia de tal orientación de las ventajas comparativas para producir un equilibrio económico en el espacio natural. Pero, si el subempleo estructural, como consecuencia de la tecnología atrasada o tradicional es el indicador del desequilibrio en el espacio la inclusión de los desniveles tecnológicos en el criterio de las ventajas comparativas hace imposible la discusión del equilibrio en el espacio. En este caso la teoría de las ventajas comparativas solamente nos indica cuáles de las técnicas atrasadas son relativamente más provechosas en la situación del atraso y jamás la posibilidad de superar tal desequilibrio. Incluyendo los desniveles técnicos dentro del criterio de las ventajas comparativas, esta teoría nos explica solamente cómo aprovechar mejor el desequilibrio. Y esto es exactamente lo que esta sociedad hace. Por esta razón la clase dominante de esta sociedad también se siente interpretada por tal teoría.

Todo este carácter de la teoría de las ventajas comparativas nos demuestra una incapacidad ideológicamente arraigada del pensamiento liberal. Este pensamiento rechaza de antemano una distinción tajante entre el concepto del equilibrio —ya sea éste el equilibrio general de los precios o el equilibrio en el espacio— y las tendencias del mecanismo de los precios. Confunde continuamente tendencias de los precios y tendencias al equilibrio y jamás llega a utilizar el concepto del equilibrio como un marco de referencia para juzgar sobre la base de desequilibrios provocados por la tendencia de los precios. El pensamiento liberal jamás transa en este punto. Para él, el concepto del equilibrio es el resultado del análisis de las tendencias del mecanismo de los precios. Pero como los precios no tienen ninguna tendencia al equilibrio, sino más bien al desequilibrio, este axioma a priori del pensamiento liberal se convierte en el constituyente de su carácter ideológico. Una crítica de este núcleo ideológico lleva necesariamente a un concepto de

equilibrio que jamás se da y jamás se puede dar, pero que es el instrumento teórico para detectar los indicadores de los desequilibrios producidos en la realidad y para pensar teóricamente las medidas adecuadas para superar tales desequilibrios. Para el pensamiento liberal, por el contrario, la definición ideológica del concepto del equilibrio sirve para analizar teóricamente la posibilidad de soportar mejor los desequilibrios sin superarlos.

La utilización consciente de la ley del valor

De la crítica del contenido ideológico de la teoría del intercambio internacional se desprende, por lo tanto, una separación radical entre el concepto del equilibrio del que derivan los indicadores de los desequilibrios en el espacio y las tendencias de los precios que continuamente producen tales desequilibrios en el espacio. En la terminología marxista se enfrenta el del problema de la utilización consciente de la ley del valor. Este es un concepto que existe en todos los sistemas socialistas actuales. Pero, a la vez, se trata de un concepto que no es completamente ajeno a la teoría económica burguesa. Si bien las corrientes liberales y neo-liberales de esta teoría económica mantienen la identificación entre el concepto del equilibrio y la tendencia de los precios, la corriente keynesiana y post-keynesiana tiende a separar los dos niveles, aunque adolezca totalmente de una reflexión de las consecuencias metodológicas y por lo tanto, ideológicas. Pero de todas maneras, esta corriente estipula la necesidad de una política específica con respecto al marco general de la economía para que las tendencias de los precios puedan ser compatibles con el logro del equilibrio.

Si bien existen estas paralelas entre el concepto keynesiano del equilibrio y de las tendencias de los precios y el concepto socialista de la utilización consciente del valor, hace falta ver las profundas diferencias entre ambos. El concepto keynesiano se refiere más bien al equilibrio en el tiempo, ya sea a corto plazo (en los post-keynesianos) o a largo plazo. El concepto de la utilización consciente de la ley del valor, en cambio, si bien se refiere igualmente al problema del equilibrio en el espacio y del desarrollo desigual, considera el equilibrio en el tiempo solamente como una parte del análisis. Utilizar conscientemente la ley del valor significa asegurar el equilibrio en el tiempo, extendiéndolo continuamente al desarrollo equilibrado del espacio económico. Estos diferentes visiones seguramente también están relacionados con los lugares de referencia. La teoría keynesiana nace dentro de una sociedad desarrollada cuyo problema consistía en asegurar un equilibrio entre factores existentes. Las teorías socialistas, en cambio, nacen más bien en sociedades subdesarrolladas que sufrían de un desarrollo desigual de sus factores de producción. Pero juegan un rol también otros factores.

La política keynesiana ha tenido un éxito relativo en su intento de asegurar cierto equilibrio económico dentro de los países desarrollados. Pero todas las políticas de desarrollo de países subdesarrollados inspiradas en los conceptos keynesianos tendieron continuamente al fracaso. En cambio, la política socialista de desarrollo de países subdesarrollados —inspirada por su concepto de la utilización consciente de la ley del valor— ha marcado los procesos de industrialización más llamativos del siglo XX. De hecho, la sociedad capitalista no ha encontrado maneras ni de analizar los problemas de subdesarrollo ni de solucionarlos.

Los distintos sistemas socialistas, por supuesto, dan distintas interpretaciones a esta utilización consciente de la ley del vapor. La concepción soviética, en la actualidad, está mucho más cercana a la concepción keynesiana que de los conceptos cubanos o chinos. La explicación parece provenir de que, con el aumento del grado del desarrollo, los problemas del equilibrio en el tiempo tienden a predominar sobre los problemas del equilibrio en el espacio. Para la Unión Soviética, hoy día se trata más bien de asegurar la dinámica del desarrollo lograda, mientras que los otros sistemas socialistas mencionados todavía están en una etapa del esfuerzo para alcanzar en sus respectivos países tal dinámica de desarrollo. Para ellos priman, por lo tanto, los esfuerzos para asegurarse una situación equilibrada en el espacio económico y en relación a los centros desarrollados del mundo.

Los mecanismos del desarrollo desigual

A partir de lo dicho, podemos formular en una forma más precisa la intención de los capítulos que siguen. Hay que discutir, por un lado, las razones genéticas y estructurales del desarrollo desigual en el espacio económico, que han conducido al subdesarrollo en el mundo actual. Por otro lado, hace falta analizar las posibilidades de un desarrollo igual y equilibrado del mundo.

Todo el análisis se sustenta en la constatación del desarrollo económico desequilibrado y en el examen de la forma de aprovechamiento de tales desequilibrios en el espacio por parte de los centros desarrollados. Del análisis teórico anterior se desprenden algunas tesis posibles que pueden servir como guía en los capítulos siguientes:

1.— El indicador principal de un desarrollo desigual en el espacio es el subempleo del factor trabajo, o su empleo con medios de producción extremadamente atrasados y de tipo más bien tradicional. El indicador correspondiente del desarrollo es el empleo de la fuerza de trabajo con medios de producción modernos de alta tecnología o —en el caso de que no haya pleno empleo— la existencia suficiente de tales

medios de producción con la consiguiente *posibilidad* de un pleno empleo de la fuerza de trabajo.

2.— Fuera del indicador del desarrollo económico desigual necesitamos indicadores del aprovechamiento del desequilibrio económico en el espacio por parte de los centros desarrollados. Encontramos estos indicadores al considerar la compra de materia prima por parte de los países desarrollados y su venta por parte de los países subdesarrollados. Esta extracción de materia prima es un indicador aproximado de una explotación económica, siempre y cuando existe subempleo estructural en los lugares de venta de la materia prima. Como una industria manufacturera se define como centro de elaboración de materias primas, la compra de tales materias primas por parte de los centros indica necesariamente que las periferias subdesarrolladas ofrecen una ventaja absoluta en la producción de ellas. Si no existiera tal ventaja los centros producirían esta materia prima en su propia región. Esta ventaja absoluta necesariamente tiene que compensar los gastos de transporte de dicha materia prima hacia los centros. En el caso de un desarrollo de las regiones subdesarrolladas, estas materias primas deberían dar la pauta de la especialización de los nuevos aglomerados industriales que surgieran.

Dijimos que esta venta de materia prima es solamente un índice aproximado de la explotación económica. La razón de esto consiste en que la dotación de un determinado subespacio económico con alguna materia prima obtenida con costos relativamente ventajosos, en determinados casos no es suficiente para permitir una industrialización especializada de los productos elaborados con tal materia prima. Pero esto es diferente si se toma en cuenta subespacios económicos suficientemente grandes para tener una dotación de materia prima suficientemente diferenciada que pueda alimentar una producción manufacturera en las ramas principales de una industria moderna. Para dar solamente un ejemplo: En el caso de la exportación del cobre chileno, no se puede afirmar unívocamente un hecho de explotación económica que signifique el traslado de las posibles ventajas de una industrialización chilena hacia los centros desarrollados. Por esto cambia radicalmente si se toma en cuenta el continente latinoamericano en su totalidad. Este tiene una dotación de materia prima tan múltiple que podría industrializarse sin problema sobre la base de ella. La exportación de este conjunto de materia prima hacia los centros y la compra en ellos de bienes manufacturados es, por lo tanto, un indicador unívoco y no solamente aproximado de una explotación económica. Para dar un ejemplo más simplificado: si un país exporta mineral de hierro, ello no significa necesariamente una explotación económica. Pero si tal país tiene mineral de hierro, carbón y todos los ingredientes de una posible industria metalúrgica, y si además tiene un subempleo estructural y una población suficientemente grande para servir como posible mercado a tal industria, entonces la exportación

de mineral de hierro, sin el surgimiento de una propia industria siderúrgica, es un índice unívoco de una explotación económica y de una transferencia de ventajas reales de una posible industrialización hacia centros desarrollados. En tal sentido y de una manera análoga, todos los subespacios económicos con subempleo estructural y dotación múltiple de materias primas están sujetos a una explotación económica por parte de los centros desarrollados.

Si excluimos por el momento la discusión de por qué razones estas periferias inmensas se dejan explotar y por qué no se industrializan, podemos constatar, de todas maneras, que este subdesarrollo brinda determinadas ventajas a los centros desarrollados. Debido al acceso a las materias primas más favorables del mundo, los centros desarrollados pueden alcanzar, en un proceso de desarrollo desigual, niveles de productividad del trabajo con un determinado nivel tecnológico que no sería posible si hubiera un desarrollo equilibrado en el espacio. Existe, por lo tanto, junto con el desarrollo desequilibrado, una polarización de las ventajas y de las desventajas de tal desarrollo:

a) Los centros desarrollados tienen en cada nivel tecnológico determinado, una productividad de trabajo más alta que en el caso de un desarrollo equilibrado. En cuanto a este producto adicional podemos hablar de una explotación económica y de un aprovechamiento del desequilibrio en el espacio. Naturalmente, no nos interesa saber si esta explotación es consciente o no consciente, intencional o no intencional. Constatamos solamente que existe.

b) Debido a que el mismo nivel tecnológico de los centros rige en la periferia desequilibrada, la ausencia de la industrialización significa la renuncia a una productividad del trabajo objetivamente posible. A la explotación económica efectiva, mencionada en el punto anterior, corresponde una explotación económica negativa que consiste en la ausencia del producto posible.

La comparación de las ventajas y de las desventajas del desarrollo igual nos permite una afirmación adicional sobre la relación de éstas. En el caso del desarrollo desigual, el producto económico total del espacio económico entero siempre es más pequeño que en el caso del desarrollo equilibrado. Pero, a la vez, en los subespacios desarrollados, el producto per cápita es más alto que en el caso del desarrollo equilibrado. Por lo tanto, el producto adicional que gana el subespacio desarrollado, a consecuencias del desarrollo desigual, es relativamente más pequeño que el producto no producido en las periferias desequilibradas del espacio económico global. Podemos suponer, además, que esta polarización de las ventajas y de las desventajas es tanto más fuerte cuanto más rígido sea el desequilibrio en el espacio.

El carácter de esta explotación económica depende en gran parte del análisis de las razones de la transformación de partes significantes

del espacio económico global en periferias desequilibradas. Pero, hasta ahora, sólo nos interesaron los indicadores del desequilibrio en el espacio y no sus causas. Las causas serán objeto del análisis de los siguientes capítulos.

3.— De este indicador principal de la explotación económica surgida de problemas de desequilibrio en el espacio se derivan otros indicadores parciales de esta explotación. Para darles un nombre suficientemente amplio, podemos clasificarlos bajo el concepto de la extracción de superávits. En toda la tradición marxista la discusión de estos indicadores ha jugado siempre el papel principal, dándose en cambio muy poca importancia al análisis propio del desequilibrio del espacio. Esto explica una cierta superficialidad de los análisis marxistas a este respecto. La extracción de superávit de ninguna manera define la situación de la explotación económica. Aunque no haya ninguna extracción de superávits, tal situación de explotación existe siempre y cuando los impedimentos de la industrialización provoquen la existencia de periferias desequilibradas y establecen el intercambio materias primas-bienes manufacturados entre los centros y estas periferias. La extracción de superávits es un elemento adicional de esta situación básica de explotación.

Esta extracción de superávits puede tener principalmente dos fuentes. Por un lado, los superávits que extrae la industria incipiente existente en las periferias desequilibradas y, por otro lado, los superávits obtenidos a partir del ingreso que produce la diferencia entre los costos de producción de materias primas y sus precios en el mercado mundial. Este ingreso refleja la renta relativa de la tierra y es producto de la necesidades de unificar hasta cierto grado los precios de las materias primas en el mercado mundial. Si los costos de la producción de la materia prima están determinados por el nivel tecnológico, el ingreso depende de las fluctuaciones de los precios en el mercado mundial. El superávit que se extrae siempre una parte de este ingreso y objeto de disputa entre los intereses del centro y el de los países periféricos. Una visión superficial considera este superávit como un indicador de la explotación económica, cuando en realidad éste es solamente una apariencia de la explotación económica, que esconde las verdaderas raíces del desequilibrio en el espacio. La verdadera raíz del problema reside en las razones del impedimento de la industrialización. El indicador principal sigue siendo, por lo tanto, el monto del producto no producido de las periferias desequilibradas. El indicador de los superávits mide solamente la parte extraída del producto realmente producido.

Esto no significa que la extracción de superávits no sea un indicador importante. Lo es en dos sentidos:

a) La obtención de superávits indica una explotación más profunda que el simple aprovechamiento del desequilibrio económico en el espacio propio de la situación desequilibrada de la periferia. Su indicador

real es la diferencia entre exportación e importación de bienes y servicios. Solamente esta diferencia es la que cuenta y de ninguna manera la suma de las ganancias que empresas extranjeras sacan del país. La suma de ganancias puede ser —y en general lo es— más grande que la diferencia entre exportaciones e importaciones. La suma de las ganancias que salen del país juegan en los análisis marxistas tradicionales el papel principal de la medida de la extracción de superávits, lo que los convierte en análisis de las apariencias.

b) La suma de ganancias, intereses, amortizaciones, etc., que salen del país no indica la extracción de superávits; es, más bien, un indicador de otro elemento importante para un análisis de la relación entre centro y periferia desequilibrada. Indica más bien el monto del capital extranjero que existe en el país. Por lo tanto, tiene una relación con la dependencia. La relación entre estos servicios de capital y las nuevas entradas de capital constituye la apariencia cuantitativa de la situación de la dependencia. Solamente en el caso de que no entren nuevos capitales al país, el total de los servicios de capital hacia el exterior afuera mide la extracción de superávits. Pero de todas maneras el interés principal que tienen todos estos indicadores (diferencia entre exportaciones e importaciones y relación entre servicios de capital y entrada de nuevos capitales) consiste en el hecho de poder dar una medida aproximativa de la dependencia.

Pero se trata solamente de una medida aproximativa, porque el grado de la dependencia no se puede expresar jamás como una función directa de estos indicadores. La dependencia como tal emana del desequilibrio en el espacio, de la situación de periferia desequilibrada y del carácter de los impedimentos de la industrialización. Tal desequilibrio conduce inevitablemente a la dependencia. Y los indicadores mencionados anteriormente no son sino consecuencias de esta dependencia fundamental y constituyen su apariencia. En resumen, si no hubiera ninguna extracción de superávits ni flujo alguno de capital extranjero hacia el país, éste seguiría siendo dependiente, dada su situación de periferia desequilibrada. Pero es poco probable que una dependencia básica de tal tipo no conduzca a la extracción de superávit y a la penetración de capital extranjero.

4.— La extracción de superávits de los países subdesarrollados no significa necesariamente una entrada neta de superávits en los centros desarrollados. Siempre y cuando los costos de mantención del sistema de extracción por parte de los centros desarrollados sean más altos que las entradas brutas de superávits, corresponde a la extracción de los superávits de los países subdesarrollados una salida de superávits de los centros desarrollados. (Por ejemplo, en gastos militares, en función de la estabilidad del sistema). En esta posibilidad mencionada se manifiesta la irracionalidad del imperialismo (considerado en términos económicos)

y la conversión de la racionalidad capitalista en la irracionalidad del desperdicio. Habría que considerar dos grados posibles de esta irracionalidad:

a) La posibilidad de que los costos de estabilidad del sistema general por parte de los centros desarrollados pueden ser más altos que la salida de superávits de los países subdesarrollados. Esta relación tiene todavía indicadores cuantitativos. La parte del producto extraído en las periferias desequilibradas y que pasa al centro, es más pequeña que la parte del producto desperdiciado por los centros desarrollados en función de la estabilidad del mecanismo de extracción. Parece bastante obvio que el capitalismo moderno ya ha pasado más allá de este grado de irracionalidad.

b) La posibilidad de que los costos de estabilidad del sistema de extracción de materias primas sean más grandes que las ventajas que da el aprovechamiento del desequilibrio en el espacio. En este caso el producto desperdiciado de los centros desarrollados no solamente supera con creces la obtención de superávits de los países subdesarrollados, sino que a la vez supera también las ventajas de la explotación económica básica analizada en el punto (2). En este caso, la estabilidad del mecanismo entero de explotación tiene costos más altos que los beneficios totales de la explotación. El imperialismo se vuelve irracional desde el punto de vista económico. No hay indicadores cuantitativos exactos para este grado de irracionalidad, pero es muy probable que el imperialismo capitalista, por lo menos en el siglo XX, haya alcanzado este grado máximo posible.

Sin embargo, se trata de una irracionalidad en términos del sistema entero. Si bien los costos de estabilización del mecanismo de explotación por parte de los centros desarrollados tienden a ser mayores que el producto de la explotación, hay que distinguir en el interior de los centros desarrollados entre los grupos que reciben el producto de la explotación y los grupos que pagan la estabilización del sistema de la explotación. Como son grupos distintos, los unos salen ganando, mientras que los otros salen perdiendo. Pero los que salen perdiendo pierden más de lo que ganan los que salen ganando. En cuanto sistema social este sistema es irracional. Pero es altamente racional para los grupos que salen ganando. Se trata de la irracionalidad de lo racionalizado, y de la racionalidad de lo irracional.

III. *Los orígenes del subdesarrollo*

El esbozo anterior de una teoría del espacio económico nos da los conceptos básicos para analizar el surgimiento del subdesarrollo durante el siglo XIX. Se trata, por un lado, del concepto del equilibrio económico en el espacio, que describe una relación equilibrada entre aglo-

merados industriales y periferias. Por otra parte, se trata del concepto del desequilibrio en el espacio como resultado de un desarrollo desigual, que describe una triple relación entre aglomerados industriales, periferias equilibradas en relación a tales centros y periferias desequilibradas. El concepto de las periferias, por lo tanto, no implica necesariamente una situación de desequilibrio. Solamente en el caso del desequilibrio de la periferia existe la tendencia hacia el subdesarrollo. Por eso la pregunta referente a los orígenes del subdesarrollo es a la vez una pregunta referente a los orígenes de las periferias desequilibradas.

El surgimiento de estas periferias desequilibradas presupone ya la existencia de un desarrollo económico del tipo moderno en alguna parte del mundo. Pero esa no es condición suficiente. Presupone a la vez la existencia de un mercado mundial con medios de transporte adecuados para un intercambio masivo de bienes manufacturados y materia prima alrededor del mundo. Sin estas dos condiciones el concepto del subdesarrollo no tiene ningún sentido. La condición de la existencia del desarrollo en alguna parte del mundo es necesaria para que la ausencia del desarrollo pueda ser un problema percibido, y la existencia de un mercado mundial es la condición para que las consecuencias del desarrollo en una parte del mundo puedan impactar realmente en las condiciones de vida del mundo entero. La percepción del desarrollo y su impacto en las estructuras de todo el mundo forman el punto de partida tanto del proceso del subdesarrollo como del surgimiento de periferias desequilibradas.

Si se considera el subdesarrollo desde este ángulo, el punto de partida del análisis corresponde necesariamente a la primera revolución industrial que tiene lugar en Inglaterra a fines del siglo XVIII. En este período se configuran las bases del desarrollo moderno con el surgimiento de la primera sociedad capitalista moderna. Por primera vez en la historia una sociedad se forma en función del criterio de crecimiento económico continuo. La revolución industrial, por lo tanto, no es simplemente una revolución de la estructura económica sino de todas las estructuras sociales hacia este criterio del desarrollo económico. En consecuencia, esta revolución industrial es una revolución de la estructura económica, de la estructura de clases, de la estructura política y de toda la estructura ideológica y de valores. Es la revolución de una sociedad en su totalidad en función de la revolución industrial. Se introduce una tecnología sistemáticamente desarrollada, el concepto de una propiedad privada ilimitada sobre la tierra y todos los bienes, un intercambio monetario referente a todos los productos, la igualdad formal de las personas con la consecuencia del trabajo asalariado, la democracia representativa sobre la base del voto general, y valores de maximización de las ganancias sobre el capital que se convierten en los rectores del progreso tecnológico sistemático que está iniciándose. A toda esta revolución del

sistema social corresponde el surgimiento de toda una nueva interpretación ideológica de la sociedad, que tiene como elemento central el concepto del progreso y el de la coincidencia del interés general y del interés particular, como resultado de la aplicación de los valores de la maximización de la ganancia que guían la nueva división del trabajo producida por el progreso técnico.

Aunque se perciba a primera vista la revolución industrial como un fenómeno primordialmente económico, en realidad ella representa el surgimiento de todo un nuevo sistema socio-cultural. La extraordinaria expansión económica se explica únicamente como el producto de este nuevo sistema socio-cultural global. Sin embargo, el desarrollo económico es el producto más visible y más impactante a partir del cual se llega a penetrar el mundo entero. Pero este impacto de la revolución industrial fuera de Inglaterra se encuentra con situaciones socio-culturales muy diversas, según los países y las regiones del mundo.

No nos interesa especialmente explicar por qué circunstancias históricas se produjo la revolución industrial y por qué precisamente fue Inglaterra el lugar en que nació. Nos interesa más bien lo que significaba la revolución industrial en el plano de las estructuras económicas, sociales, políticas e ideológicas. Su significación no estaba a la vista inmediatamente en los comienzos de la revolución industrial, sino que comenzó a revelarse más bien durante la expansión del sistema industrial a través del mundo entero. Por lo tanto, dejando de lado la explicación de los orígenes históricos, nos ocupamos de las consecuencias estructurales e históricas que ella produjo.

Industrialización y destrucción de las producciones tradicionales

El carácter más destacado que tuvo la revolución industrial en el plano de la estructura económica fue su capacidad de destruir la industria tradicional y artesanal. Esta destrucción ocurrió tanto en los nuevos centros industriales que surgieron en Inglaterra, como en las otras regiones del mundo, siempre y cuando participaban en un intercambio mercantil de los bienes manufacturados por los centros industriales. La capacidad de destrucción de producciones tradicionales es una mera consecuencia del aumento de la productividad del trabajo y de la baja de los niveles de vida de las masas obreras. Pero el elemento principal que la hace posible reside en el aumento de la productividad del trabajo. Es el elemento que explica por qué las producciones tradicionales no pueden resistir este enfrentamiento. A pesar de que en las producciones tradicionales los niveles de vida bajan, tanto como ocurre en la producción industrial, tampoco así pueden resistir al impacto de la competencia productiva. Aun en estas condiciones resultan tener costos de producción más altos de los que tiene la producción industrial. El pri-

mer efecto del impacto de la industrialización es, por lo tanto, la preparación de la miseria por todo el sistema. La pauta de esta miseria la dan los salarios industriales en combinación con la productividad del trabajo de la nueva industria, cuyos efectos las producciones tradicionales tratan de resistir, deduciendo los niveles de vida a un punto inferior de lo que permiten los salarios industriales.

Pero ése no es el único efecto. La nueva industria resulta tener una capacidad de destrucción de las fuentes de trabajo que supera su posibilidad de creación de nuevos trabajos. Lo que hasta ahora produjeron muchos obreros, de repente puede ser producido por uno solo. Si bien la diferencia de rendimiento entre producciones tradicionales y producción industrial es muy grande, la posible acumulación de capital no alcanza a suplir los puestos de trabajo destruidos por la nueva oferta de productos baratos. Si bien teóricamente siempre se puede concebir una acumulación de capital suficiente, de hecho la necesaria para una absorción del trabajo sobrante de las producciones tradicionales supera la acumulación disponible.

Un ejemplo construido podría aclarar estas tesis: Si suponemos que la productividad del trabajo de la industria moderna es 10 veces más grande que la de la industria tradicional, un nuevo puesto del trabajo en la industria entonces tiene la capacidad de suplir 10 trabajadores de la producción tradicional, suponiendo además que de los dos tipos de producción resultan bienes competitivos y comparables. Si ahora la acumulación posible no alcanza el nivel necesario para la integración de este trabajo sustituido (en este caso de 9 trabajadores) la industria produce un desempleo masivo en las producciones tradicionales. Un movimiento correspondiente se da en el plano de los ingresos y de los mercados. Si se paga el trabajo con un salario correspondiente a la subsistencia física, se crea un sobre-producto que no puede ser absorbido por el trabajo sustituido en la producción tradicional, que está precisamente pisoteando sus ingresos. Tiene que convertirse, por lo tanto, en plusvalía consumida por los propietarios de los medios de producción, siempre que no se convierta en nueva acumulación.

Al trabajo sustituido y no absorbido por la nueva industria corresponde entonces un sobre-producto no acumulado que tiene que convertirse en plusvalía consumida de una clase propietaria. La diferencia de productividad, junto con los salarios de la industria, determinan la posibilidad de resistencia de las producciones tradicionales, y la necesidad de expansión de los mercados de la industria determinan un nivel de salarios suficientemente bajos de la industria para que las producciones tradicionales no puedan mantenerse mediante compensación de la diferencia de productividad por salarios más bajos de los que se pagan en la industria: Cuanto más bajos son los salarios de la industria, tanto más alta es la posible expansión de los mercados de bienes industriales, y

cuanto más rápida es esta expansión, tanto más alta resulta la plusvalía acumulada y la plusvalía consumida.

Esta destrucción de las producciones tradicionales tiene lugar primero en el propio centro industrial. Pero muy pronto tiende a impactar sobre las otras regiones fuera del centro industrializado. A fines del siglo XVIII la industria inglesa ya amenaza toda la producción tradicional del continente europeo y uno de los objetivos de las guerras napoleónicas consiste en defenderse de esta amenaza económica. Sin embargo, la confrontación económica en el continente europeo lleva muy pronto a la industrialización de los países de Europa Occidental y de Europa central. La destrucción de las producciones tradicionales ocurrió efectivamente, pero estas fueron reemplazadas por la industria inglesa sino por industrias autóctonas de los países afectados. Esos países que lograron mantener su soberanía política, se encontraron en una situación socio-cultural análoga a la sufrida por Inglaterra antes de su revolución industrial. Existían ya movimientos sociales e ideológicos que podían servir como punto de partida de la revolución de todas las estructuras de la sociedad en función de esta industrialización. El enfrentamiento con la industria inglesa parece más bien precipitar un proceso que ya estaba gestándose en el interior de estas sociedades. De esta manera, Francia y Alemania, y a la vez Estados Unidos, comienzan sus propios procesos de desarrollo. Las bases de estos procesos se formaron durante la primera mitad del siglo XIX, resultando de ello la industrialización propiamente dicha de la segunda mitad del mismo siglo.

Pero, durante esta confrontación, en los países afectados ya se perciben la posibilidad y el peligro de la sustitución de la propia producción tradicional por la industria inglesa, y la amenaza al desarrollo de cualquiera industria autóctona. Se discute este problema en referencia al papel de la protección aduanera y del comercio libre. Federico List, en Alemania, hace toda una campaña en favor de la protección aduanera, mientras que en Inglaterra las corrientes libre cambistas suben al poder.

Sin embargo, la protección aduanera en aquel tiempo tenía dos caras: Por un lado significaba protección de las producciones tradicionales y, por otro lado, hacía más factible a la industrialización autóctona entregando la posibilidad de la destrucción de las industrias tradicionales al capital nacional. Esta mezcla de objetivos de la protección aduanera explica la mezcla ideológica de los movimientos defensores portadores de la protección. Son movimientos conservadores con mística tradicionalista vinculados a intereses industriales.

Las alternativas frente a la destrucción de las producciones tradicionales

El problema de la destrucción de las producciones tradicionales llega a tener otro aspecto cuando se lo considera a través de estas confrontaciones que se producen ahora en el espacio económico. Industriali-

zación y desarrollo significan de por sí la destrucción de la producción tradicional. Pero esta destrucción tiene alternativas decisivas cuando se la mira dentro del espacio económico. Estas alternativas no salen a la luz en la primera revolución industrial. Solamente en este caso —el caso de Inglaterra—, la producción tradicional inglesa puede ser sustituida y destruida únicamente por una industria inglesa. Esto es evidente por el hecho de que la industria inglesa es la primera y única industria existente en este momento. Pero, una vez transformado la sociedad inglesa, se produce la confrontación con otras regiones del mundo, que ahora tienen otra alternativa. Pueden buscar su desarrollo mediante la destrucción de sus producciones tradicionales tanto por la industria de centros ya industrializados como por una industria autóctona. Por lo tanto, están frente a la disyuntiva de convertirse en nuevos centros industriales o en periferias. Si se toma en cuenta como tercera posibilidad una política de no integración en el mercado mundial, podemos distinguir los siguientes tipos de política frente al desafío que significaba durante el siglo XIX la primera revolución industrial y su expansión por el mundo:

1.— La destrucción de la producción tradicional por una industria autóctona; eso significa necesariamente la confrontación con la industria inglesa y un cambio de todas las estructuras de la sociedad en función de la industrialización propia. Implica el surgimiento de un propio nacionalismo burgués. En este caso, se trata de una integración emancipatoria en el mercado capitalista naciente. Surgen nuevos centros industriales y la misma industrialización se expande hacia otros países. Si se da esta alternativa, surgen nuevos poderes al lado de Inglaterra, frente a los cuales los países todavía no desarrollados nuevamente tienen las mismas alternativas que estos países tuvieron frente a Inglaterra: admitir la destrucción de sus producciones tradicionales por la industria de estos nuevos centros o buscar una industrialización autóctona.

2.— La aceptación de la destrucción de la producción tradicional por la industria inglesa o por la de los nuevos centros autóctonos que surgen posteriormente a la industrialización inglesa. En este caso los países se convierten en periferia de los centros industriales. Esta transformación en periferia no excluye principalmente el desarrollo de estos países. En determinados casos ciertos países logran desarrollarse como periferias equilibradas, por ejemplo, Holanda, Dinamarca, Australia, Nueva Zelandia, etc. En estos casos, tiene lugar también una revolución de todas las estructuras de la sociedad en función del desarrollo económico. Ocurre principalmente en países de una situación socio-cultural parecida a la de Inglaterra antes de su revolución industrial. Presupone una determinada riqueza natural para la producción de materias primas y generalmente una baja densidad de población. Sin embargo, la transformación en periferia, en la mayoría de los casos, produce periferias desequilibradas que pronto dan origen al subdesarrollo. Pero en los dos casos de

periferia, la destrucción de la producción tradicional lleva a un modelo de integración en el mercado capitalista mundial, que se basa en el intercambio de productos primarios por bienes manufacturados de los centros industriales.

3.— La estrategia defensiva de la producción tradicional y la negativa a la integración en el mercado capitalista mundial. Durante el siglo XIX se da esta alternativa sobre todo en países fuera del ámbito socio-cultural europeo, siempre y cuando estos logran conservar su soberanía política. Esta estrategia presupone cerrarse herméticamente al intercambio mercantil con los centros industriales, negándose a la vez a cambios de las estructuras de la sociedad en cualquier plano. China el más grande de los países que intentaron una solución de este tipo, pero durante la guerra del opio, Inglaterra la obligó a transformarse en periferia del mundo capitalista. La misma estrategia escogió el Japón hasta el surgimiento de la dinastía de los *Meiji*. El Japón tuvo más éxito que China, porque su falta de riqueza natural fue la causa de la falta de interés de los centros industriales por conquistarlo como mercado. Después de tomar el Japón el camino de la industrialización y de la integración autóctona en el mercado capitalista mundial, quedaron muy pocos países para intentar la defensa del carácter tradicional de su sociedad, por ejemplo El Tibet y Nepal. De hecho, toda esta alternativa demostró ser completamente incapaz para asegurar la independencia de ningún país. Es la defensa de una sociedad que históricamente ya no tiene posibilidad de vivir. Pero su importancia en el caso del Japón es evidente. Gracias a esta política, el Japón no se transformó en periferia desequilibrada. Cuando se hizo evidente la imposibilidad de perseverar en esta política, para el Japón fue mucho más fácil hacer una política de provocación de la industrialización y de integración autóctona en el mercado capitalista mundial.

Para nuestro análisis tienen interés sobre todo los casos de transformación de países en periferias desequilibradas y también las estrategias de defensa de la sociedad tradicional. La posterior polarización desarrollo-subdesarrollo se origina principalmente en esta problemática. Si consideramos además la política de estabilización de estructuras tradicionales como una política pasajera, sin posibilidades de consolidación, prácticamente podemos concentrar nuestro análisis en el caso del surgimiento de las periferias desequilibradas.

Anteriormente ya vimos los rasgos específicos del desequilibrio de una periferia. Una periferia es desequilibrada siempre y cuando en ella la producción de materias primas no puede asegurar el pleno empleo de la fuerza de trabajo a un nivel tecnológico comparable al nivel de los centros, y, por lo tanto, con salarios comparables a los que rigen en estos centros. Si en esta situación de desequilibrio no se produce una industrialización y si hay impedimentos para tal industrialización, la periferia

continúa en su situación desequilibrada y ajusta las estructuras de la sociedad entera hacia la sobrevivencia dentro de esa situación de desequilibrio. La sociedad se subdesarrolla.

Las condiciones de la industrialización y las periferias en el siglo XIX

Hay que ver entonces cuáles son los impedimentos de la industrialización que hacen necesaria una estructuración de la sociedad funcional hacia la sobrevivencia en el desequilibrio y hacia el subdesarrollo. Para hacer esto, podemos partir de un análisis de las condiciones que posibilitaban una industrialización autónoma durante el siglo XIX y con posterioridad a la industrialización inglesa. Básicamente se trata de dos condiciones:

1.— La protección hacia afuera. Habíamos visto ya, en el caso inglés, que la destrucción de la producción tradicional se lleva a cabo debido a una diferencia del rendimiento el trabajo entre producción industrial moderna y producción tradicional. Esa diferencia hace imposible la sobrevivencia competitiva de la producción tradicional y explica su destrucción final. Pero esa diferencia de productividad no existe solamente en el interior de Inglaterra sino también entre Inglaterra y todas las regiones que la rodean. Además, esta diferencia de productividad no existe solamente entre producción tradicional y producción moderna inglesa, sino igualmente entre producción industrial inglesa y producciones industriales incipientes que empiezan a desarrollarse en otras regiones. La ventaja de productividad —que siempre es una ventaja tecnológica— existe también por consiguiente, en el plano de la producción moderna y tiende a suprimir la oposición de nuevos centros industriales, a la vez que destruye las producciones tradicionales. Bajo estas circunstancias, es difícil el surgimiento de nuevos centros sin alguna protección que sirva para compensar la diferencia de productividad en los distintos niveles. Esta protección puede tener las formas más diversas. Puede ser un producto directo de las condiciones naturales. Altos gastos de transporte, por ejemplo, pueden compensar las diferencias de productividad.

Con anterioridad al descubrimiento de los medios de transporte baratos el radio de competencia de la industria moderna es extremadamente pequeño. A principios del siglo XIX, por ejemplo, una industria siderúrgica tenía que proveerse de sus materias primas en un radio de más o menos 50 kms. Y si bien el radio de ventas era más grande, tampoco alcanzó distancias muy significativas. Recién con el descubrimiento de la máquina de vapor y con su aplicación a los medios de transporte, estas condiciones de la naturaleza pierden su importancia. Se hacen más notorias la posibilidad y la necesidad de compensar la diferencia de productividad por una protección aduanera adecuada.

2.— Si bien la protección natural o la protección aduanera son condiciones necesarias de una industrialización autóctona durante el siglo XIX, de ninguna manera son condiciones suficientes. Se necesita además, en el interior de los países afectados, una penetración radical por relaciones capitalistas de producción. Hace falta una revolución burguesa de las relaciones de propiedad y de clase y de la constitución del poder político. En función de esta revolución tiene que nacer un nacionalismo burgués junto con una ideología de interpretación de todos estos cambios estructurales exigidos. Esta penetración por relaciones capitalistas de producción no es un resultado automático de la inserción de una región en el mercado capitalista mundial. Es un acto de soberanía, que en determinados casos no es posible por razones de una dependencia política militar determinada y que, en otros casos, no se lleva a cabo porque las clases dominantes tradicionales logran imponer a la sociedad una inserción periférica en tal mercado. En el primer caso se trata del colonialismo y en el segundo caso de la formación de alianzas de clases que determinan una relación periférica con los centros industriales del mundo. En este último caso no se produce una revolución burguesa autóctona, sino una simple reformulación de relaciones tradicionales —en general se trata de relaciones feudales— de producción, en función de esta integración periférica en el mercado mundial.

El conjunto de estas condiciones, esto es, la protección hacia afuera y la penetración por relaciones capitalistas de producción hacia adentro, determinan la posibilidad de una inserción autóctona en el mercado capitalista mundial. Pero lo que importa más en este análisis es el hecho de que la expansión del mercado mundial desde los centros industrializados no tiene la más mínima tendencia automática a producir estas condiciones. O para decir lo mismo en otras palabras: la inercia de la expansión capitalista no produce nuevos centros de expansión. Para que surjan tales centros hace falta un acto de soberanía que se oponga en contra de la inercia de la expansión capitalista vigente en el siglo XIX. En realidad la inercia de la expansión capitalista se orienta a impedir el surgimiento de nuevos centros en las dos líneas mencionadas: por un lado las fuerzas que manejan la dependencia colonial y el concepto del comercio libre tienden a hacer efectiva la diferencia de productividad existente entre centros establecidos y regiones aun no desarrolladas y, por otro lado, las alianzas entre clases capitalistas de los centros y clases tradicionalistas de las regiones periféricas, tienden a impedir una revolución burguesa autóctona, reforzando la resistencia de las clases tradicionales a tal revolución.

La expansión del mercado capitalista mundial impone todos los cambios necesarios y suficientes tendientes a establecer una integración periférica de los países afectados en el mercado capitalista mundial. El tipo de integración se define por la venta de materia prima hacia los cen-

tros y por la compra de bienes manufacturados producidos en los centros. Se trata, efectivamente de establecer una adaptación. Los países periféricos tienen que constituirse en una garantía de la propiedad privada nacional e internacional y tienen que dejarse penetrar por relaciones monetarias en el grado necesario para que se puedan producir y vender materias primas y comprar y distribuir los bienes manufacturados comprados con las divisas que resultan de la venta de las materias primas. Pero, con estas condiciones, ya está descrito el ámbito necesario para la transformación de las relaciones de producción tradicionales en relaciones de producción capitalista. Lo notable es que estas condiciones puedan ser cumplidas sin que se lleve a cabo una revolución burguesa en el interior del país periférico, a pesar de que de ahora en adelante la supervivencia de elementos tradicionales de la sociedad anterior se decide única y exclusivamente en función de la integración periférica en el mercado capitalista mundial: En este sentido, estos países periféricos se convierten a la vez en países capitalistas y en países dependientes. Son capitalistas porque todas sus relaciones de producción se determinan en función de su integración en el mercado capitalista mundial. Incluso la sobrevivencia de estructuras feudales se debe al hecho de la estabilidad de esta inserción en el mercado mundial. Estos países igualmente son dependientes porque deben determinar el grado de transformación de sus relaciones de producción de acuerdo a relaciones capitalistas por su situación periférica de integración en el mercado capitalista mundial.

Esta transformación en periferia de la mayor parte del mundo se lleva a cabo durante todo el siglo XIX. Este proceso no debe ser confundido con la colonización. La colonización es un fenómeno mucho más antiguo y existe en casi toda la historia humana. También Inglaterra ya tenía un imperio colonial con anterioridad a su revolución industrial. Pero recién durante el siglo XIX este imperio colonial se convierte en una periferia y la caracterización de colonia, desde este momento, no es sino una forma que permite obligar a tales regiones a constituirse y mantenerse como periferias.

Este tipo de colonia permitía una extracción mayor de superávits. Por otro lado, permitía la supresión de una revolución burguesa autóctona por la imposición político-militar directa.

Pero, con respecto a la mayor parte de América Latina, la forma colonial de constitución de periferias, no tiene de ninguna manera una expresión típica. En América Latina se encuentra con países formalmente soberanos. Los países céntricos no pueden impedir directamente ni la revolución burguesa ni un nacionalismo burgués, que se expresaría en una protección de la industrialización hacia afuera. La efectiva transformación en periferia por consiguiente, se lleva a cabo a través de medios esencialmente distintos que en el caso de las colonias o de las semi-colonias.

América Latina tradicionalmente fue colonia de los países ibéricos. Cuando la revolución industrial tuvo lugar, estos países ibéricos —España y Portugal— no se convirtieron en nuevos centros, sino que al contrario, perdieron el carácter de centro del mundo mercantil capitalista anterior a la revolución industrial. Los nuevos centros —Inglaterra— se ocuparon ahora de la destrucción del imperio colonial de los países ibéricos, fomentando la independencia de América Latina. Económicamente esta independencia de América Latina les significaba comercio libre. Pero el comercio libre se entendió de una manera específica: significaba liberarse de la monopolización de todo el comercio de América Latina por los países ibéricos y la posibilidad de comercializar con todos los países del mundo. Por supuesto, concretamente no se trataba de comercializar con todos los países, sino más bien con Inglaterra, el nuevo centro del capitalismo industrial. Pero en aquel tiempo el concepto del comercio libre aún no tenía el significado de un comercio sin protección aduanera.

Sin embargo, la independencia de América Latina tuvo lugar en un momento histórico en el cual la transformación en periferia de los nuevos centros industriales aún no era posible. Los nuevos países soberanos desarrollan un cierto nacionalismo burgués, y una política proteccionista de fomento de las industrias. Empiezan a surgir clases capitalistas industriales con una burguesía nacional que actúa con la perspectiva de llevar a sus respectivos países a una revolución burguesa autóctona. Tales proyectos son especialmente notables en los casos de Brasil, Paraguay y Chile. Se sostienen hasta la segunda mitad del siglo XIX, cuando chocan con la tendencia de los nuevos centros industriales de convertir a los países de América Latina en sus respectivas periferias.

El caso más trágico de estos proyectos autóctonos es sin duda, el de Paraguay. Antes de la guerra de 1870, la política proteccionista y de fomento industrial del dictador López permitió la constitución de una importante producción metalúrgica y naviera que convertía al Paraguay en un potencial centro industrial en el mercado latinoamericano en expansión. La guerra de la Triple Alianza llevó a la destrucción total de la economía paraguaya y al exterminio de la mayor parte de su población activa.

Pero en el caso del Paraguay todavía se trata de una intervención extranjera de determinados países latinoamericanos aliados con Inglaterra. Los casos del Brasil y Chile ni siquiera se explican por intervenciones extranjeras directas.

En Brasil se decreta, a partir de 1844, una regulación de la tarifa aduanera que la eleva de un 30 a un 60% para la manufactura extran-

jera, y que permite un inmediato surgimiento de la industria básica, de los transportes, de las comunicaciones y de la energía. Pero esta industria naciente se destruye totalmente y a corto plazo en los años que siguen a 1864, cuando se decreta la liberación de derechos para la importación de navíos, maquinaria y producción metalúrgica. Se introduce un nuevo concepto de comercio libre que es propagado por la política inglesa y que define ahora al comercio libre por la ausencia de la protección aduanera.

Una situación parecida se produce en Chile, que antes de la guerra del Pacífico tenía un auge de la producción industrial. Este auge es más visible por la existencia de una marina mercante nacional importante. La política libre cambista, después de la guerra del Pacífico, llevó a la destrucción de estas producciones nacentes y desembocó en la enajenación de la producción nacional de materia prima —el salitre— en favor de manos inglesas. El gobierno de Balmaceda puede ser interpretado como un último esfuerzo de recuperación de la revolución burguesa. Es un gobierno que intenta una política nacionalista y de redistribución del ingreso en favor del sector industrial, lo que habría significado el reemplazo de las clases dominantes tradicionalistas por una clase capitalista e industrial. Pero el fracaso de este intento demuestra que la burguesía nacional ya no tiene el poder para enfrentarse a la alianza de clase establecida entre las clases capitalistas inglesas y las clases tradicionalistas chilenas.

Estos casos —y en especial los de Brasil y de Chile— demuestran un cambio de las posibilidades de una revolución burguesa que tuvo lugar durante el siglo XIX y que dá diferentes características a la primera y segunda mitad de este siglo. En la primera mitad del siglo XIX la revolución burguesa de América Latina está preparándose y encuentra todas las condiciones necesarias para su posterior desarrollo. En la segunda mitad del siglo XIX, en cambio, estas revoluciones burguesas se frustran y son reemplazadas por una nueva configuración de la sociedad latinoamericana, que ahora se transforma en periferia de los centros industriales del mundo capitalista. Es imposible explicar este aborto de la revolución burguesa en el siglo XIX mediante la intervención extranjera directa. Si bien tienen lugar intervenciones directas, éstas siempre pueden apoyarse en fuerzas internas suficientemente grandes como para que sus autores no sientan nunca la necesidad de transformar a América Latina en parte del imperio colonial de los centros industriales. La intervención extranjera directa tiene una importancia más bien secundaria o complementaria para lograr la transformación de estos países en periferias.

En lugar de la intervención directa, el camino de la transformación en periferia se define más bien por dos líneas principales: La política librecambista y la alianza de clases entre la clase capitalista inglesa y

las clases tradicionalistas de América Latina. Las dos se corresponden mutuamente y se refuerzan. El libre intercambio impide ver obstaculizado el surgimiento de una industrialización autónoma, y elimina, por lo tanto, la amenaza a las clases tradicionalistas por una burguesía nacional e industrial, permitiéndoles que puedan aprovechar las ventajas que para ellas significa la transformación de la región en periferia.

Comercio libre y condiciones naturales de la transformación en periferia

En nuestra argumentación partiremos de la tesis de que en la segunda mitad del siglo XIX el libre comercio llega a ser el vehículo de transformación de la estructura económica en periferia de los centros industriales. Está claro que eso no significa que en cualquier circunstancia y en cualquier lugar del mundo el libre intercambio tenga este efecto. Pero lo tiene en las condiciones históricas de América Latina de la segunda mitad del siglo XIX y puede explicarnos los rasgos principales de esta periferia. Como vehículo de transformación en periferia, el libre comercio entrega la destrucción de las producciones tradicionales manufactureras a los centros industriales modernos, fuera de América Latina. Esas producciones no se sustituyen por una industria autóctona sino por una industria orientada hacia el exterior. El libre intercambio logra este resultado porque hace efectiva la diferencia de rendimiento entre la producción tradicional en América Latina y de los centros desarrollados del mundo capitalista. Las industrias tradicionales no pueden subsistir ni tampoco pueden hacer surgir industrias nuevas. La condición de la industrialización habría consistido en este momento histórico en una protección aduanera afectiva para las nuevas industrias, lo que la política de libre comercio impidió. Otros elementos que pudieran compensar la diferencia de productividad no existían. Los costos de transporte de productos manufacturados en los centros llegaron a ser en esta etapa histórica lo suficientemente bajos como para impedir que se diera una protección adecuada de industrias nacientes. Por otro lado, faltaba la posibilidad de compensar la diferencia de productividad por una alta diferencia del nivel de subsistencia física de la masa obrera. Este último caso se daba más bien en otros continentes, como en la India, donde a pesar de la falta de protección aduanera pudo surgir, a fines del siglo XIX, una determinada industria textil que podría haber sido el primer paso de la industrialización de la India. El elemento decisivo parece haber sido aquí la compensación de la diferencia de productividad por los bajísimos niveles de vida del obrero hindú. En este caso el comercio libre no servía como vehículo de transformación en periferia, pero la dependencia colonial permitió intervenir directamente para impedir la industrialización.

En América Latina el libre comercio era suficientemente capaz

para impedir el surgimiento de una industria autóctona. Por lo tanto, la transformación en periferia se hacía posible en el marco de países formalmente soberanos y políticamente independientes. Este fenómeno es totalmente particular de América Latina y tiene pocos paralelos en otros continentes, donde más bien la dependencia colonial fue el vehículo de su transformación en periferia. Esto último vale también para el caso de China, cuya independencia formal, a partir de la guerra del opio fue únicamente aparente, puesto que sólo disimulaba una dependencia netamente colonial en relación al conjunto de los centros industriales del mundo capitalista. La única excepción está representada por el caso de Rusia, que a pesar de su soberanía formal también fue llevada durante el período anterior a la primera guerra mundial, a transformarse en periferia de los centros industriales europeos.

Pero la transformación de América Latina en periferia tampoco puede ser explicada simplemente por su aceptación del libre comercio. Un comercio se puede ejercer solamente si hay bienes o servicios para comercializar. Si el comercio de exportación comprende bienes manufacturados, un comercio de importación solamente es concebible si hay la posibilidad de exportar bienes no manufacturados, esto es, materia prima y productos agrícolas. La posibilidad de tales exportaciones define exactamente el límite de la importación de bienes manufacturados a largo plazo. La riqueza natural es, por lo tanto, la condición adicional para que el comercio libre pueda convertir una determinada región en periferia. Si esta condición está dada, el comercio libre obtiene dos consecuencias: la transformación de la región en periferia y el impedimento de la industrialización autóctona de tal región. Ambas consecuencias ya contienen el germen de un futuro desequilibrio de esta periferia y, por lo tanto, del subdesarrollo de estas regiones. El comercio libre obtendrá este resultado siempre y cuando los mercados de materia prima de los centros no sean suficientemente grandes para permitir en la periferia una productividad con pleno empleo y niveles comparables a los del centro.

Esta condición de la riqueza natural es extremadamente importante. Demuestra que la existencia de periferias desequilibradas puede producirse solamente en regiones con dotación naturales muy ricas. Esto es lo contrario de lo que supone el sentido común. Un país solamente puede subdesarrollarse si tiene la suficiente riqueza natural para tal proceso. El sentido común se sorprende frente al hecho de que América Latina sea tan pobre a pesar de tener una riqueza natural tan grande. La verdad es al revés. América Latina es tan pobre justamente porque la riqueza natural de que dispone permitió su transformación en periferia desequilibrada y, por lo tanto, en región subdesarrollada. Evidentemente, la riqueza natural no es la causa del subdesarrollo, pero es, sin duda, su condición necesaria. Sin materia prima ningún país se pue-

de subdesarrollar. Lo que tampoco significa que la falta de materia prima sea una causa del desarrollo. Una región sin materia prima tiene más bien una alta probabilidad de poder estabilizar sus producciones tradicionales. Como el mercado mundial, por supuesto no tiene interés en tales regiones, no se ocupa de penetrarlas mayormente y las deja vivir una vida marginal. Si bien en estos casos se puede hablar también de subdesarrollo, el concepto del subdesarrollo deja de ser completamente idéntico al concepto válido para la periferia desequilibrada y define más bien regiones no desarrolladas.

La situación de las periferias desequilibradas presupone, por lo tanto, la existencia de centros industriales significativos en el mundo y de ventajas absolutas en la producción de materia prima por las regiones no céntricas. Estas condiciones se dan precisamente en la segunda mitad del siglo XIX, lo que explica la posibilidad de transformar la mayor parte del mundo en periferia desequilibrada. (Hay que insistir: se trata de la posibilidad del surgimiento de tales periferias y no de la causa de este surgimiento).

Pero cuando el proceso de transformación de la mayor parte del mundo en periferia avanza, la posibilidad de nuevas industrializaciones se restringe más y más en países sin riqueza natural propia. El último caso significativo de una industrialización capitalista tiene lugar en el Japón, país pobre en materia prima por excelencia, el cual quedó fuera del ámbito de interés de los centros industriales capitalistas durante el siglo XIX. En todos los otros países los nuevos intentos de industrialización se frustraron y el eje del tiempo de esta frustración parece encontrarse alrededor de las postrimerías del siglo XIX. Esto lo atestiguan los fracasos de Balmaceda en Chile, casos análogos en Argentina, Brasil, la India y los resultados de las reformas de Stolypin en Rusia. En todos los casos, las luchas sociales paralelas a la frustración de las revoluciones burguesas intentadas por estos reformistas, son ganadas por las clases tradicionalistas, representantes de la producción de materia prima en sus respectivos países. Solamente en el caso del Japón ocurre lo contrario. Allí las clases tradicionalistas no pueden integrarse al mercado capitalista mundial mediante la venta de materia prima, lo cual tiene como resultado su necesidad de buscar la integración a través de la industrialización. No existiendo una posibilidad de integración periférica el aislamiento tradicionalista no puede ser roto sino mediante la industrialización del país. Resulta, por lo tanto, una cierta coincidencia entre los intereses de la oligarquía y los intereses del país entero.

La estructura económica de la periferia

La estructura económica que resulta de la transformación en periferia es triangular. Los tres polos de este triángulo se podrían definir de la siguiente manera: un primer polo, del cual parte todo el proceso

de la transformación, está constituido por la producción de materias primas en función de las necesidades de los centros industriales. Puede tratarse de producciones mineras o agrícolas. Un segundo polo lo constituye el capital comercial tanto de exportación de las materias primas como de importación de bienes manufacturados desde los centros. Este polo va unido a la organización bancaria y financiera de la comercialización y a ciertas producciones determinadas en pequeña escala. El tercer polo lo constituye la producción agrícola para el mercado interno. El primer polo, es decir la producción de materia prima, determina el límite de la importación posible de bienes manufacturados. El segundo polo, correspondiente al capital comercial, distribuye los bienes manufacturados sobre el conjunto de la estructura económica. El tercer y último polo determina el límite de abastecimiento con productos agrícolas —abstrayendo por el momento la posibilidad de importación de productos agrícolas— del mercado interno, lo que da a la vez la pauta de la participación de este tercer polo en las importaciones de bienes manufacturados.

Esta estructura triangular de la economía es típica de todas las periferias y en los distintos casos se da en diferentes formas. A fines del siglo XIX se ha implantado en la mayoría de los países del mundo que tienen la suficiente riqueza natural y que no pudieron pasar una etapa de industrialización en la segunda mitad de dicho siglo.

La estructura de clases en las periferias

Pero el análisis de esta estructura económica producida durante el siglo XIX todavía no nos permite una comprensión de las causas de dicho proceso. Toda la transformación de las sociedades tradicionales en periferias desequilibradas es resultado de una serie de decisiones que hacen posible el desarrollo de la estructura económica en la línea indicada. Hacer este análisis de las causas es relativamente fácil en el caso de las colonias. Estas no tienen participación en las decisiones, que se toman unilateralmente por parte del centro dominante. Esa es la razón por la cual el análisis de la dependencia colonial no aporta mucho al conocimiento de las causas profundas de la aceptación de dependencia por parte de las periferias.

El caso de América Latina es esencialmente distinto. Ahí las decisiones se toman a través de una serie de luchas sociales internas, en las cuales, sin excepción, salen ganando los grupos que tienden a llevar la estructura económica hacia una estructura periférica. Todo ello tiene lugar en un ambiente de soberanía nacional formal, es decir, en una situación tal que —con excepción de América Central— decisiones contrarias a esta transformación siempre habrían sido posibles, debido a que la presencia del poder extranjero en ningún momento fue suficiente-

mente grande como para haber impedido por una intervención directa, el surgimiento de una burguesía nacional. Las propias luchas sociales internas transforman estos países en dependientes, siendo la presencia extranjera únicamente el elemento adicional, que influye en la inclinación de la balanza.

Estas luchas sociales que acompañan la transformación de la estructura económica son luchas que corresponde a los elementos principales de la estructura económica. Si bien con posterioridad hace falta ampliar este concepto de clases, en el momento nos puede servir para analizar las decisiones principales que se tomaron en la segunda mitad del siglo XIX y que determinaron la estructura económica periférica.

La base de esta estructura de clase está constituida por el esquema triangular de la estructura económica anteriormente descrito. La clase dominante y la clase dominada se subdividen según los tres polos de tal estructura: La clase productora de materia prima, la clase capitalista comercial y la clase terrateniente con sus correspondientes facciones de clase dominadas. A partir de estos elementos se puede establecer toda una combinación de las estructuras de clases posibles. En esta combinación habría que tomar en cuenta los siguientes factores para cada polo del triángulo de la estructura económica:

1.— La producción de materia prima: esta puede ser de propiedad extranjera o de propiedad nacional. Como producen para el mercado externo estas empresas necesariamente trabajan con relaciones capitalistas de producción hacia afuera. Pero en el interior de estas empresas otra vez hay distintas posibilidades. Pueden regir relaciones capitalistas internas, en cuyo caso se produce a la vez un clase obrera en el sentido moderno (relación de asalariados). Pero también pueden trabajar con relaciones internas de producción de tipo más bien precapitalista, es decir, semifeudales o esclavistas.

2.— El capital comercial: Puede ser capital comercial de importación, de propiedad extranjera o nacional. Siempre tiene relaciones de producción de tipo capitalista hacia afuera de las empresas y en el interior de las empresas. Le corresponde por lo tanto siempre determinar la existencia de clase de asalariados en la clase dominada.

3.— La producción agrícola para el mercado interno: Puede ser latifundista o minifundista, de propiedad extranjera o nacional. La clase dominada correspondiente puede estar sometida a un régimen semifeudal, esclavista o de trabajo libre. Solamente en este polo del triángulo se da la posibilidad de entidades económicas autosuficientes; en este caso no hay relaciones capitalistas de producción ni hacia afuera de la entidad productiva ni en su interior.

Del conjunto de estos factores —cuya lista no es completa— se forma la combinación determinada que especifica la estructura de clases de los países dependientes. Como la combinación de los distintos

factores no es arbitraria, se puede señalar las combinaciones probables de la estructura de clases de la periferia. El punto de partida de estas combinaciones probables es la forma que toma el polo de la producción de materia prima. Si esta producción es de tipo minero tendrá una alta concentración en el espacio con un uso limitado de mano de obra en relación a la mano de obra total de la sociedad. Tiende a establecer relaciones capitalistas de producción en el interior de las empresas y produce, por lo tanto, una clase obrera asalariada. Por su tendencia a altas inversiones de capital y a las aplicaciones tecnológicas, es probablemente de propiedad extranjera. A la vez, tiende a efectuar la comercialización de la materia prima producida bajo la propia responsabilidad del productor. El capital comercial de exportación será, por lo tanto, también capital extranjero y tenderá a no distinguirse de la misma empresa productora de la materia prima. En este caso, el capital nacional se limita a la comercialización de las importaciones y es, por consiguiente, relativamente débil. La producción agrícola para el mercado interno se configura con relaciones de producción del tipo precapitalista. La clase dominante es semifeudal y de tipo latifundista y la clase dominada representa las diversas formas correspondientes, desde el inquilinaje, y el minifundismo hasta la propiedad campesina comunal. En este caso tendremos, por lo tanto, una clase dominante que tiene su polo más poderoso en una facción de propiedad extranjera, con un capital comercial muy débil y una clase tradicionalista de propiedad sobre la tierra relativamente fuerte. En una situación tal, el Estado necesariamente canaliza la parte del valor correspondiente a la exportación de materia prima que queda en el país y las facciones políticas se disputan este excedente del cual dispone el Estado. El poder político, en cambio, tiende a ser intervencionista y todos los grupos políticos tratan de buscar una intervención en su favor.

Haciendo el mismo racionamiento, se puede llegar a un tipo de economía que parte más bien de una producción de materia prima de alta capacidad de expansión en el espacio y de mucho requerimiento de mano de obra. A este tipo corresponde la producción mediante plantaciones. Si bien hay una alta probabilidad de que estas plantaciones sean de propiedad extranjeras, lo son menos frecuentemente que las producciones mineras. Además, a diferencia de las producciones mineras, la plantación tiende a desarrollar relaciones capitalistas de producción solamente en los mercados externos, mientras que en su interior conserva relaciones semifeudales o relaciones semi-esclavistas. Este tipo de plantación margina el poder terrateniente que abastece los mercados internos de productos agrícolas. El capital comercial de exportación naturalmente estará en manos extranjeras si la misma plantación lo es; será nacional en el caso de que la plantación sea de propiedad nacional. El capital comercial de importación por el contrario, tiende a ser gene-

ralmente un capital comercial nacional. A diferencia del tipo de producción minera, la producción en las plantaciones, por su intensiva demanda de mano de obra, se transforma necesariamente en un poder político en el interior del país. El enclave minero es marginal para la vida interna del país. Se suele dar por satisfecho si tiene las garantías suficientes para la propiedad privada extranjera y si se ha fijado la parte del excedente que paga al país del cual extrae el producto minero. La plantación, en cambio, no forma un enclave en el mismo sentido, sino que tiende a dominar zonas y países enteros en su vida cotidiana. Los gobiernos respectivos, por consiguiente, tendrán una flexibilidad política mucho menor en este caso que en el del enclave minero.

Otro tipo de combinación podría constituirse a partir del supuesto de que la materia prima se produce en los mismos latifundios tradicionales que a la vez abastecen el mercado interno con productos agrícolas. En este caso la producción de materia prima será preferentemente de propiedad nacional y también todo el capital comercial puede serlo, aunque no necesariamente. La flexibilidad política del gobierno será más grande que en el caso de la plantación porque hay una multiplicidad muy grande de productores de materia prima. Además la comercialización, en estas circunstancias, tiende a crear centros urbanos más significativos que en el caso de la plantación. La situación de clase será de relaciones semif feudales en el interior de las entidades de producción de materia prima; y habrá un surgimiento de clases asalariadas en los centros urbanos respondiendo a las necesidades del capital comercial. Se da entonces el caso en que el excedente que queda en el país será relativamente más grande, permitiendo una mayor flexibilidad del gobierno.

Una combinación de este tipo, por consiguiente, permite fijar las categorías de un análisis de la estructura de clase, si se define las clases por su relación con el dominio sobre medios de producción. Los distintos tipos se constituyen a partir de la necesidad de comprender en tanto qué categorías determinan situaciones de clase en determinados países. De esta manera, el primer tipo que mencionamos puede servir para un análisis de países como Chile o Venezuela, el segundo tipo para países como la mayor parte de los que forman América Central, Ecuador y determinadas regiones de Perú y Brasil. El tercer tipo se acercaría más bien a la situación de países como Argentina y Uruguay. Pero todos estos tipos remiten siempre al modelo triangular de la estructura económica mencionado con anterioridad y reflejan en el plano de la estructura de clase de una manera parecida al análisis de Cardoso y Faletto¹².

Pero estos tipos derivados de una combinatoria basada en el esquema triangular de una estructura económica periférica sólo nos pueden indicar el hecho de que a ésta corresponde necesariamente una es-

¹² Cardoso/Faletto: *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México 1969.

fractura de clases que reproduce las condiciones de la periferia. No nos indican realmente las razones por las cuales las luchas de clases condujeron a una estructura económica y social periférica. Demuestran que que la situación de dependencia de la periferia está presente tanto en la estructura de clases como en la estructura económica, pero de ninguna manera nos indican las razones que llevaron a determinada sociedad a aceptar su situación periférica, a pesar de conocer los efectos negativos de la periferia desequilibrada o sociedad subdesarrollada. La misma estructura de clases tal cual es no puede explicar este hecho. Es ya el producto de la aceptación del subdesarrollo y por lo tanto no su causa sino su consecuencia. Si no se considera esto se está explicando la pobreza por la pobreza.

Las causas de la transformación en periferia

En un análisis de las causas hace falta ir más allá de la simple combinación para encontrar la lógica de intereses que guió el surgimiento de tal estructura de clases dada. Esta lógica de los intereses no es totalmente obvia y no está al alcance de una simple mirada superficial de toda la diversidad de las causas históricas. La diversidad de las causas históricas en el fondo es infinita. Nos remite al regreso al infinito y siempre nos permite destacar una de las múltiples causas para declararla la causa principal. Se ha mencionado muchas causas determinadas de este modo. Por ejemplo, se puede mencionar toda la tradición colonial del continente latinoamericano que lo habría hecho aceptar su nueva dependencia durante el siglo XIX por falta de una tradición de independencia. Otra explicación se justificaría en el hecho de una tradición cultural muy poco propicia al surgimiento de la racionalidad capitalista moderna. Además otras interpretaciones destacarían la particularidad de que nunca se ha producido una cultura latinoamericana homogénea, sino más bien sobreposiciones de diversas culturas que nunca lograron formar una sola unidad. A la cultura precolombiana se superpuso una cultura ibérica católica en la cual a su vez se superpuso una cultura liberal anticlerical y todas ellas continúan existiendo yuxtapuestas hasta nuestros días.

En todos estos análisis hay un inconveniente que hace falta destacar: pueden explicar las razones de una crisis del desarrollo y las dificultades especiales para superarla, pero no sirven para explicar la prolongación continua de esta crisis. Tiene lugar un choque cultural entre la nueva cultura capitalista y la cultura tradicional de las sociedades precapitalistas que explica las crisis específicas en estos países. Pero el reconocimiento de este choque cultural no explica el hecho de que la crisis no se solucione. Eso vale sobre todo en el caso en que hay una toma de conciencia de la existencia de esta crisis y una suficiente independen-

cia para actuar según criterios propios en contra de los intereses de los centros dominantes del mundo capitalista. En tal situación, la misma tradición cultural jamás puede explicar por qué no se rompe con esta tradición. En este caso, el pasado no explica por qué el presente no rompe con el pasado.

El problema de la causalidad ahora se presenta bajo otros términos. Hay que explicar por qué la crisis de la conciencia tradicional no llevó a una conciencia moderna y por qué los muertos mandan aun cuando el presente sabe que han muerto. Habrá que analizar ahora qué poderes y qué intereses se oponen a la solución de esta crisis y con qué medidas sustentan la prolongación continua de la crisis. Si hay conciencia de la existencia de la crisis, existen también las condiciones para enfrentarla. Pero si existen condiciones para enfrentarla, debe haber grupos de intereses que se oponen a la solución de la crisis.

Esto nos permite preguntar por qué las clases dominantes de América Latina lograron, durante el siglo XIX la imposición de una estructura de clases tal que mediante ella la crisis se ha prolongado hasta alcanzar su climax. Se trata entonces de saber cómo lograron este fin y no qué motivaciones subjetivas las movieron. La diferencia de estas cuestiones es obvia. En la primera se pregunta por las condiciones que hicieron factible la solución impuesta y la segunda hay una referencia a los vehículos motivacionales mediante los cuales se realizó la imposición. La primera se interesa por el condicionamiento histórico de las estructuras de la sociedad y la segunda menciona las formas históricas de motivar y pensar las alternativas surgidas.

Las condiciones que posibilitaron la formación de la estructura periférica de América Latina en la segunda mitad del siglo XIX están dadas por la configuración del sistema capitalista mundial en ese momento histórico. El mercado capitalista mundial está constituyéndose y el desarrollo industrial de los países céntricos se hace presente en el mundo entero. Exige la integración en este mercado mundial de todos los países e impone relaciones capitalistas de producción en todo el mundo en el grado necesario para que se efectúe tal integración. En este período terminan los intentos significativos de conservación consciente de la sociedad tradicional y todas las sociedades todavía no desarrolladas se someten a las necesidades de la integración en el mercado capitalista mundial. Pero todas estas sociedades son sociedades de clase y, por consiguiente, su integración en el mercado mundial significa más bien la integración de sus clases dominantes existentes o por surgir. Como las clases dominadas aun juegan un papel esencialmente pasivo, las decisiones que se toman responden casi exclusivamente a los intereses de las clases dominantes, tanto en el plano nacional como internacional. En el plano internacional se trata de los intereses de las clases dominantes de los centros por el acceso a las materias primas, y para

las clases dominantes nacionales de las periferias nacientes se trata de la integración en el proceso de desarrollo de los centros. Pero esta integración se logra más fácilmente por la transformación de los países respectivos en periferias. Todo lo que el desarrollo industrial puede ofrecer a las clases dominantes de estos países, puede ser conseguido por ellas a través de la venta de materia prima y de la compra de bienes manufacturados de los centros. Estas clases no tienen ningún interés material en concreto para resistirse a la transformación de sus países en periferia.

La situación de intereses entre centro y periferia es por lo tanto totalmente complementaria. Las clases dominantes de la periferia se integran perfectamente al proceso de desarrollo industrial, evitando constituirse como burguesía nacional y no efectuando una revolución nacional burguesa, mientras los intereses de los centros industriales están perfectamente satisfechos por la transformación de las relaciones de producción en relaciones capitalistas, en función de su posibilidad de acceso a las materias primas de la periferia. La misma dinámica de los centros tiende a reforzar la limitación de nuevas revoluciones burguesas y las clases dominantes de la periferia no sufren ningún daño por esta limitación sino al contrario, consiguen su integración en el desarrollo industrial por el menor esfuerzo. Se da una especie de inversión de la lógica del sistema capitalista y de sus principios de racionalidad. En los centros, la integración al desarrollo industrial significa y sigue significando un empeño de la clase dominante en favor del desarrollo. Tiene que desarrollar más sus países para tener mayor participación en los frutos del desarrollo. Por lo tanto, sigue vigente la coincidencia entre los criterios capitalistas de la racionalidad económica y la expansión económica. Maximizar ganancias y minimizar los esfuerzos sigue significando aumentar el desarrollo. En las nuevas periferias sucede ahora lo contrario. Dejarse guiar por la ganancia inmediata y por un concepto de integración al desarrollo con menor esfuerzo significa aceptar la situación de periferia. Desde el punto de vista de las clases dominantes en el poder el esfuerzo en favor de un desarrollo autóctono no tiene ningún sentido. Pero la diferencia reside en el hecho de que el camino de esta integración de las clases dominantes periféricas al desarrollo industrial de los centros solamente es viable para las clases dominantes mismas y no tiene ninguna perspectiva en el sentido de una integración de las sociedades periféricas enteras al desarrollo industrial.

En el interior de los países periféricos se da, por lo tanto, una coincidencia que caracteriza toda la transformación de estas sociedades en periferias desequilibradas. La situación histórica es tal: un criterio capitalista de racionalidad orienta hacia la transformación de los países en periferia y estimula la sobrevivencia de relaciones de producción tradicionales subordinadas a las relaciones de producción capitalistas que dominan el mercado capitalista mundial. La racionalidad capitalista de

por sí ya no se opone a la sobrevivencia de los elementos tradicionalistas de la sociedad. Al contrario, tiende a fomentarlos. Esta situación tiende a coincidir a la vez con la existencia de masas populares pasivas.

Nos parece que esta situación de intereses condiciona la posibilidad de transformación de los países políticamente soberanos de América Latina en periferias desequilibradas. Sin duda, existían también intereses opuestos, que empujaron hacia una revolución nacional burguesa. Pero, sin excepción, estos intereses opuestos perdieron fuerza durante la segunda mitad del siglo XIX y las altas ventajas de la transformación en periferia para un grupo reducido, superaron todos los escollos representados por la burguesía nacional incipiente. La victoria de los grupos tradicionalistas atestigua solamente la nueva irracionalidad de la estructura capitalista, aplicando el propio criterio capitalista a los intereses de las clases dominantes de América Latina, estas clases renuncian a la transformación radical de sus relaciones de producción en relaciones de tipo capitalistas. Lo importante es comprender que esta renuncia coincide con lo que exige en tal situación histórica la aplicación del criterio de racionalidad capitalista.

Solamente sobre la base de estas condiciones generales se explica el hecho de que las relaciones tradicionales de producción puedan sobrevivir. No sobreviven oponiéndose a las relaciones capitalistas de producción, sino, al contrario, sobreviven porque las relaciones capitalistas de producción orientan los intereses de una manera tal, que los elementos tradicionales de las sociedades periféricas puedan sobrevivir. Lo que podemos constatar es solamente que las clases dominantes de América Latina se avinieron a esta lógica de las propias relaciones capitalistas de producción. Esta lógica les ofreció la dependencia como alternativa más provechosa de integración en el mercado capitalista mundial y su orgullo tradicionalista no les impidió en lo más mínimo someterse soberanamente a esta dependencia ofrecida tan generosamente. Su orgullo tradicionalista fue reservado más bien para sus relaciones con las clases dominadas y para expresar rencores nacionalistas dentro de ellas mismas.

A nuestro entender, no hay manera de comprender las luchas sociales del siglo XIX y la subsiguiente transformación de la estructura económica en estructura periférica, sin esta situación de intereses. Pero, si bien esta situación de intereses es condición necesaria de la transformación de América Latina en periferia, de ningún modo es razón suficiente. Si bien hay mucha probabilidad de que una clase dominante se decida en favor de la alternativa de evolución económica más provechosa, no existe para ello ninguna necesidad mecánica. Por lo menos imaginariamente se puede concebir la posibilidad de una decisión contraria a sus intereses inmediatos en favor de una revolución nacional burguesa independiente. Sin duda que es difícil encontrar un ejemplo para esta posibilidad teórica. Como ya vimos, el caso tan citado del Japón no sirve

para demostrarla. La clase dominante japonesa nunca tuvo la alternativa de una integración periférica en el desarrollo industrial de los centros por falta de una riqueza natural suficiente para sustentar tal proceso. La situación de intereses del Japón es, por lo tanto, totalmente distinta a la situación de América Latina. Pero, si bien no se puede citar ejemplos de una revolución nacional burguesa contraria a la transformación en periferia, sigue en pie la pregunta de por qué estas clases dominantes no fueron capaces de sobreponerse a sus intereses inmediatos en favor de una independencia nacional o continental a un plazo más largo.

Intereses de clases y situación histórica

Este problema nos lleva a reflexionar sobre una limitación más bien general de la visión que tenía el siglo XIX del proceso del desarrollo y que volveremos a encontrar igualmente en las ideologías socio-económicas de todas las corrientes políticas del siglo XIX, desde las corrientes liberales hasta las corrientes marxistas y hasta en el interior de la propia teoría del imperialismo. Para estas clases dominantes sencillamente no existía una alternativa histórica entre dependencia e independencia o entre desarrollo y subdesarrollo. No se les ocurrió interpretar la postergación de la industrialización y la transformación en periferia como una determinación que comprometía el futuro de sus países a largo plazo. Para toda la conciencia del siglo XIX la transformación en periferia es el primer paso hacia el desarrollo, el cual habrían de seguir paulatinamente los pasos de la industrialización. No se concibe la posibilidad de que el resultado de la transformación en periferia será el subdesarrollo a largo plazo.

Tomando en cuenta este hecho, la transformación en periferia parece una necesidad fatal de las sociedades que se integran al mercado capitalista mundial durante la segunda mitad del siglo XIX, con la única condición de que necesitan tener la suficiente riqueza natural para constituirse como periferia. Estos países son atrasados y experimentan su atraso en el encuentro con el mercado mundial e interpretan su posibilidad de desarrollo a partir de su transformación en periferia como el primer paso de su desarrollo. En una situación histórica general de este tipo parece prácticamente inevitable la aceptación de transformarse en periferia y la aceptación de intereses inmediatos por parte de los países interesados. Por lo tanto, la posibilidad abstracta de una actuación en contra de estos intereses inmediatos, es decir, prever que la transformación en periferia significaría futuro subdesarrollo, fue prácticamente inexistente o por lo menos altamente improbable.

El verdadero significado de la transformación en periferia se revela recién en el siglo XX, cuando estas sociedades sienten la necesidad

de su industrialización y descubren que la situación histórica otra vez ha cambiado y que ahora las condiciones para emprenderla son totalmente distintas de lo que fueron incluso en el siglo XIX. Se había interpretado la transformación en periferia como el primer paso del desarrollo, pero en el siglo XX se revela que fue el primer paso hacia el subdesarrollo. Lo que fue atraso en el siglo XIX se transforma en subdesarrollo definitivo en el siglo XX y llega a deformar en sus raíces los futuros proyectos capitalistas de desarrollo.

En todo este proceso se hace evidente que el desarrollo futuro tiene que ser un desarrollo basado en la industrialización autóctona de estos países. La situación de la periferia desequilibrada sale ahora a luz. En el siglo XIX esto aún no sucede porque las masas populares siguen todavía fuertemente arraigadas en las estructuras tradicionales. Pero ahora crecen las clases obreras y clases medias, resultados de las relaciones capitalistas de producción en lo que respecta a la materia prima y de las actividades vinculadas al capital comercial, y el desequilibrio de la periferia se revela en toda su magnitud. Estas nuevas masas populares tienden a crecer con la migración desde los sectores más tradicionales y forman ahora un ejército de reserva que amenaza la estabilidad del país periférico. De ahora en adelante las propias clases dominantes comienzan a sentir la necesidad de la industrialización. Pero las nuevas condiciones históricas de la industrialización las hacen impotentes y comienza ahora el período de las luchas sociales abiertas entre clases dominadas que dan lugar a los proyectos populistas de industrialización, cuyo intento consiste en recuperar las oportunidades perdidas en la segunda mitad del siglo XIX.

Para comprender bien este proceso hace falta analizar más a fondo la nueva situación histórica y la transformación de las condiciones de la industrialización en el siglo XX, que explican por qué fracasan estos proyectos capitalistas de industrialización en los países de América Latina, enfrentándonos con las alternativas históricas que hoy en día se presentan. Pero, antes de entrar en esta discusión, puede sernos útil intentar un breve análisis de la teoría marxista del imperialismo, que surge precisamente en el momento que el mercado mundial capitalista se ha establecido definitivamente, logrando la polarización definitiva del mundo entero en centros y periferias.

VI. *La revolución de las condiciones de la industrialización en el siglo XX*

La teoría clásica del imperialismo

La teoría clásica del imperialismo surge a fines del siglo XIX y trasciende el pensamiento marxista durante las primeras décadas del siglo XX. Sus principales autores son Hobson, Bucharin, Rosa Luxemb-

burg, Hilferding, Lenin, etc. Si bien todos estos autores tienen visiones propias, se puede constatar una cierta base común cuyo análisis nos puede demostrar tanto los méritos como las limitaciones de sus teorías.

El primer rasgo común notable de todos estos autores es su examen del sistema capitalista desde el punto de vista del centro desarrollado. Se trata de autores que viven la fuerza expansiva del capitalismo en los centros, viven las crisis económicas de los centros y se dan cuenta de la vinculación que estos fenómenos tienen con la periferia dependiente y explotada por los centros. Ellos sitúan sus teorías en este contexto. La necesidad de mercados en la periferia, la necesidad de inversiones de capital, etc., llegan a ser elementos claves de teorías que pretenden más bien entender la problemática del propio mundo capitalista desarrollado.

Todas estas teorías dan muy poca importancia al análisis de lo que ocurre en el propio mundo dependiente. La nueva estructura económica periférica no llega a constituir un elemento principal de tales teorías. El concepto de la relación entre centro y periferia parte más bien de un análisis del efecto de explotación, observando a partir de la dependencia colonial. Si bien no puede haber duda sobre la existencia de tal explotación, la limitación del análisis impide ver la creación de las nuevas estructuras periféricas con una perspectiva que determina el futuro estancamiento y subdesarrollo de estos países. La teoría clásica del imperialismo no puede percibir estos fenómenos, y ello determina hasta hoy, en cierto grado el carácter de todos los análisis marxistas de la problemática del subdesarrollo. Existe hasta hoy una fuerte resistencia a hablar del subdesarrollo y a considerar el subdesarrollo como un problema específico. Eso llega hasta los extremos de negar carácter científico al concepto del subdesarrollo, denunciándolo como un concepto más bien ideológico.

El examen de la relación centro-periferia a partir del efecto de explotación tiene una consecuencia importante en cuanto a la conceptualización del sistema capitalista entero.

Podríamos hablar de un concepto del sistema capitalista mundial como una totalidad homogénea, entendiendo por homogeneidad la interpretación de este sistema a partir de una sola contradicción principal, que será la contradicción de clases, sin admitir polarizaciones de otra índole. Por lo tanto, el sistema capitalista se percibe a sí mismo como una gran unidad homogénea. Dentro de esta unidad ciertamente se reconoce desniveles de desarrollo, pero se da a estos desniveles una importancia muy relativa, de significado puramente cuantitativo. Para denominarlos se usa la categoría del atraso. Los países menos desarrollados son interpretados como países atrasados en el sentido de que pasan todavía por etapas que las sociedades más desarrolladas ya superaron y que a su vez irán superando. Pero el hecho de que existan países más

desarrollados en la teoría marxista no define la especificidad del problema del desarrollo en los países atrasados. El propio Marx ya expresa esta concepción en un prólogo a *El Capital*, cuando dice que los países atrasados tienen la imagen de su propio futuro en los países más adelantados. La problemática de esta concepción del atraso ya fue considerada anteriormente, en la Introducción en este estudio. Pero esta problemática puede ser ahora ampliada considerando la propia revolución socialista mundial.

En la teoría clásica del imperialismo el atraso es también un punto de referencia para determinar el lugar estratégico de la revolución socialista mundial en los centros desarrollados del mundo capitalista. Cuanto más desarrollado es un país, tanto más preparado está para la revolución socialista. Por consiguiente, hasta en la propia concepción de la revolución mundial sigue reflejándose el carácter centrista de esta teoría. Dado su atraso, estos países ni siquiera aspiran a la revolución socialista; sólo pueden estimarse como acoplados a procesos de los centros, que dan las pautas de su propia acción. De hecho, no se les concede a estos últimos un papel propio en la historia. Se trata de la concepción de una dialéctica histórica curiosa, que avanza únicamente por su lado positivo.

Todas estas deficiencias mencionadas culminan y se hacen visibles en ausencia de una distinción clave, necesaria para el análisis de la dinámica del sistema capitalista mundial. Se trata de la distinción entre la dinámica expansiva de los centros desarrollados y la dinámica industrializadora hacia la periferia. O, en otras palabras, entre la dinámica continuada y acumulativa de los centros industrializados del sistema capitalista establecido, y la posibilidad del sistema capitalista de servir como guía de industrialización de nuevas regiones todavía no industrializadas. En último término, la ausencia de esta distinción atestigua un concepto homogéneo del sistema capitalista mundial.

En este punto precisamente se hace más evidente la vinculación de la teoría clásica del imperialismo con la conciencia histórica del siglo XIX. Comparte una estructura de interpretación del sistema capitalista que es esencialmente idéntica a estructuras conceptuales de teorías burguesas de este siglo. En general, para la conciencia histórica del siglo XIX, la sociedad capitalista es fundamentalmente desarrollista e industrializadora. En el capítulo anterior ya mencionamos este hecho en relación a las teorías burguesas de la dinámica del sistema capitalista. Esas teorías interpretan la transformación en periferia que tiene lugar en la segunda mitad del siglo XIX como el primer paso hacia la industrialización. En la teoría clásica del imperialismo podemos constatar una apreciación esencialmente similar. Los países atrasados se convierten en periferia como dando un paso hacia su integración en el sistema mundial, al cual seguiré automáticamente el paso de la industrialización. No

hay duda de que sigue vigente la idea de Marx de que el sistema capitalista es por excelencia la sociedad del desarrollo. El capitalismo tiene esta función histórica y el socialismo le sigue como etapa posterior porque el sistema capitalista no es capaz de dominar las fuerzas productivas desencadenadas por él. En esta visión, la sociedad socialista es la sociedad de la madurez del desarrollo, mientras que la sociedad capitalista es intrínsecamente industrializadora y tiene su razón histórica de ser en el cumplimiento de ésta su función. La ortodoxia marxista todavía mantiene restos de esta convicción original, cuando cree que la revolución socialista es legítima solamente después de haber tenido lugar la revolución burguesa.

De esta manera, la teoría clásica del imperialismo establece una vinculación estrecha entre dinámica del sistema en los centros desarrollados y en la periferia. En el fondo, la dinámica del sistema capitalista mundial es una sola: avanzando el centro, la periferia avanza. Aparentemente, la realidad del desarrollo del sistema capitalista mundial durante el siglo XIX, da razón a esta concepción. Durante el siglo XIX, una industrialización capitalista sucede a la otra. A la industrialización inglesa sigue la industrialización de Francia, Alemania, EE. UU., Japón, etc. Hay una dinámica en los centros y a la vez existe una dinámica expansiva que provoca siempre más industrializaciones de regiones nuevas. Aparentemente, por lo tanto, no hay razón alguna en dudar del carácter homogéneo del sistema capitalista mundial, y así la categoría del atraso parece ser suficiente para entender la historia económica del siglo XIX.

La renuncia de la teoría clásica del imperialismo a un análisis profundizado de la estructura económica periférica, a la vez la hace interpretar la dependencia a partir de un tipo ideal que se forma en el análisis de la dependencia colonial. A esta teoría no le preocupa mayormente el problema de la libre aceptación de estructuras periféricas dependientes por parte de los países soberanos de la periferia. Escoge más bien como caso típico el de la dependencia colonial. En este caso se puede demostrar una dominación abierta y directa y una explotación muy visible que puede ser interpretada como un cobro de tributos. Usando este tipo ideal de la dependencia colonial, se puede interpretar los impedimentos de la industrialización durante el siglo XIX como acciones conscientes y arbitrarias de los centros sobre las periferias. El impedimento típico será la prohibición premeditada de ciertas industrias en las colonias, por miedo de perder los mercados correspondientes para la industria del centro. En esta línea, se da mucha importancia a un ejemplo como el de la prohibición del desarrollo de una industria textil propia en la India, que fue una medida aplicada por los ingleses a fines del siglo XIX, para impedir una competencia en este campo. La teoría clásica del imperialismo no tiene duda alguna de que se trata de barreras artificiales de la industrialización. No percibe el hecho de que en esta

misma época histórica otros países soberanos aceptan espontáneamente tales impedimentos de su industrialización, y que, por lo tanto, el fenómeno va más allá de lo que puede explicar un tipo de dependencia colonialista. Sin embargo, la teoría clásica trata a todos estos otros casos como semi-colonias, insistiendo de esta manera en la validez del concepto de colonización como concepto central de la interpretación del imperialismo.

De ello resultan algunas tesis importantes que aún hoy, en la corriente marxista, tienen cierta influencia. Por una parte se trata de la tesis de que el derrocamiento de la dominación colonial da paso libre a la revolución burguesa y, por lo tanto, a la industrialización autóctona de los países dependientes. Sin dependencia colonial la burguesía sería esencialmente nacional y desarrollaría, en términos capitalistas, sus países respectivos. La otra tesis dice que, a pesar de determinados impedimentos arbitrarios de la industrialización, tiene lugar un desarrollo de las zonas dependientes en provecho de los centros desarrollados. Se destaca en especial la exportación de capital hacia las periferias durante la segunda mitad del siglo XIX, suponiendo que esta exportación define a la vez los primeros pasos de la industrialización de tales países en provecho de los centros desarrollados del mundo capitalista. No se da importancia alguna al hecho de que en todo este período la exportación de capital tiene como objeto únicamente desarrollar producciones de materias primas para los centros, y que, por lo tanto, financia la transformación de estos países en periferia de los centros.

Esta visión del efecto desarrollista de la exportación de capitales es presentada por el capitalismo burgués en imágenes fantásticas del mundo desarrollado del futuro. Encuentra su expresión extrema en la imaginación de un mundo que se industrializa sobre la base de los capitales del centro, permitiendo al centro convertirse en un gigantesco pensionado que vive de las rentas recibidas por sus capitales invertidos en la periferia industrializada. Por supuesto, la teoría clásica del imperialismo no comparte estas imaginaciones. Sin embargo, su forma de criticar estas imaginaciones es reveladora. Las critica con el argumento de que tal industrialización llevaría automáticamente a una redifinición de la situación de poder real que provocaría la revolución nacional de estos nuevos centros industrializados en contra de los centros anteriores. No percibe, por lo tanto, el hecho de que la propia fuerza industrializadora del sistema capitalista autóctono de las periferias está llegando a su fin.

Pero hace falta aún especificar un poco más este concepto homogéneo del sistema capitalista en la teoría clásica del imperialismo. Hay algunos autores que tienen una concepción esencialmente pesimista en cuanto a la posibilidad expansiva del sistema capitalista mundial. Se trata en especial de Bucharin y Lenin.

En este contexto será interesante comentar dos tesis de Lenin que señalan una apertura hacia los problemas propios de la periferia y que precisamente por este hecho demuestran a la vez las limitaciones de la teoría clásica del imperialismo. La apertura específica de Lenin hacia los problemas de la periferia es comprensible. Como ruso, él ha vivido estos problemas y no puede dejar de reflexionar en ellos. Pero, por otro lado, se hace notar el impacto de toda una tradición en la forma de pensar, de la cual incluso él mismo no puede todavía desprenderse.

Se trata, en primer lugar, de su tesis del pudrimiento del capitalismo en su etapa monopólica. Ya en su libro sobre el capitalismo en Rusia, él había constatado el estancamiento de las fuerzas expansivas del capitalismo en su país. En su tesis del pudrimiento del sistema capitalista total, él generaliza esta experiencia para todo el capitalismo en general. No percibe que, de hecho, está surgiendo una polarización dentro del sistema capitalista, en la cual la fuerza dinámica se concentra en los centros ya desarrollados, mientras que los países aun no desarrollados se convierten definitivamente en países subdesarrollados, y que el sistema capitalista está perdiendo su capacidad de servir como una vía de desarrollo e industrialización. Lo que en realidad ocurre, es que en el mismo momento en que Lenin propaga su tesis del pudrimiento, tiene lugar un cambio en la eficiencia del sistema capitalista. Este sistema se polariza entre un mundo desarrollado y un mundo subdesarrollado. Una gran parte de los esquemas explicativos del siglo XIX pierden su validez en este momento, pero la teoría del imperialismo todavía demuestra ser incapaz de reflexionar sobre este cambio.

De hecho se trata de un cambio, que permite que los países capitalistas ya desarrollados pueden seguir su vía de desarrollo a pesar de todas las crisis con que se enfrentan. Los países subdesarrollados, al contrario, comienzan a experimentar un estancamiento que no pueden superar y que la misma mantención del sistema capitalista les impone. Las revoluciones burguesas que después tienen lugar en estos países llegan, por lo tanto, demasiado tarde. Llegan en un momento en que la estructura capitalista ha perdido su capacidad de industrializar y no logran efectuar, en relación a ellas, un cambio parecido al que lograron las revoluciones burguesas del siglo XIX. Frente a esta situación, todo el movimiento de liberación nacional se frustra en cuanto desemboca en estructuras capitalistas. Estas estructuras mismas impiden ahora el desarrollo. Si bien desaparecieron los impedimentos intencionales del desarrollo, surgen ahora impedimentos y obstáculos que frustran todos los esfuerzos de desarrollo.

La tesis de Lenin no registra este cambio. Después, cuando surge la primera industrialización socialista, acompañada por la tesis del socialismo en un solo país, tampoco la teoría marxista-soviética comprende

el verdadero significado de su experiencia. Entiende la industrialización socialista de la Unión Soviética que fue necesaria por razones más bien políticas de la sobrevivencia del sistema socialista —más bien como un sustituto de la industrialización capitalista—. Todavía hoy, el movimiento marxista de la línea soviética sigue fiel a esta interpretación. Se concibe la existencia de una alternativa real entre vía capitalista y vía socialista de desarrollo, frente a la cual existe la posibilidad de una sola opción. La política de los frentes populares es la última expresión de esta convicción.

Se mantiene siempre la tesis de que una clase capitalista progresista puede echar las bases del desarrollo capitalista en los países subdesarrollados. La revolución socialista no es considerada como la única alternativa del desarrollo del mundo subdesarrollado. Este puede esperar, por lo tanto, para que la revolución tenga lugar posteriormente. No hay conciencia de que en el siglo XX la vía capitalista de desarrollo se convirtió definitivamente en una vía de subdesarrollo y que la opción real y eficaz para el desarrollo ahora es la opción socialista.

La otra tesis de Lenin que interesa en este contexto es la del eslabón más débil. Se trata de un replanteamiento de la teoría de la revolución mundial, que tradicionalmente se había concebido como una revolución que se origina en los países más altamente desarrollados del mundo capitalista. Lenin cambia ahora esta concepción, dándose cuenta de que el sistema capitalista en el mundo capitalista desarrollado había logrado un nivel bastante alto de estabilidad. Pero no se aparta realmente de la teoría tradicional. Compara ahora el sistema capitalista mundial con una cadena que tiene eslabones de diferente consistencia. En la revolución mundial se trata, según él, de romper esta cadena. Si se rompe en una parte, toda la cadena se rompe. Hay que romperla, por lo tanto, en sus eslabones más débiles, que son precisamente los países menos desarrollados.

Lenin concede en esta teoría cierto papel histórico a los países de la periferia. Pero en el fondo todo eso es aparente. Pueden lanzar la primera chispa de la revolución mundial, pero la revolución socialista misma se decide en los centros desarrollados.

Es notable cómo Lenin también en esta tesis mantiene su concepto de la homogeneidad del sistema capitalista mundial, a pesar de todos los cambios que él introduce en las concepciones tradicionales pensamiento marxista. También para él, los países más atrasados tienen la imagen de su futuro en los países más adelantados, y la historia avanza por su lado positivo.

La revolución de las condiciones de la industrialización

La concepción de las periferias atrasadas y del sistema capitalista homogéneo corresponde, durante el siglo XIX, a la imagen de una fuerza

expansiva e industrializadora del sistema capitalista mundial. Nos interesa, por lo tanto, analizar cómo los fenómenos que durante el siglo XIX se perciben como atraso se convierten definitivamente en subdesarrollo. Hace falta discutir las causas de la desaparición del atraso y del surgimiento de una categoría totalmente nueva que es el subdesarrollo definitivo.

Una verdadera revolución de las condiciones tecnológicas de la industrialización tiene lugar cuando la industria del centro logra siempre nuevos niveles de complejidad y diversificación tecnológica, la distancia entre tecnología moderna y tecnología heredada tradicional se hace siempre más grande. En los centros se desarrolla un proceso continuo de aumento de complejidad tecnológica, pero con respecto a la periferia se prepara una ruptura que cambia todas sus condiciones de industrialización. Si es cierto que también en los centros se habla de una segunda revolución industrial, esta revolución se hace sentir más bien en las periferias como un corte entre el pasado y el futuro. La nueva complejidad de la tecnología determina una relación esencialmente nueva entre técnicas tradicionales heredadas y técnicas modernas, que otra vez hace cambiar la situación histórica dentro de la cual se insertan las relaciones capitalistas de producción.

Podemos partir estableciendo una discusión de lo que significa durante el siglo XIX la relación entre tecnología tradicional y tecnología industrial para el mismo proceso de la industrialización. De todas maneras, tanto en el siglo XIX como en el siglo XX, esta tecnología tradicional llega a ser destruida y queda obsoleta a consecuencia de la introducción de la tecnología moderna. Pero, durante las industrializaciones del siglo XIX, los medios de producción tradicional podían cumplir una función que en el siglo XX ya no pueden realizar. En aquel siglo formaron el trampolín para la creación de los medios de producción modernos e industriales. Si bien los medios de producción tradicionales resultan obsoletos, solamente lo son después de haber posibilitado los medios de producción modernos. Por lo tanto, son reemplazados por sus propios productos. Son obsoletos en relación a estos productos, pero no lo son en cuanto a su posibilidad de crear los medios de producción modernos que los reemplazan. La primera máquina de vapor es construida por medios de producción tradicionales, a pesar de que constituye un punto de partida decisivo para reemplazar estos medios de producción tradicionales en todos los usos. Esto no es sólo válido para Inglaterra, sino igualmente para las otras industrializaciones que se llevan a cabo durante el siglo XIX. La nueva tecnología se expande más bien a través de la información y divulgación de sus experiencias, y el equipo técnico para su aplicación se construye con los medios de producción tradicionales existentes —o fácilmente constituibles— en este momento histórico.

Para el caso de la primera industrialización —el caso de Inglate-

rra— eso es evidente. Como por primera vez en la historia surgen tecnologías industriales éstas tienen que partir de medios de producción no industriales. Como los nuevos medios de producción no caen del cielo, la tecnología tradicional tiene que ser reorganizada en función de una tecnología moderna. Sin duda, para las industrializaciones de Francia, Alemania, EE. UU. y hasta del Japón, vale todavía esta situación. Las nuevas industrias que se forman no tienen por qué importar sus equipos desde Inglaterra. Lo que importan son conocimientos técnicos y ejemplares únicos de la maquinaria inglesa para copiarlos y para inducir un proceso tecnológico propio. Pero lo que cuenta en este contexto es el hecho de que los medios de producción tradicionales permiten copiar maquinaria. Estos países son técnicamente capaces para hacerlo a partir de los medios de producción tradicionales que ya tienen. Si bien los medios modernos reemplazan rápidamente los medios tradicionales, lo hacen solamente después de que los medios tradicionales han suministrado los equipos modernos. En este sentido se mantiene durante el siglo XIX una vinculación estrecha entre medios tradicionales y medios modernos de producción. Los medios tradicionales de producción son obsoletos en el interior del centro industrializado, pero de ninguna manera como punto de partida del despegue de la industrialización.

Esta es la razón por la cual los proyectos capitalistas de industrialización durante el siglo XIX pueden funcionar de una manera relativamente fácil. En este período es suficiente que exista en el interior del país en vías de emancipación una revolución nacional burguesa con un gobierno pro-capitalista y, que se fije hacia el exterior una protección de la producción nacional, que permita la transformación de los medios tradicionales de producción en medios modernos, mediante una industrialización autóctona. Esta protección —en general una protección aduanera— era necesaria, pues en esta época la nueva industria trabajaba con costos considerablemente más altos que los de Inglaterra de modo tal que no habría podido sobrevivir este período de transición bajo condiciones de comercio libre. Por lo tanto, la condición que posibilita este tipo de industrializaciones consiste en que los medios de producción tradicionales no sean obsoletos como punto de partida del despegue de la industrialización.

Pero, lo esencial de los medios modernos de producción es el proceso acumulativo continuo del aumento de la productividad del trabajo, que se basa en un perfeccionamiento también continuo de la tecnología y de su complejidad. Sus formas cada vez más refinadas, exigen un grado de elaboración técnica siempre más alto. Sin embargo, los medios tradicionales de producción por definición no experimentan un proceso parecido. El progreso de la industrialización introduce consecuentemente una distancia cada vez más grande entre los medios tradicionales de producción y los medios modernos. La vinculación entre los dos se hace

cada vez más débil. En el caso de la industrialización de Alemania y EE. UU., todavía es suficiente la protección aduanera para poder inducir la transformación de medios tradicionales en medios modernos. A fines del siglo XIX y sobre todo en el siglo XX, este proceso de la transformación se complica siempre más hasta llegar al punto en el que ya no es posible. En el caso alemán todavía la combinación de protección aduanera e inducción de relaciones capitalistas de producción hace posible la industrialización sin mayor ingerencia gubernamental. Pero la situación ya es muy diferente en el caso de la última industrialización capitalista históricamente importante —el caso del Japón— que necesita medidas mucho más radicales. En este caso ya nos encontramos con una política de fomento industrial directo por parte del Estado con exclusión consciente del capital extranjero y apoyo estatal directo para determinadas industrias nacientes. Con estas medidas aun puede lograrse, en ese entonces, la transformación de medios tradicionales en medios modernos de producción. Ya en la última década del siglo XIX encontramos en el Japón una producción de generadores y motores eléctricos, cuyo equipamiento es realizado en su gran mayoría dentro del mismo Japón. La simple introducción del conocimiento técnico correspondiente en aquellos tiempos era aun suficiente para fomentar la producción respectiva, a pesar de que se trataba de la producción más moderna de la época.

A fines del siglo XIX y a comienzos del siglo XX esta vinculación entre medios tradicionales y medios modernos de producción parece tener un corte radical. Como la brecha existente entre ambos va ensanchándose más y más durante todo el siglo XIX, se produce luego la separación definitiva. Recién ahora los medios de producción tradicionales llegan a ser obsoletos en todo sentido. De ahora en adelante los medios de producción modernos de nuevas industrializaciones no pueden provenir de la transformación de una estructura tradicional básica en una estructura de producción moderna e industrial. De ahora en adelante ya no es suficiente tener los conocimientos técnicos y la voluntad de producir para conseguir la producción de nuevos bienes industriales. Más y más los medios de producción modernos pueden crearse solamente a partir de medios modernos existentes con anterioridad. La consecuencia de este proceso es muy clara: La industrialización ya no puede ser la consecuencia del propio esfuerzo productivo de los países no industrializados. No es suficiente importar conocimientos técnicos, sino que a la vez es necesario importar la maquinaria apta para utilizar estos conocimientos técnicos.

Todo eso significa una revolución en las condiciones de la industrialización y un salto cualitativo de las vías de industrialización. Este corte radical explica, por consiguiente, por qué la postergación de la industrialización de las periferias en la segunda mitad del siglo XIX

ya no es reversible. Cambiaron definitivamente las condiciones del despegue. Si bien el Japón puede aun, a fines del siglo XIX, copiar las técnicas más modernas de su tiempo mediante una nueva combinación de sus medios tradicionales de producción, una actuación semejante sería absurda, hoy. La electrónica moderna y la técnica atómica, por ejemplo, no tienen nada que ver con medios tradicionales de producción. Si no hay instalaciones modernas para levantar producciones de este tipo y si no se las importa, el país periférico simplemente tiene que renunciar a tales producciones. No tiene otra alternativa sino importar los equipos correspondientes. Esta situación salta a la vista si se analiza el intento de industrialización chino, en el año 1959, tendiente a suplir la falta de altos hornos modernos por hornos de técnicas tradicionales. El hierro de los hornos tradicionales resultó ser de una calidad tan inferior que no pudo ser usado en la industria moderna. Demostró el corte definitivo entre medios tradicionales y medios modernos de producción. Hace 100 años, sin embargo, este tipo de hierro habría servido perfectamente para la industria moderna de aquel tiempo, lo que hoy en día es totalmente imposible¹³.

La deformación de los proyectos capitalistas de industrialización

Después de este corte definitivo entre medios tradicionales y modernos de producción, la industrialización de países no industrializados tiene que basarse en la importación casi completa del equipo necesario. Eso define la diferencia básica entre las industrializaciones del siglo XIX y las del siglo XX. Por lo tanto, cambia totalmente el significado de la capacidad de importar en el proceso de industrialización. La importación de medios de producción, que antes era algo suplementario, se convierte ahora en la base misma del proceso. En un primer momento, la parte importada de las inversiones industriales tiende a subir hacia el 100%. Por consiguiente, el proceso de la industrialización ya no puede arrastrar a la sociedad entera. Puede hacerlo solamente en el grado que lo permite la capacidad de importar. Ahora hay un límite externo del posible volumen de las inversiones industriales, debido a que la capacidad de importar inevitablemente queda rezagada en relación a las necesidades de un proceso rápido de transformación de la sociedad en términos de la tecnología moderna. Aunque no negamos las dificultades adicionales que surgen de la necesidad de una mano de obra cada vez más especializada y de técnicos de alta especialización y experiencia para absorber la tecnología moderna, creemos que el problema de la capacidad de importar es el más importante. La mano de obra puede ser especializada a través de un esfuerzo propio del país e igualmente pueden ser formados técnicos, pero el cuello de botella se produce siempre con la necesidad de importar los equipos.

¹³ En relación a este problema, ver Bairoch, Paul: *Revolución Industrial y subdesarrollo*. México, 1967.

Este corte definitivo coincide a la vez con un momento en el que la transformación en periferia, lograda en el período anterior, ha destruido suficientemente las relaciones sociales tradicionales anteriores, produciendo una gran masa subempleada que fomenta crisis sociales que, sin industrialización, no pueden tener solución. Se hace evidente el hecho de que la periferia creada es una periferia desequilibrada, mientras que a la vez existe esta limitación externa del volumen de la industrialización por la incapacidad de importar. El desequilibrio social, por lo tanto, no tiene solución, y las políticas de industrialización heredadas del siglo XIX pierden su eficiencia. La protección aduanera pierde gran parte de su significado y ya no tiene la misma importancia como medida de fomento industrial que tuvo en el siglo XIX. Igualmente, el fomento gubernamental de relaciones capitalistas de producción en el interior de los países no industrializados, pierde la capacidad de promover clases capitalistas dinámicas que puedan conducir un proceso autóctono de industrialización. Por lo tanto, la revolución nacional burguesa pierde vigencia histórica. La situación se invierte totalmente. Las crisis sociales necesitan soluciones y los gobiernos con apoyo de los centros industrializados tratan de inducir relaciones capitalistas de producción, sin lograrlo. La dependencia se ha convertido en un fenómeno introducido por la misma estructura económica y la política de independencia avanza de fracaso en fracaso. De este modo, los gobiernos vacilan continuamente entre la aceptación de la dependencia y la afirmación de la independencia, sin lograr en ninguno de los dos casos la inducción de procesos acumulativos de industrialización.

Los problemas de las balanzas de pago no son más que una apariencia de esta revolución de las condiciones de la industrialización. En el fondo del fenómeno existe un choque continuo entre la determinación externa del tamaño posible de la industria naciente, condicionada por la capacidad de importar, y la necesidad de capitales suficientes que podrían permitir el surgimiento de una burguesía expansiva con sentido de independencia nacional. A raíz del hecho de que no hay manera posible de aumentar la capacidad de importar en las proporciones necesarias, los proyectos capitalistas de industrialización se deforman.

Es interesante anotar que esta industrialización deformada de los países subdesarrollados conserva en el fondo la estructura económica triangular creada como resultado de la imposición del comercio libre en el siglo XIX. Se agregan nuevos elementos, pero, básicamente, esta estructura no cambia; solamente pasa por diferentes etapas de desarrollo.

La etapa de la sustitución de importaciones

La primera etapa del desarrollo de estructura triangular conserva en forma muy visible el antiguo esquema de intercambio. Además, man-

tiene la imagen aparente de una fuerza dinamizadora e industrializadora de la estructura capitalista de las relaciones de producción. Esta etapa describe más bien la primera mitad del siglo XX y, sobre todo, el período comprendido desde la primera guerra mundial hasta los años 50. Es la etapa de la sustitución de las importaciones por una industrialización específica en el marco triangular tradicional de la estructura económica. Dentro de este marco, se conserva la estructura de clases correspondiente, pero ahora aumenta la importancia del polo que representa la importación de bienes manufacturados desde los centros hacia la periferia. En la segunda mitad del siglo XIX se importa bienes finales manufacturados o bienes de capital usados para la producción y exportación de materias primas. Este último elemento incluye las importaciones para los medios de transporte, redes frigoríficas, etc. El nuevo tipo de industrialización cambia nuevamente el cuadro de las importaciones. Se sigue importando bienes de capital para la producción de materia prima. Sin embargo, ahora cambia el carácter de las importaciones de los bienes finales. Hasta este momento —aproximadamente hasta la primera guerra mundial— se importa los bienes finales terminados. El nuevo tipo de industrialización tiende a reemplazar esta importación de bienes finales terminados por los medios de producción para elaborar bienes finales. En vez de importar textiles, se importa ahora la maquinaria para producir textiles en el país periférico. Pero el carácter mismo de la importación no cambia. Sigue siendo una importación de bienes finales, pero en forma indirecta. Al capital comercial de importación se le agrega un capital industrial que da a las importaciones un efecto multiplicador. La capacidad de importar sigue condicionada por la exportación de materia prima, pero aumenta en términos de bienes finales disponibles mediante este efecto multiplicador que da a la importación un significado distinto en términos de bienes finales. Una parte del valor agregado contenido en el bien final ahora se crea en el país periférico y con eso puede aumentar el ingreso per cápita.

Este proceso de sustitución de las importaciones, por supuesto, comienza con las producciones de tecnología más fácil, de intensidad de capital más baja y de mayor uso de mano de obra. Se trata de producciones que en el interior de los centros desarrollados tienen menos importancia relativa para el proceso actual del desarrollo. Desde este punto de vista, son producciones más bien marginales, o atrasadas. Pero este proceso permite la aparición de una dinámica económica muy fuerte en la cual surge una nueva clase capitalista industrial y echa las bases de la industrialización de los países periféricos.

Sin embargo, se trata de una industrialización totalmente aislada del proceso de desarrollo de los centros. Su base de sustentación es otra. La vinculación de los países periféricos con los centros sigue siendo determinada por la venta de materia prima y la división del trabajo

en el interior de la industria manufacturera no va más allá de las zonas dentro de las cuales el proceso de industrialización se lleva a cabo. Manteniendo la estructura triangular básica, el nuevo capital industrial se acopla al capital comercial y su significado se agota en facilitar a la importación el efecto multiplicador mencionado.

Pero este efecto multiplicador se desarrolla de una manera muy específica. En el comienzo es muy alto, porque se escoge las producciones más propicias para sustituir ciertas importaciones que son, a la vez, las producciones son técnicas relativamente atrasadas. Pero cuando este proceso avanza, forzosamente tiene que incluir bienes de una tecnología siempre más compleja y, por lo tanto, más moderna, y tiene que proceder además a renovar la importación de la misma maquinaria. Complejidad tecnológica y creación de medios de producción necesariamente se convierten en los nuevos objetivos de la política de industrialización, que describen a la vez el momento en el cual todo el método de la sustitución de importaciones hace crisis.

Esta crisis se manifiesta en un declive del efecto multiplicador de tal sustitución, en un aumento de la intensidad de capital de las nuevas instalaciones productivas, a la vez, en una baja de la necesidad de mano de obra para seguir sustituyendo importaciones. Baja, por consiguiente, el valor agregado a las importaciones en el país periférico. El proceso expansivo de la sustitución de importaciones termina cuando en los principales países de América Latina, en la década del 60, la industria se convierte en un gran enclave industrial cuya exigencia de mano de obra, en relación a la mano de obra disponible en el país, ya no aumenta.

La transformación de la industria en enclave industrial

Se trata de un momento muy específico. El nuevo estancamiento que se produce no es necesariamente un estancamiento de la dinámica industrial como tal. La industria puede seguir con altas tasas de crecimiento. Pero esta dinámica se produce ahora en el interior del enclave industrial, sin un efecto expansivo sobre el sistema económico global. Tal estancamiento finaliza en términos relativos a la economía entera, pero sigue en términos absolutos en el interior de este nuevo enclave industrial. Se trata de la segunda etapa de la industrialización latinoamericana, que se hace evidente en los países de más alto grado de industrialización, a pesar de que muchos otros países todavía no han llegado al mismo nivel en este proceso. Es la etapa del estancamiento dinámico, en la cual el esquema triangular básico otra vez llega a imponerse. La apariencia optimista del primer período de la industrialización se ha esfumado. En el primer período todavía se podía interpretar la estructura económica triangular como un paso a la industrialización ca-

pitalista del continente. En esta segunda etapa termina la dinámica aparente y, muy visiblemente, el esquema triangular básico de la estructura económica aparece como obstáculo directo de una continuación del proceso de la industrialización. Recién en este momento se presenta la duda acerca de si el propio sistema capitalista todavía es capaz —en el momento histórico actual— de servir como marco institucional para romper tal esquema básico.

Pero la mantención del esquema triangular básico en el segundo período de la industrialización latinoamericana, es mucho menos factible que durante el primer período de sustitución fácil de las importaciones. De todas maneras, en ambos casos se trata de una estructura económica que determina su capacidad de importar según la exportación de materia prima y no por la inserción de su producción manufacturera en una división internacional del trabajo en el plano de la elaboración de productos manufactureros. Aunque la sustitución de las importaciones signifique un avance hacia los bienes de tecnología compleja y medios de producción, la vinculación con el mercado internacional se sostiene por la importación de productos-insumos para tales producciones y no entra en el plano de la exportación de sus bienes.

En una situación tal, el tamaño posible de la industria está determinado por razones externas a la dinámica industrial misma, siempre y cuando no exista una autarquía completa de distribución de todos los productos en mercados suficientemente grandes para aprovechar las ventajas de escala posibles. Como esta condición no se da nunca en América Latina, en todos los casos la mantención del esquema triangular básico, en el cual la industrialización no significa más que facilitar a la importación un efecto de multiplicación, lleva al estrangulamiento externo del tamaño de la industria. Tal estrangulamiento puede ser de distintos tipos. Siempre transforma la industria entera en un enclave industrial. En un primer caso concebible, esta transformación en enclave se nota por la estabilización del número absoluto de mano de obra empleada en la industria manufacturera. El segundo caso concebible estabiliza también la mano de obra empleada industrialmente, pero no en términos absolutos, sino más bien en términos relativos a la mano de obra existente en el país. En este segundo caso el empleo industrial se expande de acuerdo al ritmo de crecimiento demográfico.

Cuando se da el primer caso —enclave industrial con estabilización de la mano de obra en términos absolutos— toda la inversión industrial se transforma en reposición de capital. El estrangulamiento es producto del hecho de que en un determinado momento, la capacidad de importar medios de producción está copada enteramente por la necesidad de importación de bienes de capital para la reposición de medios de producción industriales. La dinámica industrial en tal caso se transforma en un simple desarrollo de la productividad del trabajo en

el interior del enclave industrial. Para entender este efecto dinámico de la reposición de capital hace falta evitar el concepto estático de tal reposición. La concepción estática concibe la reposición de capital como la parte de la inversión bruta que asegura un nivel de productividad dado. Por lo tanto, la reposición de capital asegura solamente una producción al mismo nivel alcanzado antes de efectuar la reposición. Este concepto presupone que se reemplace medios de producción gastados por medios nuevos, pero que física y económicamente son iguales. Se trata de una de las tantas ficciones de la teoría estática del capital. De hecho, solamente en casos muy contados se reemplaza un medio de producción gastado por uno físicamente idéntico. Normalmente, la reposición se hace por medios de producción más modernos que los anteriores, con una productividad de trabajo también mayor. Hay miles de ejemplos. Un alto horno construido hace 30 años y que hoy se reemplaza por uno nuevo jamás será reemplazado por uno que sea física, técnica o económicamente igual al anterior. Un mercado de altos hornos idénticos a los construidos hace 30 años ya no existe y además su existencia no tendría ningún sentido. La reposición de medios de producción de ayer se efectúa mediante maquinaria actual. Como esta maquinaria tiene una productividad de trabajo muy superior a la anterior, de la simple reposición resulta un efecto dinámico. Por lo tanto, el enclave industrial que por estrangulamientos externos se restringe a la simple reposición de capital puede mantener a la vez su dinámica interior de crecimiento.

Este primer caso del enclave industrial mencionado es el caso teóricamente más claro. Puede surgir siempre y cuando la capacidad de importar es determinada por un elemento externo a la dinámica propia de la expansión industrial. En el caso del modelo triangular de la estructura económica, este elemento externo lo da la producción de materia prima y su venta en los mercados de los centros. El nivel en el que se produce el estrangulamiento se determina por dos factores: 1) la capacidad de importar medios de producción y 2) el efecto multiplicador facilitado por una extensión tal de la industrialización en que la capacidad de reponer los medios de producción llega a ser igual a la capacidad de importarlos.

Pero en América Latina el enclave industrial no se formó de esta manera teóricamente pura. Existiendo un determinado aumento de la capacidad de importar, el estrangulamiento no se produjo con un estancamiento del empleo industrial en términos absolutos, sino más bien en términos relativos. Por lo tanto, se mantenía una cierta dinámica del empleo industrial sin que llegara a sobrepasar los niveles de la tasa de crecimiento demográfico. Si se toma en cuenta este hecho, se puede constatar que durante la década del 60 la industria de los países más industrializados de América Latina tendió a transformarse en enclaves industriales. Eso vale para Brasil, Argentina, México, Chile, etc.

Llegado el momento de la transformación de la industria en enclave industrial, todo el problema de la industrialización se presenta bajo un nuevo aspecto. La política de industrialización tiene que orientarse ahora a tomar medidas capaces de evitar la transformación de la industria en enclave. Las posibles medidas a tomar se derivan del análisis teórico de las causas estructurales del proceso de transformación de la industria en enclave. Por un lado se puede buscar la salida dentro del marco triangular de la estructura económica. Estas medidas tratan de aumentar la capacidad de importación en un grado tal que ésta sea capaz de alimentar la industrialización del país entero. Se postula entonces disposiciones que se refieren a la mejora de los términos de intercambio y al aumento de la ayuda exterior. Por otro lado, se puede buscar la salida rompiendo el marco triangular de la estructura económica, con el intento de insertar la producción manufacturera del país subdesarrollado en la división del trabajo internacional. En esta línea resultan medidas que se refieren a la sustitución de la exportación de productos manufacturados, lo que podría establecer un vínculo directo entre la dinámica industrial interna y la capacidad de importar. Las medidas a tomar en este caso se refieren tanto a la obtención de facilidades de los centros industriales para el acceso a sus mercados, como a modificaciones de la estructura de producción en el interior del país subdesarrollado, tendientes a que se elaboren productos manufacturados cuyo nivel sea competitivo en los mismos centros.

La estructura de inversiones con relaciones capitalistas de producción

Para poder evaluar la factibilidad de tales medidas y su posibilidad de éxito, hace falta intercalar un breve análisis de la estructura de inversiones que surge en una economía orientada por un equilibrio entre empresas con determinación autónoma de la producción. Se trata de la estructura de inversiones que tiende a producirse en cada economía de tipo capitalista, aunque en determinados casos puede también producirse en economías socialistas. Lo que nos interesa es que se trata de la estructura de inversiones producida por relaciones capitalistas de intercambio entre empresas autónomas, es decir en una economía de mercados.

Para lograr esto hay que introducir algunos conceptos de análisis. Vamos a tomarlos de los esquemas de reproducción de Marx, pero en una forma más ampliada. Podemos distinguir, entonces, en el proceso de la inversión industrial, tres secciones, que serían B, A, A-1. La sección B sería la sección de la producción de bienes materiales finales de consumo. Esta sección no incluye los servicios, sino únicamente los bienes materiales finales, sin tomar en cuenta si pasan directamente al consumidor o si se entregan a través de una producción adicional de servicios.

La sección A sería la sección en la cual se elaboran los medios de producción que se invierten en la sección B. Es la sección de la producción de bienes para la elaboración de bienes materiales finales. La sección A-1 sería el lugar de la producción de las inversiones que se hacen en la sección A, como asimismo el lugar de la reproducción del capital de la misma sección. A-1. Es la sección de la producción de medios para crear medios productivos. Para la dinámica económica, evidentemente este sector de la economía es el más importante. Constituye una sección circular, es decir un subcírculo dentro del círculo general entre producción y consumo. En esta sección se crean medios de producción nuevos sobre la base de medios de producción antiguos en una escala cada vez más amplia. En cambio, esto no es válido para la sección A. Esta crea bienes de producción pero éstos no sirven para la multiplicación de bienes de producción. Para dar solamente algunos ejemplos: En sección B se situaría la producción de textiles, automóviles, viviendas, de artefactos domésticos, etc. En la sección A se situaría la producción de las máquinas de tejer, del equipamiento de las fábricas de automóviles, etc. En la sección A-1 finalmente, se sitúa la producción de la misma maquinaria que elabora estos equipamientos de la sección A. Pero como la sección B y A están creciendo continuamente, también la sección A-1 tiene que crecer. Produce su propio crecimiento, que por lo menos tiene que alcanzar siempre tasas de crecimiento suficientes para poder alimentar la necesidad de equipos para el aumento de las secciones B y A. La posibilidad de crecimiento de la sección A-1 en esta forma limita la posibilidad de crecimiento de las secciones B y A. Un ejemplo para poder imaginarse el funcionamiento de este círculo reproductivo en la sección A-1 sería la integración de un círculo entre la producción de hierro y la producción de maquinaria para producir el hierro. Circuitos de este tipo constituyen la producción de la sección A-1 y alimentan a la vez la inversión que se lleva a cabo en la sección A.

Si se supone una estructura capitalista basada en el equilibrio de mercados, la orientación hacia tal equilibrio impone una determinada relación entre estas tres secciones. Estas no pueden desarrollarse cada cual en forma autónoma sino solamente en función del desarrollo de todas las otras secciones. Esto se hace más evidente aun en el caso de la sección B. Su desarrollo presupone que las secciones A y A-1 suministran los equipos necesarios para el aumento de la producción de la sección B. Pero, al revés, es igualmente válido. La sección A solamente puede producir sus medios de producción respectivos si al cabo del período técnico de elaboración éstos entran como bienes de capital en la producción de la sección B. En el caso contrario, la producción de la sección A no tiene sentido. Pero, incluso en el caso de la sección A-1, existe una interdependencia de este tipo, aunque sea más compleja que en el caso de la relación entre las secciones A y B. La sección A-1, por un lado, crea

los medios de producción usados en la sección A. Estos medios de producción, naturalmente, sólo tienen sentido si al cabo del periodo técnico de producción entran como bienes de capital en el proceso productivo de la sección A. Pero la sección A-1 además crea los medios de producción que posibilitan la propia multiplicación de A-1. Sin embargo, también esta parte de la producción de A-1 está determinada por el ritmo de crecimiento futuro de las secciones A y B. Su tamaño está determinado por los futuros suministros de medios de producción a la sección A, y tampoco se determina en forma autónoma.

La interdependencia entre las secciones por lo tanto es total y la estructura de inversión tiene que surgir necesariamente dentro de un equilibrio de inversiones entre las tres secciones. Esto es necesario para que a su vez, pueda existir un equilibrio en los mercados de compra y venta.

Para acercarnos a la formulación teórica de este equilibrio de las inversiones, podemos considerar como condicionantes de la relación entre las secciones los siguientes indicadores:

1.— La tasa de crecimiento de la producción de bienes finales (c). La posibilidad de una determinada tasa de crecimiento depende de un crecimiento correspondiente de la producción de las secciones A y A-1. Si suponemos constante el coeficiente de capital y la vida útil del equipo, tenemos que la tasa de crecimiento de la sección B exige una

tasa de crecimiento igual de las secciones A y A-1. Definimos $r = \frac{c}{100}$.

2.— La vida útil del equipo. Esta determina el momento de la reposición del capital. Vamos a definir la reposición de capital como la parte de la inversión bruta que reemplaza los medios renovables. Se la puede calcular como coeficiente del valor de capital de cada sección y de la vida útil. Vamos a suponer una vida útil constante e igual en todas las secciones. (v_0).

3.— El coeficiente de capital definido como relación entre inversión bruta y producto adicional (a). Vamos a suponer un coeficiente de capital también constante e igual en todas las secciones.

A partir de esos indicadores podemos formular el equilibrio entre las secciones B, A y A-1. La producción en B determina, mediante su tasa de crecimiento c, el coeficiente de capital y la vida útil de su equipo, la inversión necesaria en B. El valor I_B se compone de una parte atribuable a la inversión neta. La inversión neta será $B \cdot r \cdot a$ y la reposición de capital será $\frac{B \cdot a}{v_0}$. De eso resulta

$$I_B = B \cdot r \cdot a + \frac{B \cdot a}{v_0} = A.$$

O:

$$I_B = a \cdot B \left(r + \frac{1}{v_u} \right) \quad (1)$$

De manera parecida resulta

$$I_A = a I_B \left(r + \frac{1}{v_u} \right)$$

Introduciendo el valor (1) en esta ecuación, el valor de la inversión en la sección A es:

$$I_A = a^2 \cdot B \left(r + \frac{1}{v_u} \right)^2 \quad (2)$$

Para el valor de la producción de sección A-1 resulta:

$$I_A = I_A + I_{A-1n} + I_{RA-1}$$

I_A significa la inversión en la sección A producida en la sección A-1.

I_{A-1n} significa la inversión neta efectuada en la sección A-1 producida en esta misma sección. I_{RA-1} significa la reposición del capital en A-1 producida en esta misma sección. Esta descripción ya hace evidente que dentro de la sección A-1 el valor de $I_{A-1n} + I_{RA-1}$ describe un círculo de inversiones en el cual se reproducen medios de producción. Se trata de un fenómeno que no surge ni en la sección A ni en la sección B.

Si se especifica más este valor de A-1 resulta

$$A-1 = I_A + A-1 \cdot r \cdot a + \frac{A-1 \cdot a}{v_u}$$

O:

$$A-1 = I_A \cdot \frac{1}{1 - a \left(r + \frac{1}{v_u} \right)}$$

Reemplazando el valor de I_A por (2):

$$A-1 = \frac{a^2 \cdot B \cdot \left(r + \frac{1}{v_u} \right)^2}{1 - a \left(r + \frac{1}{v_u} \right)} \quad (3)$$

Se dan ahora los valores de I_{A-1n} y I_{RA-1} :

$$I_{A-1n} = A-1 \cdot r \cdot a \quad (3a)$$

$$I_{RA-1} = \frac{A-1 \cdot a}{v_a} \quad (3b)$$

De esta manera el valor de las secciones A y A-1 resulta ser una simple función de la tasa de crecimiento de la sección B, del coeficiente del capital único y de la vida útil media única de la economía entera. Con estos datos la estructura de inversión está completamente determinada. El tamaño de las secciones A y A-1 no puede ser otro que el indicado. En caso contrario, necesariamente se producen desequilibrios del mercado. No puede haber ningún movimiento autónomo de las secciones anteriores a la sección B. Sobre todo hace falta insistir en que la tasa de interés no puede tener una influencia directa sobre la estructura de las inversiones. Si hubiera alguna influencia tendría que efectuarse a través de la determinación de la tasa de crecimiento de la sección B, del coeficiente de capital o de la vida útil de los medios de producción. Otra influencia no cabe aquí. La estructura es completamente rígida.

Esta rigidez de la estructura de inversiones en el equilibrio de mercado describe a la vez una determinada situación optimal de la estructura de inversiones. Si el valor de todos los productos intermedios se deriva del valor de los bienes finales, necesariamente la posible producción de medios de producción se puede expresar en cada momento como costo del crecimiento de la producción de bienes finales. La minimización de tales costos lleva necesariamente a la estructura de inversiones indicada. Describe el mínimo necesario de la producción de medios de producción para que sea posible un determinado crecimiento de los bienes finales.

Esta rigidez de ninguna manera depende de supuestos análogos a los del modelo de competencia perfecta. Es una exigencia del equilibrio de mercados y de la minimización de los costos del crecimiento de bienes finales y no depende de ninguna manera del grado de monopolización de una economía determinada. Expresada en términos tan generales, cada economía —ya sea capitalista o socialista— tiene que realizar tal estructura de inversiones para minimizar los costos.

En esta situación del equilibrio general de inversiones se puede expresar un coeficiente que será de sumo interés para el posterior análisis de la situación de economías subdesarrolladas y para la formulación de las condiciones que posibilitan una acumulación socialista. Este coeficiente indicaría la relación entre el círculo reproductivo del capital en la sección A-1 y el círculo producción-consumo de la sociedad entera. La primera formulación de este coeficiente de la reproducción de capital puede partir de la relación que existe entre la inversión bruta en la sec-

ción A-1 y la inversión bruta que se da en el conjunto de las secciones B, A y A-1:

$$s = \frac{I_{A-1}}{I_B + I_A + I_{A-1}}$$

Esta misma fórmula puede transformarse mediante las ecuaciones anteriores (1), (2) y (3):

$$s = \frac{A-1}{B + A + A-1}$$

Este coeficiente describe el tamaño del núcleo dinámico de cada economía moderna. Indica mucho más que la tasa de inversiones. La tasa de inversiones considera las inversiones de distintas secciones como de igual importancia, mientras que un coeficiente de reproducción del capital destaca la fuerza reproductiva de un aparato productivo entero. Algunos ejemplos numéricos pueden subrayar la significación de este coeficiente:

Primer ejemplo:

Suponemos: $B = 100$, $c = 5\%$, por lo tanto $r = 0,05$, $a = 2$, $v_a = 20$. Se dan los siguientes valores para las diferentes secciones:

$B = 100$	$I_B = 20$
$A = 20$	$I_A = 4$
$A-1 : 5$	$I_{A-1} = 1$

La inversión total es $A + A-1 = 25$. La tasa de inversión es del 20%. El coeficiente del capital reproductivo es: $s = 0,04$, es decir, el 4% de las inversiones vuelve a entrar en el círculo del capital productivo.

Segundo ejemplo:

Suponemos: $B = 100$, $c = 10\%$, por lo tanto $r = 0,1$, $a = 2$, $v_a = 20$. Se dan los siguientes valores para las diferentes secciones:

$B = 100$	$I_B = 30$
$A = 30$	$I_A = 9$
$A-1 : 12,85$	$I_{A-1} = 3,85$

La inversión total es $A + A-1 = 42,85$. La tasa de inversión es del 30%. El coeficiente del capital reproductivo es: $s = 0,09$ es decir el 9%

de las inversiones vuelve a entrar en el círculo del capital productivo.

En general, se puede afirmar que el coeficiente del capital productivo se mueve proporcionalmente de acuerdo al tamaño de los indicadores de la tasa de crecimiento de la sección B, del coeficiente del capital y de la vida útil del equipo.

Dentro de esta descripción del equilibrio, se puede mirar el crecimiento económico principalmente desde dos ángulos. Desde el ángulo de la producción de bienes finales, se puede constatar la tasa de crecimiento de tales bienes, alimentada por toda la estructura de inversión. Por otro lado, se puede mirar tal proceso desde el punto de vista del circuito reproductivo del capital, cuyo tamaño lo determina la posible tasa de crecimiento de los bienes finales. Pero, sin lugar a dudas, el último punto de vista es decisivo. La disposición de la demanda a exigir altas tasas de crecimiento de bienes finales de ninguna manera produce tales tasas. Se refiere más bien a la disposición subjetiva de los consumidores. En cambio, el circuito reproductivo del capital, da la posibilidad real de las tasas de crecimiento. El equilibrio de los mercados vincula las dos condiciones. El circuito reproductivo del capital aumenta al ritmo de las tasas de crecimiento de bienes finales y viceversa.

Volviendo al concepto del equilibrio en el espacio, con su división del espacio en centros y periferias, se puede afirmar que esta estructura de inversión no se repite necesariamente en cada región específica y en cada país. Un determinado país puede estar más bien produciendo en la línea de la sección B (por ej. países agrícolas) y otro país más bien en la línea de la sección A ó A-1. Pero necesariamente tiene que formar parte de un engranaje total, dentro del cual se da esta estructura de inversión. En caso contrario el equilibrio en el espacio no se da. Pero siempre y cuando un país no está produciendo en la línea de ninguna de las tres secciones, necesariamente tiene que suplir la ausencia de determinadas producciones por el intercambio internacional. El sistema de la división internacional del trabajo, entonces, se transforma en un sistema de comercio internacional.

El desequilibrio en el espacio y su mistificación

Todo este racionamiento tiene como supuesto la existencia de un equilibrio en el espacio. Anteriormente ya vimos que el indicador del equilibrio en el espacio es la igualdad aproximada de la productividad del trabajo derivada de un nivel homogéneo de la tecnología. En esta situación de equilibrio, los posibles desniveles de la productividad del trabajo pueden tener su causa únicamente en la diversidad del espacio económico natural. Pero también en cuanto a estos desniveles se puede hacer algunas afirmaciones para aclarar el significado del indicador de la productividad del trabajo. Parece evidente que desniveles en la pro-

ductividad debidos a la diversidad del espacio económico natural serán tanto mayores cuanto menores sean los subespacios que estamos comparando. Si comparamos subespacios grandes —digamos del tipo continental— la diversidad de las condiciones naturales tenderá a desaparecer aunque nunca podrá desaparecer totalmente. De esto podemos concluir que desniveles de la productividad del trabajo que se presentan en una comparación entre espacios económicos grandes se deben probablemente a una no homogeneidad del nivel tecnológico que emplea la mano de obra. Eso nos conduce a un análisis de los factores de la no homogeneidad de la tecnología en el espacio económico global y del significado del concepto del equilibrio espacial.

Evidentemente, el concepto del equilibrio en el espacio económico no puede ser un concepto descriptivo. El indicador de la productividad del trabajo nos indica con demasiada evidencia que la distribución de la producción en el espacio en el presente es totalmente desequilibrada a raíz de una no homogeneidad del nivel tecnológico, que emplea la mano de obra. Pero, igualmente, la discusión de los capítulos anteriores demuestra que el concepto del equilibrio tampoco tiene un significado real en el sentido de ser una tendencia automática y espontánea de los mecanismos institucionalizados de la coordinación internacional del trabajo, es decir, de la espontaneidad de los mercados de bienes y servicios en el plano internacional. Lo que se puede constatar en relación a esos mecanismos es más bien una tendencia hacia la producción continua de desequilibrios en el espacio. En el análisis del sistema capitalista mundial vimos tales tendencias al desequilibrio en el espacio actuando en sus distintas fases. En la primera mitad del siglo XIX se puede constatar una cierta tendencia al equilibrio, que desaparece en su segunda mitad con la constitución del mercado capitalista mundial y la transformación en periferia de los países todavía no industrializados, lo que se expresa, en el siglo XX, en el surgimiento de las periferias definitivamente desequilibradas que se transforman a su vez en zonas subdesarrolladas del espacio económico global. Se trata de tres etapas en las cuales la lógica del sistema capitalista y sus criterios de racionalidad están continuamente transformándose, como consecuencia del desarrollo progresivo del sistema capitalista mismo. En la medida de un desarrollo, este sistema tiende a invertir su racionalidad. Encontramos el punto más indicativo de esta inversión de la racionalidad en el análisis de las sobrevivencias de elementos de las sociedades precapitalistas. La lógica del sistema ya no busca a la penetración maximal del mundo entero por las relaciones capitalistas de producción, sino que sufre un corte a partir del cual los criterios capitalistas de la racionalidad económica actúan en favor de la conservación de relaciones precapitalistas de producción subordinadas al desarrollo de las relaciones capitalistas de producción de los centros. El burgués llega a ser el ene-

migo principal de la revolución burguesa y los efectos de la racionalidad capitalista llegan a ser irracionales en términos de su propia formulación. El sistema entra en una contradicción interna.

Hasta este momento, sólo hemos discutido la génesis general de esta contradicción interna del sistema capitalista mundial. Ahora podemos entrar en una discusión de esta estructura contradictoria en el presente y de sus consiguientes relaciones entre centros y periferias subdesarrollados, para ver cómo el criterio de racionalidad capitalista está en la base de la polarización entre países desarrollados y países subdesarrollados, cuyo conjunto constituye un solo sistema capitalista mundial. Aun cuando esta tesis es clara, la ideología capitalista la rechaza. No acepta una definición del sistema capitalista que comprenda la totalidad del sistema capitalista mundial. Más bien elude el problema, definiendo el ámbito capitalista de las sociedades modernas por la presencia inmediata de relaciones capitalistas de producción. Ideológicamente, esto es extremadamente importante para este sistema. Elude concebir una contradicción desarrollo-subdesarrollo en el interior del sistema capitalista mundial y trata de hacer creer que esto constituye más bien un dualismo inocente entre países capitalistas y países subdesarrollados con relaciones de producción predominantemente precapitalista. El resultado es obvio. Los países subdesarrollados, en esta visión, son tales precisamente porque no han sido penetrados suficientemente por relaciones capitalistas de producción, lo cual es tautológico si se toma en cuenta que esta no penetración por relaciones capitalistas de producción es un resultado directo de la aplicación de los criterios de racionalidad de las relaciones capitalistas de producción en el momento histórico de hoy. A partir de un racionamiento ideológico tal, el sistema capitalista es industrializador y dinamizador en relación a las fuerzas productivas por definición. Si en alguna región no lo es, la ideología capitalista define a tal país como no capitalista. A juzgar por las apariencias, tiene toda la razón, porque en el interior de los países subdesarrollados predominan elementos de relaciones de producción precapitalistas, aunque están subordinadas a relaciones capitalistas predominantes en el mercado mundial.

De esta manera la ideología capitalista es ambivalente para explicarse a sí misma. El sistema capitalista es siempre dinamizador porque un país capitalista siempre se define como un país o una región en el cual hay dinámica de las fuerzas productivas. Si tal dinámica de las fuerzas productivas no se da, se trata de países precapitalistas, cuyo estancamiento se explica por la simple inercia de sus estructuras tradicionales.

Para el uso de los indicadores económicos que miden la eficiencia de sistemas económicos, tales definiciones son esenciales. Si el ideólogo burgués compara el mundo capitalista con el mundo socialista, jamás se le va a ocurrir incluir en sus indicadores del nivel económico del

mundo capitalista a los países asiáticos, africanos o de América Latina. El compara el conjunto de los países céntricos —EE. UU. y Europa Occidental— con el conjunto de los países socialistas. El resto del mundo capitalista es también una especie de tercer mundo en la visión del ideólogo capitalista. No se le pasa por la mente que este tercer mundo es un producto y un integrante del sistema capitalista mundial, que hace esfuerzos desesperados para salir del estrangulamiento provocado por los centros del mundo capitalista. Tomando en cuenta esto, las cifras aproximadas son las siguientes: el mundo socialista abarca el 35% de la población mundial y produce aproximadamente el 25% del producto mundial, mientras que el mundo capitalista abarca el 65% de la población mundial, creando aproximadamente el 75% de la producción mundial. Esta situación se da a pesar de la producción gigantesca en los centros capitalistas de EE. UU. y Europa. El ideólogo capitalista ve estas mismas cifras de otra manera. El vé un mundo capitalista que no abarca más que 20% de la población mundial, con una extraordinaria productividad de trabajo, sitúa entre el mundo capitalista y el mundo socialista, un mundo pobre y no definido, olvidándose que este mundo es precisamente producto suyo por excelencia.

Los desniveles tecnológicos

Tomando en cuenta esta unidad del sistema capitalista mundial, podemos ahora analizar cómo la lógica del sistema capitalista y la aplicación de sus criterios de racionalidad económica crean mundos tan diversos según situaciones históricas y geográficas en el interior del sistema mundial. Habría que considerar estas subdivisiones del mundo capitalista precisamente a partir de la no homogeneidad del nivel tecnológico y de los desniveles de ingresos que se derivan de esto. En realidad, la técnica moderna surge en forma desigual a partir de los niveles tecnológicos ya alcanzados en los centros industrializados del mundo capitalista. La superioridad tecnológica se transforma en seguida, y automáticamente, en una superioridad de la posición en el mercado. El nivel tecnológico determina a la vez el poder correspondiente en el mercado. Una tecnología superior comienza en seguida a jugar en favor de la venta de los equipos que usan tal tecnología. Como nunca se puede alcanzar en seguida ventajas tecnológicas que existen en un lugar de la tierra, éstas tecnologías se expanden mediante la venta de equipos que la usan. Si ahora en los países que compran tal tecnología no surgen tecnologías igualmente valiosas en otras ramas de la producción, que puedan compensar tal compra de tecnología en el exterior, estos países pasan automáticamente a un segundo plano dentro de la división del trabajo global. Surge una tendencia a formar polos de tecnología más avanzada, en relación a los cuales funcionan otros polos subsidiarios.

Pero tal situación de desnivel tecnológico no explica por sí mismo el surgimiento de la categoría del subdesarrollo. Explica por qué centros de alta tecnología pueden ser rodeados por otros centros de mediana tecnología, con los correspondientes desniveles de productividad del trabajo y del valor medio de los ingresos. El centro de alta tecnología tenderá a especializarse en otras producciones que desde los centros de baja tecnología, y entre ellos puede llegar a darse un intercambio, sobre la base de la producción de bienes manufacturados. No necesariamente se establecen relaciones de intercambio del tipo materia prima —bienes manufacturados, sino más bien del tipo alta tecnología— mediana tecnología. Los países de mediana tecnología pueden constituir igualmente centros desarrollados, a pesar de que se transforman en centros subsidiarios de los centros con tecnología más compleja.

No nos interesa desarrollar aquí la teoría de este tipo de desequilibrio en el espacio. Una teoría tal tendría que explicar más bien relaciones como las que existen entre EE. UU. y Europa, que, hipotéticamente, constituyen relaciones de atraso económico. En casos extremos, los fenómenos del atraso de los centros de mediana tecnología con respecto a los que tienen una alta, pueden ser parecidos a lo que ocurre en los países subdesarrollados. Esto sucede siempre y cuando la producción de mediana tecnología pierde la capacidad de competir en cualquier ramo industrial en el interior del centro de la alta tecnología. También en este caso se puede dar la necesidad de un tipo de acumulación socialista. Pero nosotros vamos a desarrollar la concepción de la acumulación socialista solamente en relación a la situación de subdesarrollo propiamente dicha.

IV La crisis de la industrialización en el siglo XX

La situación del subdesarrollo se da siempre y cuando una región se inserta en la división internacional del trabajo por el intercambio materia prima-bienes manufacturados, y con la condición adicional de que la mantención de esta estructura económica hace imposible el empleo de toda mano de obra a nivel de la tecnología moderna. Esta es la situación de la periferia desequilibrada, en la cual subsiste la estructura económica triangular anteriormente analizada y aparece una masa siempre creciente de mano de obra sobrante. En América Latina, este carácter de desequilibrio de la periferia sale a luz a fines del siglo XIX y se acentúa progresivamente durante el siglo XX. La estructura económica triangular se mantiene y la masa sobrante comienza a amenazar la estabilidad interna del sistema económico social entero. En esta situación se revela la calidad específica del subdesarrollo por el hecho de que estos países no logran una integración en la división internacional del trabajo que reemplace las exportaciones de materia prima por exportaciones

de bienes manufacturados, ya sea de nivel tecnológico alto o mediano. La estructura económica triangular se impone a la vía de industrialización, con el resultado de que la industrialización obtenida se limita a facilitar un efecto multiplicador para las importaciones de bienes manufacturados mediante la sustitución de importaciones. Ya vimos con anterioridad cómo este camino de la industrialización hace crisis en el momento en que la sustitución de importaciones ha alcanzado un nivel tal que tiene que pasar a la sustitución de bienes de alta tecnología y de medios de producción.

Esta crisis de la industrialización capitalista aparentemente es una crisis de los mercados. Como los países subdesarrollados no se han insertado en la división internacional del trabajo a través de los bienes manufacturados, se produce una discrepancia entre la alta escala de producción necesaria para la elaboración de estos bienes y el tamaño de los mercados internos de los respectivos países. Esta limitación aparece en dos formas principales:

1.— La sustitución de las importaciones determinó estructuras de producción industrial paralelas en los diversos países de América Latina. Como el tipo de importación era relativamente parejo, lo eran también las líneas de la sustitución de importaciones. Los distintos países desarrollaron, por lo tanto, producciones parecidas en sustitución de las importaciones sin que ninguna de estas producciones pudiera alcanzar una escala de rendimiento suficiente para alcanzar un nivel adecuado con respecto a sus costos de producción, ni consiguiera una ampliación de su base productiva con elementos de alta tecnología y medios de fabricación adecuados. Pero esto no sólo es válido entre los diferentes países, sino que también lo es en el interior de cada país. Existe un sinnúmero de producciones paralelas, ninguna de las cuales puede alcanzar una escala de producción racional.

2.— Aunque en determinada rama industrial se podría llegar a una escala de producción racional y competitiva, la realización de este paso exige muchas veces una racionalidad de la producción parecida en todas las producciones complementarias. La alta escala de producción de un determinado bien parece entonces sólo alcanzable si se la logra a la vez en todos los bienes complementarios. La racionalización de la estructura económica aparece así como un salto, con proyectos industriales grandes y complementarios que no pueden ser realizados paulatinamente ni paso a paso (el concepto del gran empuje).

Mientras que el primer punto mencionado se refiere a un problema más bien político, el segundo nos lleva a la discusión de la misma estructura de las inversiones. Si bien el primer problema parece de todas maneras solucionable en el caso de existir gobiernos resueltos a imponer una división del trabajo dentro de un conjunto de países subdesarrollados integrados, y una política de concentración de producciones en el

interior del país subdesarrollado, el segundo problema se refiere a dificultades adicionales que no se resuelve automáticamente a través de dicha política.

El concepto de la complementariedad en la política del gran empuje

Si bien no dudamos de la necesidad de efectuar la industrialización de los países subdesarrollados a través de un salto con proyectos industriales grandes y complementarios, hace falta discutir esta proposición, para saber lo que significa realmente tal complementariedad de la producción industrial. Precisamente en este punto podemos volver sobre el análisis de la estructura de inversiones que se da en el caso de una coordinación económica por mercados competitivos. Bajo tales condiciones, la complementariedad necesaria de los proyectos de inversión es extremadamente amplia. En la ocasión mencionada analizamos dos circuitos económicos completos que se penetran dentro del equilibrio del mercado. Por una parte, se trataba del circuito entre consumo global e inversión global. Este es el circuito de la economía entera. Pero en el interior de la inversión global analizamos otro circuito, mucho más limitado, que determinamos por el coeficiente de la inversión reproductiva y que se refiere a la parte de la creación de medios de producción destinada a ampliar sus funciones. Este circuito es el núcleo dinámico de la economía moderna y tiene un determinado tamaño en relación al circuito económico entero, siempre y cuando la coordinación se efectúe a través de un sistema de mercados competitivos.

Ahora bien, la complementariedad se puede entender a partir de cada uno de los dos circuitos mencionados. El salto de desarrollo con proyectos industriales grandes y complementarios puede referirse al circuito entero, comprendidos consumo e inversión, o puede ser entendido en relación a una complementariedad del circuito de la inversión reproductiva. En ambos casos surgen circuitos económicos complementarios. Pero el significado de cada uno de ellos es esencialmente distinto.

La mantención del sistema capitalista no tiene otra alternativa que concebir la complementariedad de los proyectos industriales complementarios y de gran escala a partir del circuito económico global. Puede asegurar su equilibrio solamente si la producción de bienes finales aumenta al mismo ritmo que la producción de bienes de inversión. No puede escoger el camino de una concentración del esfuerzo de industrialización sobre el circuito de inversiones reproductivas. Este último caso describe más bien la alternativa de la acumulación socialista, que reemplaza la coordinación de mercados por un nuevo tipo de coordinación de la división del trabajo, la cual relega el criterio del equilibrio de mercados y, por lo tanto la tasa de ganancias, a un segundo plano.

Pero, por el momento, nos interesa más bien lo que ocurre en la

estructura capitalista subdesarrollada cuando se amarra a la vigencia de las relaciones capitalistas de producción y trata de fomentar una estructura complementaria de proyectos industriales de gran escala. Forzosamente, tiene que dinamizar la estructura de inversión por un aumento continuo de la demanda de bienes finales. Tiene que lanzarse en la línea de una constitución de la estructura de inversión sobre la base de una relación equilibrada entre las secciones B, A y A-1. Habría que interpretar esta necesidad tomando en cuenta el hecho anteriormente analizado, esto es, que durante el siglo XX ha tenido lugar un corte definitivo entre medios tradicionales y medios modernos de producción. A raíz de este hecho, el fomento de la demanda de bienes manufacturados del tipo moderno, no puede dinamizar la economía entera. No puede ir más allá de la disponibilidad de equipos modernos de producción de tales bienes. Cuando la limitación para obtener estos equipos se hace notoria, la posibilidad dinamizadora de la demanda final sencillamente se termina, dejando fuera de la dinámica económica toda la parte de la sociedad que todavía se mueve con medios de producción tradicionales o que se compone de una masa sobrante de mano de obra. En esta situación, precisamente, se produce la transformación de la industria del país subdesarrollado en enclave industrial. Comienza la creación de medios de producción y de bienes de alta tecnología, pero, en seguida, tiene que derramarse a lo largo de toda la estructura de inversión, para desembocar en un aumento inmediato de producción de bienes finales. Debido a las relaciones capitalistas de producción, las capacidades incipientes de la creación de medios de producción y de bienes de alta tecnología tienen que volcarse continuamente hacia la elaboración de bienes finales. Estas no pueden autorreproducirse sino en el grado en que la dinámica de la demanda final las induce a dicha autorreproducción.

Por esta razón, el gran empuje referente a la sección A-1 solamente es posible si a la vez se efectúa un empuje igual de la producción de las secciones A y B. Siguiendo los ejemplos citados anteriormente, el coeficiente de la reproducción del capital obliga a invertir en la estructura entera. Si, por ejemplo, tal coeficiente es $s = 0,04$, entonces las relaciones capitalistas de producción pueden invertir un monto de 4 en la sección A-1 solamente si a la vez invierten un monto de 96 en las secciones A y B. Si el coeficiente del capital reproductivo es $s = 0,9$ las relaciones capitalistas de producción permiten una inversión de 9 en la sección A-1, siempre y cuando se canalice hacia las secciones A y B un monto de 91.

En las industrializaciones del siglo XIX este fenómeno no salió a la luz simplemente debido al hecho de que no impedía la fuerza expansiva de la estructura económica moderna entera. Siempre había la posibilidad de aumentar las secciones A-1 y A en función de la demanda final por la transformación de medios de producción tradicionales en

medios de producción modernos. Pero, después del corte entre ambos tipos de medios de producción, tal transformación ya no es posible. La capacidad dinamizadora de la demanda final está limitada ahora por el acceso a equipos modernos que solamente pueden ser producidos a partir de equipos modernos en otras partes del mundo. Por lo tanto, la capacidad de importar impone un límite rígido a esta posibilidad dinamizadora a partir de la demanda final. Tomando en cuenta esta capacidad para importar, se puede determinar a la vez el tamaño posible de la industria moderna en el interior del país subdesarrollado. La limitación de esta capacidad, junto con la necesidad de realizar inversiones en toda la estructura de inversión, nos explica entonces que este nuevo tipo de enclave industrial puede funcionar solamente sobre la base de empresas de escala limitada y con costos extremadamente altos.

Bajo estas condiciones generales, la idea del gran empuje revela sus limitaciones, que descansan, en último término, en el hecho de que se la concibe en términos de relaciones capitalistas de producción. Evidentemente, la capacidad de importar no es suficiente para realizar esta idea, que significa el trasplante rápido y a corto plazo de toda una estructura industrial moderna hacia una región subdesarrollada. Solamente sería concebible sobre la base de una ayuda económica externa fabulosa y totalmente distante de cualquier factibilidad. Tal absurdo salta a la vista si citamos un resumen que Furtado hace de unos cálculos de Kaldor":

"Las dificultades con que se enfrentarán los países subdesarrollados para asegurarse un flujo adecuado de importaciones serán, con toda seguridad, muy grandes en las próximas décadas. Si se admite, por ejemplo, que las exportaciones de productos primarios hacia los mercados tradicionales crecen a la tasa anual de 3% y que las exportaciones hacia los países socialistas aumentan a una tasa tan alta como un 90%, y que las exportaciones de manufacturas de los países subdesarrollados alcanzan la extraordinaria tasa acumulativa anual de 10%; suponiendo todavía estables los términos de intercambio, y aun más, tomando como base de cálculo una tasa de interés de apenas 3% anual para los financiamientos externos, aún reuniendo todos estos supuestos nada fáciles de concretar, para que el conjunto de los países subdesarrollados pueda mantener un nivel de importaciones que crezca al 6%, el déficit acumulado de sus balanzas de pagos arrojaría la inimaginable cifra de un billón trescientos sesenta y seis millones de dólares entre los años 1960-2000. Tal suposición exigiría que la participación de los países subdesarrollados en el comercio mundial de manufacturas aumentase del 6,2% (dato real para 1960) al 30,8% en el año 2000" ¹⁴.

¹⁴ Furtado, Celso: *Teoría y política del desarrollo económico*. México, 1968, pág. 317, nota.

A pesar de que salta a la vista la no-factibilidad de una política de gran empuje dentro de relaciones capitalistas de producción, podemos pasar revista a las principales razones que constituyen tal no-factibilidad.

1.— La dificultad de la sustitución de la exportación de materia prima por exportaciones de productos manufacturados. Si se efectuara esta sustitución, la dinámica propia de la industrialización de los países subdesarrollados crearía las bases de su fuerza expansiva. Pero esta posibilidad se da solamente en casos muy aislados. Cuando la tecnología es muy fácil, y los salarios extremadamente bajos, ciertos países subdesarrollados lograron entrar en los mercados del centro con la venta de bienes finales. Así, ciertos países de Asia lograron conquistar mercados para su industria textil. Pero cuando la sustitución de importaciones avanza y, por lo tanto, el nivel general de salarios en el enclave industrial aumenta, esta posibilidad prácticamente deja de existir. Eso vale en general para todos los países importantes de América Latina. El propio avance de su industrialización ha destruido su posibilidad de la "sustitución fácil" de la exportación de materia prima por bienes manufacturados. Estos países, hoy día, ya están en la etapa de la sustitución de la importación de medios de producción de alta tecnología. Es mucho más difícil entrar en los centros desarrollados con productos de este tipo. Las razones son diversas. Vamos a mencionar solamente dos:

a) La dependencia tecnológica hace necesario recurrir en este plano a una tecnología extranjera de difícil manejo. Hace falta colaboración técnica y —lo que cuenta más— licencias, etc., para la aplicación de esta tecnología. Estas licencias no son solamente caras, sino que son otorgadas casi exclusivamente bajo la condición de la no-exportación de los bienes producidos hacia los mercados de los centros desarrollados. Aunque el producto de alta tecnología se elabore en el país subdesarrollado, y aunque sea de una calidad competitiva para los mercados del centro, no se lo puede reexportar.

b) Pero esta no es la única razón y quizás tampoco es la más importante. Más importante todavía parece ser el hecho de que la producción de alta tecnología en los países subdesarrollados no alcanza casi nunca la calidad suficiente para ser reexportada a los mercados del centro. En la industria moderna una producción puede lograr una alta calidad solamente si todas las otras producciones que suministran los insumos de su fabricación tienen también esta alta calidad. Hay una interdependencia económica tanto en relación a la calidad de producción como la hay para la determinación de su cantidad. Hay muchas razones que impiden alcanzar esta calidad suficiente: falta de ventajas de aglomeración, falta de especialización del trabajo, tamaño de los mercados, la situación institucional en general en lo que se refiere a la situación

legal, la irracionalidad de la burocracia, la falta de una ética de trabajo, falta de estandarización, etc.

Por todas estas razones es difícil pensar que un gran empuje, que necesita las fabulosas sumas mencionadas, se pueda apoyar mayormente en una sustitución de la exportación de materia prima por exportaciones de bienes manufacturados.

2.— La determinación de la capacidad de importar por la venta de materia prima hacia los centros desarrollados. Tampoco el gran empuje podrá basarse mayormente en una expansión de esta venta. Los países desarrollados no compran materia prima en cualquier cantidad. Al contrario. Se puede suponer que el consumo de materia prima es una función de la técnica aplicada en los centros desarrollados, muy poco sensible a los precios. Esta técnica determina un tope máximo del posible consumo de materia prima. Una oferta de materia prima que se acerca a este tope máximo, va a producir más bien una tendencia a bajar sus precios en vez de subir la venta. En este punto, la elasticidad de consumo de materia prima en los centros se acerca a cero.

Si tomamos en cuenta que después del corte definitivo entre medios tradicionales de producción y medios modernos, la industrialización del mundo subdesarrollado depende exclusivamente de sus importaciones de equipos, veremos que este tope máximo determina a la vez el tamaño máximo de la industria en el mundo subdesarrollado. Este tamaño máximo de la industria entonces puede variar solamente con el efecto multiplicador que los países subdesarrollados pueden dar a la importación de equipos. Según las etapas de su industrialización, será distinto. Será más pequeño en la etapa de la sustitución de la importación de bienes finales y más alto en la etapa de la sustitución de medios de producción.

3.— La inversión extranjera y la ayuda económica para el desarrollo. Tomando en cuenta las limitaciones de los factores mencionados hasta ahora, la factibilidad del gran empuje podría buscarse, de hecho, únicamente, en la inversión extranjera y en la ayuda económica para el desarrollo. Parte, por lo tanto, de una paradoja curiosa: el mundo subdesarrollado tendría que someterse a una dependencia económica total e ilimitada para alcanzar con posterioridad su independencia. El capital extranjero tendría que transformarse en la misma base del desarrollo económico.

La ausencia de mecanismos de entrega de ayudas externas

Pero, aún aceptando la dependencia total que este camino significa, otra vez se puede señalar razones de su no-factibilidad. No se puede suponer si la disposición subjetiva para facilitar las sumas fabulosas necesarias, ni la existencia de estructuras para el transplante de sumas tales del centro hacia las periferias subdesarrolladas.

La falta de mecanismos adecuados para la canalización de ayudas externas se hizo más y más evidente durante los años de la década del 60. Pero, para hablar de la ayuda económica, habría que aclarar primero lo que se va a entender por este concepto. No se puede fundamentar este concepto sencillamente basándose en esto que los países desarrollados llaman ayuda y en lo que se designa en sus presupuestos estatales bajo el nombre de ayuda. Tenemos que formar el concepto a partir de la tarea de desarrollo de los países subdesarrollados. Ayuda es, entonces, un traspaso de fondos que permiten superar la situación de estancamiento dinámico, que se produce por la transformación de la industria en enclave industrial. A la vez se podría llamar ayuda a un traspaso de fondos que permita mantener un cierto tamaño del enclave industrial en el caso de que fallen las exportaciones de materia prima, o declinen de una manera tal, que no permitan la mantención del tamaño de la industria, una vez logrado. Pero, una ayuda económica que cumple con estos objetivos tiene como rasgo más específico el de permitir un déficit en la balanza comercial del comercio exterior. Solamente en este caso el aporte económico al desarrollo es efectivo y real.

Pero, de hecho, el aporte de capital extranjero al desarrollo latinoamericano muy raras veces tiene este carácter. La entrada de capital—sea capital privado o aportes de gobiernos— llega más bien a compensar déficits de la balanza de pagos originados por la salida de superávits del capital privado o por servicios de capital de otra índole. En la actualidad, las balanzas comerciales de los diversos países latinoamericanos en muchos casos son positivos, y existen balanzas comerciales negativas de poca significación. Recién observando la situación de las balanzas de pago los déficits llegan a tener importancia. En términos aproximados, se puede muy bien afirmar de que estos déficits de la balanza de pagos son productos de la salida de superávits de América Latina, compensados por la entrada de aportes de capital extranjero. Por lo tanto, hay dos puntos de vista para considerar este aporte del capital extranjero:

1.— Bajo el punto de vista del desarrollo nacional la importancia del aporte de estas sociedades tiende a ser nula. A través del capital extranjero efectivamente no entra nada, sino una compensación parcial de las divisas originadas por la misma presencia del capital extranjero. En última instancia, se trata por lo tanto, de pagos de transferencia en el interior de los países desarrollados. El aporte de capital extranjero permite a la sociedad latinoamericana pagar sus deudas hacia el extranjero. Los gobiernos latinoamericanos, por lo tanto, son el intermediario de un pago de transferencia entre el exportador de capital en el país desarrollado y el propietario de productores latinoamericanas con sede en los mismos centros desarrollados.

2.— Bajo el punto de vista del sistema capitalista mundial, el

aporte de capital extranjero es esencial. Sin este aporte, el país subdesarrollado puede solventar sus pagos al capital extranjero solamente en casos muy extremos, y a través de una restricción severa de sus importaciones que, políticamente, siempre parece imposible. Por lo tanto, estará siempre a punto de salirse definitivamente del sistema capitalista mundial. El aporte de capital extranjero, en esta perspectiva, tiene su significado en el hecho de hacerle posible al país subdesarrollado mantenerse en el marco del sistema capitalista mundial. En último término, el aporte de capital extranjero al mundo subdesarrollado en el momento de hoy no tiene otro significado que éste. Es la manifestación de la presencia de la propiedad extranjera en los países subdesarrollados, y del esfuerzo del sistema capitalista mundial para estabilizarse e impedir la salida de algún país del límite de este sistema.

El circuito propiedad extranjera/aporte de capital extranjero

De hecho, cabe afirmar que en la situación actual de América Latina se podría mantener el nivel de producción tal cual es prescindiendo conjuntamente de la propiedad extranjera en el interior de los países subdesarrollados y del aporte de capital extranjero hacia estos países. El aporte efectivo de capital extranjero de hecho es mínimo y de ninguna manera puede considerarse como medio significativo de la industrialización latinoamericana en los términos hoy vigentes. Esta situación se ha acentuado durante la década del 60. Se ha creado un circuito relativamente cerrado entre propiedad extranjera y aporte de capital extranjero que para el mundo desarrollado no tiene ningún costo y que va ampliándose a través de la movilización de recursos internos de los países desarrollados. Una vez constituido el núcleo de propiedad extranjera en el país subdesarrollado puede ir aumentándose, sin que se haga necesaria ninguna salida efectiva de capital del mundo desarrollado.

Este tipo de circuito entre propiedad extranjera y aporte de capital extranjero se creó por primera vez en la segunda mitad del siglo XIX, sobre la base de la producción de materias primas. También en este caso el aporte inicial de ayuda extranjera es relativamente pequeño y, muchas veces, inexistente. La propiedad extranjera puede ser constituida por la movilización de recursos internos de la periferia en surgimiento. En el siglo XX penetró recién a fines del período de la sustitución de las importaciones de la producción manufacturera. También en este caso los aportes efectivos iniciales de esta industria extranjera pueden haber sido muy pequeños o inexistentes, aprovechando la posibilidad de la movilización de recursos internos de los países subdesarrollados. La medida de este aporte efectivo sigue siendo la situación de la balanza comercial. Estas balanzas comerciales tienden a ser negativas en América Latina en la década de los 50, atestiguando así un

aporte efectivo del capital extranjero. Pero este aporte tiende a desaparecer nuevamente en la actualidad, y a ser sustituido por el circuito relativamente cerrado entre propiedad extranjera y aportes de capital extranjero, que está expandiéndose gracias a la movilización de los recursos internos de los países respectivos de América Latina.

Este circuito propiedad extranjera —aporte extranjero de capital tiene que ser el punto de referencia de un análisis del flujo de los superávits entre centros desarrollados y países subdesarrollados. Solamente el saldo entre salidas de divisas por pago de capital y aportes de divisas por capital extranjero puede dar un indicador de esta situación del flujo de los superávits. Sería, por lo tanto, un error, calcular estos superávits únicamente a partir de la salida de divisas a cuenta del capital extranjero. Este circuito es solamente punto de partida de tal análisis y no muestra sino la situación real del flujo de los superávits. Pero es esencial partir de este punto. El saldo de la balanza comercial llega a ser entonces el indicador del saldo del circuito propiedad extranjera—aporte de capital extranjero. Pero las balanzas comerciales publicadas dan este saldo solamente de una manera muy aproximada. Las mismas cifras de las importaciones y exportaciones suelen ser tergiversadas por sobre-facturaciones o sub-facturaciones. La transferencia de las divisas por propiedad extranjera tiene muchos canales no explícitos. Solamente correcciones adecuadas pueden conducir a una presentación de la situación real del saldo de la balanza comercial.

Este circuito no tiene sólo importancia para determinar el flujo de los superávits, sino que sirve a la vez como un punto de partida del análisis de la dependencia del país subdesarrollado en relación al país desarrollado. Aunque no haya superávit alguno que salga hacia los centros, el tamaño de este circuito propiedad extranjera-aporte de capital extranjero indica la penetración de un determinado país subdesarrollado por el centro. Esta dependencia se manifiesta aunque no haya ninguna vinculación automática entre la salida de divisas a cuenta de la propiedad extranjera y la entrada de aportes de capital extranjero. Si bien los aportes tienen que compensar continuamente las salidas o, por lo menos una gran parte de ellas, estos aportes deben ser negociados en cada oportunidad. Esta negociación de los aportes implica la aceptación por el país subdesarrollado de mantenerse en el marco del sistema capitalista mundial. Estableciendo este marco, la necesidad de los aportes de capital es inevitable y el centro desarrollado tiene necesariamente un poder de negociación más grande que el país subdesarrollado. Por lo tanto, se condicionan los aportes de capital extranjero. Por otro lado, los aportes de capital extranjero entran por los canales más diversos. La inversión extranjera es solamente una parte de ellos. Fuera de ella viene una multiplicidad inmensa de aportes condicionados a determinadas actividades del país subdesarrollado: construcción de carreteras,

sistemas de enseñanza, intercambios culturales, financiamiento de organizaciones sociales y políticas, etc. Si bien en último término todos estos últimos aportes vienen a compensar las salidas de divisas a cuenta de la propiedad extranjera, ello se hace con la condición de canalizar estos aportes en la penetración de la estructura social en su totalidad.

A la vez, esta penetración de toda la sociedad es una de las condiciones básicas para mantener y expandir continuamente el mismo circuito propiedad extranjera-aporte de capital extranjero. Determina la disposición general del país subdesarrollado a aceptar la movilización de los recursos internos en función de este circuito. Pero otro elemento clave para inducir esta movilización está en el dominio sobre el sistema bancario financiero del país subdesarrollado, que sirve concretamente para movilizar los recursos. El capital extranjero tiene que constituirse a la vez como capital financiero para que la penetración general de la sociedad por los centros se pueda realizar mediante una movilización de los recursos internos del país subdesarrollado en función del circuito mencionado.

Dada esta situación general de dependencia, no se puede considerar la ayuda extranjera como un posible pilar de la industrialización latinoamericana. El financiamiento externo, dentro de los términos del sistema capitalista, tiene la tendencia de convertirse en circuito de la dependencia y siempre concluye viviendo en forma parasitaria de la movilización de los recursos internos del país subdesarrollado. El sistema capitalista sencillamente no tiene los mecanismos necesarios para transferir las sumas exigidas por el empuje de la industrialización de los países subdesarrollados que siguen en el marco del sistema capitalista mundial. Sería una pura ilusión pensar en un gran empuje de la industrialización sobre base de ayudas tales. Dada la estructura capitalista de inversión, estas ayudas tendrían que ser tan fabulosas que el mismo sistema capitalista no sería capaz de transferirlas aunque existiera una disposición subjetiva por parte de los centros desarrollados para hacerlo. Desembocarían cada vez en este circuito de la dependencia a través del cual la ayuda económica se transforma en pago de transferencia en el interior mismo del mundo desarrollado.

Las razones de la dependencia

Pero sigue en pie la pregunta: ¿por qué los países subdesarrollados aceptan tal situación de dependencia y por qué no adoptan en el momento actual una posición de independencia nacional, aunque sea sobre la base de su permanencia en el sistema capitalista mundial? Evidentemente, hace falta anotar que hoy en día hay corrientes que insisten en la posibilidad de un nuevo nacionalismo latinoamericano, cuya liberación de la dependencia se haría sin romper a la vez la integración

en el sistema capitalista mundial. El análisis del porqué de la aceptación de la dependencia, por lo tanto, es vital para formarse un juicio sobre la posibilidad de una salida del subdesarrollo en América Latina. Podemos mencionar algunos puntos que en parte explican el porqué de la aceptación de la dependencia y que en parte hacen ver las dificultades de un nacionalismo capitalista del tipo mencionado:

El primer punto se refiere a que la dependencia actualmente es un hecho ya establecido. El nacionalismo capitalista en el momento actual tendría que ser nacionalismo de la reversión de una dependencia existente y no un nacionalismo que se considere enfrentado con la amenaza de la dependencia. Este hecho describe una diferencia importante con respecto a los nacionalismos capitalistas del tipo japonés o alemán en la segunda mitad del siglo XIX. En los países subdesarrollados de hoy la dependencia está definitivamente instalada y el nacionalismo capitalista tendría que destruir un circuito de dependencia que ha penetrado ya a los países respectivos enteramente.

La destrucción de este circuito de la dependencia resulta difícil para una posición del capitalismo nacionalista porque forzosamente tendría que considerarla en el marco de las normas del sistema capitalista mundial. Una norma básica es la del respeto a la propiedad privada internacional, donde se deriva la obligación a indemnizar las industrias nacionalizadas. Pero esta indemnización, necesariamente reproduce el mismo circuito de la dependencia que la nacionalización pretendía destruir. En el caso de la indemnización en divisas ésta conduce, además, a una abierta contradicción: el país tendría que renunciar a la detención de las divisas que posibilitan su desarrollo a cambio de su independencia. Por lo tanto, tendría que renunciar al desarrollo para iniciar un desarrollo nacional.

Este nacionalismo capitalista podría buscar la salida de esta contradicción por otro tipo de política. En este caso, tendría que tratar de limitar el circuito de la dependencia —el circuito propiedad extranjera-aporte de capital extranjero— al tamaño existente en el momento actual, asegurando solamente un desarrollo nacional para las nuevas industrias por surgir e implantando una cierta planificación económica a la industria extranjera existente. Pero esta variante de la política nacionalista no toma en cuenta que los aportes del capital extranjero llegan por los canales más diversos y tienden a penetrar la sociedad entera obstruyendo en cada momento una política rígidamente nacionalista. El circuito de la dependencia no es un enclave geográfico que se podría respetar por cierto tiempo —como por ejemplo Cuba respeta el enclave norteamericano de Guantánamo— sino que es una penetración de la sociedad. De todas maneras, una posible política de nacionalismo capitalista tendría que buscar su salida en esta línea apoyándose en un estado nacional.

Pero esta discusión de las posibilidades de un nacionalismo ca-

pitalista nos lleva en seguida hacia otro plano de la discusión, al problema de la dependencia como tal. La posición teórica que sustenta al nacionalismo capitalista tiene que reconocer necesariamente la raíz de la dependencia y del subdesarrollo en los fenómenos de la dependencia. Solamente de esta manera se puede sostener que la limitación o la desaparición de este circuito propiedad extranjera-aporte de capital extranjero es condición suficiente para entrar en el momento histórico actual en una vía capitalista de desarrollo. Pero este supuesto básico se puede poner en duda.

Para demostrar eso tenemos que volver sobre la discusión del propio criterio capitalista de racionalidad y su papel en el surgimiento de las estructuras subdesarrolladas. Nuestro examen de la estructura de la inversión, que acompaña al criterio capitalista de racionalidad, indica, al contrario, que el estrangulamiento de la industria subdesarrollada y su transformación en enclave industrial es resultado de la misma aplicación del criterio de la racionalidad capitalista y de ninguna manera una consecuencia de la dependencia expresada por el circuito de la dependencia mencionada. Si esta tesis es acertada, el resultado de un nacionalismo capitalista, en el mejor de los casos, será un subdesarrollo nacional en vez de ser un subdesarrollo dependiente, sin alcanzar una vía de desarrollo capitalista. Esta tesis se basa en la suposición de que, después del corte entre medios de producción tradicionales y medios de producción modernos, el criterio capitalista de la racionalidad necesariamente y de por sí reproduce el subdesarrollo.

La dependencia, por lo tanto, llega a ser algo muy distinto de lo que era antes. Ahora es resultado del subdesarrollo producido por la misma vigencia del criterio capitalista de racionalidad en las periferias desequilibradas del mundo. Las estructuras creadas por este criterio de racionalidad son como tal estructuras tanto subdesarrolladas como dependientes, y la política del nacionalismo capitalista considera más bien síntomas del subdesarrollo y no su estructura básica y causante. Por eso puede tener solamente éxitos muy parciales.

Rechazamos, por lo tanto, la explicación del subdesarrollo por la dependencia lo que nos lleva a una posición negativa frente a las teorías que sustenta el nacionalismo capitalista latinoamericano, y rechazamos igualmente la explicación del subdesarrollo por hechos ocurridos en el plano tecnológico. El corte entre medios de producción tradicionales y medios de producción modernos de ninguna manera puede ser tratado como la causa misma del subdesarrollo. Una tesis de este tipo desembocaría en un fatalismo total frente al problema del desarrollo: Como el corte tecnológico no es reversible, el mismo subdesarrollo no sería reversible en el caso de que el corte tecnológico fuera la causa misma del subdesarrollo en periferias desequilibradas. La importancia del corte tecnológico reside en otro problema. Cambia más bien la situación his-

tórica dentro de la cual actúa el criterio capitalista de racionalidad. Así como en la segunda mitad del siglo XIX este criterio lleva a la transformación del mundo no industrializado en periferias, ahora en el siglo XX este mismo criterio llega a reproducir el carácter desequilibrado de sus periferias y el estrangulamiento de la industrialización capitalista. El corte tecnológico, por consiguiente, define una nueva situación histórica que da un carácter nuevo al criterio capitalista de la racionalidad, llevándolo al camino de la reproducción continua del subdesarrollo. El corte tecnológico ahora explica porqué el criterio capitalista de racionalidad, que a comienzos del siglo XIX es un criterio altamente desarrollista e industrializador, se transforma durante el siglo XX en un criterio del subdesarrollo que permite a los centros mantener una fuerte dinámica económica, polarizando las periferias desequilibradas como la contrapartida subdesarrollada de estos centros del mundo capitalista. Esto origina el problema que tiene que solucionar la teoría de la acumulación socialista. Tiene que demostrar que hay otros criterios de racionalidad, capaces de conducir un proceso de industrialización y desarrollo de las periferias desequilibradas, y capaces de sustituir eficazmente el criterio capitalista de la racionalidad.

V. *La estructura dualista de las sociedades subdesarrolladas*

Antes de presentar un esbozo de la teoría de la acumulación socialista y de su criterio respectivo de racionalidad, hace falta todavía penetrar más en el análisis de la estructura subdesarrollada misma.

Habíamos visto ya que la estructura subdesarrollada mantiene la estructura económica originaria que surgió en la segunda mitad del siglo XIX, cuando el mundo industrializado se transforma en periferia. El rasgo más destacado de esta estructura reside en el hecho de que se inserta en la división internacional del trabajo por la venta de materia prima y la compra de bienes manufacturados. Esta situación básica no cambia con la industrialización estrangulada de estas periferias. Esta industrialización proporciona a las importaciones de bienes manufacturados un multiplicador, sin insertar esta producción industrial en la división internacional del trabajo. La industria de las regiones o países subdesarrollados surge como industria aislada que alimenta su compra de medios de producción en los centros mediante la venta de materia prima de sus respectivos países. Desarrollándose sobre la base de una estructura capitalista de inversiones, se estrangula y se transforma en enclave industrial; una situación que llamábamos de estancamiento dinámico. La industria es dinámica en su interior pero no tiene capacidad para arrastrar al país entero en el proceso de la industrialización.

De esta manera resulta un dualismo estructural que divide la

región subdesarrollada en un centro sostenido en la fuerza productiva del enclave industrial y una periferia interna marginada de este proceso productivo. Aparentemente, se repite en el interior de la sociedad subdesarrollada la relación centro-periferia existente entre centros industrializados y periferias desequilibradas o subdesarrolladas, en el plano del sistema capitalista mundial. Esta apariencia ha dado lugar a teorías que interpretan el enclave industrial del país subdesarrollado como parte desarrollada que se enfrenta con otras partes de esta sociedad todavía subdesarrolladas y que haría falta incorporar en el centro industrial de la región subdesarrollada. Si bien es muy evidente el carácter dualista de la sociedad subdesarrollada, parece muy dudosa la interpretación del enclave industrial como una parte desarrollada del país subdesarrollado y, por consiguiente, la analogía entre la estructura subdesarrollada dualista y la polarización desarrollo-subdesarrollo en el conjunto del sistema capitalista mundial.

La diferencia esencial salta a la vista si analizamos la relación centro-periferia en el interior del mundo desarrollado. Los países capitalistas industrializados se enfrentaron a fines del siglo XIX con problemas muy graves referente a sus periferias internas. La destrucción de la producción tradicional y el enfrentamiento entre campo y ciudad había llevado a una situación de miseria tanto en las poblaciones urbanas como en el campo de los países céntricos. Existía, por lo tanto, toda una apariencia de desequilibrio de tales periferias que parecía amenazar la misma existencia del sistema capitalista en los centros. El surgimiento de movimientos de masas y la consiguiente política de tipo populista llevó a programas de incorporación de estas masas marginadas. Las medidas tomadas fueron todas de un carácter distributivo e impusieron un cambio de la estructura de la demanda. En la ciudad se concretaron más bien en aumentos de salarios y en el campo en una redistribución de los créditos y en una política de mejora de los términos de intercambio de productos agrícolas por productos manufacturados en favor del campesinado. El éxito de esta política que en muchos casos fue muy rápido, expandió la industrialización hacia las periferias internas de estos centros desarrollados.

Precisamente en el caso de la estructura subdesarrollada, una política de este tipo parece imposible. Sufriendo los enclaves industriales una limitación externa de su posible dinámica, la propia política de la distribución de ingresos y de la reestructuración de la demanda no puede ser considerada un medio eficiente para la incorporación de las masas marginadas en el proceso de la industrialización. En vez de llevar a una expansión industrial, desemboca en una presión inflacionaria. Se da, por lo tanto, un impedimento estructural para la incorporación de las masas marginadas, que no puede ser superado por las mismas medidas que permitieron en el interior del mundo desarrollado un deter-

minado equilibrio entre centros industriales y periferias internas. En consecuencia, se trata de una situación cualitativamente distinta.

El estancamiento dinámico en este caso impone una línea de desarrollo que hace intrínsecamente imposible un éxito definitivo de la política de la redistribución y de la industrialización mediante la reestructuración de la demanda efectiva. Se abre una disyuntiva muy típica que no tiene solución. El avance de la industrialización tiende a crear productos de una tecnología siempre más alta. Pero, como esta tecnología tiene que convertir su capacidad en bienes finales para poder alimentar las inversiones correspondientes, este avance se expresa en la producción de bienes de consumo de alto nivel tecnológico, artefactos, etc. Sin embargo, en la situación del estrangulamiento dinámico, estos productos se convierten en bienes de lujo en el país subdesarrollado, a pesar de que en los centros desarrollados constituyen bienes de consumo masivo. Tal avance de la industria obliga, por lo tanto, en el contexto subdesarrollado, a la creación de los grupos correspondientes cuyos ingresos les permita comprar los bienes finales resultantes del progreso tecnológico. La propia estructura de inversión presiona de este modo, hacia niveles siempre más altos de los ingresos de estos grupos. Hay muy poca posibilidad de redistribución de estos ingresos, por el simple hecho de que estos bienes de tecnología más alta son complementarios entre sí y porque la demanda se orienta únicamente a ellos toda vez que el consumidor tiene un nivel de ingresos suficiente para adquirir el conjunto de estos bienes complementarios.

Una reestructuración de la demanda en el sentido redistributivo, en cambio, se dirigirá más bien hacia bienes de consumo esencial y, por lo tanto, de tecnología más bien baja. Es muy difícil imaginarse que tal demanda pueda alimentar un desarrollo de producciones de alta tecnología. Tendería más bien a un estancamiento de este tipo de industrias y a la tecnificación de actividades de alta intensidad del trabajo como son la producción agraria y la construcción, que fácilmente puede desembocar en un aumento de los sobrantes del proceso productivo en vez de constituir una solución del problema del subdesarrollo.

Toda esta disyuntiva aclara una situación básica. El enclave industrial se desarrolla sobre la base de una redistribución regresiva de los ingresos y determina un dualismo estructural que no puede superar. Acapara la producción de bienes manufacturados y destruye a la vez cualquier posibilidad de producción con medios tradicionales competitivos. Dada la situación de estancamiento dinámico, el enclave industrial deja sobrevivir y procura la sobrevivencia solamente de producciones no competitivas del tipo tradicional, en especial de la agricultura. Por otro lado, destruye cualquier tipo de producción con medios tradicionales en el campo competitivo de la producción del enclave industrial. No teniendo capacidad expansiva, determina el estancamiento de la so-

ciudad en general. Hacia su interior produce el estancamiento dinámico con la tendencia regresiva de la distribución de los ingresos, y hacia el exterior estimula la conservación de producciones tradicionales como la agricultura, y al desempleo de los sobrantes que no pueden ser integrados al enclave industrial y que tampoco pueden seguir produciendo en términos de medios de producción tradicionales.

Siguiendo este análisis, se puede afirmar que el enclave industrial, en el interior de la sociedad subdesarrollada no puede ser entendido como un sector desarrollado parcial dentro de un ambiente general de subdesarrollo. La situación es más bien al revés. El enclave industrial determina y reproduce el subdesarrollo y constituye, por lo tanto, el factor central del estancamiento general.

La situación de clases en la estructura subdesarrollada del siglo XX

Lo expuesto anteriormente nos permite ahora entrar a analizar la estructura de clases impuesta por el criterio capitalista de la racionalidad en la sociedad subdesarrollada, y que se expresa en las decisiones políticas y luchas sociales que determinan el surgimiento de la estructura económica subdesarrollada. Habíamos visto con anterioridad que la estructura de clases y del poder político surgen en la segunda mitad del siglo XIX junto con la estructura económica triangular de la periferia. Durante el siglo XX, esta estructura de clase va transformándose en el mismo grado en que se transforma la propia estructura económica.

En la segunda mitad del siglo XIX la estructura de clase puede basar su legitimidad en la apariencia de un desarrollo rápido de las fuerzas productivas en el plano de la producción de materias primas, que llega a dar la seguridad de ser el primer paso del futuro desarrollo capitalista de la sociedad entera. Esta legitimidad permite a las clases tradicionales, junto con las clases dominantes de los centros, derrotar los movimientos de revolucionarios burgueses e imponer una estructura periférica a sus respectivos países.

Pero esta legitimidad inicial entra por primera vez en crisis en las primeras décadas del siglo XX, cuando sale a luz el carácter desequilibrado de la situación periférica y cuando la estructura económica triangular heredada se muestra incapaz para incorporar los sobrantes del proceso productivo en general. Esos sobrantes se hacen ahora presentes por movimientos masivos, cuya represión directa es más y más decisiva. Sin embargo, en este primer período todavía existe una gran capacidad de incorporar nuevas clases medias a través de una cierta redistribución del ingreso, que resulta de las relaciones comerciales con los países céntricos. Se trata del momento en que se crea nuevas burocracias estatales y en el cual, a la vez, se dan los primeros pasos de una política populista. Esta situación se produce en Brasil, Argentina y Chile inme-

diatamente después de la primera guerra mundial. Surgen políticas de seguridad social que logran mantener la legitimidad del sistema de clases mediante la incorporación en él de las personas que ahora constituyen estas nuevas burocracias y que representan hacia las masas sobrantes la esperanza de su futura incorporación total. Tiene lugar un rápido crecimiento de las clases medias y una reestructuración del poder político que ahora no puede basarse únicamente en el apoyo de las clases altas sino que debe abrirse hacia la incorporación de estas nuevas clases.

Pero la limitación de este esquema de clases se hace rápidamente visible. Con las nuevas clases medias se incorpora solamente una pequeña parte de las masas sobrantes del sistema económico total, mientras que la redistribución de la ganancia del comercio exterior no permite una política de incorporación de estos sobrantes sin emprender la industrialización de sus países respectivos. La política populista, que comienza con la formación de las nuevas clases medias, tiene que transformarse rápidamente en una política de industrialización capitalista que permita la incorporación de los sobrantes en el sistema productivo, y que a la vez dé a las importaciones de productos manufacturados un efecto multiplicador que haga posible un aumento rápido y temporalmente continuo de los niveles de vida. Así, la lógica de la política populista lleva a la política de la industrialización, mediante la sustitución de las importaciones, que determina las industrializaciones del continente latinoamericano hasta la década del cincuenta. Sobre la base de esta sustitución de las importaciones esta política puede mantener la antigua legitimidad del sistema capitalista, que presenta en todo este periodo una dinámica de incorporación creciente de las masas sobrantes en el sistema productivo y un aumento continuo de sus niveles de vida. En este período, precisamente, surgen, junto a las clases tradicionales heredadas del siglo XIX, una nueva clase capitalista industrial, una nueva clase media y una clase obrera industrial. Dada la legitimidad de la estructura de clase, sostenida por la aparente dinámica de la estructura económica, el sistema político puede progresar a través de la política populista, aceptando las mismas normas de la democracia de masas que se había producido en los centros desarrollados, y adoptando una actitud positiva hacia las organizaciones de las clases y, sobre todo hacia la sindicalización obrera.

Pero, si bien esta estructura de clases que resulta del período populista tiene sus rasgos específicos, sin embargo, se trata de una continuación de la estructura de clase anterior. Así como la estructura económica triangular periférica logra conservarse durante el siglo XX, también la estructura de clase heredada determina la nueva estructura de clase de la primera mitad del siglo XX. Si bien surge una nueva clase industrial capitalista, se mantienen las clases dominantes heredadas sin que la clase capitalista industrial puede tomar el liderazgo de la clase

dominante entera. Si bien se desarrolla rápidamente, no logra el poder suficiente para enfrentarse a las clases tradicionales y, en el mismo momento en que el proceso de industrialización parece permitir un enfrentamiento entre la clase capitalista industrial y las clases tradicionales, el propio estrangulamiento de la industrialización y la transformación de la industria en enclave industrial, al terminar el período de la sustitución de las importaciones, quita a la clase industrial capitalista la posibilidad de penetrar la sociedad entera por relaciones capitalistas de producción. Si en el período del populismo dinámico la clase industrial capitalista necesita la alianza con las clases tradicionales, debido a su debilidad, con posterioridad a la transformación de la industria en enclave necesita la alianza de clases por conveniencias de la estabilidad política del país. En este momento el sistema populista entra en crisis.

Esta crisis sale a luz cuando se demuestra la imposibilidad de dar legitimidad al sistema político mediante una clara dinámica de las fuerzas productivas. El estancamiento dinámico de las industrias ya no permite la integración progresiva de los sobrantes en el proceso productivo, mientras que la producción industrial creciente agudiza la diferencia distributiva del ingreso entre las clases obreras y las clases medias.

En lo referente a la estructura de clases y al poder político, se anuncia en este período una nueva etapa que comienza en la década del sesenta. Sigue la alianza de clases entre capital industrial y clases tradicionales, mientras se produce un nuevo fenómeno con la penetración masiva de la producción manufacturera por el capital extranjero. La clase industrial capitalista entra a la vez en alianza con este nuevo capital extranjero que llega a introducirse en la producción industrial precisamente en el momento en que termina el período de la sustitución de las importaciones en los países principales de América Latina y empieza la producción de bienes de alta tecnología y de medios de producción.

Esta alianza con el capital extranjero evidentemente está inducida por la experiencia técnica y el conocimiento tecnológico de los grandes conglomerados industriales de los centros desarrollados, que ahora se expanden rápidamente a través de los países de América Latina. Estos conglomerados toman a su cargo nuevos proyectos industriales que, por lo menos en el primer momento, parecen inaccesibles al capital nacional. Este se transforma, por lo tanto en socio menor de este capital extranjero. Sin embargo esta nueva orientación de la industrialización sustentada por el capital extranjero no termina con la situación del estancamiento dinámico, sino que confirma, más bien, la existencia de esta situación. Las mismas razones que nos explican el estancamiento dinámico explican igualmente la penetración de la industria manufacturera por este capital extranjero.

Esta actitud de entrega por parte del capital nacional industrial tiene cierta semejanza con la actitud de entrega de las clases tradicionales en la segunda mitad del siglo XIX que en aquel entonces permitieron la transformación de las regiones no industrializadas en periferias de los centros. Analizando el fenómeno, podemos explicar esta entrega por la misma vigencia del criterio capitalista de la racionalidad. Siguiendo este criterio, la transformación en periferia permitió a las clases tradicionales dirigentes de estos países integrarse al desarrollo de una manera más fácil y con ganancias más altas que a través de una revolución nacional burguesa. Una situación análoga se da al terminar el período de la sustitución de las importaciones. Para la clase industrial capitalista aparece ahora como solución más fácil para su integración en la producción industrial de alto nivel tecnológico la alianza con el capital extranjero, al cual se le da ahora la posibilidad de movilizar los recursos internos de los países subdesarrollados en función de este tipo de industrialización. Si bien en el período del populismo la clase industrial tuvo cierta orientación nacionalista, ahora deja de tenerla, siguiendo las orientaciones de su propio criterio capitalista de la racionalidad. Acepta ser dependiente y se asegura una posición que le permite gozar de su dependencia.

Hace falta insistir que nuevamente la clase dirigente de las regiones subdesarrolladas sigue impecablemente el criterio capitalista de la racionalidad que le abre tal camino, el cual ella no duda en aceptar. Si bien la ideología burguesa interpreta este fracaso del capitalismo nacional como una consecuencia de la sobrevivencia de elementos tradicionales de la sociedad, sin embargo, nosotros podemos afirmar que ello solamente es resultado, una vez más de la aplicación fiel de los principios constituyentes del sistema capitalista. Este sigue siendo un sistema llevado por un criterio de racionalidad —la ganancia— que en determinados casos produce precisamente el debilitamiento de las relaciones capitalistas de producción propiamente tales.

Vimos cómo con el estancamiento dinámico, a fines de la década del 50, se fortalecen alianzas de clases entre capital industrial nacional y clases tradicionales, por un lado, y capital nacional industrial y capital internacional por otro lado. En esta situación de estancamiento general el movimiento populista tiende a terminar. Ya no puede incorporar acumulativamente nuevas masas en el sistema industrial, de modo que también se estanca la masa de los sobrantes desempleados o de empleo disfrazado. Pero estos sobrantes siguen presionando al sistema, con la intención de poner en duda su legitimidad. Por otro lado, la movilización populista de las masas había estado restringida hasta este momento principalmente a las masas urbanas sobrantes. Ahora también comienzan a incorporarse las masas campesinas, en abierta contradicción con la alianza de clases establecida entre capital industrial y clases tradicio-

nales. El movimiento populista en los campos puede prosperar solamente si llega a quebrar esta alianza de clases, mediante la realización de la reforma agraria.

Estas dos tendencias ahora dan lugar a las más diversas combinaciones con el poder político. El poder político nunca es un reflejo mecánico de la estructura de clase, a pesar de que el dominio de la clase dominante sobre el poder político es la condición de la estabilidad de una determinada estructura de clases en el tiempo. Pero la clase dominante tiene que defender continuamente su dominio sobre el poder político y muchas veces se ve obligada a aceptar cambios de su poder de clase para poder mantener ese dominio. Precisamente por esta razón se explican las distintas formas que en este momento toma el poder político. En el período populista esta situación no era muy problemática. El carácter democrático parlamentario del poder político y las medidas populistas de creciente incorporación de las masas urbanas estaban en pleno acuerdo con la capacidad expansiva de la estructura económica. La incorporación social se restringía a las masas urbanas mediante una industrialización masiva, en tanto que las masas campesinas todavía no estaban movilizadas como para amenazar una posible alianza de clases entre capital industrial y clases tradicionales. Pero este carácter unívoco de la relación entre poder político y estabilización de la estructura de clase ahora se rompe.

Podemos distinguir de nuevo distintos tipos de combinación del poder político con la estructura de clases. Por un lado, tenemos el caso más simple, en que se sigue pasivamente las tendencias del criterio capitalista de la racionalidad. En este caso, el poder político se sitúa junto a las alianzas de clase establecida. Se convierte en simple instrumento de estas alianzas y sustituye la pérdida de legitimidad del sistema, frente a las masas de los sobrantes urbanos y frente a la nueva movilización campesina, por la violencia institucionalizada. Este es más bien el caso de determinadas dictaduras militares que surgen en el continente y que buscan una política desarrollista a través del reforzamiento de estas alianzas de clases. Necesariamente son dictaduras antipopulistas, que se definen por la lucha anti-insurreccional.

Pero el poder político en América Latina no sigue automáticamente por este camino. Hay otros casos en los cuales el poder político se pone en contra de estas alianzas de clase sin librarse a la vez de su integración en el sistema capitalista mundial. Esta alternativa, por su parte, tiene otra vez dos aspectos diferentes.

Por un lado, surgen gobiernos que se oponen a la alianza de clases entre capital industrial y clases tradicionales. Aceptando esta línea, llevan la política populista al campo y la reforma agraria llega a ser uno de sus lemas principales. Si bien en muchos de estos casos el poder político se muestra sumamente débil en su actuación frente a la estructura

de clase existente, es importante señalar la tendencia general de gobiernos de este tipo que aparecen con diferente ímpetu en Chile, en Perú antes de 1968, en Colombia y en Venezuela. En parte responden políticamente a una movilización populista del campesinado y, en parte —eso vale sobre todo para Chile— promueven la movilización campesina en un campo todavía no movilizado con el objetivo de llegar a romper con medios políticos la alianza de clase existente entre capital industrial y clases tradicionales. En todos los casos se trata de proyectos basados en la convicción de que el desarrollo económico de la producción agrícola no es posible sin romper las relaciones semi-feudales de producción vigentes en el campo, a pesar de que la tendencia automática del sistema capitalista no conduce al choque entre estas relaciones de producción. El poder político se encarga, por lo tanto, de suplir la ausencia de una revolución nacional burguesa, que podría haberse originado en la fuerza expansiva del capital industrial, por la actuación política del Estado destinada a destruir determinadas alianzas de clase. Pero en todos estos casos el poder político se muestra evidentemente débil frente a la tarea que se ha propuesto. La decisión previa de mantenerse en el marco del sistema capitalista mundial limita la posible acción sobre el capital industrial e impone el respeto a determinados privilegios de las clases tradicionalistas que permiten, de hecho, la sobrevivencia de la alianza de clase atacada por el poder político. Por otro lado, la circunstancia de que estos gobiernos no ataquen al mismo tiempo la alianza de clase entre capital industrial nacional y capital extranjero, da más fuerza de resistencia a la alianza de clase entre capital industrial y clases tradicionales. Si bien estos gobiernos parten con buenas intenciones, terminan con resultados muy incipientes.

Dada esta situación, surgen otras tendencias del poder político para oponerse a las alianzas de clase mencionadas. Esta vez se llega a atacar simultáneamente las dos alianzas de clase. El enfrentamiento con las clases tradicionales, por lo tanto, va acompañado de un enfrentamiento con el capital extranjero que actúa en el país subdesarrollado. En este sentido se puede entender el actual gobierno del Perú y las tendencias teóricas que en este momento surgen en nombre del nuevo nacionalismo latinoamericano. Los proyectos concretos en esta línea son aun demasiado recientes como para determinar claramente este camino. Pero se puede observar diferencias internas de esta alternativa, que manifiestan sobre todo el problema de si este enfrentamiento del poder político con las alianzas de clase implica una ruptura con el sistema capitalista mundial y un consiguiente tránsito a un sistema socialista o no. La corriente teórica del nuevo nacionalismo latinoamericano sostiene más bien que tal enfrentamiento es posible y que debe ser buscado dentro del marco del sistema capitalista mundial y de la aceptación de sus normas generales. No hace falta repetir aquí la crítica que hemos ex-

puesto anteriormente. A nuestro parecer, eso es una ilusión. Existe un evidente peligro de que el poder político, aceptando una integración de su política en el marco del sistema capitalista mundial, corra la misma suerte que los gobiernos que se enfrentaron más bien únicamente con la alianza entre capital industrial y clases tradicionales. En último término, esta crítica se basa en la tesis de que una política nacionalista de este tipo no puede superar el estancamiento dinámico de la industrialización, cuya consecuencia son estas alianzas de clases. Parece, por lo tanto, inevitable la ruptura con el marco del sistema capitalista mundial y el establecimiento definitivo de una sociedad socialista como única sociedad capaz de destruir estas alianzas de clases.

En el fondo también se trata en este caso de resolver si es posible realizar hoy en día con éxito una revolución nacional burguesa dentro del marco histórico de los países subdesarrollados. Si bien el nacionalismo latinoamericano tiene conciencia de que la propia burguesía industrial no es capaz de llevar a cabo una revolución nacional burguesa, se compromete con la tesis de que el poder político puede constituirse como agente externo de esta revolución nacional burguesa para imponerle a la burguesía una posición de clase que no ha tomado por iniciativa propia. Las argumentaciones correspondientes se apoyan en los casos del nacionalismo alemán y japonés, a fines del siglo XIX, para defender la tesis de que es posible realizar un nacionalismo burgués fomentado políticamente. Pero la burguesía no se da cuenta de que estos casos corresponden a momentos históricos previos al corte tecnológico entre medios de producción tradicionales y medios de producción modernos.

VI Algunas mitologías burguesas y sus instrumentarios

A fines del período populista, el sistema capitalista latinoamericano ya no puede legitimarse por una eficiencia económica que permita una creciente incorporación de las masas en el sistema industrial productivo. Perdiendo esta legitimidad, el sistema tiene que buscar otras bases para sustentarse ideológicamente. Si bien puede cumplir su falta de legitimidad con la violencia institucionalizada creciente, necesita a la vez una penetración de las conciencias que le permita imponer el miedo a la violencia y el terror institucionalizado como determinantes para la aceptación del sistema. La violencia como tal en ningún caso promueve automáticamente un sometimiento pasivo al dominador. Puede igualmente provocar la rebelión, que lleva al derrocamiento del poder violento. Faltando una legitimidad por la eficiencia económica expansiva, la violencia tiene que buscar nuevos caminos para lograr suplir esta falta de legitimidad. Este hecho explica en este período del estancamiento dinámico del enclave industrial, la nueva función que les compete a las mitologías burguesas. Si bien la sociedad capitalista jamás ha podido

vivir sin estas mitologías, éstas ahora llegan a tener una importancia nueva e inusitada. Su función es muy clara. Tienen que preparar la conciencia de las masas de una manera tal que transforme el miedo a la violencia institucionalizada en disposición subjetiva a aceptar el sistema a pesar de su fracaso económico. Surge una nueva batalla ideológica, en la cual ideologías fascistas y neocapitalistas de los tipos más diversos cumplen esta función de una manera siempre más clara, estableciendo canales de manejo del miedo frente al terror institucionado.

Estas mitologías burguesas a la vez determinan y justifican determinadas políticas. Pero, en parte, la función misma de estas políticas llega a consistir más bien en la penetración ideológica de la conciencia de las masas. En otros casos, la política burguesa se orienta directamente hacia una interpretación mistificadora de los efectos anti-desarrollistas de las alianzas de clases, en contra de las cuales la política de desarrollo tiene que definirse. En relación a la primera alternativa podemos analizar brevemente la teoría de la marginalidad que ha estado detrás de ciertas políticas de la promoción popular y, en relación a la segunda, podemos considerar la mistificación que se ha hecho de la presencia del capital extranjero en los países subdesarrollados y de la alianza de clases entre capital industrial nacional y extranjero, en la cual el capital nacional acepta la posición del socio menor.

El poder sobre los medios de comunicación

Pero, antes de entrar en la propia discusión de estas dos mitologías —junto a las cuales existe un sinnúmero de otras— hace falta mencionar una condición institucional sin la cual la clase dominante latinoamericana no podría cumplir con su propósito de mistificar las mentes de las masas que sienten cada vez más la pérdida de legitimidad del sistema. Nos referimos al dominio sobre los principales medios de comunicación de masas. Con el aumento de importancia de las mitologías aumenta igualmente la importancia del dominio sobre estos medios de comunicación. Si bien este dominio nunca es completo, sin embargo llega a copar los medios de comunicación más poderosos y su mantención es una cuestión de vida o muerte para el sistema dominante, que económicamente ya no es capaz de legitimarse. En el caso de que a la burguesía dominante se le escape este dominio, la discusión libre de las alternativas del desarrollo sería suficientes para derrumbar el sistema. Eso explica porqué los poderes políticos que llegan a enfrentarse con las alianzas de clases existentes se enfrentan a la vez —con una conciencia cada vez más clara— con la estructura dominante de los medios de comunicación de masas. Partiendo de esta motivación se nota en América Latina el surgimiento de un nuevo proyecto de la libertad de opiniones. Tiene como objetivo una transformación de los medios de comunicación, de manera que puedan servir para la crítica de las mitologías

de las clases dominantes existentes o por existir. Se trataría de medios de comunicación convertidos en detectores de mentiras frente a las mitologías creadas por las clases dominantes.

Este nuevo proyecto de la libertad de opinión es una novedad hasta para la misma izquierda. La izquierda socialista surgió en un momento histórico en que la lucha ideológica no tenía instrumento alguno comparable a los que se poseen hoy en día. Recién en el siglo XX se crearon estos instrumentos, que colocaron las luchas ideológicas en el primer plano de las luchas sociales. Eso explica el hecho de que los primeros movimientos socialistas que llegaron al poder se encontraran relativamente desorientados frente a los peligros del aprovechamiento del monopolio sobre los medios de comunicación de masas por parte del Estado socialista. Estos proyectos socialistas se desarrollaron, por lo tanto, en una forma que solamente fue posible sobre la base de un dominio monopólico sobre los medios de comunicación de masas.

En esta situación, se explica que la nueva lucha ideológica en América Latina dé tanta importancia a la discusión de los proyectos de la libertad de opiniones. En la situación actual, la destrucción de los monopolios sobre los medios de comunicación llega a ser la condición para que se produzca una decisión libre sobre la reestructuración del poder mediante la crítica de las mitologías de la clase dominante. Pero la clase dominante de América Latina sabe, a su vez, que no tiene posibilidad de sobrevivencia frente a una opinión pública formada libre e independientemente. Admitir la libertad de opinión, para ella, es admitir el derrocamiento del mismo sistema capitalista vigente en el continente. El enfrentamiento con la clase dominante en América Latina llega a ser formulado como una reivindicación de la libertad de opinión frente al dominio monopólico sobre los medios de comunicación de masas. Solamente desde esta perspectiva se puede comprender la importancia y la dureza de la campaña del terror, que hoy día forma el núcleo de la ideología dominante en América Latina.

Esta campaña del terror tiene una tarea determinada, que está por encima de todas las mitologías burguesas: forma el ambiente general en el cual estas mitologías específicas pueden únicamente prosperar. Este ambiente general de la campaña del terror protege el sistema entero, pero, muy en especial permite el dominio monopólico de la clase dominante sobre los medios de comunicación. De este modo, les es posible conducir las reacciones de miedo frente a la violencia institucionalizada hacia una conducta de integración en el sistema existente. Esta es la función que cumple la ideología de la libertad burguesa institucionalizada en este dominio, sobre los medios de comunicación.

Tiene interés especial analizar la manera cómo se cumple esta tarea. La campaña del terror usa la imagen de la propia violencia institucionalizada, pero la proyecta hacia otra sociedad, ajena al ambiente

en que actúa. Encarna así la imagen de la violencia presente en el propio país, pero desenfrena el miedo y el odio auténticos en contra de esta violencia institucionalizada hacia un objetivo externo, con el propósito de desviar la atención de la propia realidad violenta del sistema y de lograr su aceptación. Esta ideología burguesa presenta la imagen de tanques soviéticos en Praga, aunque esta imagen no es nada más que una inversión de los tanques americanos en Santo Domingo. Pero esta proyección invierte el miedo real frente a los tanques americanos y el odio en contra de un sistema opresor hacia un afuera imaginario. Así se crea un vacío psicológico, en el que ahora prospera un humanismo perverso, que sirve para presentar la realidad violenta como la presencia de la libertad. En el contexto de esta campaña no cuenta si realmente ha habido tanques soviéticos en Praga o por qué razones los hubo. Como son una simple inversión imaginaria de otros tanques que amenazan a América Latina, el análisis de la situación checa concreta podría solamente dañar el efecto de la campaña del terror. Además, la burguesía no se interesa por la situación del pueblo checo, de igual manera como no se interesa por la situación de Vietnam, Indonesia o del pueblo brasileño. Lo que interesa a la campaña del terror es encontrar algún hecho aislado en un sistema social extraño al propio sistema, que puede servir para desviar el miedo y el odio frente a la propia sociedad a fin de canalizarlo en favor de la estabilización de la sociedad, que ha originado este miedo. La campaña del terror utiliza así un mundo desconocido, que no tiene nada que ver con lo que aparentemente describe, y que viene a ser la representación invertida del propio mundo, en el cual la campaña del terror se origina.

Eso no significa que los hechos usados por la campaña del terror para sus proyecciones de inversión emocional, no tengan importancia. Estos mismos hechos provocan y atestiguan un desarrollo continuo de la conciencia y de los proyectos socialistas y tienen que ser considerados cuando se trata de estudiar su secuencia. También los proyectos socialistas pasan por distintas etapas de desarrollo. Pero la discusión de estas etapas presupone un análisis del principio socialista de la racionalidad económica, que vamos a intentar recién en el capítulo siguiente.

Dado este análisis del ámbito general, dentro del cual la mitología burguesa se presenta y en el cual da una importancia preferente al dominio monopólico sobre los medios de comunicación, podemos proceder al estudio más específico de algunas mitologías claves para comprender la orientación actual de la clase dominante en América Latina.

La teoría de la marginalidad

Vamos a interesarnos al comienzo por el concepto de la marginalidad. Este concepto ha jugado un papel principal en la década del se-

sesta para interpretar la situación de las masas sobrantes del proceso productivo y las relaciones tradicionales de producción en el campo. En él se basó toda una política de participación popular, tanto de gobiernos entreguistas, que usaron el poder político para fortalecer las alianzas de clase formadas, como para gobiernos que se enfrentaron con la alianza de clases entre capital industrial y clases tradicionales. A la vez, todavía hoy tiende a influir en las discusiones relacionadas con el enfrentamiento del poder político y de las alianzas de clases existentes en el presente.

Esta teoría nace en el mismo momento en que aparece claramente el estancamiento dinámico de la industrialización de los países subdesarrollados de América Latina. Con anterioridad a este acontecimiento los fenómenos que ahora empezaron a ser comprendidos en el concepto de la marginalidad se interpretaron como fenómenos transitorios de la sociedad capitalista en desarrollo, lo que había permitido la legitimación de la sociedad capitalista por su aparente fuerza de expansión económica. Desapareciendo esta base de legitimación, el fenómeno deja de percibirse como transitorio. Las masas sobrantes aparecen ahora como un polo de la sociedad, opuesto al centro y basado en la fuerza productiva del enclave industrial. La palabra marginalidad llega a describir esta condición propia de los sectores desempleados, subempleados o empleados en medios de producción tradicionales, dentro de relaciones tradicionales de producción. La teoría de la marginalidad —elaborada sobre todo en el Instituto DESAL, en Santiago— reflexiona sobre esta situación del estancamiento de la incorporación de las masas sobrantes en la sociedad global. Constata el carácter radical y global de la marginalidad, pero concibe el problema de la incorporación, evitando cualquier crítica de los orígenes profundos del fenómeno a partir del criterio capitalista de la racionalidad. En este sentido se orienta, según los postulados del modelo neo-capitalista europeo que durante el siglo XX había logrado la incorporación de las periferias internas a los centros urbanos industriales en expansión. Pero a DESAL se le escapa totalmente la especificidad de la marginalidad bajo las condiciones del subdesarrollo. En este sentido, no llega a concebir la marginalidad como producto de una estructura capitalista de clases que conduce a una estructura económica estancada, sino que más bien lo considera como un problema de la organización y presión popular en el interior de la estructura de clase existente.

El concepto de la incorporación llega a tener así un significado muy específico. Los grupos incorporados son los que constituyen el enclave industrial junto con todos los grupos —en especial las clases tradicionales— que han logrado una situación que les permite aprovechar plenamente los frutos de la producción moderna. A partir de la situación de estos que ya están incorporados, se trata —siguiendo la visión de

DESAL— de incorporar a este núcleo el resto marginado. Pero como el núcleo de los incorporados tiene estructuras que impiden el ingreso de los marginados, DESAL concibe dos líneas de actuación en función de su incorporación: una línea que se dirige hacia la reestructuración del núcleo de los incorporados. DESAL concibe en esta línea sobre todo, la necesaria ruptura con las clases tradicionales y la apertura general del núcleo de los incorporados hacia la redistribución de su poder. La otra línea de acción que DESAL concibe consistiría en la organización de los marginados y en el ejercicio de un poder de presión por parte de ellos sobre el núcleo de los incorporados. Del encuentro de las dos líneas de acción tiene que resultar la incorporación de los marginados o su participación. En cuanto a esta participación, distingue nuevamente dos líneas: una participación pasiva que se refiere a todo lo que el marginado recibe de la sociedad incorporada. Eso se refiere al trabajo *, prestación de servicios, delegación de agentes de promoción, etc. La segunda se refiere a la participación activa que se manifestaría en la red de decisiones de la sociedad global. Es la presión de los marginados la que tendría que exigir tal participación en ambos sentidos, y, en tal caso, la apertura del núcleo social dependería de la buena voluntad de los ya incorporados a dar tal participación.

Lo problemático de esta concepción está en que se prescinde totalmente del análisis de la estructura de clase en el interior del núcleo de los incorporados y de la influencia que esta situación de clases ejerce sobre la estructura económica entera. Aun prescindiendo de eso, la solución de la marginalidad puede presentarse con el simplismo que esta visión implica. La buena disposición subjetiva del núcleo de los incorporados y la presión en favor de la incorporación aparecen como condiciones suficientes del logro del objetivo. En último término, la solución se convierte en una solución moralista. Lo que aparentemente se presenta como un cambio de estructura no es en realidad más que un cambio de motivaciones. La organización popular y las estructuras que ésta pretende modificar se conciben como presiones para lograr este cambio de motivaciones. El mismo fenómeno se produce cuando DESAL toma posición frente a la alianza de clase entre capital industrial nacional y extranjero. En relación a este fenómeno DESAL habla hasta del herodianismo de la clase alta, en vez de reconocer la integración de la burguesía nacional en un sistema imperialista de dominación. Otra vez el problema aparece como un asunto de motivaciones y de inclinaciones subjetivas. El pensamiento de DESAL sigue esta misma orientación cuando explica todas estas motivaciones e inclinaciones subjetivas como un fenómeno cultural, reduciendo el problema del cambio de estructuras a un problema de mutación cultural. Así, se nos presenta el planteamiento bastante utópico de que el desarrollo social dependería de un cambio de valores efectuados en el plano autónomo cultural. En este punto el

pensamiento de DESAL desemboca con toda lógica en una explicación de las contradicciones de las estructuras sociales como consecuencia de los valores vigentes, apareciendo así el cambio de las estructuras sociales como producto del cambio de estos últimos.

Una teoría que llega a concebir el cambio de las estructuras como resultado de un cambio autónomo de los valores es de por sí inofensiva para la sociedad. Y específicamente es inofensiva para una sociedad subdesarrollada, en la cual la estructura de clase es, en el sentido más directo, la causa de la marginalidad, y para la cual la apelación al cambio de los valores y a la mutación cultural pura se convierten en un nuevo mito detrás del cual el fenómeno puede seguir existiendo con toda tranquilidad.

No negamos con ello el valor del concepto de la marginalidad. Describe la situación del estancamiento dinámico y los impedimentos de la incorporación de las masas sobrantes en el centro moderno de la sociedad subdesarrollada. Pero la explicación de esto es distinta a la que da DESAL. No se trata —como DESAL cree— de atacar a determinadas clases sociales ni al herodianismo de las clases altas en general, sino más bien de atacar una estructura de clase capitalista que origina una estructura económica tal que el fenómeno de la marginalidad surge inevitablemente. Pero, aceptando una explicación de la marginalidad en estos términos, automáticamente habría que cambiar también el concepto del núcleo de los incorporados de la sociedad subdesarrollada.

Es la transformación de la industria en enclave industrial la que da lugar a la existencia de este foco de modernidad cuya estructura de clase interna de por sí impide la incorporación de las masas sobrantes en el proceso de desarrollo. Tomando en cuenta esto, no es suficiente pedir a este núcleo una apertura a la participación definida en los términos de DESAL, sino que hay que exigirle un cambio estructural que lo convierta en centro dinámico y expansivo de las fuerzas productivas de la sociedad entera. DESAL no puede ver este fenómeno porque prescinde deliberadamente del análisis de las exigencias de las estructuras económicas. Pero, en cuanto el análisis pasa a considerar esta estructura económica, se está en condiciones de afirmar que el enclave industrial puede convertirse en punto de partida de la industrialización de la sociedad entera solamente si rompe su estructura de clase interna. Esto significa, por un lado, la ruptura de las alianzas de clase entre clases tradicionales, capital industrial nacional y capital extranjero. Pero simultáneamente significa la reformulación de la estructura de inversiones por un criterio de racionalidad económica no capitalista. Reemplazaría, por lo tanto, como criterio principal, al criterio de la participación motivado por las exigencias de la industrialización y de una expansión progresiva de la técnica moderna. Este último criterio se transformaría en el criterio decisivo para una nueva estructura de clases socialista. De

todo el razonamiento de DESAL entonces quedaría solamente un elemento: esto es, la insistencia para que esta estructura de clases socialista se inserte en una democracia socialista. Pero, para la discusión del problema de la democracia socialista, los conceptos elaborados por DESAL ya no sirven.

Dependencia tecnológica y capital extranjero

La teoría de la marginalidad nos presentó un caso de mistificación burguesa de los efectos antidesarrollistas de la estructura de clase en los países subdesarrollados. Podemos tratar ahora otra mistificación burguesa, que defiende más bien directamente el tipo de industrialización existente en los países subdesarrollados de hoy. Nos referimos a la idea de que la industrialización de los países subdesarrollados depende de una asimilación de las experiencias técnicas y conocimientos tecnológicos de los países desarrollados y de que, por lo tanto, los países subdesarrollados pueden confiar en el capital extranjero como un fundamento básico de su dinámica industrializadora. Se trata de una tesis que sirve a burguesía nacional de los países subdesarrollados para justificar su sometimiento al capital extranjero instalado en tales países y para defender el hecho de que estas empresas extranjeras han copado las ramas industriales más dinámicas de la industria subdesarrollada. Todo este argumento parte de una realidad evidente. Los países subdesarrollados entran en el proceso de la industrialización en un momento histórico en que ésta ya ha alcanzado niveles muy altos en los centros desarrollados. En el momento en que esta industrialización se hace imprescindible y, después del corte tecnológico analizado, el país subdesarrollado sufre una escasez casi total de mano de obra especializada, de técnicos y de equipos modernos. Todos estos factores no pueden ser provocados por una movilización interna a corto plazo. Por lo tanto, la misma necesidad de industrializarse crea una situación de dependencia, en la cual una gran parte de estos factores necesariamente tienen que venir del extranjero. La situación se hace especialmente aguda al terminar el período de la sustitución de las importaciones y lleva a la penetración rápida por el capital extranjero.

A nadie se le va ocurrir discutir el hecho de esta dependencia técnica básica. Pero la ideología burguesa dice más. Afirma que en la situación de dependencia técnica la presencia del capital extranjero en el país subdesarrollado es un fenómeno positivo y constituye un aporte a la industrialización del país. De hecho, habría que distinguir dos elementos que de ninguna manera pueden ser considerados como idénticos: por un lado, la dependencia tecnológica como tal, que determina la necesidad del trasplante de tecnologías, de técnicos y de equipos desde los centros. Por otro lado está la organización de la propiedad extranjera,

que toma a su cargo tal contratación de técnicos e importación de equipos. La ideología burguesa identifica ambos tipos de dependencia y los trata como una sola. Consigue esto afirmando que la dependencia técnica se transforma en dependencia financiera, que encuentra su solución en la importación de capital, cuya consecuencia es la constitución de la propiedad extranjera en el país subdesarrollado¹⁵.

Pero esta ideología burguesa no advierte que la dependencia técnica no tiene por qué transformarse en dependencia financiera. Un análisis superficial de las balanzas de pago demuestra que la propiedad extranjera surge de una movilización de recursos internos del mundo subdesarrollado y solamente en parte ínfima de aportes reales de fondos financieros del exterior. La transformación de la dependencia técnica en presencia de la propiedad extranjera en el país subdesarrollado es un resultado del propio sistema capitalista dentro del cual esta dependencia técnica actúa.

La situación real todavía es peor. Entregando la asimilación de experiencias técnicas y de conocimientos tecnológicos a la propiedad extranjera, ésta tiende más bien a reproducir continuamente la situación de la dependencia técnica. La propiedad extranjera no está interesada ni en la capacitación rápida de cuadros técnicos nacionales para reemplazar los cuadros extranjeros ni, tampoco, en el establecimiento de una investigación tecnológica propia para sustituir la dependencia de conocimientos técnicos originados en los centros. Tampoco tiene interés en un desarrollo rápido de producciones de equipos modernos para reemplazar las importaciones de los equipos de los centros. La dependencia técnica inicial que podría superarse a un plazo mediano se convierte en una dependencia a largo plazo.

La ideología burguesa que admite el aporte positivo de la propiedad extranjera en el país subdesarrollado, esconde, por lo tanto, el hecho de que el sometimiento del capital industrial nacional al capital extranjero tiene su base en la vigencia de relaciones de producción capitalistas que imponen un criterio de racionalidad según el cual a la burguesía nacional le conviene convertirse en el socio menor del capital extranjero. Encubre, asimismo, que la presencia del capital extranjero favorece a esta burguesía industrial y de ningún modo al desarrollo de la economía entera del país. La situación para la burguesía se explica porque, en estas circunstancias, un desarrollo nacional puede resultar exclusivamente de una actuación estatal en lo que respecta a la capaci-

¹⁵ Si bien la ideología burguesa niega esta diferencia, los propios capitalistas están bien conscientes de que existe. Así presentó "El Mercurio" del 11-9-1970 una noticia de (AP) en relación al peligro de la nacionalización de las minas de cobre chilenas: "Fuentes comerciales dicen que el hecho de que los gerentes sean norteamericanos no mejorará la posición de la compañía en sus negociaciones. Un ejecutivo comentó que "resulta bastante fácil contratar a gerentes mercenarios de Europa, la Unión Soviética o aún de la China". "Distinguen entre los gerentes mercenarios que el país subdesarrollado contrata por su propia cuenta sin entregarles la propiedad a las compañías extranjeras, y los otros que se dejan contratar por compañías extranjeras para trabajar en el país subdesarrollado. Los mercenarios son los que actúan en nombre del país en el cual trabajan y los otros —los honestos— son los que se meten por parte del extranjero en un país que no es el suyo. Es la misma distinción que hacen en todas partes. El soldado americano en Vietnam del Sur es el libertador honesto y el campesino vietnamés que lo combate es un mercenario.

tación de técnicos y al fomento de industrias nacionales, que serán las únicas capaces de resistir a las ventajas aparentes de una alianza de clases con el capital extranjero.

Esta evidente necesidad de un nacionalismo económico como condición del desarrollo de países subdesarrollados, nos obliga nuevamente a una crítica de la ilusión de que un nacionalismo de este tipo podría suplir por sí sólo la ausencia de una revolución nacional burguesa, manteniendo la vigencia de relaciones capitalistas de producción y sin ruptura con el sistema capitalista mundial. Pero, hemos llevado ahora la discusión a un punto en el que es necesario discutir el mismo concepto de la acumulación socialista y de presentar una definición de lo que entendemos por el principio socialista de la nacionalidad económica como único principio capaz para conseguir un desarrollo autónomo y acumulativo de países subdesarrollados y, por lo tanto, cuyo destino, es el de reemplazar el propio principio capitalista de la racionalidad económica.

B. La acumulación socialista y las etapas históricas del desarrollo de la sociedad socialista

La mayor desventaja de las teorías sobre el desarrollo y la industrialización parece consistir en su punto de partida. Parten considerando un núcleo de industrialización incipiente ya existente en el país subdesarrollado y conciben el desarrollo como una simple expansión de este núcleo. De esta manera no se discute la estructura económica misma de esta industria incipiente, sino que sobre su base, se deducen las condiciones necesarias para su ampliación. El resultado es siempre el mismo: una dinámica expansiva de la industria incipiente sólo es posible si hay una ayuda económica significativa, estabilización de los términos de intercambio y facilidades para el acceso hacia los mercados de los centros desarrollados. Como hace falta fondos para la industrialización, y como la misma industria incipiente no es capaz de facilitarlos, estos tienen que venir del extranjero. El problema principal es convencer a los países desarrollados que acepten una política de este tipo. Puede haber las más variadas formas sobre el camino de industrialización a seguir. Pero siempre se parte del reconocimiento de esta dependencia total y absoluta.

Es difícil plantear en este ambiente teórico general una teoría de la acumulación socialista. No se puede presentar más que un ensayo. En forma elaborada esta teoría aun no existe. Hay casos de acumulación socialista —la Unión Soviética, China, Cuba—, pero no existe una teoría de estos procesos de acumulación y de industrialización. Hay conceptualizaciones que hablan de algún tipo de acumulación primitiva en el socialismo, entendiéndose esta en analogía con la acumulación primitiva que Marx descubrió en la raíz histórica del sistema capitalista. Pero se trata más bien de una manera de hablar, sin entrar en una discusión sistemática de lo que significan las estructuras socialistas en este proceso de acumulación. Sin embargo, la discusión del problema del subdesarrollo necesita de un análisis más profundo de las estructuras socialistas en el proceso de la acumulación socialista. Por eso nos parece necesario lanzarnos en dicha tarea, aunque puede ser que el resultado sea muy provisorio.

El fenómeno que llama nuestra atención y que hay que explicar es el siguiente: mientras que en los países subdesarrollados de estructuras capitalistas se produce el estrangulamiento de la industrialización y la consiguiente transformación de la industria naciente en enclave industrial, en los países socialistas, en cambio —que también parten de una situación de subdesarrollo— no se producen fenómenos parecidos. Si bien estos países sufren la misma situación en cuanto al corte que ha tenido lugar entre medios de producción tradicionales y medios modernos, el proceso de industrialización no muestra en ellos tendencia alguna

a estancarse. Además, esta industrialización socialista se lleva a cabo con una dependencia mínima de financiamientos y consiguientes importaciones de equipos desde el exterior. Eso vale, por lo menos, para países socialistas con espacios económicos grandes, como la Unión Soviética, y China, mientras que en el caso de Cuba —un país socialista pequeño— la situación es algo diferente.

Este hecho es evidente, a pesar de que ni en el caso de la Unión Soviética ni de China faltan totalmente los financiamientos externos. En la industrialización soviética éstos son realmente mínimos. Hay algunos créditos de parte de Alemania e Inglaterra a fines de los años veinte, pero son créditos a mediano plazo con intereses astronómicos. Existieron créditos alemanes que tenían intereses de más del 30% anual. Si bien estos créditos tenían su importancia, ésta no se debió a su tamaño absoluto sino a la posibilidad que ofrecían de solucionar cuellos de botella que se produjeron durante las primeras fases de la industrialización. La industrialización china tuvo una ayuda más importante de parte de la Unión Soviética, pero esta ayuda jamás adquirió las proporciones de las importaciones de equipos modernos que hizo por ejemplo, América Latina en el mismo período. Después de un período de aproximadamente 10 años esa ayuda terminó, produciéndose una crisis que logró ser superada en el lapso de medio año y a partir de la cual la industrialización china se lleva a cabo sobre la base de su propio esfuerzo. Pero un estrangulamiento de la industrialización parecido al de América Latina no se produjo jamás.

La teoría de la acumulación socialista tendría que explicar porqué las sociedades socialistas son capaces de realizar esto mientras que las sociedades capitalistas subdesarrolladas fracasan continuamente en sus esfuerzos de industrialización. La mayor movilización popular o el mayor entusiasmo en el trabajo como tal no puede traducirse en una mayor industrialización ni en un mayor crecimiento de equipos industriales modernos. La movilización popular como tal no soluciona impasses de la balanza de pagos ni los consiguientes estrangulamientos. Por ello debemos buscar las razones más bien en las estructuras económicas que implantan y no en las movilizaciones populares que provocan.

Hace falta, por lo tanto, analizar estos nuevos elementos de la estructura socialista para poder comprender lo que significa en términos de la estructura económica la acumulación socialista.

El criterio socialista de la racionalidad económica

Para discutir este tema tenemos que volver sobre el análisis hecho con anterioridad de la estructura de inversiones que impone la vigencia de las relaciones capitalistas de producción y su criterio respectivo de racionalidad. Demostramos allí que un sistema económico que parte de un equilibrio conseguido a través de juegos de mercados

autónomos determina la tasa de las inversiones a través de la tasa de crecimiento de la producción de bienes finales. En una economía tal, no existe la posibilidad de una determinación autónoma de la tasa de las inversiones. Los mercados de bienes finales son el instrumento único para influir sobre la tasa de inversiones.

En la situación del subdesarrollo este tipo de estructura de inversiones lleva el estrangulamiento del sector industrial entero y a su transformación en enclave industrial. Con el condicionamiento externo de la inversión total por la balanza de pagos se determina automáticamente el tamaño máximo del sector industrial y de los bienes finales ofrecidos. Si bien puede haber una industrialización, ésta tiende a estancarse, porque la inversión total tiene que repartirse siempre equilibradamente entre los sectores de producción de bienes finales (B), medios de producción para bienes finales (A), y medios de reproducción de medios de producción (A-1). En estas condiciones, el mismo principio capitalista de la racionalidad tiende a crear estructuras estancadas con dinámica parcial.

El punto de partida del principio socialista de la racionalidad consiste, en cambio, en una determinación autónoma de las inversiones, independiente de la tasa de crecimiento de los bienes finales. Persigue una estructura de decisiones que haga posible tal determinación de las inversiones. La estructura capitalista no permite eso por la simple razón de que fundamenta el equilibrio económico sobre el juego de empresas autónomas en los mercados. El principio socialista de la racionalidad, por lo tanto, no puede entregar la función del equilibrio económico a un juego de mercados ni permitirlo entre empresas socializadas. Pero tampoco puede prescindir de relaciones mercantiles entre las empresas socializadas.

La antigua idea marxista de la abolición de las relaciones mercantiles por la socialización de los medios de producción no resultó factible por el hecho de que la complejidad de la economía moderna es demasiado grande como para permitir el grado de transparencia económica necesario para lograr un objetivo tal. A raíz de este hecho, el principio socialista de la racionalidad tenía que transformarse. Llegó más bien a relegar a un segundo plano las relaciones mercantiles, el criterio de mercados y del rendimiento del capital, imponiéndoles como criterio superior la planificación directa del equilibrio económico. Esta planificación no es una anticipación de algún equilibrio, que el mercado también podría realizar por sus propias tendencias —lo que es la planificación en los países capitalistas desarrollados—, sino la concepción de un tipo de equilibrio que está fuera de las posibles tendencias de los mercados. La aspiración a este equilibrio impone de por sí por lo tanto la relegación de las relaciones mercantiles a un segundo plano.

Mencionamos ya, que en relación a la estructura de inversiones, el criterio socialista de la racionalidad implica la decisión autónoma so-

bre la tasa de inversiones —sin mediación por la demanda de bienes finales. Presupone la tesis de que la tendencia intrínseca de las relaciones mercantiles sean la producción y reproducción de desequilibrios económicos. Solamente sobre la base de esta tesis tiene sentido hablar de un criterio socialista de racionalidad económica cualitativamente distinto del criterio capitalista correspondiente. Una estructura de decisiones económicas, guiada por un criterio socialista de racionalidad, persigue el equilibrio económico en contra de las tendencias contrarias de las relaciones mercantiles.

No nos proponemos aquí discutir los alcances del criterio socialista de racionalidad en todas sus dimensiones. En el contexto de este trabajo, nos interesa su alcance en relación al equilibrio en el espacio económico. Esta es la problemática del desarrollo desigual en el espacio. Expusimos ya el concepto del equilibrio en el espacio —un concepto de homogeneidad del nivel tecnológico y, por lo tanto, de la productividad del trabajo con pleno empleo— y expusimos después las tendencias de las relaciones capitalistas mercantiles hacia la producción de sus desequilibrios respectivos, lo que lleva al desequilibrio polarizado y estancado entre desarrollo y subdesarrollo. Toda la relación desarrollo/subdesarrollo se presentó de esta manera como un fenómeno derivado de las relaciones capitalistas de producción y de clases en el plano del sistema capitalista mundial.

En esta situación, el principio socialista de la racionalidad consiste en confrontar el concepto del equilibrio en el espacio con el ordenamiento del espacio económico que ha resultado de la aplicación del criterio capitalista de la racionalidad. De esta confrontación resulta la política de la acumulación socialista. Esta política viene a ser la aplicación del criterio socialista de racionalidad al problema del desarrollo desequilibrado del espacio económico. En una política de la reversión del desequilibrio en el espacio económico producido por el sistema capitalista mundial y sus relaciones de producción dominantes. Surge, por lo tanto, como un producto de tales desequilibrios y como alternativa principal ante la continuación del desarrollo desequilibrado del sistema capitalista.

El principio central de esta acumulación socialista consiste en la concentración de las inversiones de equipos modernos en la reproducción de medios de producción, necesidad determinada por el corte tecnológico ocurrido entre medios tradicionales y modernos de producción. Dado este corte, las relaciones capitalistas de producción crean el estancamiento dinámico. La manera de superarlo, llega a consistir ahora en la concentración de las inversiones en la reproducción de equipos modernos y en una limitación del uso de equipos modernos para fines no reproductivos. Necesita, por lo tanto, estructuras de decisión para la determinación autónoma del circuito reproductivo de las inversiones, y un principio de selección económica que superpone al criterio del rendi-

miento del capital un criterio de la limitación del uso de equipos modernos para fines no reproductivos. Solamente en un ambiente tal se puede promover la acumulación socialista y la consiguiente reversión del subdesarrollo.

Haciendo eso, se puede multiplicar la capacidad expansiva de las inversiones industriales. En el caso límite existe la posibilidad de aumentar el coeficiente de la reproducción del capital hacia un valor de uno, es decir, hacia una concentración de toda la inversión en equipos modernos para reproducir medios de producción (sección A-1). En este caso se puede incluso renunciar a la reposición de los equipos de producción industrial en la secciones A y B, elaborando bienes finales únicamente con medios de producción tradicionales.

Una vez asegurada una estructura de acumulación socialista, no hay otro límite para el tamaño del crecimiento del capital sino la capacidad técnica de crear o importar medios de reproducción de medios de producción en la sección A-1. Esta sección, se desarrolla ahora como un circuito cerrado, en el que unos medios de producción elaboran continuamente nuevos medios de producción en una escala siempre más grande. Si el espacio económico organizado en función de la acumulación socialista es suficientemente grande, la importación puede limitarse a cubrir cuellos de botella y el circuito entero puede dirigirse hacia una autarquía siempre más grande, para disminuir el coeficiente de importación de equipos. No es probable un estrangulamiento externo de la fuerza industrial expansiva, porque este circuito cerrado puede siempre recurrir a técnicas más primitivas en el caso de no tener acceso a las técnicas más modernas. En el caso límite —que teóricamente se puede construir— de una falta completa de equipos modernos para desencadenar tal proceso y de una imposibilidad total de importar el equipamiento moderno inicial, hasta se podría recurrir a todos los pasos de la industrialización del siglo XIX, partiendo de técnicas tradicionales para llegar paulatinamente a las técnicas más modernas. Ni teóricamente se puede formular el caso de un estrangulamiento externo de la acumulación socialista, siempre y cuando se argumenta sobre la base de un espacio económico suficientemente grande para permitir la autarquía económica con aprovechamiento de la técnica moderna.

Obviamente, la situación es más difícil en el caso de que la acumulación socialista se intente en espacios económicos pequeños. Esta distinción entre espacios grandes y pequeños seguramente es un tanto arbitraria. Se refiere por un lado a la casualidad de las fronteras políticas. La acumulación socialista para llevarse a cabo necesita de una autoridad política central. El espacio económico en relación al cual surge un sistema de acumulación socialista, está, por lo tanto, determinado por el espacio referente al cual existe tal autoridad central. Pero, por otro lado, la distinción entre espacios grandes y espacios pequeños es netamente económica y técnica y resulta de las condiciones de una división

del trabajo en el espacio. Si bien es difícil cuantificar la distinción, se puede demostrar que tiene un significado evidente, definiendo el espacio económico grande como un espacio en el cual resulta económicamente sensato una política de autarquía, y el espacio económico pequeño como uno en que solamente se puede lograr una posición de desarrollo por la integración de un sistema de división de trabajo, cuya extensión sea mayor que el espacio limitado por las fronteras políticas del país referido. Si, por ejemplo, se puede considerar la Unión Soviética o China como espacios económicos grandes, a la vez parece claro que países como Cuba, la RDA, Polonia, etc. hayan de ser considerados como espacios económicos pequeños.

La acumulación socialista en el espacio económico pequeño no puede proporcionar el mismo grado de autonomía y soberanía nacional como en el caso del espacio económico grande. El país pequeño tiene que integrarse obligadamente en uno o en varios espacios económicos grandes. Eso le impone condicionamientos externos que son inevitables. La política de la acumulación socialista no puede ser la misma que en el caso del espacio grande. No puede concentrarse simplemente en la reproducción de medios de producción —eso solamente es posible en el espacio económico grande— sino que junto con la reproducción de estos medios debe concentrarse en las importaciones y exportaciones. Sigue en pie el principio de la limitación del uso de productos industrialmente producidos para fines del consumo, pero ya no puede existir una concentración preponderante sobre la sección A-1. Simultáneamente el sector A-1 surge necesariamente otro circuito, que es igualmente cerrado y que puede ser descrito como un circuito en el cual las importaciones se hacen preferentemente en función de un aumento de las exportaciones.

Es obvio que un circuito de concentración de las importaciones en función de mayores exportaciones, que a su vez resultan en mayores importaciones, que otra vez se concentran hacia el logro de mayores exportaciones, es posible y describe una determinada forma de la acumulación socialista. Pero ya la descripción de un circuito de este tipo hace evidente la existencia bajo estas condiciones de un espacio económico pequeño de una determinación exterior, sobre la cual el país socialista no puede influir directamente.

Estas determinaciones externas dan origen a un tipo de dependencia, que es propia del espacio económico pequeño en cualquier circunstancia. Esta dependencia sin duda puede frenar el desarrollo y las perspectivas de la acumulación socialista en el país pequeño, a pesar de que de ninguna manera produce un tipo de estrangulamiento con la consiguiente transformación de la industria en enclave industrial, como ocurre en el país capitalista subdesarrollado.

La reacción más normal del país pequeño es su tendencia de integrarse a través de la acumulación socialista en varios espacios económicos grandes a la vez. Pero eso no es siempre posible y el grado de tal

posibilidad determina en último término el grado de dependencia, que el país pequeño tiene que aceptar.

Puede haber diversos tipos de determinación externa, que limitan tal posibilidad de independencia. Por supuesto, existen impedimentos de tipo político. Una determinada región puede rechazar la integración de un país en su división del trabajo por razones políticas inmediatas. Tal caso ocurrió por ejemplo, con el bloqueo de Cuba, cuando EE. UU. y los países latinoamericanos hermanos rechazaron la participación de Cuba en el sistema de división del trabajo constituido por el mundo capitalista.

Pero hay igualmente determinaciones externas por razones técnicas y económicas. Si la acumulación socialista tiene que basarse preponderantemente en un circuito exportaciones/importaciones, la situación técnica y económica de los otros países condiciona directamente la posibilidad de este circuito. Para poder superar su subdesarrollo, el país pequeño tiene que integrarse económicamente mediante la producción de bienes industrializados. En el caso más probable, se tratará de una industrialización de materias primas que anteriormente se exportaron directamente. Pero esta elaboración industrial tiene que respetar las condiciones generales que rigen en el mercado al cual se destina esta producción. Eso se refiere en especial a la exigencia de calidad de producción. Los diferentes espacios económicos grandes tienen diferentes exigencias de calidad de producción, que dependen del grado de desarrollo que han alcanzado. Es muy distinto en cada caso, vender un producto en el mercado de EE. UU., Europa, Unión Soviética, China, etc. Las exigencias de calidad, refinamiento y presentación serán siempre diferentes.

En estas condiciones, una acumulación socialista tiene que ajustarse a tales situaciones. Pero choca con un problema que no existe en las condiciones del espacio económico grande. Es decir, con el problema de la independencia cualitativa de la producción. La acumulación socialista concentra la producción industrial sobre determinados bienes, dejando sobrevivir en otros lugares de la economía producciones del tipo tradicional o sumamente primitivo. Dada esta situación, se hace sumamente difícil alcanzar un nivel de calidad comparable al que pueden lograr países de un nivel técnico e industrial más bien homogéneo. Sin duda, esta interdependencia afecta los diversos bienes manufacturados en un grado diferente, pero de todas maneras constituye un obstáculo adicional, que no conoce la acumulación socialista en espacios económicos grandes.

Todas estas reflexiones sobre la acumulación socialista en espacios económicos grandes y pequeños nos remite a la discusión de lo que ocurre con el esquema triangular de la estructura económica, dentro del cual los países en referencia se subdesarrollaron y que todavía sigue vigente en el momento en el que empieza la acumulación socialista. En cuanto

a esta estructura triangular y su sobrevivencia en el período socialista, se puede notar una clara diferencia entre la acumulación socialista en espacios económicos grandes y pequeños.

Siempre y cuando se trata de espacios económicos grandes, la acumulación socialista tiende a mantener su relación con el exterior en los términos materia prima/equipos modernos. La política de la acumulación socialista en este caso sirve para lograr un desarrollo industrial expansivo, pero autosuficiente. El hecho de que la importación esté limitada por la exportación de materia prima pierde importancia en este caso, porque sirve únicamente para superar cuellos de botella de la industrialización interna. La acumulación socialista no tiene la vocación de integrarse en un sistema de división de trabajo más grande que el espacio circunscrito por las fronteras políticas del país o países directamente integrados. La acumulación socialista puede evitar, de esta manera, obstáculos que analizamos anteriormente con referencia a países pequeños. No está sometida a determinaciones externas en cuanto a la calidad o presentación de sus productos, y la interdependencia de la calidad no puede interferir en su desarrollo normal. Logra, de esta manera un máximo de soberanía.

En el espacio económico pequeño, en cambio, la acumulación socialista tiene que enfrentarse con la necesidad de sustituir rápidamente el intercambio materia prima/equipos manufacturados por un intercambio de bienes manufacturados. No tiene otra salida para su problema de desarrollo. No importa, en este caso, si los bienes manufacturados para la exportación son bienes elaborados a partir de materias primas hasta ahora exportadas o no. Lo importante es que se sustituya la exportación de materia prima por exportaciones de bienes elaborados en un grado tal, que sea posible el pleno empleo de la fuerza de trabajo con medios de producción modernos. Por lo tanto, el circuito de acumulación entre exportaciones e importaciones tiene que ser en este caso la base de la acumulación socialista.

Toda esta política de la acumulación socialista se traduce en un criterio de decisiones económicas esencialmente distinto del criterio capitalista. El criterio capitalista se basa sobre la tasa de ganancia. Una decisión económica es legítima, si maximiza o por lo menos alcanza un determinado nivel de ganancias. La acumulación socialista no puede basarse predominantemente en un criterio de este tipo. Lo reemplaza más bien por un criterio que muy difícilmente puede ser cuantificado y que no es posible formular sólo como un criterio sintético cuantitativo, análogo a la tasa de ganancia en el sistema capitalista. Es un criterio de minimización del uso de equipo moderno o —formulado al revés— de maximización del rendimiento de un determinado equipo moderno por el uso adicional de equipos tradicionales. La tasa de ganancia es secundaria en relación a este criterio principal, aun cuando también se la usa.

De un criterio como éste se desprende que una determinada alternativa de inversión no es económicamente racional si promete una ganancia monetaria adicional. Al contrario, económicamente puede ser mucho más racional una alternativa que promete costos más altos que la primera y ganancias más bajas, siempre y cuando signifique un ahorro de equipo moderno, que permite en otros planos un aporte más grande al desarrollo de las fuerzas productivas. Lo que cuenta en esta situación es que ni siquiera teóricamente se puede concebir un sistema de precios dentro del cual la tasa de ganancias pueda expresar ventajas de este tipo. En el caso de un circuito de exportaciones/importaciones por ejemplo, eso significaría usar las posibles importaciones más bien en un sentido en que aportan más al aumento de futuras exportaciones que en un sentido de maximización de la ganancia. En casos de este tipo, el hecho del desnivel tecnológico determina que no haya sistemas de precios dentro de los cuales puedan expresarse las ventajas para un desarrollo general de las fuerzas productivas por la tasa de ganancia.

Las etapas de la acumulación socialista

Para poder discutir las etapas de la acumulación socialista, hace falta recordar que todas las sociedades socialistas de hoy surgieron de revoluciones sociales que tenían sus orígenes en el problema del desarrollo desigual del sistema capitalista mundial. Eso vale también para el caso de algunas sociedades capitalistas desarrolladas que entraron en la órbita de las sociedades socialistas modernas, por ejemplo, Checoslovaquia y Alemania oriental.

En ningún caso las revoluciones socialistas surgieron directamente a partir de la contradicción de clases, sino de la ruptura de la estructura capitalista de clases después de haberse provocado el subdesarrollo o, más bien, la polarización del desarrollo entre países subdesarrollados y países desarrollados. La estructura capitalista de clases sigue siendo la que da origen, en última instancia, a estas revoluciones socialistas, pero se trata de un fenómeno indirecto. La estructura capitalista de clases crea un sistema capitalista mundial de desarrollo desigual, y la rebelión en contra de esta desigualdad se transforma en una rebelión en contra de tal estructura de clases, que sigue produciendo el subdesarrollo.

En este sentido, podemos considerar las sociedades socialistas como sociedades de reversión del proceso de subdesarrollo. Eso no significa que la sociedad socialista de hoy no sea nada más que eso, sino que expresa la afirmación de que estas sociedades tienen su especificidad histórica en el cumplimiento de esta función. Dicho cumplimiento es la condición de su sobrevivencia y, por lo tanto, todas las otras metas posibles de la sociedad socialista de hoy tienen que ser tratadas como se-

cundarias. Eso vale para determinar la acción, tanto como para una interpretación teórica de la política socialista actual.

Por lo tanto, es legítimo mirar la sociedad socialista de hoy a partir de su manera de solucionar el problema de la reversión del proceso del subdesarrollo, e investigar solamente a partir de él su concepción del sentido más bien finalista de una sociedad posterior a este problema o de una sociedad de liberación. Tenemos, por lo tanto, los conceptos de la sociedad socialista como una sociedad de desarrollo o como una sociedad de liberación. Ambos conceptos no son idénticos, pero el análisis posterior va a insistir en que están íntimamente relacionados.

Si consideramos primero la sociedad socialista como una sociedad de reversión del subdesarrollo y, en este sentido, como una sociedad de desarrollo, podemos partir otra vez del análisis de su estructura económica. Posteriormente podemos entrar, entonces, en la discusión de la relación de esta estructura económica con la estructura de clases y con el principio de la racionalidad socialista.

Ahora bien, cuando hablamos de las etapas de la acumulación socialista, podemos hacerlo en dos sentidos distintos. Por un lado, podemos hablar de etapas transitorias de la acumulación socialista, refiriéndonos al proceso de acumulación socialista específico. Así, podemos analizar las etapas transitorias del socialismo soviético específico —la etapa de los años 20, la de Stalin, la Jruschov, etc.— o a las etapas del socialismo chino, o del socialismo cubano. Refiriéndonos en este sentido a las etapas transitorias, estamos hablando, por lo tanto, de las secuencias históricas dentro de un determinado proyecto de sociedad socialista.

Pero podemos dar otro significado al concepto de las etapas de la acumulación socialista. En este otro sentido hablamos de etapas históricas de los proyectos socialistas, refiriéndonos a las diferencias entre los tipos de sociedad socialista. Podemos entonces descubrir que los proyectos socialistas mismos tienen una historia. Al proyecto soviético siguen el proyecto chino, el proyecto cubano, e igualmente yugoslavo. Si las etapas transitorias nos describen etapas en el interior de un determinado proyecto socialista, que se está desarrollando en el tiempo, las etapas históricas se refieren al surgimiento de nuevos proyectos socialistas distintos a los proyectos anteriores. Estos dos tipos de etapas están entrelazados. Por ejemplo, la etapa transitoria en que se encontraba el socialismo soviético en los años 50, tiene mucho que ver con los rasgos distintivos de los proyectos socialistas de China, de Cuba o de Yugoslavia. Esta etapa transitoria del socialismo soviético revela limitaciones del proyecto socialista soviético, que tratan de superar los nuevos proyectos socialistas que surgen con posterioridad. Además, es claro que estos nuevos socialismos tienen muchos más facilidades para superar tales limitaciones, porque no se enfrentan todavía con una estructura socialista totalmente establecida. El desarrollo entero de los proyectos socialistas debe ser entendido, entonces, mediante el análisis de

las etapas transitorias en que se encuentra un determinado proyecto socialista, de las limitaciones del proyecto original que revelan, y de las nuevas superaciones que presentan otros proyectos socialistas posteriores, lo que da origen a una nueva etapa histórica de los proyectos socialistas mismos.

Refiriéndonos primero al desarrollo de la estructura económica, tenemos que partir de un breve análisis del proyecto socialista soviético y sus interferencias con la estructura económica soviética. Este es el primer caso histórico de una acumulación socialista realizada y además es el único caso de una sociedad socialista enfrentada con el problema del tránsito de una acumulación socialista hacia una sociedad socialista desarrollada. Los proyectos socialistas posteriores —en especial el chino y el cubano—, se encuentran en la etapa de la acumulación socialista en marcha, sin enfrentarse todavía al problema del tránsito al equilibrio de la sociedad socialista desarrollada.

El proyecto soviético

El proyecto socialista soviético, por lo tanto, es el más completo que puede considerar el análisis. Pero es a la vez el proyecto más limitado, en cierto sentido. Es el único proyecto socialista que no podía usar experiencias socialistas anteriores para reflexionar mejor la problemática de la construcción del socialismo. El socialismo soviético no podía aprender de nadie y tuvo que realizar sus distintas etapas transitorias siempre experimentalmente como primera sociedad socialista. Esto constituyó una desventaja, que este socialismo está sufriendo hasta ahora. Este socialismo soviético pasó por su etapa de acumulación socialista cuando no existían otros socialismos. Los otros socialismos surgieron y entraron en su etapa de la acumulación socialista cuando el soviético ya había pasado por la etapa del tránsito hacia la sociedad socialista desarrollada. Los nuevos socialismos, por lo tanto, buscan una acumulación socialista soviética, distanciándose, a la vez, de las tendencias del socialismo soviético, originadas por el hecho de que éste ya entró en la etapa de superación de la propia acumulación socialista. En las dos líneas hay elementos suficientes para explicar las diferencias entre el proyecto socialista soviético y los nuevos proyectos socialistas, y a la vez está contenida la explicación de las diferencias de los nuevos socialismos entre sí. Y, en el plano político, estas diferencias a la vez indican los conflictos.

El socialismo soviético entra en su etapa de acumulación socialista propiamente tal a fines de la década del 20 con el inicio del primer plan quinquenal. Esta etapa termina en la década del 50 en el período de Jruschov, que señala el tránsito hacia la construcción del socialismo en el marco de una sociedad socialista desarrollada. El lema político que

interpreta la etapa de la acumulación socialista es el principio que la preferencia a producción de medios para la producción de bienes de consumo, esto es, a la sección A en relación a la sección B de la producción. Stalin expresa este lema junto con el concepto de la utilización consciente de la ley del valor en el período del primer plan quinquenal, y Jruschov lo deroga, manteniendo en pie el principio de la utilización consciente de la ley del valor. Mientras en el tiempo de Stalin se identifica el principio de la utilización consciente de esta ley con el principio de la preferencia de producción de medios de producción, a partir de Jruschov se vincula la utilización consciente de la ley del valor con el desarrollo equilibrado de medios de producción y de bienes finales, o de la sección A y de la sección B.

Desde el primer momento, el concepto de la acumulación socialista es plenamente empírico. En la Unión Soviética no había ninguna teoría de tal tipo de acumulación y de su especificidad en relación a la acumulación capitalista original, de la cual Marx había hablado. Si bien en las corrientes trotskistas había existido una determinada elaboración teórica del problema, el oficialismo soviético lo rechazó y prefirió la oscuridad no teoretizada de una acción empírica y no reflexionada. Se puede seguir los pasos de esta acumulación soviética socialista en las transformaciones de la estructura económica.

La estructura económica soviética anterior al primer plan quinquenal fue análoga a una estructura de inversión del tipo capitalista. Los mercados socialistas se coordinan autónomamente y la planificación económica es más bien de tipo indicativo. El resultado fue la crisis de subdesarrollo de fines de la década del 20, que presenta todos los indicios de un subdesarrollo definitivo con el estrangulamiento de la industrialización y la transformación de la industria en un enclave industrial. La nueva planificación económica surge en función de la solución de esta crisis de subdesarrollo, y el primer plan quinquenal da origen a estructuras de decisión tales que pueden determinar autónomamente la inversión en la reproducción de medios de producción.

Si bien la concentración de estos esfuerzos resulta exitosa, llevando a un rápido aumento de la producción de tales bienes, por el contrario resulta notable el fracaso de la acumulación socialista soviética en relación a las producciones más bien tradicionales. Junto con el aumento de la producción de medios de producción ocurre un derrumbamiento de la producción agraria y de la producción de la pequeña industria o del taller de tipo artesanal. Por lo tanto, la acumulación socialista soviética lleva a un deterioro rápido de los niveles de vida de las masas en algunos rubros, y a un estancamiento de este nivel de vida en los otros. Se deteriora el abastecimiento agrícola, y se estanca totalmente el suministro de viviendas y de bienes industriales manufacturados para el consumo de masas, como sucede, por ejemplo, en la producción de textiles.

Esta situación solamente cambia a fines de la década del 50, cuando la producción total de medios de producción modernos ha alcanzado un nivel suficiente para poder alimentar el desarrollo en términos de la técnica moderna de todos los rubros de la producción de bienes finales. La tecnificación de la agricultura, la construcción de viviendas modernas, la producción de bienes manufacturados para un nivel de vida más elevado, etc., permite ahora un aumento rápido de los niveles de vida de las masas soviéticas. Con eso surgen problemas muy específicos, que no se conocían en el período de la acumulación socialista. Durante aquel período la estratificación social es muy nivelada, y los grupos de ingresos altos son extremadamente pequeños. El abastecimiento con bienes finales es mínimo, y las diferencias se producen más bien entre los que tienen un abastecimiento mínimo y los que no lo tienen. En la etapa posterior este tipo de estratificación cambia. El abastecimiento mínimo existe ahora para todos, pero se producen estratos sociales masivos con niveles económicos superiores al abastecimiento mínimo.

Esta nueva estratificación social refleja un cambio en la estructura económica, que sobre el cual se debe reflexionar más. Se trata de un tipo de desigualdad cuya interpretación como la nueva estructura de clase soviética ha producido muchos malentendidos. Sin entrar todavía en la discusión de la estructura de clases en la sociedad socialista, hay que insistir en algunos elementos específicos de la nueva estructura económica soviética, que explican esta estratificación sin necesidad de recurrir a una teoría de clases.

Lo primero que hay que anotar es que el tránsito de la acumulación socialista a la sociedad socialista desarrollada implica una cierta tendencia a una redistribución regresiva de los ingresos. Mientras la acumulación socialista basa su dinámica económica sobre una preferencia de la producción industrial de medios de producción, en la época del tránsito precisamente se adelanta la producción de bienes finales industriales. Eso implica un cambio del tipo de bienes de consumo disponibles. En la etapa de la acumulación socialista se trata de bienes, que también pueden ser elaborados con medios de producción no industriales —o tradicionales—. Estos bienes finales responden a características correspondientes a un alto grado de igualdad de los ingresos. Una estructura económica que brinda más bien productos agrarios, vestido, viviendas construidas con técnicas sencillas, puede ser conducida fácilmente a una distribución altamente igualitaria. Eso cambia profundamente en el momento en que los productos finales son sobre todo bienes producidos industrialmente. Este tipo de bienes está sujeto a cambios continuos a consecuencia de las técnicas nuevas que siempre modifican el proceso productivo. Un tipo de bien final está continuamente reemplazando a otro tipo anterior.

En una situación tal, los nuevos productos —los más adelantados— necesariamente presentan en cada momento sólo una pequeña

fracción del stock general de bienes finales en uso. Si bien cada nuevo producto tiene la perspectiva de convertirse en el curso del tiempo en producto de consumo masivo nunca empieza a introducirse como tal. Se introduce como un producto nuevo, de alcance para pocos, y se convierte posteriormente en producto de alcance general. Pero una vez llegado este momento, ya hay otros productos nuevos, que solamente pocos pueden alcanzar, y que otra vez necesitan tiempo para poder convertirse en productos de uso general.

Esta situación es típica para el período del tránsito, y el socialismo soviético la está viviendo en este momento. Si bien la producción de bienes finales crece rápidamente, el mismo mecanismo de crecimiento crea una determinada estratificación social, en la cual existen grupos que son los consumidores de los productos finales más adelantados —y por lo tanto de más alto nivel de vida— y grupos consumidores de bienes que ya se convirtieron en productos de consumo general.

En el período del tránsito parece inevitable esta tendencia a la redistribución regresiva, aunque existan medidas políticas para amortiguarla. Para determinar estas medidas, hace falta analizar las causas de estas tendencias más particularmente. Podemos mencionar algunos factores más específicos:

1.— La tendencia regresiva será tanto más fuerte, cuanto más rápida sea la tasa de crecimiento de la producción de bienes finales para el consumo particular. Esta tasa demuestra que hay una rapidez muy grande en la introducción de nuevos bienes de consumo particular. Eso implica una alta tendencia a la concentración del consumo de nuevos bienes en manos de capas sociales superiores y minoritarias.

2.— La tendencia regresiva además será tanto más fuerte, cuanto más largo sea el período de uso de los bienes finales manufacturados. Si bien este período nunca puede ser más largo que la vida útil física de los bienes de consumo a veces podría ser más corto. Si es largo, eso significa que será muy lento el proceso de conversión de bienes manufacturados de alto nivel de vida en bienes de consumo general. Obviamente, este elemento tiene que ver con el factor de la tasa de crecimiento, mencionado en el punto anterior. No puede haber compatibilidad entre cualquier tasa de crecimiento de la producción de bienes finales y cualquier período de uso de los bienes de consumo producidos.

3.— Otro factor, que habría que mencionar, será la duración de la jornada de trabajo. Sin analizarlo aquí más detalladamente, podemos constatar que la tendencia regresiva será tanto más grande cuanto más corta sea la jornada del trabajo.

Todas estas tendencias provienen de la propia estructura económica. Esta misma estructura económica determina, por lo tanto, las medidas políticas posibles para amortiguar las tendencias a la distribución regresiva. Se trata en especial de la disposición para lanzar los bienes nuevos con capacidades de producción iniciales lo más grandes posibles.

Cuanto más grande sea la capacidad inicial, más limitado será el efecto redistributivo regresivo sobre los ingresos.

La política socialista en el período del tránsito tiene que buscar sus soluciones entre estos elementos. Pero existe un fenómeno adicional, que puede servir mejor para situar estos problemas. Se trata de que en el período del tránsito el crecimiento de bienes finales se concentra en los bienes de consumo particular. Solamente por esta razón se puede dar la tendencia a la redistribución regresiva. El consumo social no tiene esta tendencia en el mismo grado. Tomando en cuenta eso, podemos ampliar nuestro análisis del período del tránsito hacia el socialismo desarrollado. En el período de la acumulación socialista predominan productos de consumo particular, que pueden ser distribuidos según un criterio de igualdad. A la vez, en este período toda la política de consumo se dirige más bien hacia sectores de consumo social, como son el sistema educacional, salubridad pública, seguridad social, etc. El igualitarismo de este período se basa, por lo tanto, a la vez sobre el carácter de los bienes de consumo particular como igualmente sobre la tendencia a reforzar el consumo social. En el período del tránsito eso sucede al revés. Los bienes de consumo particular provocan una tendencia a la desigualdad de los ingresos, mientras que el consumo social no se expande relativamente con igual fuerza, como en el período de la acumulación socialista.

Este aumento relativo del consumo particular y las consiguientes tendencias a la distribución regresiva parecen ser problemas típicos de este período del tránsito. Pero este período no tiene por qué prolongarse en el socialismo desarrollado. Una vez efectuado el tránsito, estas tendencias no tienen por qué seguir. El socialismo no se convierte fatalmente en una economía del desperdicio, en el sentido en que lo son en la actualidad los países capitalistas desarrollados. El capitalismo, por su estructura, tiende a centrar toda su dinámica del desarrollo precisamente en los bienes de consumo particular y tiene que seguir presentando los bienes de consumo de más alta tecnología como elementos de distinción de niveles de ingresos, a pesar de que su nivel de productividad del trabajo y, por lo tanto, de consumo general, ya no justifica estos procedimientos. La propia mantención del sistema obliga a una carrera de consumo particular suntuosa, cuya necesidad no descansa intrínsecamente sobre factores económicos, sino más bien sobre las relaciones capitalistas de producción, que no pueden sobrevivir sino dentro de esta carrera de consumo sin fin. La sociedad socialista, en cambio —una vez efectuado el tránsito— puede volver a dirigir sus esfuerzos sobre el consumo social, quitándole su importancia a los desniveles del consumo particular y aumentando las formas sociales de consumo. No es imperioso que lo haga así pero es una posibilidad, que puede aprovechar.

Los proyectos socialistas que surgen con posterioridad al socialismo soviético, ya nacen en un ambiente nuevo. Estos plantean su proyecto sobre la base de las experiencias soviéticas, evaluándolas, para desembocar en proyectos que crean etapas históricamente nuevas en relación al socialismo soviético. En lo que se refiere a la estructura económica, surgen dos líneas nuevas, que tienen consecuencias para toda la concepción de la sociedad socialista implicada en estos nuevos proyectos. Se trata, por un lado, de la relación entre acumulación socialista y producción con medios tradicionales y, por el otro lado, de la acumulación socialista en espacios económicos pequeños con el consiguiente problema de la dependencia entre países socialistas grandes y pequeños. Las dos líneas son distinguibles, a pesar de que en los nuevos proyectos socialistas concretos se mezclan.

La acumulación socialista y la producción con medios tradicionales de producción

La acumulación socialista soviética se basaba sobre el principio de la preferencia de la producción de medios de producción. Si bien al comienzo no se concebía este principio como contradictorio al aumento del consumo de las masas, de hecho la forma de aplicarlo tenía este resultado. La concentración de la producción en los medios de producción llevaba a un estancamiento total del consumo de las masas en lo que se refiere a los usos particulares. La acumulación socialista destruyó la producción tradicional de bienes de consumo y sólo fue capaz de sustituir esta pérdida recién en el período del tránsito a la sociedad socialista desarrollada.

Pero no había ninguna razón intrínseca para hacer eso. La acumulación socialista solamente margina por una necesidad intrínseca la producción de bienes de consumo industriales. No tiene porqué destruir a la vez las producciones tradicionales existentes con anterioridad a la acumulación socialista. Estas pueden ser mantenidas intactas sobre la base de la mano de obra sobrante, e incluso pueden ser fomentadas.

Por lo tanto, no hay ninguna incompatibilidad intrínseca entre la acumulación socialista, con su concentración de la producción industrial en la reproducción de medios de producción, y el aumento de los niveles de vida de las masas, basado sobre el fomento de la producción de bienes de consumo con medios tradicionales, no-industriales. Al contrario, un fomento de la producción en términos tradicionales puede ser un elemento de apoyo muy fuerte para una acumulación socialista en marcha.

Si bien intrínsecamente no existe tal incompatibilidad, el sistema soviético había fracasado en establecer tal vinculación. Este sistema ha-

bía conducido a una marginación del consumo en relación a las inversiones, en vez de haber marginado solamente la producción industrial de bienes de consumo, fomentando en su lugar la producción en términos tradicionales.

Es evidente que una falla del sistema soviético de este tipo tenía que llevar a una reconsideración de toda su estructura por parte de nuevos países, que estaban por entrar en su etapa de la acumulación socialista. Este elemento por supuesto tenía todavía mucho más importancia en el caso de países como China, donde el proceso de acumulación socialista debía ser concebido a un plazo mucho más largo que en el caso de la Unión Soviética. En tal situación, una marginación del consumo en favor de las inversiones, siguiendo al ejemplo soviético, habría significado un suicidio político del sistema socialista. Tenía que establecerse, por lo tanto, una alianza de clases entre obreros urbanos y campesinado, sustentada por un fomento intensivo de las producciones con medios tradicionales. Si es cierto que también la Unión Soviética había buscado tal alianza en los años 30, al no lograrla debió reemplazarla finalmente, por la imposición administrativa del Estado sobre el campesinado. La colectivización soviética, por lo tanto, llevó a un sometimiento del campesinado, a una especie de guerra civil, de cuyos efectos pudo surgir recién a fines del período de la acumulación socialista. Es notable que en el caso soviético la producción agrícola hasta la segunda guerra mundial apenas haya logrado recuperar el nivel que ya tenía en el año 1929.

En el caso del socialismo chino no ocurrió nada parecido. Desde el comienzo del sistema socialista chino éste se basó tanto en la producción industrial como en la producción con medios tradicionales. Eso tuvo como resultado una marcha más bien pareja del aumento de la producción industrial y de la producción agrícola. La acumulación socialista se hizo compatible con el aumento del nivel de vida de las masas.

Aparentemente una situación tal no parece ser de acumulación socialista. Así lo interpreta Bettelheim, por ejemplo, quien subraya mucho el hecho de que el socialismo chino nunca aceptó el principio soviético de la preferencia de la producción de medios de producción sobre la producción de medios de consumo. Pero ésta nos parece más bien una visión superficial. El socialismo chino reemplazó el principio soviético por otro, que muy claramente indica la línea de la acumulación socialista realizada en China. Se trata del principio del autoabastecimiento máximo de las regiones, comunas, etc., en lo que se refiere a sus medios de producción respectivos. El mismo Bettelheim también menciona este principio, pero sin darse cuenta de que es una nueva formulación de la acumulación socialista, establecida ahora sobre el concepto de la compatibilidad de un fomento de la multiplicación de medios de reproducción industriales y un fomento de la producción tradicional.

El concepto del autoabastecimiento máximo de las regiones con medios de producción establece por un lado un principio de fomento máximo de la producción con medios tradicionales y, por otro lado, un principio que permite a la industria liberarse de una orientación demasiado inmediatista para satisfacer la demanda de medios para el consumo inmediato. De esta manera se crean dos polos, alrededor de los cuales gira toda la dinámica económica del socialismo chino.

El polo de la producción con medios tradicionales está más bien orientado hacia la producción de bienes de consumo, tanto agrícolas como del tipo artesanal. Emplea insumos industriales en lo necesario para una maximización del rendimiento de los medios de producción tradicional, pero no se orienta por un propósito de industrialización de la producción de bienes de consumo. Sin embargo, no es un polo de relaciones tradicionales o precapitalistas de producción. Obedece a un principio de maximización, que las relaciones precapitalistas de producción no conocen. Pero este principio de maximización no parte de un cálculo del rendimiento del capital, sino de un cálculo del aprovechamiento máximo de medios tradicionales de producción disponibles. Este cálculo comprende tanto el aprovechamiento máximo de los conocimientos técnicos modernos, en lo que es compatible con el uso de estos medios tradicionales, como el uso mínimo de productos industriales en esta maximización de la producción de medios tradicionales. La dificultad evidente de un cálculo económico de este tipo consiste en hacer compatibles una conciencia moderna de producción, la orientación por el cálculo de la maximización del producto, y el uso continuo de medios tradicionales de producción, tendiente a recrear una conciencia más bien productiva tradicional. A partir de esta dificultad se produce necesariamente una tensión, que proporciona una de las razones para explicar la crisis del socialismo chino, que desembocó en la revolución cultural. El cálculo del aprovechamiento máximo de medios tradicionales de producción puede ser mantenido solamente si existe una fuerte concientización de las masas productoras y un trabajo continuo con referencia a la estructura de valores vigente.

El otro polo, el de la producción industrial, se define predominantemente por la reproducción de medios de producción industriales. Es el polo de la acumulación socialista propiamente dicho. El cálculo vigente en este polo está necesariamente dirigido a la minimización de la entrega de equipos modernos y de productos industriales a la producción de medios de consumo y a la maximización de la reproducción de medios industriales de producción. Pero esta maximización no puede estar orientada por un principio de rentabilidad del capital, sino por el principio del uso máximo de medios tradicionales de producción para esta reproducción de medios de producción industriales.

Entre estos dos polos se determina la estructura económica. Exis-

ten dos extremos posibles. Un extremo sería la concentración total de los equipos modernos en función de la acumulación socialista. En este caso no se entregaría ninguna clase de productos industriales para la producción de bienes de consumo. Toda la inversión para bienes de consumo se haría sobre la base de medios tradicionales. El otro extremo sería la entrega máxima de productos industriales para la producción de bienes de consumo, con el resultado de una renuncia a la acumulación socialista propiamente dicha y la determinación de las inversiones industriales por el equilibrio de la estructura de inversión entre las secciones B, A y A-1. Este último caso es posible sin estrangulamiento económico siempre y cuando la producción industrial sea muy pequeña en relación a la producción tradicional, de modo que pueda limitarse simplemente a la producción en las secciones A y A-1, dejando la producción de bienes finales a los sectores con medios tradicionales de producción.

La estructura económica real se produce entre estos dos extremos. Pero existiendo estos dos polos, el proceso de la acumulación socialista puede ser concebido a un plazo muy largo. Pueden alternarse en él tendencias a reforzar la acumulación socialista o a aflojarla según las situaciones políticas contingentes. Así, en el caso chino, el gran salto se vinculó con un fuerte intento de reforzar la acumulación socialista, una política a la que sucedió posteriormente una vuelta hacia la producción de medios de consumo.

La acumulación socialista en espacios económicos pequeños

La reformulación de la experiencia soviética en función de los nuevos proyectos socialistas no se agota en la problemática de las producciones con medios tradicionales. Cuando el socialismo soviético se expandió sobre Europa oriental, salió a la luz otro problema, que tenía que ver con el trasplante más bien mecánico del modelo soviético de acumulación socialista a los espacios económicos pequeños de tales países.

La experiencia ésta partió de la aplicación del principio de la preferencia de la reproducción de medios de producción a la política económica de todos los países de Europa oriental. Siguiendo este principio, cada país trató de desarrollar una reproducción propia de medios de producción de la misma manera como lo había hecho la Unión Soviética durante los años 30. Todos, sin excepción, empezaron a desarrollar su producción metalúrgica y de maquinaria de todos los tipos. Pero lo que había sido racional en el espacio económico grande de la Unión Soviética, resultó totalmente insensato en los espacios pequeños del resto de los países socialistas de Europa. A pesar de haber contado con gran apoyo de la Unión Soviética, todo este modelo hizo crisis durante los años 50.

Esta crisis comprobó que los países pequeños no podían existir económicamente sino mediante una división del trabajo internacional que los integrara en un espacio económico grande. Esta necesidad a la vez demostró que el concepto de la independencia, que había estado detrás del modelo soviético, no era aplicable a países socialistas pequeños. Estos no podían aspirar al mismo grado de independencia y, además, tenían que buscar su independencia por otros tipos de política económica.

En esta situación se presentó en seguida una alternativa, que chocó con la política soviética. Se trata de la alternativa de formar espacios económicos grandes autónomos y distintos de la Unión Soviética. Ya a fines de los años 40 hubo el primer intento, que partió de una política de integración económica entre Bulgaria y Yugoslavia. Este intento estaba destinado a crear, con la inclusión de otros países de Europa oriental, un espacio económico dentro del cual habría sido posible una acumulación socialista autónoma. La negativa soviética a esta política determinó su fracaso y produjo la salida de Yugoslavia del bloque soviético. Yugoslavia resultó ser, de esta manera, el primer país socialista pequeño confrontado con el problema de una integración en la división del trabajo de un espacio económico grande, tratando de defender a la vez su propia independencia.

Para los otros países de Europa oriental la crisis de la aplicación mecánica del modelo soviético se agudizó durante los años 50. Forzosamente había que establecer una integración económica, que vino a institucionalizarse en el COMECON, y que llegó a ser operable recién en la década del 60. Pero esta integración no estableció un nuevo espacio económico grande, distinto del de la Unión Soviética, sino una vinculación con el sistema de división del trabajo vigente en la Unión Soviética se reservó el derecho de operar en todos los rubros de la producción industrial —estipulación que refleja solamente el tipo de independencia que ella habría logrado— mientras los países de Europa oriental debieron especializarse en determinados rubros de esta misma producción. El intercambio comercial que resultó de esta integración fue esencial para los países de Europa oriental y más bien de importancia secundaria para la Unión Soviética.

Este nuevo tipo de dependencia surge precisamente en un momento que la política soviética entra en el período del tránsito de la acumulación socialista desarrollada. Coincide, por lo tanto, con la derogación del principio de la preferencia de la reproducción de medios de producción. Con ello se anuncia a la vez la posibilidad de los países pequeños de interpretar la acumulación socialista sobre la base de un circuito exportaciones/importaciones. También se anuncia una nueva política de independencia por parte de los países socialistas pequeños. Como ya no podían confiar en un tipo de independencia análoga a la

independencia del espacio económico grande, su política en este aspecto ahora se orienta más bien a la integración simultánea en diversos espacios económicos grandes. Su poder de negociación ahora dependerá de la posibilidad de manejarse entre los bloques económicos existentes. Yugoslavia había sido el primer país que pudo seguir esta política, pero ahora todos los países de Europa oriental ven su posibilidad de independencia en una integración simultánea en los distintos bloques, lo que crea tensiones especiales con la Unión Soviética, cuyo desenlace es la crisis checa y la ocupación militar de Praga.

Esta dependencia, y la consiguiente política de independencia que provoca, no son automáticamente lo mismo que el establecimiento de una relación entre polos subdesarrollados. La dependencia del subdesarrollo se constituye a partir del intercambio de materia prima por bienes manufacturados, con el consiguiente estrangulamiento industrial. Al margen de esa situación el país pequeño de todas maneras tiene que integrarse en espacios grandes, sea desarrollado o subdesarrollado, y esta integración determina cierta dependencia.

El intercambio entre el país grande y el país pequeño de todas maneras es más esencial para el país pequeño que para el grande. Eso determina un relación del poder de negociación. El país grande puede renunciar más fácilmente al intercambio que el pequeño. Eso lleva a un tipo de división del trabajo en el que el país grande produce los bienes más esenciales y el país pequeño los bienes más bien adicionales. Esta tendencia por su parte, refuerza la dependencia.

Pero si bien una política tal no significa política del subdesarrollo, la significación de tal política es muy distinta si se dirige a espacios económicos grandes (o, por supuesto, a un conjunto de países pequeños, que conforman un espacio económico grande). La misma política en ambos casos, resulta tener resultados cualitativamente distintos.

Podemos ver el doble aspecto de esta política con dos ejemplos recientes. Por un lado, el caso de Cuba. Cuba empezó después de la revolución con una política industrial, que pretendía lograr la industrialización del país a partir de un desarrollo de producción de medios industriales, basando la acumulación socialista sobre tal desarrollo industrial y asegurando a la vez una producción adecuada de los sectores más bien tradicionales. Esta política hizo crisis en 1963, y dicha crisis fue muy parecida a la que sufrieron los países de Europa oriental en los años 50, y que resultó de una aplicación mecánica del modelo soviético de la independencia económica. En los años que siguieron a esta crisis, la economía cubana se reorientó sobre la base de una integración en un sistema internacional del trabajo que, frente al bloqueo económico existente podía estar solamente representado por la economía soviética. Pero esta integración estaba condicionada a la especialización de la producción en determinados rubros, que eran considerados de in-

terés para el espacio económico soviético. En función de eso, la acumulación socialista ya no podía concebirse a partir de la reproducción de medios de producción, sino que debía formularse ahora sobre un circuito exportaciones/importaciones. La propia industrialización, en estas condiciones, llega a ser la consecuencia de la expansión de este circuito, y no su punto de partida. El punto de partida puede ser muy bien una producción con medios tradicionales, como es el caso del azúcar en Cuba. Lo que importa es solamente que se use las importaciones de una manera tal, que la expansión del circuito exportaciones/importaciones llegare a alimentar la industrialización del país entero.

Pero lo que vale para el país pequeño, no tiene igual validez para el país grande. Eso se ve muy claro si se analiza la proposición soviética para la integración de China en el sistema soviético de la división del trabajo. Podemos citar este plan de 1958-59:

"El pacto propuesto por Jruschov había sido presentado de este modo:

- a) China está o estará rodeada completamente por bases nucleares yanquis;
- b) China necesita fuerzas de represalia en caso de ataque atómico yanqui;
- c) China no está en condiciones de efectuar un rápido desarrollo atómico y de cohetes. Por lo tanto, se propone:

1º— Establecer bases nucleares soviéticas en el territorio chino, para tener a China bajo el paraguas nuclear soviético.

2º— Modernizar la marina de guerra china, con material soviético, y mando conjunto.

3º— En reciprocidad, China da énfasis al desarrollo de su agricultura y de la industria liviana para la agricultura, para tener sobreproducción de cereales para exportar a la Unión Soviética, como también frutas y carne de cerdo.

4º— La Unión Soviética aprovisiona a China de productos ya elaborados de la industria pesada y se hace cargo en forma intensiva de la explotación del petróleo chino" ¹⁶.

Este plan aparece en muchas otras partes y parece ser auténtico. Rojas añade "Todo eso en función de la teoría soviética de la 'división internacional del trabajo', que casi liquidó la economía de Cuba y que, todos sabemos es sólo un imperialismo económico disfrazado de bellas palabras" ¹⁷. Aquí se equivoca Rojas. A Cuba casi la liquidó la ilusión de poder escaparse de esta división internacional de trabajo. Frente a China sin embargo, planes de este tipo resultan planes de imposición del subdesarrollo y, por lo tanto de imperialismo económico. Las situaciones históricas son distintas, lo que Rojas no toma en cuenta.

¹⁶ Rojas, Robinson: La guardia roja conquista China. Santiago, 1968. Pág. 257-258.

¹⁷ Rojas, pág. 258.

Un plan de este tipo indica la línea de la transformación en periferia. Sería viable para espacios económicos pequeños, que, además, muchas veces no tienen otra salida para el desarrollo. Pero en el caso de espacios económicos grandes, la transformación en periferia necesariamente resulta en la creación de periferias desequilibradas y, por lo tanto, en la perpetuación del subdesarrollo. China jamás podría desarrollarse como periferia de la Unión Soviética y, por consiguiente, jamás podría renunciar a la producción de una propia industria pesada como núcleo dinámico de su desarrollo. Haciéndolo, renunciaría automáticamente al desarrollo. Eso explica en gran parte la agudez del conflicto chino-soviético, que surge en la década del 60. China insiste en llevar a cabo su acumulación socialista a partir de la reproducción de medios de producción y, evidentemente, no tiene ninguna otra salida compatible con su necesidad de desarrollo.

Resumen de las etapas de la acumulación socialista

Podemos ahora recapitular las etapas de la acumulación socialista, que habíamos distinguido anteriormente.

1.— Hablamos de las etapas transitorias de la acumulación socialista en la Unión Soviética, distinguiendo la etapa de la acumulación socialista a la sociedad socialista desarrollada, para terminar con una visión de la sociedad socialista desarrollada.

2.— Si bien estas etapas transitorias tienden a reproducirse en los proyectos socialistas posteriores al proyecto soviético, estos proyectos inician la etapa de la acumulación socialista en un momento en que la Unión Soviética entra en la etapa del tránsito. Este hecho explica, en parte, las tensiones que surgen cuando estos países buscan nuevas formas de la acumulación socialista. Por otra parte, surgen tensiones debido a que los países socialistas pequeños tienen que entrar en una relación de dependencia con respecto al sistema soviético de la división internacional del trabajo.

Por lo tanto, se sobreponen etapas históricas a las etapas transitorias mencionadas. Estas etapas históricas determinan:

- a) una nueva forma de la relación entre acumulación socialista y fomento de la producción de bienes de consumo con medios tradicionales de producción;
- b) una nueva forma de desarrollo dependiente a través de la integración de países socialistas en un sistema de la división del trabajo. Frente a esta dependencia, hay alternativas de una política de independencia en dos sentidos:

1.— La búsqueda de una integración simultánea en diversos sistemas de división del trabajo (diversos bloques económicos). Esta es

la alternativa de los países pequeños. Siguiendo esta línea, se pueden transformar tanto en centros industriales especializados o en periferias equilibradas según las condiciones objetivas de su desarrollo. Los dos caminos son posibles para el desarrollo. La acumulación socialista surge en este caso dentro de un circuito exportaciones/importaciones.

2.— Rechazo de la integración en algún otro sistema de división internacional del trabajo y formación de un sistema propio y relativamente autosuficiente de la división del trabajo. Este tipo de independencia es accesible solamente a espacios económicos grandes, que de por sí forman un nuevo bloque económico. En este caso la acumulación socialista se basa en la reproducción de medios de producción en el interior del país socialista.

Estas distintas alternativas surgen históricamente a través de las crisis internas de los diversos proyectos socialistas. Estas crisis se desarrollan en los dos polos de tales sociedades socialistas, en el polo de la acumulación socialista y en el de la producción con medios de producción tradicionales.

Históricamente primero se produce la crisis en el polo de la producción con medios tradicionales. Se trata de la falla de la colectivización soviética, que ocurre en los años 30, sin lograr el fomento de la producción agraria y artesanal en el período de la acumulación socialista. Cuando esta crisis amenazó repetirse en los nuevos proyectos socialistas, éstos efectuaron un cambio de la política en relación a las producciones tradicionales de bienes de consumo. De esta política surgieron nuevos tipos del trabajo colectivo (China, Cuba) o la vuelta al trabajo individual. (La disolución de las granjas colectivas en muchas partes de Europa oriental por ejemplo, Polonia y Yugoslavia).

La crisis en el polo de la acumulación socialista ocurre primero con la aplicación del criterio de la preferencia de la reproducción de medios de producción en espacios económicos pequeños y determina el nuevo concepto de una acumulación socialista basada en un circuito exportación/importación. (Cuba) Vuelve a aparecer una crisis de la acumulación socialista con la aplicación del modelo exportación/importación a espacios económicos grandes (China).

Socialismo y subdesarrollo: el significado de las etapas

El análisis de las etapas de la acumulación socialista parte del hecho de que los socialismos modernos nacieron como resultado de la polarización del sistema capitalista mundial entre sectores desarrollados y sectores subdesarrollados. Habiéndose originado en sociedades subdesarrolladas, el desarrollo de las formas del socialismo se entiende solamente si tales sociedades son comprendidas por su función de reversión

del subdesarrollo. Esta función es la que impregna las estructuras sociales y económicas del socialismo moderno.

Por esta razón, el concepto del subdesarrollo explica mucho en relación al sistema capitalista mundial, y muy poco en relación a las sociedades socialistas. Está presente en las sociedades socialistas como un fenómeno cuya superación especifica el carácter de tales sociedades socialistas. Pero no es una categoría pertinente del sistema socialista como tal. La estructura socialista está construida para dominar las fuerzas productivas y para imponer un equilibrio económico a una estructura económica, que continuamente produce tendencias al desequilibrio. La superación de tales desequilibrios es la razón de ser del sistema socialista.

Eso no significa que estas tendencias al desequilibrio desaparecen con la sociedad socialista. Emanan del sistema mismo de la producción de mercadería y de la sobrevivencia del cálculo monetario en todas las sociedades modernas. En términos marxistas, se puede decir que son producto de la sobrevivencia de la ley del valor. Siempre y cuando existe la ley del valor, o la producción de mercadería y el cálculo monetario, también existe la tendencia implícita de la estructura económica a producir desequilibrios. Y como el subdesarrollo es un desequilibrio en el espacio determinado por las tendencias de la producción de mercadería, también subsisten tendencias al subdesarrollo en las estructuras socialistas.

Pero por otro lado, la estructura socialista está concebida precisamente para confrontarse con tales tendencias al desequilibrio. Eso es lo que la distingue de la estructura capitalista, que solamente puede adaptarse a los desequilibrios que se producen. La estructura socialista contiene, por lo tanto, junto con sus tendencias al desequilibrio, los mecanismos necesarios para imponerse a ellos. Debido a eso, las tendencias al desequilibrio ya no alcanzan a realizarse.

Por eso, si bien se puede hablar de tendencias al desequilibrio en el espacio de la sociedad socialista, difícilmente se puede hablar de una categoría de subdesarrollo propiamente tal. Tales tendencias al desequilibrio marcan más bien las crisis de las sociedades socialistas y las distintas etapas de la acumulación socialista, que siempre en nueva forma responden a las tendencias al desequilibrio. Las etapas de la acumulación socialista son, por lo tanto, etapas de las formas de reversión del subdesarrollo. La tendencia al desequilibrio en el espacio se encuentra siempre con una estructura económica y social capaz de buscar las soluciones adecuadas para contrarrestarla. En este proceso histórico pueden cambiar los socialistas, pero no la propia estructura socialista de la sociedad. La estructura socialista se adapta a las necesidades que imponen estas tendencias al desequilibrio.

Debido a eso, la historia de los proyectos socialistas es una histo-

ria de sus crisis y de sus superaciones. Estas crisis siempre toman nuevas formas, porque los desequilibrios se presentan siempre de otra manera, lo que da lugar a un cambio continuo de los proyectos socialistas.

Todo eso demuestra que no hay proyecto socialista definitivo. No se puede definir el sistema socialista a partir de una determinada realización del socialismo. El socialismo tiene su historia, que también es una historia de conflictos entre sociedades socialistas. Negar eso, significa caer en la ahistoricidad del pensamiento sobre la sociedad, que Marx criticó tanto con respecto al pensamiento liberal: "Había una historia, pero ya no la hay". La sociedad socialista no es tampoco el fin de la historia, sino la reproducción continua de nuevos proyectos socialistas en confrontación con las crisis históricas en que desembocaron los proyectos anteriores.

El momento histórico actual

A partir de un concepto tal, se puede preguntar cuál es la situación histórica del socialismo en el momento actual y qué significa hablar del socialismo latinoamericano y su proyecto propio. Tal pregunta puede ser contestada solamente si se renuncia de antemano a buscar las razones de un camino propio del socialismo latinoamericano en la idiosincrasia de los latinoamericanos. Tal idiosincrasia en sí misma no explica nada. De igual manera, el socialismo soviético no se explica por la idiosincrasia del pueblo ruso, ni el cubano por la idiosincrasia del pueblo cubano. Se trata más bien de situaciones históricas, que antes hicieron posible un socialismo soviético, y que después hicieron imposible su repetición. Igualmente fueron situaciones históricas determinadas las que hicieron posible el socialismo cubano, y las que impidieron después su repetición. La idiosincrasia de los pueblos referidos solamente interviene en especificaciones adicionales de estas situaciones históricas fundamentales, que determinan el marco de factibilidad de un determinado proyecto socialista y que excluyen la factibilidad de otro.

Habría que preguntar, por lo tanto, en qué situación histórica específica surgen hoy los proyectos socialistas y cuál es su marco de factibilidad. La respuesta adecuada debe ser buscada en el contexto del sistema capitalista mundial y en las experiencias socialistas existentes y sus repercusiones sobre la lucha de clases, en nuestro momento histórico. Se trata de hacer una evaluación general de esta situación, de la cual pueden surgir las líneas generales del proyecto socialista posible.

Nuestro análisis no tendría sentido si no tratara de entrar en esta problemática. A nuestro entender, se trata de una redefinición profunda del significado de la estructura socialista, la cual vamos a tratar en los capítulos que siguen. Pero, a manera de introducción, podemos adelantar algunas ideas, que permiten percibir lo nuevo de la situación histórica de América Latina.

Lo notable del análisis de las etapas de la acumulación socialista resulta ser que todos los proyectos socialistas hasta ahora surgen de una manera simplemente empírica. Sus promotores inspirados, que se ponen a la cabeza de tales procesos, intuyen la necesidad de nuevas soluciones y que las imponen a través de estructuras jerárquicas a la sociedad entera. Hasta en el caso chino, en la movilización consciente de las masas dentro de las estructuras socialistas, se mantiene tal jerarquía. Es el gran político el que sigue provocando la movilización, identificándose con su contenido.

Este carácter empírico se hace evidente al considerar que las sociedades socialistas que realizan la acumulación socialista, jamás han tenido una teoría de las estructuras socialistas, que esa más que una fachada ideológica de una acción teóricamente no reflexionada. Hay una acumulación socialista, pero no hay teoría de tal acumulación. Hay clases socialistas, pero no hay teoría de las clases en el socialismo. Hay relaciones mercantiles socialistas, pero no hay teoría específica de tales relaciones. Las relaciones mercantiles se establecen por necesidad empírica, pero no hay reflexión teórica que pueda explicar esta necesidad. De hecho, las verdaderas estructuras socialistas surgen sin comprensión consciente de lo que son.

Eso es más claro en relación al subdesarrollo. Dícilmente se puede comprender la forma de los proyectos socialistas actuales sin considerarlos como proyectos de reversión del subdesarrollo. Pero los países socialistas actuales no tienen ni una teoría del subdesarrollo, ni tampoco teorías de las condiciones de la industrialización en el siglo XX. Las sociedades que realizaron los procesos de industrialización más espectaculares del siglo XX, jamás han teoretizado este hecho. Y si surgen intentos de captación del fenómeno del subdesarrollo, surgen más bien fuera de los países socialistas actuales.

Lo último vale en un sentido muy general. Si hoy en día hay una búsqueda de teorías del socialismo, esta búsqueda teórica ocurre más bien por parte de teóricos marxistas que viven en el mundo capitalista. Dentro de los países socialistas, con determinadas excepciones, la elaboración teórica de conceptualizaciones del socialismo es inexistente.

Toda esta situación demuestra que el socialismo moderno nació en la oscuridad de la historia y que ha llegado a ser comprendido recién después de haber originado sus crisis históricas correspondientes, que hacen inevitable un análisis teórico adecuado.

Todo eso sale a la luz en un momento en que el análisis teórico del subdesarrollo ha sido llevado más bien por pensadores de origen burgués que se movieron dentro del marco de la vigencia del sistema capitalista. Si bien eso constituye su seria limitación, no puede haber duda de que hasta hace algunos años ellos tenían mucho más que decir sobre el problema del subdesarrollo que los teóricos marxistas. Obliga-

dos por estos avances de la teoría burguesa del subdesarrollo, tenían que enfrentarse con más seriedad a este problema específico. Pero esta redefinición está recién comenzando.

Igual que toda praxis empírica teóricamente no reflexionada, también la praxis socialista esconde su verdadera significación detrás de una falsa conciencia de sí. A pesar de que visiblemente los proyectos socialistas modernos son proyectos de la acumulación socialista y de la reversión del subdesarrollo su interpretación, sin embargo, está formulada por conceptos totalmente inadecuados. El módulo de estas ideologías sigue siendo la explotación económica inherente a la estructura de clase capitalista, que se basa en último término en el trabajo asalariado y en la producción en forma mercantil. Todo el pensamiento de Marx había sido concebido en función de esta relación de explotación. Marx, por lo tanto, había vinculado estrechamente la existencia del trabajo asalariado, de la producción mercantil y de la relación de clases correspondiente con la estructura histórica del capitalismo. Su concepto de dominación sobre las fuerzas productivas fue por consiguiente, un concepto de superación de todas estas categorías simultáneamente con la estructura capitalista.

Este análisis de Marx se convirtió precisamente en la conciencia falsa de los proyectos socialistas. La necesidad empírica impuso sin mayor reflexión la conservación de las relaciones mercantiles de producción y del trabajo asalariado. Siempre y cuando los socialismos modernos trataron de abolir el trabajo asalariado, lo convirtieron en trabajo forzoso y no en una nueva relación libre de los hombres entre sí. Dándose cuenta de eso, ni el socialismo chino ni el cubano atacaron en forma terminante el trabajo asalariado. El socialismo cubano, sin embargo, sigue interpretando más destacadamente su proyecto socialista como un proyecto de superación del trabajo asalariado. Renunciando al análisis teórico de las razones de la sobrevivencia de las relaciones mercantiles, el socialismo cubano hace una política cubana basada de hecho en relaciones mercantiles y desarrolla una conciencia falsa de esta política, representándola como una superación de las relaciones mercantiles.

De hecho, el socialismo no es superación de las relaciones mercantiles, y no puede serlo. Es dominación sobre relaciones mercantiles y, en este sentido representa una utilización consciente de la ley del valor. Pero lo es por esencia, y no accidentalmente. Las ideologías socialistas europeas, en cambio, tratan este problema como accidental, impidiendo así un análisis teórico de sus razones.

En esta situación general se anuncia un cambio total de las concepciones. Frente a la necesidad de las relaciones mercantiles, el socialismo no se puede entender más como una abolición del trabajo asalariado. No lo es y no lo será, y no ayuda para nada insistir en que eventualmente podrá serlo en algunos siglos más. Vivimos en este siglo. La

libertad socialista, por lo tanto, no se definirá más por la abolición del trabajo asalariado. Se la puede definir, más bien, por la posibilidad de utilizar conscientemente la ley del valor, o, para hablar en términos más claros, por la posibilidad de superar los desequilibrios producidos continuamente por las leyes mercantiles mediante reformulaciones de la estructura socialista. La libertad socialista, como podemos experimentar-la en los socialismos modernos, consiste en esta posibilidad. En relación al problema del subdesarrollo, ahora se trata de hacer posible la acumulación socialista y de desencadenar un proceso del crecimiento acumulativo de la producción de bienes materiales. En la situación del desarrollo el concepto de la libertad socialista se transforma más bien en un medio de dominación sobre las fuerzas productivas desencadenadas. En tal situación de desarrollo ocurre una conversión de la sociedad entera en apéndice de los criterios cuantitativos del desarrollo económico —la sociedad tecnológica, en términos de Marcuse—, que significa un verdadero terror del logro, ejercido sobre la personalidad de cada uno. En este caso, el criterio socialista de la racionalidad llega a tener más bien la significación de un dominio consciente sobre estas fuerzas.

De todas maneras —trátese de la acumulación socialista o de la sociedad socialista desarrollada—, el criterio socialista de la racionalidad es el vehículo de la libertad socialista. Llega a reemplazar el criterio anterior de la orientación hacia la abolición de las relaciones mercantiles y del trabajo asalariado. A nuestro entender, este hecho corresponde a la nueva situación histórica del momento. El concepto tradicional del socialismo deriva su acción sobre la economía y la capacidad de suprimir el trabajo asalariado pero la falla de tal política obliga a plantear la libertad socialista a partir del criterio socialista de la racionalidad. De este criterio, por lo tanto, tienen que derivarse también las normas de actuación sobre la estructura económica y política.

Las consecuencias son obvias. Una política socialista orientada por el criterio de la abolición del trabajo asalariado tiene que atacar la situación del asalariado como tal. Al no lograr abolir este sistema de hecho, desemboca en la simple estatización del trabajo asalariado. Eso obliga a sostener la argumentación falsa de la desaparición de los efectos enajenantes del trabajo asalariado como consecuencia de la socialización de los medios de producción y lleva a crear una conciencia falsa de lo que realmente ocurre en la sociedad socialista moderna, impidiendo a la vez el análisis teórico necesario de los fundamentos verdaderos de la libertad socialista.

Si, en cambio, se parte del criterio socialista de la racionalidad económica, este simplismo necesariamente tiene que desaparecer. La reformulación de la estructura económica y política llega a ser una función de la aplicación de este criterio. Ya no se puede deducir a priori hasta dónde tiene que llevarse la socialización de los medios de produc-

ción o el aumento del poder estatal. Todo eso llega a ser una función de la racionalidad socialista de la sociedad, que tales medidas de racionalización tiene que asegurar. El criterio mecánico, que parte de la aceptación del trabajo asalariado, en cambio tiene una medida cuantitativa muy simple del grado de la libertad socialista. Esta medida se basa en el número de trabajadores empleado en empresas socializadas. Pero, el criterio que parte de la racionalidad socialista es otro. Tiene su medida únicamente en el grado en el que tal racionalidad se logra. Eso no significa que exija una socialización menor de los medios de producción, sino que significa dar a esta socialización otro sentido.

Ya dijimos que la sociedad socialista moderna nace a partir de la tarea de invertir el subdesarrollo, pero que ideológicamente se formula a partir de la superación tanto del trabajo asalariado como de las relaciones mercantiles. Esta falsa conciencia de su acción explica porqué la acumulación socialista, el instrumento principal de la reversión del subdesarrollo, surge más bien empíricamente y no mediatizada por una reflexión teórica. Eso nos permite determinar las condiciones diferentes del socialismo en el momento histórico de hoy. El socialismo latinoamericano hoy está perfectamente consciente de que su problema principal será la superación del subdesarrollo. Si bien la teoría de la acumulación socialista todavía está poco desarrollada, existe una teoría burguesa del subdesarrollo, que ha permitido el surgimiento de una reflexión teórica sobre el problema. Si bien esta reflexión se ha mantenido estrictamente en los marcos del sistema capitalista mundial, deja muchas herramientas de análisis, que son de suma importancia para formular una teoría de la acumulación socialista. Para eso hace falta explicitar sus supuestos ideológicos y reformulación en la línea de la teoría de la acumulación socialista.

Pero, para poder penetrar más en el problema de esta aplicación consciente de la acumulación socialista, hace falta tocar el tema de la estructura de clases en el socialismo y de toda la estructura ideológica y de valores vinculada a ella. La estructura económica no existe en el aire; es el producto de una estructura de decisiones, que hace falta conocer, para poder tratar el concepto de la libertad socialista en toda su amplitud.

C. Estructura de clases y estructura de valores

Habíamos usado con anterioridad el concepto de clases en el análisis de las estructuras económicas y sociales del capitalismo subdesarrollado. Tenía un contenido determinado por el poder sobre medios de producción en un contexto general capitalista, es decir, en un sistema constituido mediante la legitimidad de la ganancia privada. Hicimos hincapié en que toda una conceptualización de las clases sociales, que sigue esta línea, tiene serias limitaciones.

Estas limitaciones salen a la luz en el momento en que buscamos la aplicación de esos conceptos a contextos no-capitalistas. No puede haber ninguna duda de que una estructura de clases tal describe a la vez una estructura de poder y un modo de comportamiento. Hace falta estudiar tal vinculación para poder detectar las transformaciones de la estructura de clase en el tránsito al socialismo.

Esta tarea es urgente. De hecho, los estudios de la estructura de clases existentes no establecen una vinculación directa entre estructura económica, estructura de clases y modo de comportamiento o estructura de valores. Los análisis de Cardoso atestiguan esta deficiencia general. El libro de Cardoso/Faletto sobre dependencia y desarrollo en América Latina es quizás el estudio más completo sobre la relación entre estructura de clases en América Latina. Los conceptos usados en este libro en buena parte son adecuados al objeto y, por lo tanto, definitivos. Pero incluso en Cardoso, sin embargo, no hay una percepción total de la relación entre estructura de clases y modos de comportamiento, con el resultado de que los análisis de la estructura de valores que él hace en otro lugar, parecen totalmente desvinculados del análisis de la estructura de clases y coinciden sin problema con una teoría de la modernización, semejante a la presentada por Eisenstadt.

Nuestro propósito es tratar la relación indicada mediante una teoría de los modos de comportamiento y de la estructura de valores en la sociedad moderna. Eso está justificado por el hecho de que ya existen muchos estudios que nos permiten describir la estructura de valores existente en el capitalismo subdesarrollado de América Latina. Lo que falta es más bien explicar teóricamente tales estructuras. En ausencia de tal explicación, se sigue usando hoy la idea de la sobrevivencia de valores tradicionales. Se trata de una sobrevivencia que tendría su razón de ser en la inercia de las estructuras tradicionales de valores. No vamos a negar la existencia de tal inercia, pero tiene que interesarnos conocer por qué no surgen acciones adecuadamente fuertes que se impongan y por qué las acciones que se realizan no son lo suficientemente adecuadas para lograr sus propósitos. Además, tenemos que insistir en el hecho de que estas sobrevivencias de valores tradicionales no son simple conservación de los mismos, sino más bien transformaciones de estos valores

tradicionales interesados en la estructura general del subdesarrollo.

Podemos comenzar este análisis con algunos conceptos básicos de la teoría de Marx. Marx tiene una teoría del valor, que se fundamenta en la distinción entre los valores de uso y los valores de cambio. El valor de uso de un bien consiste en su utilidad para el consumo directo y expresa su finalidad. Valor de uso en este sentido tienen los bienes materiales y el trabajo humano. El trabajo transforma la naturaleza, demostrando así su valor de uso, y a su vez, la naturaleza trabajada tiene valor de uso para el consumo humano. Este valor de uso es producto de la apreciación del bien por el hombre, y constituye todo un circuito entre hombre y naturaleza, en el que el hombre transforma la naturaleza, haciéndola propicia para el consumo humano. Este valor de uso no tiene otra cuantificación que no sea simplemente física, y que no se exprese por el peso, medida etc., del bien referido.

Marx distingue del valor de uso el valor de cambio. Este cuantifica los bienes de una manera distinta, estableciendo un denominador común que sirve para intercambiar diversos valores de usos (bienes). Este valor de cambio tiene como condición de su existencia el valor de uso del bien referido. Pero el valor de uso no se convierte siempre en valor de cambio. Eso ocurre únicamente si un determinado bien puede ser adquirido por el trabajo humano. En este caso, el trabajo humano llega a ser la última instancia del valor de cambio.

La teoría del valor, que Marx basa sobre esta distinción fundamental, se refiere en primer término a los valores que dirigen los precios de los bienes en el mercado capitalista. Esta es una temática que posteriormente llegó a definir el campo de la teoría económica propiamente dicha. Pero en la economía política de Marx el término valor de cambio es mucho más amplio, como ocurrió igualmente en la teoría económica clásica. Implica a la vez el mundo de los valores vigentes en una sociedad capitalista moderna. Esta economía política de Marx, por consiguiente, no hace la distinción total entre un mundo de precios, cuyo tratamiento es científico, y un mundo de valores, que son un problema de aceptación personal.

La descripción de esta concepción es difícil, porque el término valor en Marx igual como en los economistas anteriores, cubre un área mucho más amplia que hoy en día, con posterioridad a la aplicación de la metodología positivista en las ciencias sociales. En Marx la teoría de valor es la teoría de una ética y a la vez, de la formación de los precios de bienes materiales y sus factores de producción.

¿Qué describe, entonces, el concepto del valor de intercambio? *Describe un conjunto de valores, una ética, que determinan un sistema institucional, dentro del cual se determinan los valores de intercambio a la vez que los valores de uso van a tener.* Marx expresa este concepto de la teoría del valor de manera más clara, pero no puede haber duda

de que toda la teoría económica clásica está penetrada por una conceptualización igualmente amplia. El mismo Adam Smith fue científico en el campo de la filosofía moral al descubrir que la ética del capitalismo constituye un sistema institucional, dentro del cual se determinan los valores de intercambio de los bienes. Por lo tanto para él un estudio acabado de esta ética tenía que comprender a la vez un análisis de la formación de los precios.

Por consiguiente, la economía política no separa el análisis de la ética capitalista del análisis de los precios en el conjunto de la sociedad capitalista. Esta ética constituye normas, que institucionalizan un determinado intercambio, en el cual se forman los valores de cambio y los precios. Sin la ética referida, el intercambio no es imaginable, puesto que también el desarrollo del intercambio y de la producción influyen sobre la ética y sus transformaciones. Dentro de esta interdependencia entre la ética y sus normas, por un lado, y el intercambio y el desarrollo de las fuerzas productivas por el otro, Marx establece como última instancia de las transformaciones de la ética el desarrollo de las fuerzas productivas. La ética y las normas que no conducen al desarrollo y al dominio sobre las fuerzas productivas, caducan. La ética no es la instancia que decide sobre la sobrevivencia de la ética. Lo hacen las fuerzas productivas y las necesidades que surgen de la producción. Pero, sin ella, el mismo desarrollo de las fuerzas productivas no puede existir.

La ética capitalista está en este sentido presente en las normas que dirigen la producción y el intercambio de los bienes materiales. Comienza en su forma pura con la ética formal, como se constituye en los movimientos puritanos y posteriormente en la ideología liberal, vigente en la primera mitad del siglo XIX. Es una ética de la igualdad formal, del cumplimiento de los contratos de compra-venta y de la seguridad de la propiedad privada. Estas normas fundamentan un tipo de producción y intercambio que Marx tiene en vista, cuando hace sus análisis de la sociedad capitalista. Constituyen lo que podríamos llamar la *estructura de funcionamiento* de la sociedad capitalista. Describen la estructura institucional manifiesta de esta sociedad y, por lo tanto comprenden todo el sistema jurídico-político.

Si bien al comienzo de la sociedad capitalista esta estructura de funcionamiento es muy sencilla y representa una dictadura muy clara de la burguesía sobre la sociedad entera, posteriormente ella, no renuncia jamás a la apariencia de la igualdad formal aún cuando llega a complicarse a través de las distintas etapas de desarrollo la sociedad capitalista. Estas normas constituyen la estructura jurídica de las relaciones capitalistas de producción y condicionan el ambiente en que se originan las luchas de clases, las formas de la estructura económica, del intercambio de bienes materiales, así como las líneas del desarrollo económico.

Pero esta ética capitalista, que inspira toda esta red de normas de la estructura de funcionamiento, por su parte obedece a un principio regulador, que puede sintetizar dichas normas en su conjunto. Lo podríamos llamar el principio del cálculo según intereses inmediatos, que es, en último término, el principio de racionalidad presente en el sistema capitalista entero. Tiene una especificidad propia, que lo distingue tanto de la ideología de las sociedades tradicionales anteriores, del tipo precapitalista, como de las sociedades socialistas posteriores, regidas por otro principio de racionalidad.

I. El cálculo del interés inmediato

En relación a las sociedades precapitalistas, el cálculo del interés inmediato supone la destrucción de todos los reductos mágicos que estas sociedades conservan. El nuevo principio establece que todo se puede reorganizar en función de los intereses inmediatos y que todo el mundo que rodea al hombre debe ser organizado según tales intereses. Es un principio metódico de cálculo, y de ninguna manera un principio moral de egoísmo. Simplemente no admite ningún reducto tabú para la organización y reorganización metódica del mundo. Comprendido en esta forma, es un principio de especificidad histórica, que no está presente en ninguna sociedad precapitalista, en tanto que, el egoísmo es un fenómeno omnipresente en la historia humana.

El cálculo de los intereses inmediatos anula, por lo tanto, las limitaciones tradicionales en cuanto al uso de los factores de producción. Se calculan los métodos de producción, la tierra se convierte en un factor de producción más y llega a ser, por lo tanto, comerciable, y el mismo factor trabajo se convierte en objeto del libre cálculo de los intereses inmediatos. Y esto de un modo en que el trabajo sea comerciable, sin que lo sea el trabajador mismo. Este último punto se refiere a la igualdad formal, como resultado de este tipo de cálculo. El hombre ya no puede ser simple objeto del cálculo de los intereses por razones intrínsecas de poder sino que se convierte ya en vendedor de trabajo, ya en comprador de trabajo, según las circunstancias extrínsecas a su personalidad.

A partir de este principio del cálculo de intereses inmediatos se estructuran, en la primera etapa de la sociedad capitalista, las relaciones capitalistas de producción. Se establecen las normas de la estructura de funcionamiento y comienza un proceso económico orientado por la comercialización libre de factores de producción y de productos. En esta situación, los intereses inmediatos dejan a los hombres iguales alternativas, a partir de las cuales se forma la nueva estructura de clases. Por un lado, los grupos cuyo interés inmediato se expresa en la maximización de una plusvalía sacada de la combinación de los factores

de producción, los cuales están a su disposición, y por otro lado, los grupos que constituyen uno de estos factores de producción, el trabajo, y que son objeto del cálculo de los otros. El principio de la igualdad formal establece solamente que ningún hombre se encuentra por razones intrínsecas a su personalidad en uno de estos bandos. Pero de ninguna manera se opone a la existencia de estos grupos enfrentados. Además, la división del trabajo que se establece da origen a este enfrentamiento de clases dominantes y clases dominadas, dado que las entidades de producción llegan a ser suficientemente grandes para que la tarea de combinación de los factores de producción se especialice en grupos dominantes minoritarios.

No nos interesa seguir aquí las etapas de este enfrentamiento en la historia de las relaciones capitalistas de producción hasta el día de hoy. De hecho, ocurre un desarrollo de estas relaciones. Si bien el factor trabajo al comienzo es puro objeto del cálculo económico de la clase dominante, después llega a integrarse el sistema para buscar sus intereses inmediatos en la mejora de sus niveles de vida, aceptando la estructura clasista de la sociedad como tal.

Solamente caben algunas anotaciones sobre el significado de este cálculo del interés inmediato para la nueva clase capitalista dominante. Esta nunca admite que su comportamiento esté orientado por intereses inmediatos. Es al revés. Asegura que ella renuncia a sus intereses inmediatos para asegurar la acumulación y el ahorro necesarios para el progreso económico. Sostiene, por lo tanto, que el interés inmediato es un peligro para la sociedad capitalista, porque amenaza sus fuentes de acumulación. Toda teoría económica burguesa sigue hasta hoy sosteniendo este punto de vista, hablando de la abstinencia, de la perseverancia del capitalista, que sacrifica una parte de sus ingresos para poder acumular, haciendo así un servicio a la sociedad entera.

Acumulación y consumo capitalista

Pero de hecho, se trata de un interés inmediato de la clase capitalista. Ella no surge por un proceso de ahorro de ingresos de trabajo que haya convertido posteriormente a sus miembros trabajadores en capitalistas. Surge más bien por la movilización interna de una plusvalía que es la propia fuente de la acumulación. No surge de ahorros previos, sino por la transformación de una parte de la plusvalía en acumulación. Para el cálculo del interés inmediato, por parte de la clase dominante, la plusvalía no es un ingreso neto. Lo es solamente en parte. Es un valor extraído, que está aumentando con el progreso económico de la sociedad. La parte acumulada de la plusvalía es simplemente el costo que la clase capitalista tiene para asegurarse este aumento constante y continuo de la plusvalía. Se trata de un fenómeno parecido al hecho ya analizado

del surgimiento de la propiedad extranjera en los países subdesarrollados. Esta surge por la movilización de una plusvalía interna de los países subdesarrollados en función de un aumento de tal plusvalía, realizada por capitalistas extranjeros. Fuera de casos muy excepcionales no se trata de un trasplante de capitales extranjeros al país subdesarrollado. En el caso del surgimiento de la clase capitalista es igual. Esta tampoco surge por la inversión de ingresos ahorrados, sino por la movilización de una plusvalía existente en función del aumento continuo de esta plusvalía. En este sentido, somete la plusvalía al cálculo de sus intereses inmediatos mediante la búsqueda de nuevas combinaciones de factores.

Se trata, por lo tanto, de un nuevo tipo de cálculo, y no de una renuncia al consumo en favor del ahorro. Tal renuncia es solamente la apariencia inmediata que presenta el capitalista. Este, como individuo, puede dejar de acumular y consumir la plusvalía entera. Pero la condición de esta posibilidad es que ella no sea entendida por los otros capitalistas. Si todos tratan de hacer lo mismo, desaparece la propia plusvalía y la economía simplemente se desorganiza. De esta manera, el cálculo de los intereses inmediatos se vincula con el análisis de la estructura de inversiones en el sistema capitalista. Estas inversiones son inducidas por el crecimiento de la producción de bienes materiales y no se determinan autónomamente. Por lo tanto, la decisión del capitalista no determina su tamaño. Hay un límite superior objetivo, que da la capacidad tecnológica para alimentar un cierto ritmo de crecimiento de bienes finales. Por otro lado, este crecimiento induce posibilidades de acumulación, que son a la vez posibilidades de ganar una plusvalía más grande que la acumulación necesaria. Si bien el capitalista puede dejar de aprovechar estas posibilidades, de ninguna manera puede escoger entre acumular o consumir. Si no acumula, tampoco puede producir más bienes de consumo y, por lo tanto, los fondos disponibles para ser acumulados no pueden jamás convertirse en consumo adicional. Exclusivamente desde el punto de vista individual del capitalista, hay una opción, entre consumo y acumulación. Pero el conjunto de los capitalistas no tiene esta alternativa. Los capitalistas en su conjunto pueden solamente acumular y consumir, o renunciar a la acumulación y renunciar a la vez al consumo adicional. La sociedad no puede consumir más si acumula menos.

Por lo tanto, no existe ninguna espera especial del capitalista, sino solamente el cumplimiento de un período técnico de reproducción de los medios de producción que condiciona el consumo adicional. Este período técnico no indica sino que la producción se lleva a cabo en el tiempo. La teoría liberal, en cambio, sitúa el período de espera en el período de vida útil del capital usado, que es un período largo. Pero en realidad desde el punto de vista de la sociedad, el tiempo de espera se reduce simplemente al período técnico de la reproducción o, visto a par-

tir del efecto de los nuevos medios de producción sobre el producto total, al período de recuperación de una determinada acumulación por el aumento del producto total. Este sería el coeficiente de capital. La sociedad espera que los frutos de la acumulación se den en un período correspondiente al coeficiente de capital, si éste se mide por la relación entre inversión bruta y aumento del producto en un período determinado.

En este sentido, podemos hablar del interés inmediato como del principio guía del cálculo capitalista de racionalidad. Está directamente relacionado con la estructura de inversiones, y corresponde al criterio que origina las industrializaciones capitalistas, y que en ningún momento pueden prescindir de la estructura de inversiones adecuadas. Estas industrializaciones están estimuladas, por lo tanto, por tasas continuas de aumento de la producción de bienes finales.

El ascetismo intramundano

Esta tesis contradice aparentemente a aquella, que sostiene que una de las palancas fundamentales del surgimiento y desarrollo del capitalismo fue el ascetismo intramundano del puritanismo. Pero hay que recordar que se trata de una tesis referente a las motivaciones conscientes que tuvieron los primeros grupos capitalistas para aplicar un criterio de cálculo de intereses como guía para la formulación de la estructura económica y social. De hecho, la nueva forma de actuar nació en un ambiente puritano. Pero, como ya Mar Weber constata, a veces no se trata necesariamente de una actitud de anticonsumo, sino más bien de una negación al goce tradicional del consumo. Por otro lado, no debe olvidarse que la alta inclinación a la acumulación de los primeros grupos capitalistas está contrarrestada por la sobrevivencia de clases tradicionalistas, que efectúan el consumo necesario al que el capitalista de esta época renuncia. Dada la estructura de inversiones del tipo capitalista, la actitud escética del capitalista industrial es económicamente posible sólo porque las otras facciones de la clase dominante mantienen una actitud favorable al consumo. Por lo tanto, en el momento en que estas clases tradicionales pierden la capacidad económica suficiente para solventar la demanda necesaria de bienes finales, tiene que aumentar o el consumo capitalista —la parte consumida de la plusvalía— o el consumo de las masas obreras. De hecho el cambio se efectuó en etapas. En una primera etapa aumentó el consumo capitalista pero sólo hacia fines del siglo XIX este aumento fue accesible a la clase obrera.

Ahora se trata ya de un nuevo tipo de consumo. Es un consumo funcionalizado por la necesidad del rendimiento económico y no determinado por el goce. Se cierra el circuito en el que se produce para consumir y se consume para producir. La expansión del consumo llega a ser un elemento calculado de la expansión de la producción. Pierde el significado propio. Todo el sistema tiende a interpretarlo en estos términos.

Consumo es ahora costo de producción y la propia contabilidad capitalista lo interpreta así. Los gastos de representación nacen por primera vez en la historia. El aristócrata no hizo nunca gastos de representación, puesto que contaba con la hospitalidad. El capitalista, en cambio, no tiene hospitalidad, y debe hacer altos gastos de representación. Sabe que se trata de costos que rinden, y los calcula en estos términos. Este concepto del consumo calculado se expande con respecto al consumo entero. La empresa proporciona a sus ejecutivos alojamiento, confort, movilización y diversiones, y orienta su consumo en situaciones que les permitan no sólo recuperar estos gastos, sino progresar en un trabajo posterior. Este mismo criterio se amplía hacia el consumo en general. Se sabe de repente, que el trabajador que ha entrado en la carrera del consumo entra igual en la carrera de la producción.

Se trata al comienzo de un ascetismo especial. No de la renuncia al consumo, sino al goce del consumo. Se tiene los objetos como si no se los tuviera, se llega a una perversión de la idea de la pobreza. Ahora se consume como si no se consumiera. Esto nos parece ser, el verdadero sentido de este ascetismo intramundano, al cual apunta Max Weber, y que él tiende a identificar demasiado pronto con un espíritu anti-consumo. Weber cae ahí en la trampa de la teoría burguesa del capital, que considera el ahorro o la acumulación como lo contrario del consumo. Identifica, por lo tanto, una actitud de acumulación racional en función del aumento de la plusvalía, con una actitud de renuncia al consumo, que no es así. Es solamente la renuncia al goce del consumo, mientras cuantitativamente se consume siempre más. Si bien convence la argumentación de Weber en el sentido de que la actitud metódica del puritano iba unida con una cierta renuncia al consumo, ella sólo es válida cuando se refiere al período preindustrial. Con el capitalismo industrial se impone más bien definitivamente una tendencia al consumo calculado, sin gozarlo.

Con una terminología inspirada en la de Marx, se podría hablar del consumo abstracto, análogamente a lo que Marx llama el trabajo abstracto. Este consumo abstracto se relaciona con el valor de uso, así como el trabajo abstracto de Marx se relaciona con el trabajo concreto. Marx nunca elaboró esta categoría del consumo abstracto, a pesar de que describe los fenómenos principales de su existencia. En cambio, ella fue elaborada, en términos netamente ideológicos, por la teoría económica burguesa a fines del siglo XIX. Esta categoría fue designada con el nombre de utilidad. Muchas veces no se ha entendido bien que la categoría de la utilidad no describe lo mismo que la categoría marxista del valor de uso. Es una categoría más bien abstracta, que hace comparables los valores de uso y que juega un papel en la teoría económica burguesa, en cierto sentido semejante al papel del trabajo abstracto en la teoría de Marx. La diferencia —decisiva— consiste en que la categoría del consumo abstracto o de la utilidad en la teoría económica burguesa

no se concibe como una simple instancia intermedia del cálculo de los costos e incentivos de la producción, sino que sigue desempeñando la función de última instancia en la determinación del consumo.

Pero, de todas maneras, la categoría del consumo abstracto, igual como la del trabajo abstracto, reflejan una determinada valorización del mundo que rodea al hombre y que se forma con las relaciones capitalistas de producción. Según este juicio, este mundo —la naturaleza así como los otros hombres— deben y pueden ser calculados en función del interés humano en la conquista del mundo exterior. Este mundo, por lo tanto, pierde su magia y sus tabús, y la ciencia natural, que ha preparado este paso teóricamente, ahora puede convertirse en tecnología. Una tecnología sin límites, que tiene la legitimidad de transformar cualquier ámbito de la vida humana. Pero siempre queda establecido, que cualquier transformación está guiada por el cálculo capitalista de racionalidad.

Eso es el nuevo espíritu del capitalismo. Es un cálculo de intereses inmediatos sin limitaciones, que se basa en la acumulación metódica de una parte de la plusvalía en función de una plusvalía futura siempre mayor. Partiendo del cálculo de la plusvalía es, a la vez, un espíritu de la sociedad capitalista de clases. Y también se expresa como ideología del sistema que se construye sobre su base.

Resumiendo todos los pasos de nuestro análisis, podemos ahora sintetizar el concepto general del sistema capitalista desarrollado, y podemos distinguir diferentes niveles de su aplicación. La estructura económica se considera como la forma en que se desarrollan las fuerzas productivas dentro del sistema total. Esta estructura económica está relacionada con la estructura de las normas e instituciones, cuyo contenido proviene del cálculo capitalista de los intereses inmediatos— y a la cual corresponde una estructura de clases, que dicotomiza esta sociedad aparentemente pluralista e igualitaria en grupos que aportan a la creación de la plusvalía —los grupos explotados— y grupos que combinan los factores en función de la plusvalía. Todo este mundo estructural está sostenido por el espíritu del capitalismo y por sus ideologías de autointerpretación.

Los análisis que se hacen de este sistema capitalista durante el siglo XIX, no destacan una función específica de la estructura ideológica y de la estructura de valores correspondientes al criterio capitalista de racionalidad. Se supone —y eso tiene validez para el mundo capitalista del siglo XIX— que una estructura de clase del tipo capitalista impone automáticamente el criterio capitalista de racionalidad y todo un mundo de valores y actitudes correspondientes que institucionaliza en el funcionamiento de esta sociedad, empujando a la vez la dinámica de la estructura económica y de las fuerzas productivas. Eso vale igualmente para los análisis de Max Weber, que insiste en la autonomía de la estructura de valores únicamente bajo el punto de vista de

la explicación histórica del surgimiento del capitalismo. Pero lo que más importa, es que ningún análisis concibe un conflicto entre el criterio capitalistas de producción y la dinámica económica.

Lo que ellos constatan, en cambio es el conflicto entre los valores tradicionales precapitalistas y los valores capitalistas nuevos. Hay conciencia de que las luchas sociales entre clases tradicionales y clases capitalistas son a la vez luchas de sistemas de valores y de distintas éticas. Pero se analiza este choque más bien bajo el punto de vista de lo viejo y de lo nuevo. Lo nuevo, la racionalidad capitalista, choca con lo viejo, la inercia de las estructuras precapitalistas, y lo supera. Si bien se trata de choques violentos, nadie duda de quién será el ganador. Los grupos capitalistas, a través de su nuevo criterio de racionalidad, tienen una capacidad de acumulación de poder económico y social, que siempre les asegura, a la larga, la victoria. Su criterio de racionalidad se transforma en dinámica económica continua, lo que les permite marginar a todos los otros grupos o, por lo menos, como en el caso alemán, imponerles una tregua favorable. Con esta fuerza en su favor, son capaces de transformar la sociedad entera en función de su persecución de una plusvalía en continuo aumento. Existe, por lo tanto, una correspondencia general entre el criterio capitalista de la racionalidad, la imposición de relaciones capitalistas de producción —con el consiguiente liderazgo de la clase capitalista industrial—, y la dinámica de las fuerzas productivas. Existiendo tal correspondencia, el problema de la autonomía de la estructura de valores puede pasar desapercibido.

Esta misma correspondencia nos explica que el propio marxismo haya constituido una teoría de valor que se refiere sin más distinciones a la ética capitalista y a la determinación de los precios y de las estructuras económicas en general, dentro de la vigencia de tal ética. La ética no parece ofrecer problemas propios.

Ideologías y motivaciones individuales

Para acercarnos a una interpretación del rompimiento de esta correspondencia, tenemos que analizar brevemente cómo la ética capitalista determina valores aceptados en el plano individual.

Hemos hablado hasta ahora solamente sobre la correspondencia entre ética capitalista y desarrollo de fuerzas productivas en el plano de la sociedad capitalista como un total. Desde allí podemos afirmar que en la situación histórica de la primera mitad del siglo XIX el criterio del cálculo de intereses inmediatos empuja a la vez el desarrollo económico. Pero lo que vale para la sociedad como un total, no vale automáticamente para el individuo integrado a tal sociedad.

Para este individuo, que naturalmente tiene que situarse en el plano de este cálculo inmediato, la ética capitalista aparece como una limitación para la maximización de sus intereses. En cuanto a esta maxi-

mización individual, volvemos a encontrar diferentes niveles, que conviene distinguir.

Primero, vamos a referirnos a la distinción entre el contenido concreto de las necesidades y la base material para la satisfacción de los intereses individuales. El contenido concreto se refiere a las motivaciones individuales en relación a la satisfacción de determinadas necesidades, y la base material se expresa en el plano individual en su disposición de ingresos en dinero. Las motivaciones se refieren a las valorizaciones de los objetivos necesarios para satisfacer necesidades, y los ingresos, como base material, determinan el límite en que estas necesidades pueden satisfacerse.

En el plano individual, por lo tanto, la base material se expresa de otra manera que en el plano de la sociedad entera. En el plano social, la base material que limita y que funcionaliza toda la estructura, consiste en la producción de bienes materiales, y toda la estructura económica, social, política, etc., se entiende como servicio en favor del aumento de esta misma producción material de bienes. En el caso del individuo eso es diferente. Ahora surge como limitación el ingreso en dinero, que determina cuáles de las necesidades individuales no pueden ser satisfechas. Las motivaciones, en cambio, especifican las líneas de la satisfacción de necesidades.

Entre ambos factores —ingreso monetario o necesidades— debe haber una continua interrelación, en que el ingreso monetario determina en última instancia, cuáles de las motivaciones —o necesidades— son ilusorias y cuáles pueden realizarse. Esta interrelación lleva a un cálculo de intereses inmediatos, dentro del cual el individuo concierta su satisfacción de necesidades en coincidencia con la base material dada por sus ingresos.

Toda esta interrelación no ofrece mayores problemas sino en el caso de que consideremos la posibilidad de que las motivaciones se dirijan a la propia ampliación de la base material o de sus ingresos monetarios. En este caso ocurre una determinada mediación de las necesidades, que nos describe un rasgo esencial del tipo de individuos que conforman las relaciones capitalistas de producción. Se trata de un individuo que calcula la satisfacción de sus necesidades en función de la ampliación de la base material, y, por lo tanto, de una perfecta repetición de la transformación del consumo concreto en consumo abstracto —analizada anteriormente en cuanto al sistema total— en el plan del individuo. Pero lo importante es que esto corresponde a mediatizaciones de las necesidades por la base material y en ningún caso a motivaciones económicas directas.

Tradicionalmente se ha hablado mucho de tales motivaciones económicas, en especial con respecto al afán de lucro del capitalista, que acumula para acumular, y que encuentra su satisfacción mayor y su estímulo principal en este proceso abstracto de acumulación. Esta in-

terpretación es muy ambigua, en cierto sentido, porque deja de lado el hecho de que este afán de lucro consiste en el sometimiento del mundo de las necesidades al servicio que esta situación irracional en que se acumula por acumular, es perfectamente compatible con altos niveles de consumo en continuo aumento.

Esta mediatización de la satisfacción de necesidades por el deseo de aumentar la base material de tal satisfacción, nos permite describir mejor lo que significa el cálculo del interés inmediato en el plano del individuo. Significa que el individuo entra en una carrera competitiva en la que mide su éxito por el criterio cuantitativo del ingreso personal, y en la que sus necesidades se satisfacen en función del éxito en tal carrera.

Una relación entre ingreso y necesidades de este tipo no puede definirse usando la categoría moral del egoísmo. El cálculo del interés inmediato en el plano del individuo no es egoísta ni altruísta. Se trata de una categoría distinta, totalmente específica de la racionalidad capitalista. En cuanto a las intenciones personales, no importa nada si el individuo busca la victoria en la carrera competitiva con intenciones egoístas o altruistas. Puede ser que quiera regalar el fruto de su trabajo a los pobres, en el caso del altruismo, o tener todo para sí, en el caso del egoísta. Eso no influye para nada sobre su comportamiento, que en los dos casos mantiene los caracteres del cálculo de sus intereses inmediatos.

Pero, todo este cálculo del interés inmediato está limitado por una situación que todavía no hemos mencionado y cuyo análisis nos obliga a introducir otra distinción clave. Esta distinción corresponde a las normas de la estructura de funcionamiento en la comprensión del sistema en su totalidad. Estas normas significan limitaciones para el individuo, que lo obligan reaccionar. Existe un problema de la interiorización de los valores conformados por estas normas, y de la adopción de actitudes específicas, por este individuo frente a la imposición de ellas. La interiorización de los valores tiene que asegurar el cumplimiento con las normas, y las actitudes demuestran en qué grado y de qué manera el individuo las respeta. El problema de las limitaciones por las normas es clave. Existiendo un cálculo de intereses inmediatos, la ampliación de la base material de satisfacción también es siempre posible mediante la infracción de estas normas. Eso distingue el plano individual del plano social. Mientras que la sociedad entera no puede ampliar su base material mediante la infracción de estas normas —haciendo abstracción de las relaciones internacionales—, el individuo sí puede hacerlo. Existe, por lo tanto, una tarea social que consiste en motivar al individuo para que restrinja su cálculo de interés inmediato al ámbito descrito por la estructura de funcionamiento. La interiorización de valores y el fomento de actitudes correspondientes a estos valores precisamente cumple con esta tarea.

Este breve análisis del plano individual en el cálculo del interés inmediato nos permite hacer ahora algunas afirmaciones sobre la función ideológica que es cumplida por este sistema. Como cada sistema social emana necesariamente de actuaciones individuales, la función ideológica consiste en determinar el individuo de tal manera, que sus actuaciones conduzcan al surgimiento y a la mantención del sistema social pretendido. El sistema capitalista, basado en el cálculo del interés inmediato, produce argumentaciones ideológicas en este sentido.

Esta ideología usa diferentes medios de argumentación. Pero su plano principal, del cual los otros se derivan, aparenta ser un plano científico, cuya función ideológica correspondiente es cumplida por las ciencias sociales, en especial por la ciencia económica. Se trata de algunas tesis básicas, que se refieren al funcionamiento del sistema capitalista en general, y que son presentadas como resultados de análisis científicos objetivos. Básicamente, se trata de la tesis que afirma que las relaciones capitalistas de producción tienen una tendencia innata al equilibrio. Este es el planteamiento ideológico común de toda ciencia económica burguesa sustentado por la mano invisible de Smith, la ley de Say, el equilibrio microeconómico de los neoliberales hasta llegar a la idea de la planificación indicativa basada en el pensamiento Keynesiano. Si bien estas corrientes se distinguen entre sí todas mantienen invariablemente la idea de que el sistema de los mercados puede servir como punto de partida del equilibrio económico tanto en el tiempo como en el espacio.

Esta coincidencia invariable de la ciencia económica burguesa se refleja en su manera de interrogarse sobre cómo debe ser establecido el sistema de mercado para que produzca un equilibrio económico. Fuera de las respuestas que dan estos economistas, la única respuesta posible —que para ellos está excluida por la formulación de su pregunta— sería que el sistema de los mercados de por sí produce desequilibrios. Es a partir de esta respuesta que la teoría económica se transforma en socialista. Sin embargo, la teoría económica burguesa excluye esta respuesta por la formulación de un juicio a priori, jamás reflexionado. Los propios economistas burgueses ni siquiera tienen conciencia de esta conducta, que está convirtiendo continuamente su quehacer científico en cumplimiento de una función ideológica dentro del sistema capitalista.

No hace falta volver a analizar aquí este problema en toda su profundidad. En el capítulo sobre la teoría económica del espacio ya vimos cómo esta ideología burguesa, por las limitaciones implícitas en su forma de examinar, no había conseguido nunca llegar a una teoría del espacio económico. La formulación de tal teoría del espacio siempre y necesariamente señala que el índice de precios no puede servir para asegurar un ordenamiento equilibrado del espacio. Este es un plantea-

miento que la ciencia burguesa no puede admitir a priori. Admitiéndolo, dejaría de ser ciencia burguesa.

En estos términos es como la ciencia burguesa cumple su función ideologizadora. Como la sociedad capitalista está constituida sobre principios racionales de conquista del mundo para el hombre, necesita una base racional para poder inculcar al individuo la ilusión de vivir en un conjunto social que tiene las condiciones principales para coordinar y equilibrar todo el sinnúmero de intereses inmediatos que compiten en la sociedad. Sin esta base ideológica principal a través de tales argumentaciones, el individuo se convence de que así el cálculo de sus intereses inmediatos está aportando al interés general, lo que le da la buena conciencia que sirve de base para el desencadenamiento de la carrera de los intereses.

Pero la ideología burguesa necesita de algunos elementos más para constituirse en sostén de las actuaciones individuales. Estos elementos adicionales hacen explícito lo que está implícito en las ciencias sociales burguesas, que se presentan como neutras.

Se trata, por un lado, de una afirmación relacionada con la situación de intereses individuales y generales. Toda ideología liberal insiste en que la persecución de los intereses inmediatos por los individuos conduce a una maximización de la satisfacción de sus respectivas necesidades. Pero la función de una tesis tal consiste especialmente en motivar, por un argumento de intereses, la aceptación de las normas vigentes de la estructura de funcionamiento, que significan determinadas limitaciones de la maximización del ingreso personal. Las normas del cumplimiento de contratos, del respeto a la propiedad privada, etc., son tales, que excluyen del cálculo de intereses determinados comportamientos. La tesis de la coincidencia de los intereses motiva la aceptación de tales limitaciones en la actuación individual. Afirma por lo tanto, que la renuncia a ciertas transgresiones se recompensan con creces mediante el beneficio generalizado que ello tendrá sobre el ingreso de cada uno. Renunciando ganas más; así se podría resumir la argumentación básica de esta ideología. Hay otro lema común, que está intrínsecamente ligado al anterior "No hagas al otro lo que no quieres que el otro te haga a ti". En todo caso, se trata de principios de integración del individuo a la sociedad capitalista, que presentan su actuación de conformidad con ella como la manera de maximizar su ingreso personal. Aquí se constituye un mundo ideológico que hace coincidir los intereses individuales y los del sistema.

Todo eso explica el concepto ideológico de la justicia capitalista y de la libertad vigente en tal sistema. La distribución justa llega a ser la que se da a través de los mecanismos del mercado y resulta en una determinada distribución de los ingresos personales. En este sentido la visión del ingreso del individuo llega a ser la de su ingreso personal, que se mide por sus entradas recibidas en la carrera competitiva de los

intereses inmediatos. Así se establece un concepto de justicia —la justicia burguesa—, que vincula el ingreso personal con el rendimiento personal, determinado por el aporte del trabajo o cualquier otro factor de producción. La consiguiente libertad es la posibilidad de perseguir esta maximización de ingresos y de buscar la vinculación entre rendimientos de factores e ingresos personales. Las diferentes disponibilidades de los factores de producción y la diferente situación de los individuos en relación a éstos determinan por lo tanto, la formación de grupos en pugna. El pluralismo de estos grupos y la legitimidad de la pugna entre ellos formula, por consiguiente el concepto de la libertad que esta sociedad propicia.

Por esta razón la estructura de clases del sistema capitalista es tan específica. Es consecuencia de la concepción de la sociedad como una gran competencia entre intereses inmediatos, organizada y limitada por las normas de la estructura de funcionamiento de las relaciones capitalistas de producción. A raíz de estas relaciones se forma en seguida una dicotomía de clases entre los que venden su fuerza de trabajo y los que la compran para poder movilizar factores de producción no-humanos. Pero esta dicotomía de clases no es algo manifiesto en la estructura de funcionamiento, sino más bien un principio que guía la formación de los grupos pluralistas, que representan los intereses inmediatos organizados. La estructura de clases capitalista tiene, por lo tanto, estos dos aspectos. Por un lado es una estructura de valores, detrás de la cual se esconde una dicotomía de clases y, por otro lado, conforma una estructura a los factores de producción existentes. Existe un principio de racionalidad capitalista, que dicotomiza la sociedad en clases, y hay una relación entre estructura económica y estructura de clases, en que esta dicotomía se transforma en un pluralismo de facciones de clases, que están en una competencia de poderes.

II. *El principio de la racionalidad capitalista en el subdesarrollo*

En el sistema capitalista de la primera mitad del siglo XIX habíamos constatado una correspondencia tendencial entre el criterio de la racionalidad capitalista, las relaciones capitalistas de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas autóctonas. Esta misma correspondencia puede ser obtenida con posterioridad en los centros capitalistas mundiales en relación a los cambios que ocurren en las periferias que surgen a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Con respecto al comportamiento individual, esta correspondencia se manifiesta en el intento de lograr una interiorización de los valores propios de las normas de la estructura de funcionamiento de estas sociedades, y en una tendencia a integrar ese comportamiento y actitudes individuales en el sistema entero. En el plano individual, así como en el plano de la sociedad capitalista, ocurre una funcionalización de la estructura por los índices de

la producción de bienes materiales, y la ideología burguesa resulta capaz para legitimar la continuidad del sistema.

No hay duda de que en la segunda mitad del siglo XIX esta correspondencia se rompe y de que en el subdesarrollo del siglo XX este rompimiento queda totalmente manifiesto. Si bien en el sistema capitalista mundial las relaciones capitalistas de producción —el enfrentamiento entre trabajo asalariado y capital—, siguen siendo siempre las relaciones dominantes, la dinámica de la integración del mundo entero en este sistema no lleva automáticamente a la introducción de relaciones capitalistas de producción en todos los lugares del mundo. Al contrario, el principio capitalista de la racionalidad muestra una tendencia inversa en las regiones dependientes periféricas. La racionalidad capitalista ya no choca manifiestamente con las relaciones precapitalistas de producción. Ocurre una transformación muy especial de estas relaciones, que indica el cambio ocurrido en el significado de la racionalidad capitalista.

De este cambio resulta una reorientación de los valores implícitos de la racionalidad capitalista. En las relaciones capitalistas de producción que surgieron en la primera mitad del siglo XIX, existía una unión de valores de la eficiencia, del logro y del trabajo productivo, junto con los valores del intercambio capitalista propiamente tal. Ahora los dos tipos de valores se separan, atestiguando que la racionalidad capitalista de producción no implica necesariamente ambas dimensiones de valores a la vez. Los valores del intercambio capitalista se sobreponen a los valores de la eficiencia capitalista, y dejan de esta manera sobrevivir relaciones de producción semitradicionales o semicapitalistas, cuya mantención está de acuerdo con los valores de intercambio.

En los análisis de la primera parte de este trabajo habíamos ya visto este proceso. Ahora lo consideramos solamente desde el punto de vista de los sistemas de valores, que corresponden a estas sobrevivencias de las estructuras heredadas. Su sobrevivencia corresponde al cálculo de las ganancias capitalistas que también actúa para hacer sobrevivir estructuras tradicionales de valores. Si bien los valores capitalistas del intercambio se interiorizan, éstos no llegan a transformarse en canales para la imposición de los valores de la eficiencia y del logro. El interés inmediato puede ser calculado exactamente —por lo tanto los grupos tradicionales dominantes responsables de este proceso actúan según un criterio capitalista nítido—, pero sin provocar una sociedad capitalista.

Este hecho es conocido y palpable en todas las sociedades subdesarrolladas. Las clases tradicionales han aceptado el cálculo del interés inmediato capitalista, e igualmente la nueva actitud despiadada de explotación del capitalista moderno, pero sin demostrar jamás la fuerza constructiva de este mismo capitalista. La misma teoría burguesa del subdesarrollo por lo demás, no tiene mucho problema en reconocer este hecho. Tiene más dificultades ciertamente en conceder que estos fenómenos sean un producto de la racionalidad capitalista misma, y prefiere

explicarlos por la inercia de las estructuras tradicionales. Eso no compromete al sistema capitalista y corresponde además perfectamente a la superficialidad de los análisis burgueses, que interpretan los fenómenos por estos mismos fenómenos, la pobreza por la pobreza, la sobrevivencia de estructuras por esta misma sobrevivencia, y la explotación por el hecho inevitable de que un hombre explota al otro.

Sin embargo, en el caso de estas sobrevivencias, el análisis burgués podría llegar a aceptar la tesis de que ellas se deben a la misma racionalidad capitalista, sin necesidad de buscar sus causas en el hecho tautológico de que ya han existido en el pasado. En determinados casos, es cierto, acepta esta tesis. Pero saca una conclusión típica del reformismo burgués. Según éste, el Estado tiene que impulsar ahora la transformación de relaciones precapitalistas de producción en relaciones capitalistas de producción para posibilitar el desarrollo posterior de la sociedad subdesarrollada en términos capitalistas. Todo una política populista ha sido formulada sobre la base de esta proposición. Como los valores cambian solamente con la estructura, una política de fomento de los valores de eficiencia parece exigir una política de cambio de las estructuras precapitalistas al mismo tiempo. En buena parte, los esfuerzos para una reforma agraria en América Latina se entienden en este sentido. Corresponden todavía a un intento de recuperación de la revolución nacional-burguesa que en su tiempo no se realizó. A la vez, se trata de cambios de la estructura que fundamentalmente no están en contradicción con la sobrevivencia del sistema capitalista mundial y que pueden encontrar, por lo tanto, el apoyo de los centros de este mundo capitalista.

Sin embargo, las políticas de cambio en este sentido no llegaron nunca muy lejos. Como la automática de la racionalidad capitalista no las ha apoyado, sino al contrario, ha actuado en su contra, estas políticas se enfrentan con un frente casi unido de la clase dominante en su conjunto, que puede amortiguarlas fuertemente. El Estado, que sería el portador de esta política, llega por lo tanto, a una contradicción muy curiosa. En nombre de las masas populares, tiene que enfrentarse con la clase capitalista dominante, para imponer a la sociedad entera las relaciones capitalistas de producción, que esta misma clase dominante rechaza. Los capitalistas no quieren ser transformados en capitalistas y, por otro lado, el Estado decididamente no quiere oponerse al carácter capitalista de la sociedad subdesarrollada. El esfuerzo reformista, por consiguiente, se neutraliza. Pero eso no ocurre a causa de los valores tradicionales de esta clase alta, sino porque esta clase alta calcula en términos muy capitalistas las ventajas e inconvenientes de un cambio de estos valores, llegando a la conclusión de que no le sale a cuenta.

Esta situación es difícil, pero todavía no revela toda la profundidad del problema. Sobrevivencias de este tipo siempre ha habido también en el interior de los países capitalistas desarrollados, cuando se formaron alianzas de clases entre capital industrial y clases tradicionales,

por las razones más diversas. Ocurrió entonces una división de poderes, y el capital industrial siempre tomó el liderazgo del poder económico, accediendo a dividir el liderazgo político con las clases tradicionales. El caso más típico quizás es el de Alemania, antes de la IIª Guerra Mundial. Había una división muy clara del país en una parte industrial moderna (la parte occidental), y una parte semifeudal con rasgos del subdesarrollo (la parte oriental). En esta situación de división del país las clases latifundistas mantenían el poder político y, por lo tanto, tenían siempre el poder suficiente para impedir una penetración de Alemania oriental por relaciones capitalistas de producción. Pero jamás tomaron el poder económico, que estaba en manos del capital industrial, y que entró en una alianza de clases por razones de temor a los movimientos socialistas surgientes. Sobrevivencias de un tipo parecido hay también en otros países capitalistas, por ejemplo, en el sur de EE. UU.

En todos estos casos dichas sobrevivencias tienen en el fondo razones extraeconómicas que, sin duda, podían haber sido superadas por una política rígida de introducción de relaciones capitalistas de producción en las regiones correspondientes. Pero en el caso de los países subdesarrollados aparece otro fenómeno, que indica que las sobrevivencias tradicionales en este caso son de otro tipo. Por esta razón es tan importante no limitar el análisis de la estructura de valores exclusivamente al caso de las sobrevivencias de relaciones precapitalistas.

En dicho caso, el cuadro resulta totalmente distinto. En los ejemplos citados de sobrevivencias en los centros capitalistas, se enfrentan relaciones capitalistas de producción y relaciones precapitalistas con sus sistemas de valores correspondientes. La estructura de valores, que acompaña las relaciones capitalistas, combina valores de eficiencia y de intercambio capitalista, mientras que a los sectores de relaciones precapitalistas corresponde dentro de la separación entre ambos tipos la adopción de los valores capitalistas de intercambio y la eliminación de los valores capitalistas de la eficiencia.

El dualismo estructural y la estructura de valores

En los países subdesarrollados, en cambio, no se produce tal separación del mundo de valores según las relaciones de producción. En los casos anteriores el dualismo de las estructuras corresponde a otra concepción del mundo de los valores. En el caso del subdesarrollo, en los sectores donde se han impuesto relaciones capitalistas de producción, no se produce una estructura de valores que combine en un conjunto los valores de la eficiencia y del intercambio capitalista. Los valores de la eficiencia están igualmente ausentes en los núcleos de relaciones capitalistas de producción como en las regiones con relaciones tradicionales. Se repite aquí un fenómeno que ya consideramos en el análisis de las estructuras dualistas del país subdesarrollado. Constatamos allí que

los centros modernos del país subdesarrollado no forman la parte desarrollada de una sociedad subdesarrollada en los otros sectores. Insistimos en el hecho del estrangulamiento de la industrialización y de su conversión en enclave, que transforma este núcleo moderno en la fuente verdadera del subdesarrollo de la sociedad entera. En el análisis de la estructura de valores encontramos ahora un hecho paralelo. Si bien este núcleo moderno de la sociedad subdesarrollada tiene relaciones capitalistas de producción, no produce una estructura de valores nítidamente capitalistas. No logra tampoco desarrollar los valores de la eficiencia capitalista, que en los centros capitalistas se dan junto con los valores capitalistas del intercambio.

Este hecho también es conocido y muchas veces ha sido investigado. Todas las investigaciones concuerdan en este punto. Pero nuestro problema consiste en explicarlo. Para todo el reformismo burgués esto constituye un punto crucial. Este reformismo confía en que la transformación de relaciones precapitalistas de producción en relaciones capitalistas es suficiente para fomentar los valores de eficiencia capitalista. Pero el análisis de los sectores económicos con relaciones capitalistas nos revela otra cosa. Nos hace ver que las mismas relaciones capitalistas tampoco tienen la capacidad de producir los valores de eficiencia capitalista. Por lo tanto, el reformismo burgués también en este plano nos presenta una perspectiva adversa.

Todo el problema de la estructura de los valores en el subdesarrollo se concentra, por lo tanto, en la explicación del porqué las relaciones capitalistas de producción no llegan a crear los valores de eficiencia capitalista que establecieron en los centros capitalistas actuales. Evidentemente, dichos valores adquieren en cada caso un significado diferente, cuyo análisis es indispensable.

Para efectuar tal análisis, tenemos que profundizar el conocimiento de la relación entre las normas de la estructura de funcionamiento capitalista, el principio de racionalidad capitalista, los valores implícitos en estas normas y su manifestación en actitudes individuales, que a su vez se expresan en acciones a través de las cuales las normas son aplicadas. Se trata de un circuito completo, que mediatiza la acción de las clases sobre las fuerzas productivas.

En el caso de la correspondencia de estos diversos planos, la clase capitalista dominante dinamiza las fuerzas productivas hacia un crecimiento económico acumulativo. Este proceso está mediatizado por normas capitalistas de la estructura de funcionamiento, derivadas del principio de la racionalidad capitalista, que implica los valores de la eficiencia y del intercambio capitalista. En el plano individual, estos valores se interiorizan como convicciones y se exteriorizan en forma de actitudes, que impulsan el carácter capitalista de las normas de la estructura de funcionamiento y las instrumentalizan para lograr la propia dinamización de las fuerzas productivas. De este proceso complejo resulta un

acto total, que es la dinámica económica y la correspondiente ética capitalista. Esta ética capitalista se forma inmediatamente en las clases capitalistas que conducen y coordinan este proceso, y en cuyo provecho éste se lleva a cabo. Pero el proceso no se detiene en la clase capitalista. Llega a arrastrar también a las clases dominadas, a través de una lucha de clases, que les impone a la fuerza y mediante la participación económica creciente, una ética de colaboración con el sistema capitalista, lo que transforma la mayoría de los movimientos revolucionarios en movimientos reformistas de aceptación del sistema.

Todo este proceso, sin embargo, tiene una condición necesaria, que en el caso del subdesarrollo no se cumple. Se trata de la condición que exige compatibilidad entre estructura capitalista de clases, normas capitalistas de la estructura de funcionamiento (relaciones capitalistas de producción) y dinámica autóctona de las fuerzas productivas. Si bien en el caso del capitalismo de los centros esta condición se cumple, como ya hemos visto, en el caso del subdesarrollo definitivo la industrialización tiende a estrangularse, con su consiguiente transformación en enclave industrial. Por consiguiente, como las relaciones capitalistas de producción se concentran en este enclave industrial, no pueden comprometer a la sociedad entera. Pero, incluso en el caso de que también fuera del enclave industrial existieran relaciones capitalistas de producción, el enclave industrial no podría llevar su dinámica económica a estos sectores. Por lo tanto, la estabilización del sistema capitalista siempre estabiliza a la vez el subdesarrollo de la periferia.

Dada esta situación, la falta de dinámica expansiva del núcleo industrial quita al sistema capitalista la fuerza de enfrentamiento con la estructura tradicional de la estructura de valores. Este puede introducir e introduce los valores capitalistas de intercambio, pero no los de eficiencia. Y esto por una razón muy clara: no tiene tal eficiencia. Es bastante obvio que las relaciones capitalistas de producción originan valores de eficiencia solamente en el grado en que son eficientes o tienen, para decirlo así, la vocación de la eficiencia. Pero no la tienen. La situación histórica del subdesarrollo es tal, que las relaciones capitalistas de producción nacen con la perspectiva de su ineficiencia. Son eficientes solamente para suministrar al capitalista altas tasas de ganancias, pero no para estimular la dinámica de las fuerzas productivas en general.

La estructura de valores del país subdesarrollado corresponde a esta situación, y también refleja la situación histórica del modo de producción capitalista. Por lo tanto, no pueden sorprendernos los resultados de las tantas encuestas sobre el comportamiento empresarial en América Latina. Sorprendente es solamente la interpretación que la ciencia burguesa da a tales resultados. Esta constata más bien una irracionalidad de tal comportamiento y una discordancia entre estructura capitalista de producción y estructura de valores. Pero nuestro análisis demuestra que hay una perfecta concordancia. Dada la situación histórica

de las relaciones de producción capitalistas, sería al contrario sumamente sorprendente que el empresario capitalista de América Latina tuviera valores de la eficiencia capitalista. No los tiene, porque tal eficiencia no existe, y su comportamiento en relación al subdesarrollo corresponde totalmente a la racionalidad específica de la sociedad subdesarrollada.

La ciencia burguesa no admite esto último. No consigue explicar esta racionalidad del subdesarrollo, que determina que el empresario se comporte subdesarrolladamente. Prefiere construir un sistema idealista de la formación del mundo de valores, que viene a ser un mundo totalmente apartado de la estructura económico-social. Es un mundo en el cual se producen valores de manera uniforme, como una fábrica de cecinas produce salchichas. Esta función productiva es entregada al sistema educacional, que de repente llega a tener la tarea de producir valores de la eficiencia, que la estructura capitalista en lo económico-social ya no produce. De esta manera pueden ser interpretadas investigaciones como las de McClelland sobre la sociedad del logro, o trabajos semejantes de Lipset. Si bien nadie va a negar la importancia de la acción educativa sobre el mundo de los valores, hay que decir que ésta no es capaz de revitalizar un sistema capitalista caduco. Por el contrario se convierte en una herramienta clave para impedir una toma de conciencia de esta caducidad y llega a ser una herramienta más para perpetuar el subdesarrollo, a menos que responda a una situación de tránsito de la sociedad capitalista a la sociedad socialista.

La estructura de valores que se forma en la situación del subdesarrollo, merece todavía un estudio más profundo, para aclarar bien el concepto de las sobrevivencias de los así llamados valores tradicionales. Como ya vimos, el enfrentamiento entre valores tradicionales y valores capitalistas se produce solamente de una manera muy parcial. Se produce en todo lo que se refiere a los valores capitalistas de intercambio. En este plano, la estructura capitalista muestra además toda la fuerza necesaria para destruir cualquier valor tradicional que pudiera oponerse a tales valores capitalistas. Ni siquiera la inercia de tales valores tradicionales pudo salvarlos, mientras estaban en contradicción con la introducción de valores capitalistas de intercambio. En cambio, tal enfrentamiento no se produjo en el plano de los valores de la eficiencia capitalista. Pero ocurrió también una reformulación. El significado de tal reformulación puede ser aprehendido mediante el análisis de un sistema de valores específico, que no tiene que ver directamente con el sistema económico, pero que puede servirnos de manera analógica. Se trata del sistema del tráfico.

Este ejemplo puede facilitarnos algunos elementos para el análisis de la estructura de valores, determinadas por las relaciones capitalistas de producción en la sociedad subdesarrollada moderna. Específicamente nos interesa la relación entre normas, valores y actitudes individuales, que forman un conjunto que regula la fluidez circular de tránsito como un sistema. Todo tráfico contiene este principio regulador. Logrando tal fluidez, la movilización de personas y bienes llega a alcanzar un grado máximo para todos.

Pero los participantes del sistema de tráfico no pueden orientarse directamente por el principio de la fluidez circular. Hace falta una mediación entre el principio general y la actuación individual. Esta mediación es efectuada por las normas del tráfico. Estas normas se constituyen autoritariamente, aunque derivan del mismo principio de fluidez y reciben de él el carácter de un conjunto racional. Las normas no son arbitrarias, puesto que constituyen ya en sí un sistema para facilitar la fluidez circular del tráfico. Recién a partir de estas normas, el individuo puede integrarse al sistema. Pero existe un problema específico en relación a esta integración. En el caso en que se logra la fluidez del tráfico, el individuo debe interiorizar el concepto circular y las normas derivadas de ello, y desarrollar a la vez actitudes que lo incorporan en la fluidez del sistema.

Estas actitudes forman ahora un mundo especial. No pueden dirigirse a cumplir ciegamente con las normas del tráfico. Tienen que interpretar tales normas de acuerdo al concepto de la fluidez circular del tráfico, lo que impone en determinados momentos actuar en contra de estas normas. El sentido mismo de las normas exige infringirlas en determinados momentos anormales, de peligros especiales, etc. Las actitudes adecuadas, por lo tanto, no nacen de la disciplina ciega. Pero tampoco de la orientación arbitraria frente a las normas. La disciplina frente a las normas tiene que regir siempre y cuando ésta contribuye a la fluidez del sistema. En este sentido, las normas imponen una limitación a la actuación individual. Cada uno puede actuar maximando su fluidez individual solamente en el grado en que estas normas lo permiten. Pero como estas normas se derivan del concepto de la fluidez circular, eso significa, en último término, que cada uno puede maximar su fluidez individual, sólo en el grado en que eso no molesta la fluidez de los otros, o, lo que viene a ser lo mismo, la fluidez del sistema en general. Existe, por lo tanto, una determinada renuncia a la maximización individual, que es puramente aparente. Infringir las normas en provecho personal significa una ventaja únicamente en el caso de que los otros no hagan lo mismo. Si todos lo hacen, el sistema se derrumba o todos salen perdiendo. Existe, por lo tanto, un problema ideológico de fundamen-

tación de su sentido, que puede resumirse perfectamente en estos lemas, ya ya hemos recordado: "Renunciando ganas más"; "No hagas al otro lo que no quieres que el otro te haga a ti". Además, la policía del tráfico actúa continuamente con racionalizaciones de este tipo.

Si se logra un sistema de actitudes correspondientes al sistema de normas, el concepto de fluidez circular llega a ser la mediación general del sistema; tanto de las normas, como de la interiorización de sus valores implícitos, y como de las actitudes de los participantes en el sistema del tráfico. Sin embargo, esta correspondencia tiene sus condiciones objetivas bien definidas. Las normas tienen que ser coherentes sin contradicciones internas. Además, toda la infraestructura del tráfico debe ser adecuada para que esta fluidez circular sea posible. Hablando de un modo figurado, debe haber suficientes calles, lo bastante anchas, con semáforos coordinados y con la capacidad objetiva de adaptarse a aumentos del tráfico total. Si bien el cumplimiento con estas condiciones objetivas necesarias no es suficiente para hacer surgir un sistema de actitudes de acuerdo con la fluidez circular, este sistema de actitudes no puede surgir sin estas condiciones objetivas.

Ahora bien, si estas condiciones no se dan, ocurre un derrumbe del sistema. Pero en este derrumbe se revela esencialmente lo que en realidad es el sistema de las actitudes. O, para decirlo en otras palabras, en este momento sale a luz el hecho de que se trata de un sistema de anticipaciones de la fluidez o no-fluidez del sistema del tráfico en general y, a la vez, de anticipaciones de las anticipaciones de los otros participantes del tráfico. En esta red de anticipaciones se forma la actitud de cada uno de los individuos. Pero siempre determinada por las anticipaciones de los otros.

Podemos distinguir estas participaciones en dos categorías. Por un lado, la anticipación de la fluidez o no-fluidez del tráfico. Esta tiene una base objetiva-material. Supongamos que existan las condiciones objetivas para la fluidez general dadas por la coherencia de las normas y por la infraestructura suficiente. Se puede anticipar entonces razonablemente una fluidez del tránsito en general. Pero esta anticipación no es verdadera para el individuo, solamente por esta razón objetiva. Para que sea realista, tiene que tomar en cuenta otro tipo de anticipaciones, es decir, si los otros están anticipando también la fluidez o la no-fluidez del tránsito. Si los otros también anticipan la fluidez —dadas las condiciones objetivas para que se cumpla— el sistema general de anticipaciones será coherente y corresponderá a la fluidez general. El sistema se desarrollará entonces por la mediación del concepto de la fluidez general. Pero si los otros —a pesar de las condiciones objetivas de la fluidez, eventualmente por razones de mala información o simplemente por razones psicológicas de pánico—, anticipan la no-fluidez, el individuo, del cual partimos, se verá obligado a desarrollar también actitudes que correspondan a la anticipación de la no-fluidez. El sistema de anticipaciones en

general rige las anticipaciones de cada uno, y nadie puede salir de él arbitrariamente.

Ahora bien, sin duda se puede dar una contradicción entre condiciones objetivas de la fluidez del sistema y el sistema de actitudes que las determina. Pero siempre y cuando existen las condiciones objetivas, el establecimiento de una correspondencia con el sistema de las actitudes impondrá una política específica, que de ninguna manera puede ser descrita como una política de interiorización de valores. En tal situación el problema no consiste en que estos valores no estén presentes en los individuos, sino más bien en que frente a la totalidad formada por el sistema de las actitudes, éste no pueda aplicarlos por su propia cuenta. Para que el sistema de actitudes cambie, todos tienen que cambiar su forma de actuar y sus anticipaciones en relación a la fluidez general, simultáneamente. Eso exige un esfuerzo combinado, en el plano de las racionalizaciones ideológicas, de las anticipaciones de la fluidez futura de cada uno, de la anticipación del cambio de las anticipaciones por cada uno y de una interiorización de valores correspondientes al cumplimiento de las normas.

Esta acción específica sobre el sistema de las actitudes se complica todavía más si las condiciones objetivas de la fluidez no están dadas. En este caso el esfuerzo combinado del cambio de la estructura de las actitudes (y de los valores) tiene que incluir la misma formulación coherente de las normas y la creación de la infraestructura material correspondiente. El cambio de la estructura de valores resulta ser un esfuerzo total, dentro del cual la educación del tráfico ocupa solamente un papel limitado.

Si este esfuerzo no se hace, la estructura de actitudes no sufre simplemente sino que se ordena de una manera diferente y según un principio de racionalidad que no consiste en la mediación de las actitudes por el concepto de la fluidez circular. El principio ordenador de este sistema de actitudes será entonces la anticipación de la no-fluidez, que también resulta en una determinada racionalidad de un tipo inverso a la racionalidad de la fluidez.

Podemos describir esta racionalidad inversa como un cálculo de intereses particularistas. En este caso el comportamiento de cada participante es determinado por su ventaja inmediata en relación al otro. Anticipa la no-fluidez y la establece, pero creando una situación sistemática, en la cual las actitudes tienen también una determinación racional. En estas condiciones —la anticipación general de la no-fluidez— las actitudes particularistas y por lo tanto la reproducción de la no-fluidez, maximizan la libertad de desplazamiento de cada miembro de este sistema del tráfico. Estas actitudes particularizadas, por lo tanto, representan también un cálculo de maximización. Los valores correspondientes a estas actitudes, así como son valores particularistas, son a la vez producto de un cálculo de maximización. En relación al sistema de actitu-

des por la anticipación de la fluidez, podemos hablar de actitudes y valores antitéticos, que representan una inversión de las actitudes más bien universalistas de un sistema de correspondencia entre actitudes y normas.

Podemos ahora sintetizar los conceptos básicos que nos ofrece este análisis del sistema del tráfico, a fin de usarlos después con un sentido analógico en el análisis de toda la estructura de valores en la situación del subdesarrollo. Podemos resumir las condiciones de correspondencia entre actitudes y normas:

1.— Una infraestructura del tráfico, que da las condiciones objetivas de la fluidez del tránsito.

2.— Una coherencia de las normas, que hace posible que los participantes en el tráfico puedan desarrollar un sistema de actitudes, que anticipa la fluidez del tránsito.

3.— Una función ideológica, que racionaliza en términos de ventajas individuales la mediación de las actitudes por el concepto de la fluidez del tránsito (El lema central: "Uno gana, renunciando").

Cada una de las tres condiciones es igualmente importante. Sobre todo hay que insistir en la función específica de la ideología, que es condición objetiva y necesaria del logro de un sistema de fluidez general. Eso significa que un determinado sistema puede fracasar por razones ideológicas. Pero no debe confundirse esta función ideológica específica con la función de convencer de la legitimidad del sistema. Evidentemente, se necesita un acuerdo de legitimidad del sistema. Pero la función ideológica va más allá de esta función. Echa a andar el sistema.

Si bien es posible que un sistema fracasa por simples razones ideológicas, nos interesa más considerar otro punto de vista. Podríamos decir que el fracaso ideológico del sistema es inevitable toda vez que no existen las condiciones objetivas de la fluidez del sistema del tránsito, del cual estamos hablando. En este caso el sistema de actitudes —que es un sistema de anticipaciones— se invierte y funciona sobre la base de actitudes antitéticas y de valores particularistas.

En el sentido desarrollado tratamos el sistema de las actitudes como un universo en el que se habita, y no como un cielo de valores, que interioriza individualmente. Eso nos permite explicar dos hechos básicos, que en relación al sistema del tránsito se experimenta con una gran intensidad:

1.— El sistema de anticipaciones existente en un determinado conjunto urbano, por ejemplo, impone a cada persona un determinado tipo de actitudes, que está vigente e institucionalizado en tal sistema. Hay racionalidades específicas, a las cuales uno tiene que adaptarse, bajo pena de muerte. Uno puede tener valores interiorizados que no estén de acuerdo con las actitudes específicas exigidas, pero forzosamente tiene que adaptarse a las actitudes vigentes, lo que generalmente trae consigo un cambio de los valores subjetivamente sentidos, o una frustración en relación a estos valores. Pero tales valores no pueden deter-

minar las actitudes. En este sentido, el cambio ambiental de las actitudes siempre significa para el individuo un cambio de su sistema individual de actitudes.

2.— La anticipación de la no-fluidez del sistema constituye un tipo de racionalidad específico y cualitativamente distinto de la racionalidad que surge de la anticipación de la fluidez. No se trata de un tipo intermedio o de una mezcla de valores universalistas con valores particularistas. Las actitudes antitéticas fundan una racionalidad particularista, que tiene una consistencia análoga a la racionalidad universalista, pero inversa. Además, es también una racionalidad de maximización, pero solamente sobre la base de otras pautas que se imponen por el otro contexto estructural.

La anticipación del estrangulamiento económico por la actitud de capitalista

Todo este resultado nos permite ahora pasar de nuevo al análisis de la estructura de valores en la sociedad subdesarrollada entera. Podemos usar el ejemplo del tráfico como una analogía, teniendo presente que esta analogía, como todas, tiene sus defectos. Pero, de todas maneras nos permite explicar este hecho tan sorprendente a primera vista, esto es, que en el país subdesarrollado las relaciones capitalistas de producción funcionan sobre la base de una estructura de actitudes y de valores de tipo más bien particularista.

A nuestro entender, la estructura de valores del tipo particularista nace en los países subdesarrollados a partir de la no-correspondencia entre la dinámica de las fuerzas productivas y las normas de la estructura de funcionamiento derivadas de los valores capitalistas del intercambio. Dada tal situación, esta no-correspondencia se hace visible en el estrangulamiento general de la industrialización y sus efectos se hacen sentir sobre cada capitalista en especial. Este capitalista, por lo tanto, nota en su vida diaria estos efectos y los anticipa también para el futuro. Sus actitudes se forman en esta situación de anticipación del estrangulamiento. El sistemano es eficiente, y su falta de eficiencia se supone también hacia el futuro.

El punto principal, en que dicha situación llega a hacerse crítica para el capitalista, se determina por las oportunidades de inversión. Se da una situación bastante paradójica, que puede explicarse por el hecho de que la oportunidad de inversión en el país subdesarrollado topa continuamente con el límite de la posibilidad de importar. Pero este límite es notable solamente para el lanzamiento de proyectos grandes de inversión. Estos dependen de sumas altas, que el esfuerzo propio del país no puede suministrar. Por lo tanto estos grandes proyectos se realizan escasamente. Sin embargo, las oportunidades de inversión del capitalista mediano y pequeño están predeterminadas por la realización de

proyectos grandes, que exigen siempre un gran número de fabricaciones complementarias a escala pequeña. Si ahora por la limitación de divisas, no se realizan los proyectos grandes, las oportunidades de inversión por parte de capitalistas medianos están limitadas. Para ellos ahora la apariencia es muy distinta a la situación real. Tienen mucha facilidad para importar equipos, pero poco mercado para levantar sus industrias. Desde el punto de vista de ellos, sobran divisas y faltan mercados, mientras que desde el punto de vista del gran capital esto es casi al revés. Sin embargo, en los dos casos el resultado es el mismo: hay que aprovechar hasta el máximo oportunidades de mercado, una vez logradas. El gran capital, porque no tiene razones para temer al surgimiento de actividades competitivas, y el capital mediano por la falta de oportunidades de inversión, que impone la defensa ciega de posiciones obtenidas. Los dos, por lo tanto, concuerdan en la política de cerrar los mercados y de aprovecharlos en esas condiciones en vez de desarrollarlos. Y eso no ocurre por mala voluntad, sino porque no hay perspectiva para desarrollarlos.

Esta política de cerrar los mercados implica ya la anticipación del estrangulamiento industrial y de la transformación de la industria en enclave. Sin embargo, tal anticipación puede transformarse obviamente en un sistema de actitudes, que de por sí es particularista. La maximización de las ganancias en tal situación obliga a desarrollar actitudes particularistas, como una respuesta lógica y racional.

Eso nos describe la racionalidad específica del subdesarrollo, que tiene ya implícita la resistencia a la realización nítida de relaciones capitalistas de producción. Parece ahora lógico que la sociedad capitalista subdesarrollada sea tal como es.

Podemos ahora utilizar el modelo del tráfico, presentado anteriormente, como analogía para explicar la estructura de valores que se da en la sociedad subdesarrollada. Las normas de la estructura de funcionamiento —análogas a las normas en el ejemplo del tránsito— resultan ser normas derivadas de los valores capitalistas del intercambio, que por su parte se entienden como interpretaciones de una fluidez de la acumulación capitalista y del cálculo del interés inmediato. En este sentido son normas universalistas, que someten todos los factores de producción a un concepto de igualdad formal y de maximización del rendimiento. Pero el cálculo de los intereses inmediatos lleva a un sistema de actitudes igualmente universalista solamente si la vigencia de estas normas universalistas es compatible con la fuerza expansiva del aparato productivo. En este caso, el capitalista anticipa los efectos de la posible expansión y anticipa igualmente una anticipación análoga en los otros. De eso resulta una autointerpretación de su actuación, que ideológicamente puede expresarse por principios análogos a los que encontramos en la función ideológica respecto el sistema de actitudes en el ejemplo del tránsito: "Renunciando se gana más" y "No hagas al otro lo que no quieres que el otro te haga a ti". El capitalista experimenta en su vida dia-

ría las ventajas de tales actitudes y, por consiguiente, el cumplimiento metódico de las normas y el perfeccionamiento continuo de ellas se convierte en su interés inmediato de clase. El capitalista, por lo tanto, será la fuerza motriz de la expansión de las relaciones capitalistas de producción y de la expansión de las fuerzas productivas dentro de estas relaciones.

Pero toda esta situación se invierte, apenas se suscite una contradicción entre las normas universalistas del intercambio capitalista y la fuerza expansiva del aparato productivo. En este caso, el capitalista tiene que anticipar el estrangulamiento de la estructura económica y anticipaciones iguales por parte de los otros. Tendríamos entonces la situación típica, en que el cálculo del interés inmediato, a pesar del carácter universalista de las normas, da lugar al surgimiento de una estructura anticipativa de las actitudes del tipo particularista. Tales actitudes particularistas llegan a ser ahora las actitudes adecuadas a la maximización capitalista. La contradicción entre normas universalistas del intercambio capitalista y dinámica de las fuerzas productivas se repite en la contradicción entre estas normas y el sistema de actitudes particularistas, y ambas contradicciones no hacen sino expresar la lógica del sistema capitalista en la situación histórica del subdesarrollo.

Todo eso da lugar a un circuito contradictorio entre fuerzas productivas, normas universalistas y sistema de actitudes. Si se hace el intento de dar más coherencia interna al sistema de normas universalistas y de asegurar su cumplimiento de un modo metódico y no evasivo, ocurre en seguida una anticipación del estrangulamiento por parte de la clase capitalista. Esta anticipación constituye la base del conflicto y afirma la existencia de un sistema de actitudes particularistas, a través de las cuales los capitalistas buscan su maximización. Además esta orientación de las actitudes provoca resistencia, por parte de la clase capitalista, al esfuerzo en favor de una mayor rigidez del sistema de normas universalistas del intercambio capitalista. Esta resistencia está continuamente reproducida por el propio sistema capitalista de las relaciones de producción y emana de ella. Con ello, la ideología capitalista se convierte en un esfuerzo puro de legitimación demagógica del sistema, y a la vez pierde la posibilidad de sustentar la constitución y mantención de un sistema preventivo anticipativo de actitudes universalistas.

En una situación tal, el sistema de actitudes resulta inmune a los esfuerzos en favor de una interiorización de los valores universalistas del intercambio y de la eficiencia capitalista, por el simple hecho de que el sistema de actitudes se autosustenta y de que las actitudes de ninguna manera son un producto directo de alguna interiorización de valores correspondientes. Estos nacen, más bien, de una vinculación del individuo con la estructura. El esfuerzo en favor de la interiorización de valores universalistas, por lo tanto, no logra sino intensificar más la frustración general en la cual el sistema se encuentra.

Todo este análisis demuestra que las normas universalistas del intercambio capitalista son ambiguas. Pueden llevar tanto a un sistema de actitudes del tipo universalista o particularista, según correspondan o no a la expansión de las fuerzas productivas. El sistema de actitudes particularistas es nada más que una determinada forma de calcular los intereses inmediatos a partir de un sistema de normas del tipo universalista. Por lo tanto, es completamente innecesario el concepto de las sobrevivencias de valores tradicionales. Solamente existe una determinada coincidencia entre sistemas tradicionales de actitudes y este sistema subdesarrollado. En los dos casos se trata de actitudes particularistas. Pero en la sociedad tradicional las actitudes particularistas corresponden a una estructura de normas de funcionamiento, que también es del tipo particularista. En el caso de las relaciones capitalistas de producción del subdesarrollo, en cambio, las actitudes particularistas surgen de un interés calculado a partir de un sistema universalista de normas de funcionamiento, que está en contradicción con el desarrollo de las fuerzas productivas. Las actitudes, en este caso, invierten el sentido que origina las normas.

Este análisis también nos permite hacer algunas afirmaciones con respecto al comportamiento empresarial en la sociedad subdesarrollada, que están ya implícitas en lo dicho con anterioridad:

1. El sistema anticipativo de actitudes es un universo, que se habita. Por lo tanto, el capitalista individual no escoge, a partir de valores individuales, las actitudes que va a tomar. El universo de las actitudes predefine su lugar. Por consiguiente su extracción cultural, nacional o étnica no tienen una influencia decisiva en la formación de sus actitudes. Si eso es acertado, el trasplante de empresarios del centro desarrollado capitalista al país subdesarrollado tampoco puede tener mayor efecto sobre el comportamiento empresarial. El empresario que viene del país desarrollado, en seguida adoptará la racionalidad específica del país subdesarrollado, convirtiéndose en empresario subdesarrollado, igual como los otros. El comportamiento real de los empresarios extranjeros en países subdesarrollados parece confirmar eso. Se adaptan a la racionalidad del subdesarrollo, de igual manera como cualquier empresario nacional. Lo mismo tendría que ocurrir en traslados en el sentido contrario.

2. Las actitudes resultantes de la anticipación del estrangulamiento llevan a actuaciones que, por su parte, refuerzan esta tendencia al estrangulamiento. El caso de la fuga de capitales del mundo subdesarrollado es quizás el caso más llamativo en este sentido. La anticipación del estrangulamiento es siempre también anticipación de la ilegitimidad del sistema capitalista y, por lo tanto, de su inestabilidad. Junto con la escasez de oportunidades, de inversiones, la fuga de capital es la manera más inmediata de contestar a la situación del subdesarrollo. Con esta actitud, el empresario capitalista afirma inequívocamente que no está

dispuesto a jugarse por la capacidad del sistema capitalista de superar el subdesarrollo y de asegurar su legitimidad a través del desencadenamiento de las fuerzas productivas. Busca su seguridad en los centros capitalistas y, desde su punto de vista, tiene completamente razón. No se trata tampoco de un problema psicológico y, en este sentido, de confianza, sino de una previsión de las limitaciones del propio sistema capitalista.

3. Todas estas actuaciones resultantes de la anticipación del estrangulamiento, tienen una influencia colectiva a la cual el capitalista tiene que someterse. La fuga de capital, otra vez, es un indicio de este hecho. El capitalista no puede buscar su seguridad en el país subdesarrollado, sino solamente su ganancia. Su seguridad tiene que buscarla en los centros desarrollados. Si bien como clase puede buscar esta seguridad mediante la intervención extranjera, en caso de peligro de la estabilidad de la estructura subdesarrollada, como capitalista individual tiene que buscar su seguridad en una propiedad en los centros a su nombre personal. El sistema capitalista mundial no apoya a personas, sino a capitales y, solamente a través de los capitales, a las personas. Un derrumbe del capitalismo subdesarrollado convierte al empresario capitalista en una simple persona, en la cual el capitalismo mundial no tiene interés. La última instancia de su seguridad es, por lo tanto, la propiedad personal en el extranjero. Pero si esta es la actitud de todos, todos también pueden jugarse en contra de cambios del sistema con mayor inflexibilidad. A pesar de que juegan todo en contra del cambio, no arriesgan todo. La tenacidad de las luchas sociales aumenta este riesgo e impone la necesidad de preparar el escape para este caso de perder.

III. *La acumulación socialista, el cálculo del interés indirecto y el proyecto latinoamericano del socialismo*

Hemos analizado hasta ahora todo el sistema del cálculo del interés inmediato, mirándolo conjuntamente con el surgimiento de la estructura de clase capitalista y con la problemática de las fuerzas productivas. Eso nos dio un concepto de unidad para discutir la sociedad capitalista como un total. Este total se constituyó de la estructura económica, la estructura de funcionamiento y de normas, la estructura de clases y la estructura ideológica y de valores. Interpretamos el sistema capitalista desde los diferentes aspectos de estas estructuras, y constatamos a la vez, que el individuo —como cualquier fenómeno social parcial— se entiende como parte de esta totalidad del sistema.

El concepto de la estructura de clases

En este análisis, la estructura de clases se presentaba en dos aspectos. Por un lado, como propiedad sobre los medios de producción, que define la clase dominante capitalista y que se subdivide en facciones

según tipos de propiedad capitalista. Por otro lado, como un sistema de actitudes y valores, que nace del cálculo del interés inmediato y que determina el modo de coordinación de la división social del trabajo. Dado este cálculo de interés, esta coordinación lleva a una determinada estructura de inversiones impuesta por el mercado, que da lugar a la polarización del sistema capitalista mundial en centros desarrollados y periferias subdesarrollados. Se trata de una polarización que implica la polarización en clases y que se realiza a través de ella. El cálculo del interés inmediato contiene tanto el elemento de la polarización desarrollo/subdesarrollo, como la dicotomía trabajo asalariado/coordinación de los factores de producción.

Para el sistema capitalista, parece existir una perfecta concordancia entre la interpretación de la estructura de clase desde el ángulo de la propiedad sobre medios de producción y desde el del cálculo del interés inmediato. Pero eso vale solamente si el análisis se mantiene estrictamente en los marcos del sistema capitalista. Porque la propiedad privada en los medios de producción no puede existir sin un cálculo del interés inmediato. Con eso está expresada la limitación principal del sistema capitalista.

Sin embargo, lo mismo no es válido al revés. Si bien la propiedad privada no puede existir sin el cálculo del interés inmediato, sí puede existir un cálculo del interés inmediato sin propiedad privada en los medios de producción. En este último caso —propiedad socialista con cálculo del interés inmediato— los dos aspectos del análisis de la estructura de clase se separan. Desde el punto de vista de la propiedad en los medios de producción, las clases capitalistas desaparecen, pero para el criterio de racionalidad se mantiene la misma estructura de clase junto con la correspondiente estructura de inversiones y sus posibilidades de polarización en desarrollo/subdesarrollo. En parte, ya analizamos este fenómeno en el caso de la Unión Soviética de los años 20, donde una estructura socialista de la propiedad se combinó con una estructura de inversiones correspondiente al cálculo del interés inmediato, cuya consecuencia fue la crisis del subdesarrollo a fines de los años 20. Pero en aquel entonces el fenómeno todavía no tenía su expresión específica pura, porque se mantenían relaciones capitalistas de producción tanto en el campo como en la mediana y pequeña industria.

Sin embargo, en la disputa entre la Unión Soviética y China durante la década del 60, este mismo fenómeno surge de una manera mucho más pura. Los chinos empiezan a reprochar al socialismo soviético una predilección por valores capitalistas sobre la base de una estructura socialista de propiedad. Expresado en términos teóricos, nos parece, se trata precisamente del problema mencionado. Se reprocha al socialismo soviético la aplicación de un cálculo de intereses inmediatos sobre la base de relaciones socialistas de producción, con la consiguiente imposición del subdesarrollo a los otros países.

Seguramente una combinación de este tipo es posible. En este caso se forma una estructura de actitudes y valores y una estructura de inversiones correspondientes a las que existen en sociedades capitalistas. En cambio, no se forma de igual manera una clase dominante, como en la sociedad capitalista, sino una burocracia socialista ahora que asume la función empresarial en términos análogos a los del empresario capitalista anterior. Probablemente no se produce el mismo enfrentamiento de clases, sino un tipo de participación obrera confrontada más bien a grupos de intereses y no distintos a los de las clases constituidas del tipo capitalista.

Frente a una situación tal, es difícil emplear un concepto de estructura de clase elaborado a partir de la experiencia de la sociedad capitalista. Desaparece la confrontación entre dueños de medios de producción y asalariados, y surge una burocracia que no se presenta como enemigo concreto con nombre y apellido. Ahora bien, esta estructura se interpreta mejor por la relación entre fuerzas productivas, estructura de inversiones y estructura de actitudes —unificada por el concepto del cálculo del interés—, que por una relación institucionalizada entre los que manejan los medios de producción y los asalariados. El cálculo de interés nos define entonces la forma utilizada por los que tienen el poder sobre los medios de producción, para manejar la sociedad entera. Esta sigue siendo un concepto de clases, pero más amplio que el anterior, que está basado en la confrontación directa entre el poder sobre medios de producción y el asalariado.

Definiendo la estructura de clases en estos términos, la estructura capitalista de clases es un determinado tipo del cálculo del interés inmediato, en el cual éste se mediatiza por la propiedad privada en los medios de producción. Mantiene, así, su especificidad. Pero hay que considerar otro tipo de sociedad, que también se basa en el cálculo del interés inmediato, y que es socialista. En este caso, el poder sobre los medios de producción no se mediatiza por la propiedad privada, sino por la forma burocrática, lo que determina también una especificidad de esta sociedad.

El cálculo de intereses en la acumulación socialista

Pero nuestro interés en este momento no se concentra en los problemas de la sociedad socialista desarrollada con sus propias tendencias a la revalidación del cálculo del interés inmediato. Vamos a considerar más bien el tipo de cálculo de intereses que corresponde al período de la acumulación socialista. Este no es compatible con el cálculo del interés inmediato. Tal cálculo presupone una predominancia de la demanda de bienes para el consumo particular y una estructura de inversiones originada en la competencia —monopólica o no— de mercados. La acumulación socialista, en cambio, realiza otra estructura de inversiones

y sitúa, por lo tanto, los intereses de individuos y de grupos en otro contexto. Tiene que desvincular forzosamente los intereses particulares de la estructura de inversiones y negar una relación inmediata entre rendimiento de trabajo e ingresos individuales. Puede diversificar estos ingresos hasta cierto grado, pero no puede convertirlos en el motor de la economía entera.

Se trata de una necesidad intrínseca de la acumulación socialista, que impone en seguida la exigencia de un cálculo distinto de los intereses particulares y los de grupos. Las mismas sociedades socialistas hablan en este contexto de la oposición entre intereses materiales e intereses no-materiales, o de estímulos materiales y estímulos sociales, etc. No obstante, se trata de la exigencia de otro cálculo de los intereses. Este cálculo divide los aspectos subjetivo y objetivo, que en el cálculo del interés inmediato están unidos. En lo que se refiere al aspecto objetivo, constituye la estructura de inversiones y, por consiguiente, toda la estructura productiva, sobre la base de las necesidades de la producción total del país. El cálculo subjetivo, consecuentemente, constituye un criterio indirecto de la participación en el producto generado. El individuo no debe calcular su participación en el proceso productivo en términos de una vinculación de rendimiento y aporte personal con su consumo particular. Como la sociedad, bajo las circunstancias de la acumulación socialista, determina la estructura productiva a partir de las necesidades sociales, el individuo tiene que hacer un cálculo personal de un tipo correspondiente. Pero este cálculo parece ser más bien un anticálculo. Tiene que estar basado en un estímulo social —de aporte a la sociedad—, que subraya precisamente las partes no directamente calculables de la participación individual en el producto entero. Por lo tanto, el individuo no puede determinar su colaboración en términos de la parte calculable de su ingreso personal, o de su posible consumo individual, sino en la parte no calculable de su participación en el producto entero, o en su consumo social.

Esta situación desvincula el cálculo de la estructura productiva del cálculo cuantitativo individual. La estructura productiva se basa sobre necesidades sociales, que no son cuantitativamente calculables en términos individuales. Sin embargo, una estructura socialista de producción tiene que exigir del individuo un comportamiento de este tipo. Si no llega a lograrlo, no hay posibilidad de acumulación socialista. Esta es la razón de que en todos los casos insista tanto en los estímulos no-materiales, que en sentido estricto también son estímulos materiales. Pero son estímulos materiales —educación, salubridad, locomoción pública, seguridad social—, no calculables en términos del ingreso individual. Y, sin embargo, tan materiales como los otros. Por esta razón preferimos hablar del cálculo de intereses indirectos.

Todo este análisis aclara desde ya que un cálculo de intereses indirectos no puede dirigir la formulación de la estructura productiva en

el mismo sentido en que puede hacerlo un cálculo de intereses inmediatos. En este caso, el interés personal se convierte en demanda y da como tal las pautas de la estructura productiva. En el caso del interés indirecto, en cambio, el individuo expresa su disposición de colaborar en una estructura productiva que no se origina en los impulsos de la demanda efectiva. Hace falta concebir, por lo tanto, otras instancias de especificación de la estructura productiva, que no pueden ser sino de tipo social y no individual. Estas instancias determinan el tamaño del consumo individual en relación al consumo total—inclusive social— de la sociedad y a la vez una disposición individual de colaborar sobre la base de decisiones sociales no directamente influidas por cada individuo. La coincidencia entre el principio de racionalidad socialista, que rige las decisiones sociales, y el cálculo de intereses del individuo se produce siempre que este cálculo corresponda a intereses indirectos.

Se trata aquí de la descripción del problema principal de la estructura de valores en el período de la acumulación socialista. Esta problemática surge en todos los proyectos socialistas cuando pasan por el período de la acumulación, y todos buscan alguna manera de solucionarla. Como no se puede usar el interés inmediato como vehículo para producir los valores de la eficiencia, que también cada sistema socialista necesita, se tiene que buscar algunos mecanismos distintos para inculcar valores de eficiencia en la estructura socialista. Si bien sigue en pie este cálculo, resumido en el “renunciando ganas más”, la renuncia se efectúa en términos calculables del ingreso personal e implica más bien una ganancia en términos sociales de un aumento del nivel general de vida (consumo social). Eso exige una acción específica sobre la estructura de actitudes y valores.

El caso soviético

El primer caso de una acción de este tipo es el del socialista soviético, donde hay todavía poca conciencia de esta problemática especial. Al instalarse, este socialismo primero esperó un cambio automático de la estructura de valores por el simple hecho de que las relaciones capitalistas de producción se cambiaron por relaciones socialistas. Pero la sociedad soviética no respondió a la exigencia de un cambio íntegro de su estructura de valores. Por ejemplo, todo el optimismo que Lenin había tenido a este respecto se puede observar en su artículo sobre los subotnikis, un movimiento de trabajadores orientado hacia estímulos indirectos del trabajo. Pero rápidamente Lenin advirtió que tales movimientos no lograron fuerza masiva. Su manera de reaccionar se ve en la nueva política económica, que impregnó la década de los años 20 en la Unión Soviética y que tuvo como resultado la crisis del subdesarrollo a fines de esta década. El nuevo sistema de planificación, establecido, si bien superó esta crisis, tampoco logró actuar conscientemente sobre la

estructura de actitudes y valores. En los escritos de Stalin y de los otros políticos soviéticos, se nota muy poca comprensión del problema, lo que llevó a una acción empírica y sumamente administrativa sobre la estructura de valores. El aparato de planificación sencillamente impuso metas de producción, cuyo cumplimiento significaba la obligación a un nuevo espíritu de eficiencia. La presión administrativa impulsó el cumplimiento de estas metas, subordinando el cambio de la estructura de valores a un sometimiento bastante ciego a tal planificación y a un desarrollo de valores de eficiencia en función del cumplimiento de los planes. Es evidente: la falta de conciencia explica que el cambio se haya hecho por la fuerza administrativa y por el terror, dejándose de lado totalmente la posibilidad de una acción concientizadora sobre las masas.

En eso descansa la ambigüedad del sistema stalinismo. Los estímulos indirectos forzosamente tienen que ser usados, pero como no hay reflexión de esta necesidad, tampoco hay un método para penetrar las masas soviéticas con un espíritu racional que hubiera podido servir como soporte libre para un cambio de la estructura de valores. La falta de métodos racionales siempre se sustituye por el terror, lo que parece ser una de las leyes claves de la dialéctica de la historia. Sin embargo, el método administrativo fue exitoso en el sentido del desarrollo, a pesar de que resultó sumamente costoso. Así, una de las palancas del incentivo indirecto resultó ser el trabajo forzoso. En otros sectores, el estímulo indirecto se vinculó con una mezcla inorgánica de estímulos indirectos y estímulos materiales. Jamás se tuvo una conciencia del problema verdadero y, a fines del período de la acumulación socialista, la política económica soviética tampoco tenía un método desarrollado que le permitiera resistirse a la reimposición de los estímulos materiales del interés inmediato. El período stalinista aparecía como una pesadilla histórica —un culto de la personalidad históricamente casual—, que se quería superar desarrollando el consumo de las masas, con la consiguiente posibilidad de relajar la imposición administrativa sobre el pueblo soviético, reemplazándola por palancas de dirección en términos de intereses materiales e inmediatos.

El resultado de este tipo de cambio de la estructura de valores era una nueva ética de la eficiencia, que se llegó a vincular de nuevo con un cálculo del interés inmediato, ahora comprendido en una estructura socialista desarrollada. Pero como con esto no se fomentaba una nueva conciencia crítica de las masas soviéticas frente al propio sistema socialista, tal cambio, se agotó en un espíritu de colaboración con el sistema, que, como tal, pretendía representar la presencia de la libertad humana en el mundo. Como la acumulación socialista no se hizo sobre la base de una concientización crítica de las masas, la orientación por los estímulos indirectos se perdió después de la acumulación socialista, perdiéndose a la vez la posibilidad de la democracia socialista en una sociedad socialista desarrollada. La colaboración ciega con el sistema,

legitimada por sus éxitos económicos, dejó aparecer un nuevo *establishment*, que hizo surgir una sociedad extremadamente despolitizada y sin conciencia crítica interna.

Este es solamente uno de los costos del método administrativo. Otro consiste en el impacto que esta forma de actuar ejerció sobre la imagen del socialismo en el mundo capitalista, cuya marginalidad constituyó uno de los obstáculos principales de los movimientos socialistas posteriores a la revolución de octubre.

Los nuevos socialismos

Sin embargo, surgen nuevos socialismos, incluso en el mundo subdesarrollado. Nos interesan sobre todo los casos de China y Cuba, que pueden contar con la suficiente autonomía en relación a la Unión Soviética como para formular sus propios proyectos.

Estos nuevos socialismos tienen en común una orientación metódica hacia el cambio de la estructura de actitudes y valores en el período de la acumulación socialista. A pesar de todas las diferencias que los caracterizan, en ambos casos —y quizás también en otros socialismos, como el yugoslavo— es notable la preocupación por una acción consciente sobre el mundo de valores, cuya autonomía ya no se pone en duda.

Este mundo de valores tiene su inercia. Hablamos ya antes sobre este problema, negando que la inercia de esta estructura de valores pueda explicar su sobrevivencia en el subdesarrollo. Seguimos insistiendo sobre este punto. En el caso de la sobrevivencia hay que explicar la ausencia de acciones adecuadas para superar la inercia de la estructura de valores anterior. La dificultad de una acción adecuada para el cambio de estructuras de valores demuestra la fuerza inmensa de esta inercia. Como los valores se objetivan en una estructura anticipativa de actitudes, se presenta una compleja tarea para romper ésta y para reemplazarla por otra.

Los nuevos socialismos se proponen ahora a realizar esta tarea metódicamente, y consiguen grandes éxitos a este respecto. Pueden evitar la imposición administrativa del tipo stalinismo, lo que les permite una movilización de fuerzas productivas basadas en métodos tradicionales de producción, que les da una fuerza de desarrollo mayor de la que tenía el sistema soviético.

Esta acción se basa principalmente en la creación de una ideología capaz de sustentar un cálculo de intereses indirectos y de estructuras socialistas que permiten la penetración de la sociedad por tal ideología. En el fondo, se trata siempre de la tarea de situar este principio general del cálculo moderno “renunciando ganas más” en términos de un cálculo de intereses indirectos. Pero cuando se reflexiona ahora sobre los métodos para imponer tal cálculo, en seguida surge la discusión sobre la sociedad hacia la cual se avanza. Aparece una nueva preo-

cupación, motivada por el hecho de que los métodos que se usan en el período de la acumulación socialista predefinen ya, en cierto grado, la sociedad socialista desarrollada, a la cual se llega.

El socialismo soviético no conoce tal preocupación. En la visión soviética la inercia de la estructura socialista sustenta un proceso automático hacia una liberación humana siempre más grande. Por eso, este socialismo corresponde también a la inercia de sus estructuras. En el período de la acumulación socialista se basa sencillamente sobre un uso pragmático de intereses no-materiales y, con el tránsito hacia el socialismo desarrollado, se inclina a aceptar un cálculo de intereses inmediatos. Los nuevos socialismos, en cambio, no consideran la inercia de la estructura socialista como garantía suficiente para el carácter socialista de la sociedad futura. Los chinos descubren en el modelo soviético una tendencia a volver al capitalismo y quieren asegurarse de que a ellos no les ocurra lo mismo en el futuro. Y los cubanos empiezan a constatar que no se llega al comunismo por el simple hecho de haber partido con este rumbo.

De todas maneras, se empieza ahora a concebir el cálculo de intereses indirectos como un principio que está, hasta cierto grado, en contradicción con la inercia de la propia estructura socialista. Se vislumbra el concepto de un conflicto permanente entre estos dos componentes de la acción socialista. Pero en ningún caso se elabora este concepto considerando todas sus consecuencias. Sobrevive más bien la idea de que este conflicto puede terminar algún día aún cuando este límite se fija en un futuro bastante lejano.

Hay distintas maneras de expresar este límite, que también permiten determinar las diferencias específicas entre estos nuevos socialismos. La visión del socialismo chino es universalista, en el sentido de que espera una coincidencia entre intereses indirectos e inercia de la estructura socialista para el momento en que el mundo, en su totalidad, haya pasado a ser un mundo socialista. Concibe, por lo tanto, el conflicto —que políticamente se percibe entre Mao y Lio-Shao-Tschi— sobre la base de sobrevivencias que penetran la estructura socialista a partir del mundo burgués, que todavía sobrevive, y del revisionismo socialista, que es simplemente un socialismo que está volviendo al capitalismo. En tal situación surge la nueva burguesía socialista, que se apoya en estas fuerzas externas y en las tendencias que provocan. No es la estructura socialista como tal la que origina continuamente una tendencia hacia la motivación por intereses económicos inmediatos. La revolución continúa, que concibe el pensamiento de Mao, parece tener más bien el significado de una lucha en contra de un conflicto, cuya solución vendrá con la transformación de la estructura socialista en estructura del mundo entero. A partir de ese momento las contradicciones del socialismo ya no tenderían a volverse antagónicas, sino que serían puras contradicciones en el seno del pueblo.

En este sentido, el socialismo chino ve el problema a partir del cálculo de intereses indirectos, que va a regir también en el socialismo desarrollado, pero que está en contradicción con tendencias hacia la restitución de estructuras basadas sobre el interés inmediato. Eso lleva a una definición implícita del socialismo, que se basa mucho más sobre el tipo de cálculo de intereses que sobre la estructura de propiedad. Socialismo llega a ser una forma de comportamiento, que se sustenta en la estructura socialista de la propiedad, pero que no se identifica con ella. A la vez, el socialismo realizado se considera posible solamente en el mundo entero sobre la base de un desarrollo socialista orientado por un cálculo de intereses indirectos.

En esta concepción china es notable la falta total de un análisis de las razones que podrían producir, en el interior de la sociedad socialista —abstrayéndose de las influencias externas a partir del mundo burgués o del revisionismo socialista—, una contradicción entre intereses indirectos e inercia de la estructura socialista. En cambio, el análisis de tales razones caracteriza fuertemente el proyecto del socialismo cubano. Existe allí una visión totalmente distinta de la estructura socialista y de sus tendencias implícitas, que vuelve a poner en discusión el efecto enajenante de la sobrevivencia de relaciones mercantiles en el socialismo. En el proyecto chino la preocupación por las relaciones mercantiles prácticamente no existe y tampoco se pretende encontrar una explicación de las contradicciones en el socialismo y de sus tendencias antagónicas debido a tales relaciones. En el proyecto soviético tal preocupación existe, pero formulada a largo plazo, amparada en la tesis consiguiente de que la utilización consciente de la ley del valor ya ha logrado la posibilidad de relaciones mercantiles socialistas, que no sustentan contradicciones antagónicas en la sociedad socialista. La preocupación soviética por la sobrevivencia de las relaciones mercantiles, por lo tanto, no es inmediata, sino a un plazo tan largo que en realidad no tiene ningún efecto sobre los hechos presentes. En el proyecto cubano, en cambio, la preocupación actual se vuelca sobre tal sobrevivencia y, en consecuencia el concepto de la libertad socialista se elabora concretamente sobre la marginación de las relaciones mercantiles en el socialismo.

En el proyecto cubano —y especialmente en los escritos de Guevara—, el concepto de la libertad socialista es directamente inverso al concepto capitalista de la libertad. En la visión burguesa —y a la vez en toda visión del interés inmediato— la libertad personal se basa en el ingreso personal y en el dominio sobre medios de producción particular. El ingreso calculable determina hasta qué grado el individuo tiene acceso al mundo y a los bienes producidos la expresión monetaria del ingreso lo mide. La libertad aparece por lo tanto bajo dos aspectos; por un lado, sustentada por un sistema de cálculo del interés inmediato y por

un pluralismo social basado en este mismo cálculo. Por otra parte, tiene su expresión cuantitativa en el ingreso monetario. Más ingresos, más libertad. El dinero y la relación mercantil de intereses inmediatos son caminos a la libertad. En la visión cubana esto se invierte. El dinero no determina cuánto uno tiene, sino lo que no tiene. Viene a significar la limitación definitiva de ese tipo de libertad. La libertad socialista se convierte en la negación del uso de dinero y de las relaciones mercantiles. La libertad del hombre es tanto más grande, cuanto menos necesita el dinero para tener acceso al mundo y a los bienes. No necesitando dinero, todo el mundo está a su disposición y su libertad está verdaderamente realizada.

Un punto de vista tal, a la vez, explica más fielmente la idea que Marx tenía de la importancia de las relaciones mercantiles para la liberación humana y para la explicación de las contradicciones en la sociedad moderna. Eso nos lleva al verdadero núcleo problemático de los proyectos socialistas en el momento de hoy y en consecuencia, de todo pensamiento marxista. La ideología marxista hasta ahora jamás ha aceptado que las relaciones mercantiles pueden ser la fuente, en última instancia, de las contradicciones antagónicas en la sociedad moderna y a la vez elementos necesarios para efectuar cualquier tipo de cálculo económico eficiente. En este punto también flaquea el proyecto cubano. Denuncia en las relaciones mercantiles como fuentes de las contradicciones antagónicas pero, en vez de transformarlas en un instrumento afín a sus intereses, intenta eliminarlas de la conducción efectiva de la economía cubana.

La contradicción de clases en el socialismo y su ideologización

De hecho, las relaciones mercantiles son a la vez enajenadas y necesarias. Todo proyecto socialista que no acepta esta condición básica, será contradictorio y no podrá formarse una visión verdaderamente racional de la sociedad socialista y de sus condicionantes.

Sin embargo, el proyecto cubano de marginación de las relaciones mercantiles demuestra realmente las causas por las cuales surgen contradicciones antagónicas en el socialismo y por las cuales aparece el revisionismo socialista, que vuelve al cálculo de los intereses inmediatos: esto se debe al hecho de que en el socialismo las relaciones mercantiles sobreviven. El socialismo soviético argumenta en el sentido de que en la estructura socialista las relaciones mercantiles no producen contradicciones sociales. El socialismo cubano, en cambio, se da cuenta de que estas relaciones mercantiles siguen siendo las fuentes de tales contradicciones en el socialismo. Desarrolla, por lo tanto, un concepto de liberación socialista correspondiente, pero sin efectuar un análisis adecuado de las razones de la sobrevivencia de estas relaciones mer-

cantiles. Tal análisis tendría que llevar al reconocimiento de que toda sociedad moderna —sea capitalista o socialista— implica un modo de producción en forma mercantil, y de que no existe la más mínima tendencia a una desaparición de estas relaciones.

Llegamos otra vez a un punto, en que tenemos que constatar que los proyectos socialistas se fundamentan en una conciencia falsa de lo que son. En el análisis de la acumulación socialista ya descubrimos un hecho parecido. La acumulación socialista se introdujo utilizando un concepto ideológico, que la presentaba como la desaparición del trabajo asalariado. Mientras en realidad es la utilización consciente de la ley del valor, se la interpreta como etapa hacia la superación de la ley del valor. Algo igual ocurre en el plano del cálculo de los intereses indirectos. Aunque en realidad estos corresponden a la acción consciente sobre la estructura de valores y actitudes, que continuamente tiende a caer en el cálculo del interés inmediato, se los presenta como la superación de las contradicciones en el socialismo y en las relaciones mercantiles, y como medios de la realización definitiva de la sociedad sin clases. Pero no es nada de eso. Aquí no hay sino una acción que relega el cálculo de intereses inmediatos a un segundo plano, pero dejándolo sobrevivir, en la misma forma en que deja sobrevivir las relaciones mercantiles.

El cálculo de los intereses indirectos, por lo tanto, no es ningún cálculo institucionalizado de una vez por todas. Es un esfuerzo permanente para impedir que las relaciones mercantiles en el socialismo lleguen a determinar preponderantemente el sistema de actitudes y valores. Su realización es, por lo tanto, una lucha continua, tan permanente como sean las relaciones mercantiles en el socialismo. A la utilización consciente de la ley del valor corresponde una utilización consciente del cálculo del interés inmediato. En el fondo, el cálculo del interés indirecto no es otra cosa que una utilización consciente del cálculo del interés inmediato, en el mismo sentido en que la acumulación socialista es una utilización consciente de la ley del valor.

La tradición marxista, sin embargo, concibe esto de otra manera, conformando una conciencia falsa de lo que es y puede ser el socialismo. Al formular el socialismo como la abolición del trabajo asalariado y su realización mediatizada exclusivamente por el cálculo de intereses indirectos, elabora un concepto de la sociedad sin clases, que comprende el destino humano en el sentido más amplio posible y que pretende que el socialismo sea la solución en definitiva de todo problema humano. Como no le es alcanzable tal meta, ésta se convierte en la conciencia falsa del sistema socialista, y destruye la posibilidad de una comprensión racional de lo que ésta representa. El socialismo no es y no puede ser sociedad sin clases en este sentido total.

En una situación tal, se produce una dialéctica fatal. La orientación del socialismo hacia esta meta total, hace que pierda las posibilidades de actuación que potencialmente tiene. con respecto a la libera-

ción humana. Se transforma así en un sistema que tiene la eficiencia del desarrollo pero que no cumple con su sentido verdadero, que es el de liberar al hombre en una sociedad desarrollada por construir.

Hace falta, por lo tanto, una crítica de la ideología socialista, como base para la construcción de un nuevo socialismo que sea la superación del contenido ideológico de proyectos anteriores. Este socialismo tiene que ser, por lo menos, igualmente capaz de solucionar el problema del desarrollo, y consiguientemente el de la eficiencia económica. Pero la crítica ideológica tiene que ir más allá de eso. Tiene que poner en tela de juicio toda la función que en los proyectos socialistas existentes cumple ideológicamente el concepto de la sociedad sin clases como destino de la humanidad, para redefinirlo, y tiene que repensar la estructura socialista en función de la utilización consciente de la ley del valor y del cálculo de intereses inmediatos. La sociedad sin clase implica el concepto de la abolición de la ley del valor (y del trabajo asalariado) y del cálculo de los intereses inmediatos. En realidad, la sociedad socialista se apoya en la utilización consciente de estos fenómenos. La crítica eficiente de la conciencia falsa del socialismo, por lo tanto, tiene que mostrar al socialismo —consciente y decididamente— como lo que en realidad es en la actualidad. Pero mostrar al socialismo de hoy como lo que es, significa la intención de cambiarlo y de desarrollar un proyecto socialista distinto de los existentes.

La función del concepto de la sociedad sin clases (en su sentido total) en la actualidad consiste en legitimar el poder de los grupos dominantes de la sociedad socialista existente. Esta nos parece la tesis clave en la cual tiene que motivarse la crítica de la ideología del socialismo. El concepto de la sociedad sin clases no es un mero epifenómeno de la sociedad socialista, sino que también proporciona la base de legitimidad que permite a grupos y personas presentarse como ejecutores del destino humano total y transformarse, de esta manera, en intérpretes autoelegidos de la suerte de la sociedad. El culto de la personalidad es solamente la expresión máxima de esta forma de legitimación del poder a través de la ideología, en tanto que el centralismo democrático representa el principio político que sustenta el carácter clasista de esta sociedad en términos de poder.

Esta tesis nos obliga a ampliar el concepto de la ideología más allá de lo usado anteriormente. Con anterioridad habíamos dicho que la función que hace posible un sistema de actitudes universalista es aquella que permite una correspondencia entre estas actitudes y normas universalistas de la estructura de funcionamiento. Si bien ésta es la función más inmediata de la ideología, ella sólo puede ser cumplida mediante la racionalización general de la situación de intereses materiales. Da una visión del mundo, para luego derivar de ella las tesis específicas que soportan el sistema de actitudes que la ideología imponga. En todo caso, la ideología vincula este cálculo de intereses con el destino humano to-

tal, presentando la sociedad específica en su relación con alguna proyección de este destino.

La sociedad capitalista es la primera en crear una ideología de este tipo. Presenta la imagen de un poseedor de este destino humano, que es el individuo que calcula su interés inmediato; su destino está ideológicamente racionalizado por la tesis de la identidad de intereses particulares y generales y de la tendencia al equilibrio de tales intereses. Pero como el interés inmediato determina una situación de clases, este destino de hecho refleja la elección de la clase capitalista dominante para su cumplimiento. Si bien esa es la situación, de hecho, ideológicamente se trata de presentar al individuo como la persona a cuya capacidad debe rendirse culto, lo que permite interpretar la competencia de los intereses inmediatos como una competencia realizada en nombre de la libertad, que llega así a ser el símbolo máximo de tal sociedad.

La fuerza de esta ideología de ninguna manera se rompe cuando su contenido ideológico directo es relegado a determinados medios sociales de expresión. Cuando la ciencia social efectúa la crítica del positivismo y se autointerpreta como ciencia neutral, sigue manteniendo la función de comprobar en forma científica esta tendencia al equilibrio de la competencia de intereses inmediatos, mientras otros sectores toman expresamente la función de ideologizar tales resultados. Ocurre más bien una división del trabajo ideológica, en la cual la presentación neutra de la ciencia social permite a aquella ideología directa lograr un grado más alto de convencimiento. Aparece ahora como interpretando ideológicamente resultados científicos no influenciados por esta misma ideología.

Todo eso demuestra un alto grado de autonomía de la ideología. Pero parece también obvio que, en última instancia, esta ideología solamente puede sostener la legitimidad del sistema si sus promesas se cumplen en algún grado. Necesita un dominio básico sobre la economía para poder tener éxito a largo plazo. Sin considerar específicamente los diferentes matices de esta base económica de la legitimidad del sistema capitalista, podemos sostener que ella está siendo socavada continuamente por el estrangulamiento económico en la situación del subdesarrollo. El desequilibrio producido por el cálculo de intereses inmediatos contradice la ideología que sostiene la tendencia de estos al equilibrio. Además la base económica no legitima el sistema de manera inmediata. La ideología lo hace interpretando esta situación de intereses como el destino de la humanidad a partir de la estructura de funcionamiento de la sociedad. La economía solamente puede socavar y vaciar la ideología y romper la legitimidad del sistema evidenciando esta contradicción. En el contexto de la ideología, la realidad es solamente uno de los elementos que garantiza la validez ideológica. Sólo la crítica de la ideología establece la realidad como elemento clave de juicio. La ideología niega la realidad de lo real. Evidentemente, puede hacerlo a un plazo infinito, y su

fracaso se anuncia con un proceso crítico que hace valer una realidad que con demasiada evidencia ha estado revelándose en contra de ella.

Cuando el sistema socialista surge, para llevar a cabo la tarea del desarrollo tiene que romper todo el marco ideológico capitalista. Como en la etapa de la acumulación socialista necesariamente se basa sobre un cálculo de intereses indirectos no puede permitir que el destino humano sea cumplido por un individuo que calcula sus intereses inmediatos. Un cálculo de intereses indirectos se hace forzoso, y las ideologías socialistas corresponden a esta necesidad y lo hacen de una manera específica. Racionalizan el cálculo de intereses indirectos mediante la promesa de abolir el cálculo de intereses inmediatos y, por consiguiente, las relaciones mercantiles y el trabajo asalariado, que son, de hecho, la base estructural del cálculo de intereses inmediatos. La sociedad socialista se presenta como la sociedad sin clases o, por lo menos, como una etapa hacia ella.

Pero no es una sociedad sin clases. Sigue basándose sobre relaciones mercantiles, trabajo asalariado y elementos del cálculo de intereses inmediatos. El dominio de las clases surge necesariamente sobre la base de estos elementos. El mismo análisis de Marx es totalmente claro al respecto. No puede haber trabajo asalariado sin clase dominante, como tampoco puede haber en la sociedad moderna una clase dominante sin trabajo asalariado. En cambio, la tesis ideológica de la sociedad sin clases permite a la clase dominante reprimir cualquier acción que la controle. Si no hay clase dominante, no hay motivos para controlarla y, el que pretende hacerlo, ofende a la sociedad socialista.

Por otro lado, se trata de una sociedad que tiene que confrontarse con los intereses inmediatos de los individuos. La acumulación socialista, en el fondo, es eso. La ideología ahora tiene que legitimar tal enfrentamiento. Crea, por lo tanto, una mística en favor de los intereses indirectos, que busca sus símbolos específicos. Sin embargo, esta mística no se refiere a la movilización de la sociedad para enfrentarse con sus propias necesidades, sino que es la mística de un poder ejercido sobre la sociedad en función a estas necesidades. A nuestro entender, el culto de la personalidad se origina en eso. El enfrentamiento con los intereses inmediatos crea la necesidad ideológica del concepto de la sociedad sin clases, y la presentación de la sociedad como sociedad sin clases crea la necesidad de un poder sobre la sociedad para guiarla en función de lo que necesita. Y este poder externo está capacitado para cumplir con sus funciones, porque tiene los mecanismos específicos que le permiten asegurar el carácter de la sociedad sin clases en el momento de hoy y conducir un proceso que lleva a la instalación definitiva de la sociedad sin clases en el mañana. Por esta razón es tan importante para la ideología socialista de este tipo establecer de que un día determinado esta sociedad sin clases, que hoy ya se considera lograda en cierto grado, habrá de ser constituida definitivamente.

Por todas estas razones, hace falta aclarar el significado racional del concepto de la sociedad sin clases. Según nuestro parecer, este tipo de sociedad no es y no puede ser la meta de la sociedad socialista ni debe servir para que ésta se autointerprete como la que está persiguiéndola, pero sí puede constituir el marco de referencia conceptual para una acción consciente sobre la ley del valor (acumulación socialista o, en general; dominio sobre las fuerzas productivas) y sobre el cálculo de los intereses inmediatos. Interpretada en este sentido, la sociedad socialista permite una acción de este tipo. Pero, si afirma conscientemente que cumple esa finalidad y ninguna otra, entonces no es ni será sociedad sin clases. Esta sociedad lucha permanentemente para lograr dominar las tendencias permanentes a la institucionalización definitiva de nuevas clases dominantes. Para hacerlo tiene que saber que la tesis ideológica principal de estas nuevas clases es la de la factibilidad de la sociedad sin clases. El problema es verdaderamente dialéctico. La sociedad sin clases es posible solamente en el grado de que hay conciencia de que no es posible.

Una conciencia tal excluye, por lo tanto, la posibilidad de entregar las decisiones objetivas a grupos o personas autoelegidas, que pretendan ejecutar el destino humano. Pero si ningún poder externo debe aceptarse, y si la orientación por los intereses inmediatos e individuales es solamente una de las formas que permiten levantar un poder tal, la solución puede encontrarse solamente en una autoconcientización de la sociedad. Tomar conciencia del carácter de sociedad socialista significa, entonces, constituir procesos de autoconcientización, que puedan suplir las funciones de las clases dominantes, o, en otras palabras, facilitar una utilización consciente de la estructura de clase. En el fondo la autoconcientización de la sociedad es eso.

El socialismo latinoamericano: la libertad socialista

Hablando en estos términos, podemos definir el socialismo actual como una sociedad que tiene un uso consciente de la ley del valor y que ha llegado a una utilización consciente del cálculo de intereses inmediatos, pero de ninguna manera como una sociedad que haya logrado conscientemente la estructura de clases. Al negar la existencia de tal estructura o al tratarla como un fenómeno accidental por desaparecer, jamás se ha planteado el problema de su utilización consciente. Por otro lado, como no hay utilización consciente de la estructura de clase, la utilización consciente de la ley del valor y del interés inmediato es limitada y no llega a ser reflexionada racionalmente. La razón es clara y reside en el mismo carácter ideológico de estos sistemas. Reflexionar racionalmente la ley del valor en el socialismo no puede conducir a otro resultado que no sea la constatación de una contradicción necesaria de clases en el mismo socialismo, que no se debe ni a sobrevivencias ni a influen-

cias externas, sino al carácter mercantil mismo de la producción, que es insuperable.

Pero, esta utilización consciente de la estructura de clases, así como la autoconcientización no pueden tener autoridades directivas. No hay grupos ni individuos que puedan utilizar esta estructura de clase, porque se erigirían como clase. No puede ser sino la sociedad, en la totalidad de sus miembros, la que haga tal utilización. Y no puede hacerlo sino con el fin de terminar con la dominación del hombre sobre el hombre, sabiendo que esta dominación, a pesar de su tendencia a seguir existiendo, pueda ser combatida en sus formas específicas. Su referencia básica con la estructura social no puede ser sino un nuevo concepto de la libertad de pensamiento y de expresión.

Este concepto de la libertad de expresión se define negativamente por la destrucción de los medios de control que ejercen entre ella grupos o individuos particulares. Pero esta libertad no puede consistir tampoco en una independencia espléndida de los medios de expresión con respecto a las ingerencias externas. Debe haber un concepto de la autonomía de tales medios de expresión siempre que estén controlados por un pueblo organizado a través de sus organismos representativos.

Eso nos trae de nuevo a visualizar la situación histórica actual de los proyectos socialistas. Sin duda, al fracaso en lograr una utilización consciente de la estructura de clases, ha llevado a un impasse del socialismo tradicional. El monolitismo socialista en sus distintas facetas ha conducido a tal situación, que el mismo sistema capitalista, en nombre del pluralismo de intereses ha podido presentarse como el mundo libre. De esta manera, la falla del socialismo se ha transformado en el obstáculo principal de su expansión. El poder de las campañas del terror por parte de las fuerzas conservadoras emana en gran parte en este hecho, y provoca un bloqueo ideológico de los movimientos socialistas. Existiendo tal bloqueo, el problema principal del movimiento socialista llega a ser el de concebir y construir un socialismo no monolítico, que implique una utilización consciente de la estructura de clases. Pero eso incluye también una concepción del sistema educacional y de los medios de expresión correspondiente a la necesidad de una continua autoconcientización de la sociedad. Implica un nuevo concepto de la libertad socialista, y no simplemente uno de dominación sobre las fuerzas productivas, sino a la vez sobre los mecanismos de poder creados por las fuerzas productivas.

En el grado en que el socialismo logra esta nueva concepción, llega a ser inmune a los ataques burgueses. Representando un nuevo concepto de la libertad, neutraliza la ideología de la libertad, que es simplemente la conciencia falsa de la sociedad capitalista actual. Y hay indicios de que el socialismo latinoamericano está buscando este camino. Junto con el esfuerzo para socializar los medios de producción, existe una clara orientación a transformar los medios de expresión en conciencia crítica

de la sociedad, en vez de usarlos como instrumentos manipulables de clases dominantes.

El nuevo concepto de la libertad puede romper el bloqueo ideológico, pero no el subdesarrollo. Para eso tiene que orientar la sociedad hacia una utilización consciente de la ley del valor (acumulación socialista) y de los intereses inmediatos. Si la autoconcientización no lleva hacia esta meta, no podrá lograr la eficiencia básica necesaria para salir del subdesarrollo.

Esta eficiencia vuelve a ser un problema de la estructura económica, que a través de la acumulación socialista adquiere la potencialidad del desarrollo económico. Esta potencialidad se convierte en realidad en la medida en que el sistema de actitudes llega a estar en correspondencia con la acumulación socialista y con la consiguiente interiorización de los valores de la eficiencia, acompañados por la valorización preponderante de los intereses indirectos. En eso consiste el problema del desarrollo en la sociedad socialista de cualquier tipo. Necesita la colaboración de todos los individuos en esta tarea común.

En relación a este conjunto de actitudes y valores necesarios para el funcionamiento del sistema, podemos hablar de una ética funcional. La ética funcional debe formarse siempre en función de las necesidades del desarrollo. En este sentido podemos decir que es producida por la inercia de la estructura misma. Solamente puede haber desarrollo, si existe una ética funcional. La tarea del desarrollo la exige. En el fondo ella está ya expresada por el mismo principio del cálculo económico. Siempre y cuando el principio del cálculo económico está de acuerdo con la expansión económica, la ética que se constituye sobre su base será una ética funcional.

Ahora bien, en este mismo sentido, la ética socialista de los intereses indirectos es una ética funcional, que reemplaza la ética capitalista, que ha perdido su funcionalidad. Pero se trata de una exigencia que el mismo desarrollo impone. Entrando en su etapa de acumulación socialista, la ética funcional pasa a ser una ética de intereses indirectos.

Sin embargo, esta exigencia de una ética semejante desaparece para el país socialista en el momento del tránsito hacia una sociedad socialista desarrollada. La expansión de las fuerzas productivas ahora puede basarse de nuevo sobre una ética de los intereses inmediatos. Además, hay ya antecedentes históricos para confirmar esta tendencia. La Unión Soviética parece estar precisamente hoy en este período de una reorientación de su ética funcional hacia los intereses inmediatos. El esfuerzo continuo por contrarrestar, en nombre de los intereses inmediatos, parece estar demás. La inercia de la estructura tiende a reformular la ética funcional del sistema.

La época del tránsito de la acumulación socialista a la sociedad socialista desarrollada, por lo tanto, es un momento crucial. Es el momento en el que el cálculo del interés inmediato ya no sigue estando

en contradicción con la expansión de las fuerzas productivas en el interior del país desarrollado. La inercia de la estructura presiona hacia la aceptación de una ética basada en los intereses inmediatos. Sin embargo, surge ahora una situación, en que la ética de los intereses inmediatos —si bien está de acuerdo con la expansión de las fuerzas productivas del propio país— entra en contradicción con el desarrollo de otros países. Aplicando ahora esta ética a las relaciones con ellos se los subdesarrolla.

Este mismo hecho atestigua que el criterio de la funcionalidad de la ética no es de por sí un criterio de liberación. La ética funcional no es automáticamente una ética de la liberación universal. Si se entrega, por lo tanto, la formulación de la ética al criterio de la funcionalidad en la expansión económica del país respectivo, jamás se produce una funcionalidad de esta ética con respecto a la liberación de todos los países, esto es, de la humanidad. Surge así una ética de liberación, que entra continuamente en contradicción con la ética funcional producida por países particulares.

Esta ética de liberación comprende los intereses de la humanidad entera y se apoya en la coincidencia de la ética funcional específica con el dominio sobre las fuerzas productivas de esta totalidad. Llega a tener un carácter universalista, que la ética funcional por sí nunca adquiere. Pero ideológicamente, la ética funcional, sin excepción, se presenta como ética de la liberación. No se presenta como la ética de una clase dominante o de una región del mundo dominante sobre otra. En el caso del capitalismo eso es totalmente obvio. Un cálculo del interés inmediato y una estructura económica basada en la competencia —monopólica o no— con sus tendencias intrínsecas a la desigualdad del desarrollo y de la estructura de clases, son interpretados como si representaran una tendencia inmanente al equilibrio y, por lo tanto, a la igualdad de todos. Sin embargo, algo parecido ocurre en el socialismo, cuando autointerpreta la estructura socialista como una tendencia implícita a la realización definitiva de la sociedad sin clases. Se tiende entonces a entregar la formulación de la ética funcional a la inercia de la estructura, lo que, con el tránsito al socialismo desarrollado, produce la adopción de una ética de intereses inmediatos.

Esta transformación de la ética funcional de la acumulación socialista en una ética de intereses inmediatos seguramente es más explícita en el caso del socialismo soviético. Tanto el socialismo chino como el socialismo cubano tienen la conciencia de que una ética de intereses inmediatos en el país socialista desarrollado tiende a producir el subdesarrollo en otros países socialistas, pero el socialismo chino es más consciente a este respecto. Siguiendo estos argumentos, el socialismo puede ser de liberación solamente si logra la vigencia de una ética de intereses indirectos incluso en la etapa de la sociedad socialista desarrollada.

Tenemos así ya dos elementos claves, que definen la libertad socialista. Por un lado, la utilización consciente de la estructura de clases en el interior del país socialista y, por otro lado, la vigencia de una ética de intereses indirectos en relación a la humanidad en su totalidad. Estamos dejando de lado otro problema, que no está en el centro de nuestro interés, pero que hace falta mencionar, hablando de la libertad socialista. Se trata del significado que damos al concepto del dominio sobre las fuerzas productivas.

En la situación del subdesarrollo, naturalmente, el concepto del dominio sobre fuerzas productivas tiende a tener el contenido de una potencialidad para su expansión. Pero eso es solamente una posible expresión del dominio sobre estas fuerzas. Tiene siempre y a la vez el significado de un dominio sobre la expansión misma de las fuerzas productivas. A pesar de que este problema también existe en la situación del subdesarrollo, se hace mucho más visible en la del desarrollo. La instalación de la sociedad del logro evidencia el hecho de que la misma fuerza expansiva de las fuerzas productivas se convierte en una amenaza para la libertad humana. Se trataría de volver a introducir el goce en el consumo, que el ascetismo intramundano había desestimado en función de la expansión cuantitativa de las fuerzas productivas. El proceso de esta expansión capitalista demostró que la maximización cuantitativa de las fuerzas productivas significaba a la vez la minimización del goce y del provecho del bien consumido. Consumiendo más se tiene menos.

Se trata de un aspecto de la sociedad del logro, que ha sido considerado muchas veces por la izquierda de los países desarrollados. Pero a la vez se trata de un aspecto que está presente en la política de los países socialistas con diferentes matices. Tomando en cuenta este elemento del concepto del dominio sobre fuerzas productivas, el cálculo de los intereses indirectos llega a tener un significado más amplio de que le dimos hasta ahora. El interés directo no puede ser simplemente un interés en el aumento cuantitativo del consumo colectivo (indirecto), sino que debe ser a la vez un cálculo de la estructuración de este consumo que impida que la sociedad entera sea víctima de un afán de logro desencadenado, que quita sentido a los bienes que ella es capaz de producir en una escala siempre más amplia.

Este análisis nos da ahora los elementos básicos para definir lo que es y puede ser la libertad socialista. Esta libertad, por lo tanto debe ser entendida como utilización consciente de la estructura de clase sobre la base de una utilización consciente de la ley del valor y de los intereses inmediatos, que tenga como punto de referencia la humanidad entera —en contra de clases y naciones dominantes— y que asegure, en esas condiciones, el dominio sobre las fuerzas productivas. Tal dominio se refiere tanto a la potencialidad de expandirlas cuantitativamente como al dominio sobre su desencadenamiento ilimitado.

Podemos volver ahora sobre un hecho que ya hemos mencionado varias veces. Se trata de la constatación de que no se llega al comunismo por la simple razón de haber partido con esta meta. Comunismo es sociedad sin clases, y la construcción del socialismo significa, por lo tanto, establecer una sociedad sin clases. Pero eso ya nos indica el problema. Una definición racional de la libertad socialista puede concebir la nueva sociedad solamente en términos de una utilización consciente de la estructura de clases, y de ninguna manera como una simple abolición de la contradicción de clases. Se llega solamente a la nueva sociedad si se la concibe en términos racionales y, consiguientemente, factibles. La utilización consciente de la estructura de clases es factible, la sociedad sin clases no. Intentar por lo tanto la construcción de una sociedad sin clases en el sentido total, determina de antemano de que no se la va a lograr. La sociedad sin clases se transforma sencillamente en la falsa conciencia de una sociedad clasista. En cambio, si se pretende construir una sociedad de utilización consciente de la estructura de clases, se puede llegar a ella. Además, en cierto sentido, se llega a tal sociedad desde el momento en que se parte a construirla. Siendo el fin, está ya presente en el comienzo. No se puede formar, por lo tanto, una conciencia falsa de esta nueva sociedad, a pesar de que ésta sigue produciendo ideologías en sentido de conciencia falsa.

De eso se desprende lo siguiente: si realmente podemos interpretar la orientación de muchos movimientos socialistas de América Latina hacia un nuevo concepto de la libertad de expresión como indicio de todo un nuevo concepto de la libertad socialista en el sentido anteriormente definido, entonces, se trata en América Latina del surgimiento de un nuevo proyecto socialista esencialmente distinto de los anteriores. Eso nos explicaría a la vez otro fenómeno, que no vale para los proyectos socialistas anteriores y que puede indicar algo parecido. Nos referimos al hecho de que este proyecto socialista surge de una alianza estrecha entre grupos ateístas y grupos cristianos.

A primera vista, esta alianza parece ser algo totalmente accidental. Pero, penetrando más en las razones originales del ateísmo marxista, se revela una significación mucho más profunda. Este ateísmo no proviene del hecho de que el cristianismo, con el que Marx convivía, fuera enteramente burgués y un acompañante ideológico de la sociedad capitalista. Si esa hubiese sido la razón, Marx habría exigido una reformulación de este cristianismo y la idea del ateísmo no habría tenido ningún sentido. Las razones del ateísmo marxista están en otro lugar. Marx descubre la sociedad sin clases como el sentido de la historia y declara este concepto como una meta posible de la política socialista. Una pretensión de este tipo no era compatible con una visión cristiana o cualquier visión religiosa del mundo, que siempre tienen que relacionar el destino de la historia con alguna intervención proveniente de un poder

exterior a la humanidad. Las dos posiciones no pueden combinarse y llevan cada una a una praxis distinta frente a la sociedad.

Pero esta incompatibilidad desaparece en el momento en que la libertad socialista se concibe como una utilización consciente de la estructura de clases. En este momento el humanismo marxista y cristiano prácticamente se identifican y la praxis de las dos corrientes llega a ser esencialmente la misma. Eso puede explicar el hecho de que en realidad en América Latina se ha producido esta praxis común, no como simple táctica ocasional, sino como un entendimiento sobre las raíces de esta praxis.

Esos son los indicios que parecen comprobar el real surgimiento de un nuevo proyecto socialista en América Latina. En este proyecto se considera la estructura de clases socialista como el problema clave; por lo tanto, es un proyecto de democracia socialista y de control obrero.

Este nuevo proyecto, a nuestro entender, significa una nueva etapa de los proyectos socialistas que marcan la historia del socialismo mundial. El proyecto latinoamericano es característico por el hecho de que recién hoy el continente está preparándose para la revolución socialista, después de haber experimentado el fracaso del desarrollo capitalista. Además, América Latina llega al socialismo en un momento en que la lógica histórica del socialismo mundial produce un nuevo proyecto histórico basado en la democracia socialista. El proyecto del socialismo latinoamericano hay que entenderlo como el resultado de este encuentro de ambas tendencias. No es el producto de alguna idiosincrasia, sino de un momento histórico determinado, que prescribe las condiciones de la posibilidad del socialismo en América Latina.